

Duò

PAT CASALÀ



DÚO
Por Pat Casalà

© 2014 Pat Casalà

Maquetación portada: Óscar González

Ilustraciones de la portada:

© Fabio Formaggio - 123RF

© Everett Collection Inc. - Dreamstime

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal)

KINDLE EDITION

<http://patcasala.blogspot.com.es/>

www.patcasala.com

OceanofPDF.com

Primera Parte

Dale Una Oportunidad

OceanofPDF.com

1

Las maletas se amontonan en la entrada, preparadas para emprender un viaje largamente pospuesto. Camino por el pasillo rumbo a la cocina para tomar una taza de café antes de encaminarme a mi nuevo destino. Echaré de menos a mi familia, pero por fin cumpliré mi sueño infantil y estoy pletórica.

Atrás queda mi matrimonio fallido, mi absurda decisión de abandonar los estudios musicales para seguir a Andrés, la oscuridad y la inquietud que ha dominado mi vida estos últimos ocho años... Me casé enamorada con el hombre equivocado y no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Sentados a la mesa de la cocina están mis padres y mi hermana Luna, charlando animadamente de los preparativos para llevarme al aeropuerto. Sonrío al verles con esa intensa necesidad de ayudarme a sobrevivir, desde que me separé no se han rendido, gracias a su cercanía ahora me siento capaz de irme a Nueva York a estudiar en Julliard.

Todavía recuerdo cuando tenía ocho años y me enganché a *Cinco en Familia*, una serie que iniciaba su andadura en España. La culpa la tuvo Luna... Los cuatro años que nos separan eran un gran *handicap* para mí, siempre caminaba a su sombra, interesándome por lo que ella hacía, acercándome a ella como buena hermana menor. Me encantaba sentarme a su lado en el sofá para mirar la tele juntas, a pesar de que en muchas ocasiones no compartía sus gustos. Ella siempre sonreía y me hacía cosquillas en los intermedios.

Cinco en Familia contaba la vida de cinco hermanos que se quedaban huérfanos. En aquella época yo despuntaba en la música, era un don innato que emocionaba a las personas de mi alrededor. Empecé cantando y tocando el piano, pero pronto descubrí que mi verdadera vocación era el

chelo. Una de las hermanas de *Cinco en Familia* era una niña prodigio que tocaba el violín y entraba en Julliard. Ese personaje me marcó, es extraño cómo algo insignificante puede ayudarte a encontrar el objetivo de tu vida. Claudia Sallinger fue mi inspiración durante los cinco años que duró la serie, me acompañó en mi entrada en la pubertad, me dio confianza para avanzar en mis estudios musicales y, sin saberlo, consiguió que fijara mi ruta.

Con lo único que no contaba era con la aparición de Andrés...

No soy una niña prodigio como Claudia Sallinger, pero tengo una sensibilidad especial a la hora de tocar, algo que a los veinte años me permitió conseguir una beca y ser admitida en Julliard. Fue mágico cuando recibí la carta por correo y recordé esos mediodías de verano sentada con Luna en el sofá de casa, con la atención puesta en la pequeña pantalla y las lágrimas fáciles asomando por mis ojos.

Fui una estúpida enamorándome y permitiendo que Andrés pisoteara mis sueños para convertirme en alguien que no era. Un mes bastó para lanzar por la borda el esfuerzo, la constancia y mis ilusiones. A veces echo la vista atrás y no comprendo cómo fui capaz de renunciar a tanto por un amor que no se lo merecía. Y ahora sé que a pesar de la herida abierta que arrastro desde la separación, la mejor suerte de mi vida ha sido que Andrés se enamorara de otra, porque me ha liberado.

Por las noches me sorprende llorando a la vera de la oscuridad, con los recuerdos enredados en nuestra historia, en busca de alguna señal de sus sentimientos hacia mí. Dudo de su amor, de su cariño, incluso de sus intenciones. Me destroza reconocer que las personas cercanas a mí tenían razón desde el principio, que sus reticencias no eran debidas a la considerable diferencia de edad, sino a su forma de ser. Estaba ciega, obcecada por un sentimiento extremo, algo que ahora catalogaría de obsesión.

Cuando me echó de nuestra casa con una simple nota creí que me moriría de dolor. Fue una tarde de abril...

Trabajaba de profesora de música en la misma academia donde cultivaba mi arte, era la única manera de que no me pesara la decisión prematura que tomé al rechazar la plaza en Julliard. Llegué a casa cansada tras una jornada difícil y me encontré las maletas frente a la puerta con una nota: «Lárgate, he conocido a otra».

Intenté abrir con mi llave, pero él había cambiado la cerradura. Llamé al timbre repetidamente, con la sensación de que el mundo se derrumbaba sobre mí. Mi llanto desgarrado no me ayudaba a deshacerme del dolor físico que me invadió, era como si alguien me estuviera apuñalando en el pecho y yo no pudiera defenderme.

No me abrió a pesar de mis gritos, mis súplicas y mis golpes en la puerta. Me habló desde dentro, sin darme ninguna explicación, increpándome con malas palabras, como si yo tuviera la culpa de la situación. Tardé una eternidad en entender que no había vuelta atrás, que él ya no me quería en su vida y que necesitaba irme de allí.

Los momentos posteriores me sumieron en una ansiedad intensa. Bajé en el ascensor, vencida, destrozada, con una angustia imposible de dominar. Dos maletas eran todo lo que me quedaba de siete años de matrimonio... Hacía frío en la calle, quizás también estaba destemplada. Lloviznaba. Me abracé con las manos infundiéndome valor, arrastré las maletas unos metros y me di cuenta de que no llegaría demasiado lejos. La parada de autobús que había frente a mi casa me salvó de la lluvia mientras llamaba a mi padre.

Esperé su llegada sentada en el banco, con las maletas apostadas a mi lado, sin que las lágrimas regresaran a mí. Me costaba respirar, era como si tuviera un agujero en los pulmones y mientras el aire se escapaba por él me retorció con un dolor imposible. Supongo que estaba en estado de *shock*.

Mi padre asegura que tardó veinte minutos en llegar, para mí fueron una eternidad. La lluvia arreció, repiqueteaba con fiereza sobre el asfalto y la gente que esperaba el autobús se resguardaba bajo el pequeño techo de la parada. Mis maletas imposibilitaban que hubiera demasiadas personas a cubierto, por eso me increpaban. Pero yo no les oía, estaba muy lejos de ahí, inmersa en la sensación de que mi vida se había acabado.

Desde que conocí a Andrés cambié mi entorno para adaptarlo a él. Lo convertí en el centro de mi universo, sin plantearme jamás la posibilidad de que me abandonara. Aquel día de abril, sentada en una parada de autobús, con el frío erizándome piel y la lluvia llenando la atmósfera con su textura húmeda, me sentí vacía, sin futuro, como si fuera una condenada.

Sé que mi padre me llevó a su casa porque me desperté de golpe en mi habitación de soltera. Tenía la ropa guardada en el armario, el portátil sobre la mesa, mi chelo en el rincón de siempre... Era de noche cuando volví a

tomar consciencia de la realidad, no puedo precisar la hora, solo sé que la casa dormía.

Marqué una y otra vez el fijo de Andrés, con la necesidad de escuchar su voz, de saber qué debía hacer para regresar al amparo de sus brazos protectores. Pero él solo me gritaba desde la distancia, insultándome con palabras que acabaron por destrozar las migajas de mi autoestima.

Durante cuatro días permanecí encerrada, sin levantarme de la cama, anclada al teléfono y a las llamadas constantes a su oficina, a su secretaria, a casa, a su móvil. No me importaba la hora ni si Andrés estaba ocupado, necesitaba recuperarle, costara lo que costara. Al principio me contestaba con malos modos, poco a poco dejó de hacerlo. Desconectaba las líneas por la noche y le dio órdenes a su secretaria de que no le pasara ninguna llamada mía.

Sé que fui una estúpida, que abandoné mi vida por un miserable, que le permití dominarme durante nuestros siete años de relación. En esos momentos de dolor y desesperación viví angustiada por la pérdida de rumbo, era como si estuviera en medio de una tempestad y no viera dónde estaba el horizonte.

Suerte que mi amistad con Catalina es robusta. A pesar de los años de alejamiento, mi amiga acudió en mi auxilio cuando mis padres se lo pidieron. Fue la primera persona que me habló con la dureza necesaria para que reaccionara. Apareció en mi habitación una mañana de sábado, abrió las cortinas y las persianas, aireó el cuarto y me obligó a ducharme.

Nos conocemos desde la guardería, crecimos juntas, siempre con aquella unión propia de la infancia que en la juventud se convirtió en unos lazos inquebrantables. Hasta que conocí a Andrés. Él lo cambió todo, arrasó con mi pasado para construir un futuro a su medida, y con ello me separó de las personas a las que quería.

—¡Ese cabrón no se merece ni una lágrima! —me dijo Cata mientras me arrastraba hasta el cuarto de baño—. Ya basta de gilipolleces, Iris. Él te ha cambiado por otra y ahora es el momento de atacarle. ¡Te va a pagar cada uno de vuestros años de matrimonio!

En aquel momento la miré como si me acabara de abofetear. Hacerle daño a Andrés no entraba en mi cabeza, él lo era todo para mí y lo único que quería era volver a su lado para complacerlo en cualquier cosa.

—Le quiero —susurré con un hilo de voz.

—¡Basta! —me regañó ella con contundencia—. La Iris que yo conozco es una mujer alegre, feliz, con ganas de comerse el mundo y no la sierva incondicional de un auténtico hijo de puta. —Intenté protestar, pero ella me lo impidió—. Andrés no se merece ni una pizca de tu dolor. Te ha utilizado, eras su marioneta. ¿No te das cuenta de que te quitó las ilusiones? Si eras incapaz de llamar a tus padres o a tus amigas... A su lado te convertiste en una mujer gris y antes eras multicolor. ¡Suerte que te casaste en Madrid, en régimen de gananciales! Ahora vamos a exprimirla como a un limón.

Me metí en la ducha para no escucharla más. En mi interior se abrió un resorte invisible que me mostró el alcance de sus palabras. Nunca entenderé cómo fui capaz de reaccionar de golpe, Cata tampoco me dijo gran cosa, pero bajo el chorro de agua templada supe que ella tenía razón, que debía aparcas la autocompasión y empezar a planear mi futuro.

—¿Puedo quedarme con algo? —le pregunté minutos después, secándome el pelo con una toalla—. Recuerdo que firmé algún tipo de acuerdo...

—Lo tengo en mi despacho. —Cata es una gran abogada de divorcios—. Lo retocó mi padre, ¿recuerdas? No creo que Andrés se haya leído la letra pequeña porque ponía claramente que si te abandonaba por otra el acuerdo perdía validez. ¡Mi padre es un gato viajo! Jejeje, ayer, mientras lo leía, descubrí una de sus estratagemas en la redacción del acuerdo.

—Me extraña que Andrés no lo haya previsto, ya sabes como es...

Todavía me temblaba la voz y me sentía acobardada al mencionar su nombre, suerte que la rabia y el deseo de venganza obraron el milagro de serenar mi angustia.

—He contratado a un detective —me contestó ella sonriente—. Encontraré pruebas, no te preocupes. Te aseguro que mi padre sabía lo que se hacía al proponer las cláusulas nuevas y los abogados de tu marido no les encontraron pegos.

A partir de ese punto de inflexión me agarré a la revancha para superar cada día sin desfallecer. Regresé a la academia a dar clases, empecé a salir con mis amigas de antaño un par de veces a la semana, me fui al campo con mi hermana y su familia algunos fines de semana, continué en casa de mis padres y recobré la confianza en mí misma de manera paulatina.

No negaré que el recuerdo de Andrés todavía me duele, que muchas noches me despierto anegada en lágrimas y que el dolor persiste en

presentarse de improviso. Fueron siete años de absoluta abnegación a un hombre que me anuló por completo, y no desaparecen de la noche al día, pero me enorgullece reconocer que fui capaz de enfrentarme a él y ahora me voy a Julliard gracias a su dinero.

Cada vez que recuerdo su cara el día de la reunión con sus abogados, una sonrisa ilumina la mía. Entré en unas oficinas caras de Barcelona, acompañada por Cata. Eran impresionantes, con vidrieras que mostraban la ciudad, una larga mesa de caoba, suelos de mármol blanco y decoración moderna. Nos sentamos frente a cuatro abogados trajeados y perfectamente arreglados, dos eran mujeres. Al principio me sentí cohibida, no veía a Andrés desde hacía más de tres meses y encontrármelo frente a mí me disparó la adrenalina.

—Antes de empezar me gustaría hablar con mi mujer —dijo él en tono autoritario—. Estoy convencido de que se dará cuenta de su error.

Se levantó, me agarró del brazo de manera elegante y me obligó a seguirlo al pasillo. Catalina estaba a punto de intervenir cuando le planté cara. Temblaba como una hoja vapuleada por el viento, mi interior estaba agitado y apenas sé de dónde saqué las fuerzas para mirarle a la cara, sostenerle la mirada y espetarle:

—¡No tenemos nada de qué hablar! Me sacaste de casa y me cambiaste por una furcia barata. Lo dejé todo por ti y a cambio solo recibí una puta nota. ¡Ahora atente a las consecuencias!

—¿Te piensas que puedes joderme? —Apretó la mano que tenía en mi brazo—. Ni tú ni esa abogaducha de mierda vais a sacarme ni un euro. Siempre has sido una Don Nadie, Iris. Yo te rescaté del arroyo y te eduqué, te enseñé a comportarte, a elegir a tus amigos y a vivir como toca. ¡No tengo la culpa de que seas frígida y estéril! Así que haz el puto favor de salir por esa puerta y de no volver a molestarme en tu puta vida.

Durante mis años a su lado hubiera reaccionado con un apocamiento angustioso. Siempre que me trataba así me sentía pequeña, alguien que no merecía sus atenciones. En ese instante recordé las fotos que me había mostrado el detective unas semanas atrás, los recibos del banco que compraron joyas y regalos para su actual novia durante el nuestro último año de matrimonio, las evidencias de sus escapadas románticas...

No entiendo cómo conseguí vencer la barrera que él había creado para retener mi verdadera personalidad, creo que los tres meses de enfrentarme a

la soledad, combinados con las pruebas irrefutables de su infidelidad, obraron el milagro. En mi interior se sobrepusieron mil emociones en pocos segundos y me azotaron indicándome el camino. Andrés me había dejado como se abandona a un perro en medio de la calle, apaleada y hundida. Apreté los puños y me prometí a mí misma que nunca más me doblegaría ante sus palabras de desprecio, eso quedó atrás, como nuestro matrimonio.

Levanté la mirada que tenía anclada en el suelo, me limpié las lágrimas con un movimiento brusco del brazo libre y le miré con fuego el los ojos.

—¿Sabes cuál es tu problema? —Sonreí con rabia—. Piensas que por ser un De la Vega todo el mundo ha de besar el suelo por el que pisas. ¡No entiendo qué vi en ti! ¡Fui una imbécil! Pero esa Iris ya no está, tú te la has cargado y ahora pagarás el daño que me has hecho.

Me senté frente a los abogados componiendo una expresión de firme determinación y aguanté el resto de la reunión sin vacilar. Al salir me desmonté, lloré amargamente en el coche de camino a casa, con un revoltijo de sensaciones en mi interior. Tardé varios meses, pero a partir de ese instante conseguí recomponer las piezas rotas de mi vida, dándole color a cada instante, apuntándome de nuevo en Julliard, luchando por arañar un poco de la fortuna de los De la Vega y así asegurarme un futuro...

Suspiro antes de sentarme a la mesa de la cocina y aparco los recuerdos para otra ocasión. Saludo a mi familia con una sonrisa. Me encanta que estemos los cuatro juntos minutos antes de salir para el aeropuerto. La eficiencia de Catalina me consiguió una cantidad indecente de dinero y mi deseo de no fallar me ha abierto las puertas de Julliard. En unas horas estaré en un avión rumbo a mi nuevo destino y me he propuesto dejar a Andrés y sus miserias en Barcelona. ¡Nueva York me espera!

2

Las primeras luces del amanecer iluminan el cielo frente a la Torre Eiffel, confiriéndole unos colores anaranjados. André Dupont está encaramado a la ventana de su cuarto, admirando el inmenso monumento de hierro que le vio crecer. La vista espectacular de los albores del día es un sedante para su corazón roto. Jamás imaginó que seguir a Brigitte a Barcelona acabaría con su regreso a casa sin un anillo en el dedo ni un futuro prometedor con ella.

Cuatro años de convivencia fueron suficientes para darse cuenta de que Brigitte es demasiado autónoma para pensar en pareja y las cosas cada día empeoraban más, por eso empaquetó sus cosas y volvió a casa de sus padres. Ahora se ve con treinta y dos años y de vuelta al punto de partida.

Es un sentimental, no lo puede evitar. Le cuesta hacerse a la idea de que su relación ha llegado a su fin, Brigitte ya no está en su vida porque le hacía infeliz. La conoció una tarde de invierno frente a la agencia de publicidad para la que trabajaba, mientras caminaba de un lado a otro de la acera en busca de inspiración. Le habían encargado un estribillo pegadizo para un anuncio de una marca de chicle y no encontraba el tono. Ella era una becaria del departamento de producción y había salido a fumar para calmar sus nervios, el trabajo era estresante. André se fijó en ella al instante, alta, pelirroja, excesivamente delgada, con gestos ansiosos... Se acercó y le preguntó si trabajaba en Juliette. Cuando Brigitte le contestó que sí con una sonrisa angustiada, él supo que había encontrado a la mujer de su vida.

Camina por el pasillo silencioso analizando las evidencias de que se equivocaba. Cuando una agencia importantísima con sede en Barcelona la contrató para el departamento de producción, André no dudó en dejarlo todo por ella, consiguió un trabajo de técnico de sonido en la televisión

autonómica, gracias a su título en esa disciplina, y empezó una nueva vida lejos de su casa. Era bueno en su puesto, aunque añoraba la creatividad de componer melodías para anuncios, por eso se pluriempleó como *freelance*.

Los últimos cuatro años le han costado muchas ilusiones rotas, aunque también ha conocido a gente maravillosa con la que ahora mantiene el contacto. Quizás su drástica decisión de regresar a casa no ha sido la más acertada, pero no podía permanecer ni un minuto más cerca de Brigitte si quería olvidarla.

Al pasar frente a la habitación que antaño ocupaba su abuelo la tristeza regresa a él. Le debe parte de sus rasgos, el color oscuro de su pelo, los ojos azules de una tonalidad intensa, su nombre, la afición por la música y un sinfín de buenos momentos.

Entra un instante al cuarto para oler la fragancia que antiguamente se respiraba en el interior. El abuelo André vivió hasta los noventa y seis años, hace solo cuatro que murió, tras vivir con su único hijo y su mujer los últimos once años de su vida. La salud de hierro del viejo siempre impresionó a su familia, por eso les costó muchísimo convencerlo de que a los ochenta y cinco era una buena edad para trasladarse a casa de su único hijo y permitir que le mimaran. El abuelo decidió entonces cerrar su preciosa casa con vistas al Sena e instalarse en el piso con ellos.

La habitación conserva el mismo mobiliario austero que el abuelo André adoraba. Frente a la cama de madera hay una foto de los dos sonrientes frente al piano de la Salle Pleyel, un auditorio de música clásica donde el abuelo tocaba con asiduidad. Él le enseñó a adorar la música, gracias a sus lecciones André se convirtió en un gran pianista, aunque al crecer decidió dedicarse a otra cosa.

Frente a la mesa de su abuelo los recuerdos del día de su muerte se forman lentamente en su mente. Estaban juntos en el salón, hojeando una de esas revistas de cotilleos de su madre. Faltaba un mes para que André se trasladara a Barcelona y el nerviosismo se palpaba en el ambiente. A sus veintiocho años ya era hora de que viviera por su cuenta, pero el abuelo se resistía a dejarle marchar.

Aquella mañana de sábado ambos André bromeaban acerca de las fotos de los famosos, criticando cada gesto, cada palabra escrita y cada titular. De repente el abuelo se quedó gélido, con la cara pálida y una expresión de susto.

—¡Marguerite! —exclamó al ver una foto de Margorie Philips, nieta de un magnate financiero y una de las futuras herederas de su imperio—. Marguerite está viva.

Las últimas palabras fueron apenas un susurro. Se agarró el brazo izquierdo y empezó a respirar retraídamente, como si el aire no llegara a sus pulmones. Su padre se alarmó y mientras André llamaba a una ambulancia desde el móvil estiró al abuelo en el sofá e intentó ayudarlo, aunque su falta de conocimientos médicos fueron un impedimento.

Por desgracia la ambulancia llegó demasiado tarde, el abuelo murió de camino al hospital por un paro cardíaco.

Durante los días posteriores André se preguntó varias veces a qué vino la afirmación de su abuelo. Margorie Philips se parecía a su abuela cuando era joven. Era morena, alta, de complexión atlética y brillantes ojos azules, pero solo tenía treinta y cinco años y no era difícil encontrar esos rasgos en una mujer. Además, la abuela Marguerite murió en la segunda guerra mundial por culpa de una bomba, era imposible que estuviera viva. Estudió la foto con detenimiento, buscando algo que hubiera disparado la imaginación de su abuelo. Detrás, en las sombras, se apreciaba el rostro de Margaret Philips, la matriarca de la familia, una mujer excéntrica de noventa y pico que jamás aparecía en los medios. ¿Acaso ella tenía algo que ver con su abuela?

André se pasó un par de meses obsesionado con las palabras de su abuelo, veía cosas inexistentes en la situación, tenía la sensación de que su abuela quizás estaba viva en Nueva York, aunque las afirmaciones de su padre contradecían esa posibilidad, y se inventó varias historias románticas que eran absurdas y carentes de sentido. Marguerite Dupont fue víctima de una de las pocas bombas nazis en París, una destinada a matar a la familia al completo tras descubrir que pertenecían a la Resistencia.

La suerte quiso que el padre y el abuelo de André estuvieran fuera de casa cuando sucedió. Fue algo imprevisto, cuando se disponían a preparar la cena llamó un aliado que necesitaba ayuda urgente, Marguerite tenía trabajo en el museo del Louvre y no llegaría a casa hasta pasadas las siete, por eso el abuelo André se llevó al joven Jaques a la misión. Al regresar a las ocho la casa estaba hecha pedazos.

Tras la muerte de su abuelo, André removió una vez más los recuerdos del pasado. Su padre le cont  por enésima vez la historia, descubriéndole

cada instante de aquel fatídico día de 1942, cuando él, con tres años, y su padre fueron condenados al ostracismo el resto de la ocupación alemana. La abuela Marguerite estaba en la casa cuando voló por los aires, no había ninguna duda al respecto. Una vecina la vio entrar diez minutos antes de la desgracia.

André se fue a Barcelona dos meses después del infarto que le sesgó la vida a su abuelo. A medida que el tiempo discurría lejos de su casa el recuerdo de esa última tarde compartida se borró lentamente, junto a la absurda sensación de que existía un halo de misterio sobre el pasado. Cada vez veía más claro que las suposiciones de su padre eran ciertas: el abuelo no se encontraba bien y quizás la idea de que su esposa estaba viva no fue más que un espejismo causado por el infarto que lo mató.

Ahora André está frente a la cama que antaño ocupaba su abuelo, con el corazón roto en mil pedazos y la necesidad de darle sentido a su vida. Por fin se ha decidido a investigar las probabilidades de que aquella mujer en las sombras de la fotografía tenga algo que ver con su abuela. Aunque está convencido de que no conseguirá nada, siente que se lo debe a su abuelo.

Camina despacio hasta la cómoda que hay al lado del armario. Su madre la mantiene limpia de polvo y perfectamente cuidada, sin tocar nada de lo que hay dentro, tal como él le pidió años atrás al emprender su viaje a Barcelona. Se sienta en la silla de madera, demasiado vieja para sostenerse en pie con dignidad, y respira el aroma del mueble.

Dicen que los hombres no son sensibles, pero en la familia Dupont esa afirmación carece de base sólida. Una lágrima se desplaza solitaria por la mejilla derecha de André al recordar las ilusiones que le embargaron antes de partir hacia Barcelona. Es una sensación agri dulce, cargada de ensoñaciones que el tiempo ha llenado de niebla triste.

Abre el cajón grande que hay bajo la superficie de madera, donde su abuelo guardaba las cartas que le escribió a su esposa muerta durante todos los meses de su vida. André solía bromear con él, diciéndole que esos amores solo existían en las telenovelas, que era imposible idealizar así unos pocos años de matrimonio.

—Hay muchas clases de amor, hijo —decía el abuelo tras componer una ancha sonrisa—. Creo que los jóvenes de hoy en día no lucháis por la pareja como lo hacíamos nosotros. Tu abuela Marguerite fue el amor de mi vida,

por eso le escribo una carta cada mes, para contarle lo que pasa en nuestra familia y mantenerla cerca de nosotros.

Al cerrar los ojos André siente que su abuelo le acompaña. De pequeño le preguntaba si le era fiel a su abuela, si había otra mujer en su vida. La risa de su abuelo le cogía desprevenido, igual que sus afirmaciones ingeniosas. Solo tenía quince años y le costaba entender esa manera de amar.

—¡Los hombres tenemos nuestras necesidades! —contestaba el hombre guiñándole un ojo—. Desde que terminó la guerra he tenido muchas amigas, no soy un clérigo ni pretendo hacer voto de castidad. Pero nunca habrá otra como tu abuela.

Las cartas están guardadas en tres cajas numeradas acorde con las fechas. André piensa que ya va siendo hora de leerlas, clasificarlas y darles forma de libro autobiográfico para la familia, en ellas hay una historia, un legado, muchas anécdotas que su abuelo escribió y que merecen ser contadas.

Coge la foto de su abuela que hay en la primera caja, junto a otras familiares. Marguerite Dupont era una mujer guapísima que trabajaba en el museo del Louvre y estudiaba música en el conservatorio de París antes de la guerra, era una gran pianista. Era una mujer culta, con un gran sentido del humor y deseos imposibles.

El pasado a veces se cuenta de una manera particular, no todas las personas sienten igual una misma situación ni la viven con la misma intensidad, por eso hay mil maneras de interpretarlas. A través de sus narraciones el abuelo André describió a Marguerite como un alma libre y feliz que irrumpió en su vida para llenarla de luz.

La conoció por casualidad mientras se ganaba la vida dando lecciones de piano a personas influyentes y con dinero. Compaginaba esa ocupación con conciertos esporádicos en salas importantes. Marguerite vivía en casa de una de sus alumnas, André nunca sacó en claro por qué una mujer como su abuela se hospedaba con alguien de alta posición, era como si parte de la historia fuera un secreto.

El amor les llegó con rapidez, a las pocas semanas de conocerse se casaron con la presencia de la familia del abuelo André y unos cuantos amigos. La ausencia de los padres de Marguerite en su boda o en los años posteriores siempre despertó la curiosidad del joven André, un chico

soñador y curioso que solía preguntarlo todo. Según la versión del abuelo la familia de Marguerite vivía demasiado lejos y no tenía dinero para costearse el viaje. Pero, ¿por qué no mantuvieron el contacto tras la guerra?

La vida les ofreció unos años de amor, coronados por un hijo varón que nació al año del matrimonio. El abuelo consiguió destacar un poco en los círculos de música clásica y se ganó un puesto fijo en una sala como pianista, aunque para aumentar su salario seguía con las lecciones de piano. Marguerite se empleó en el Louvre gracias a la recomendación de la misteriosa mujer con la que vivía cuando conoció a André Dupont.

Cuando estalló la guerra ambos decidieron colaborar con la resistencia francesa. No querían que los alemanes invadieran su país ni que destruyeran el hogar que habían construido para su hijo. Al principio se dedicaban a pasar información a través de algunos canales rudimentarios, tras la ocupación de París sacaron a varios judíos de ahí, ayudaron activamente en muchas misiones y dieron soporte a los líderes de la organización.

Los alemanes les descubrieron en febrero de 1942 y decidieron bombardear su casa como represalia. Fue un acto extraño e inexplicable, normalmente apresaban y torturaban a los miembros de grupos clandestinos que se opusieran a su régimen, pero en esta ocasión colocaron una bomba en su casa... André lloró la muerte de su esposa durante años, pero en el fondo agradeció a la Providencia que no la hubieran capturado con vida, por eso no ahondó nunca en lo sucedido.

A partir de ese instante él y su pequeño hijo Jaques vivieron escondidos en varias casas de diferentes lugares de Francia, algunas veces gracias a la camaradería de gente del pueblo. El abuelo siempre explicaba la emoción que le embargó el día que regresó a París y las esvásticas habían desaparecido de los edificios de su querida ciudad.

Las cartas que ahora acaricia André son la constatación de una vida llena de emociones esperanzas y anhelos. El fin de la guerra supuso un nuevo principio para los Dupont. El abuelo regresó a los escenarios y a las clases, Jaques acudió a la escuela por primera vez y acabó de perfeccionar los conocimientos de escritura y lectura que su padre le fomentó durante los años de lucha. Los decenios pasaron con alegrías y penas, Jaques estudió derecho, se colocó en un bufete y a los treinta y cinco años se casó con Violette, la joven dueña de una floristería. El matrimonio tuvo dos hijos: André y Sophie.

Jaques tuvo varias novias que no llegaron a nada serio al pasar la barrera de los dos años de relación, por eso tardó más de lo previsto en casarse, aunque él siempre afirma que Annette es lo mejor que le ha pasado en la vida. Se conocieron una tarde en la floristería, cuando él iba a buscar un ramo de rosas para su compañera de entonces. Annette era una chica de veintidós años que acababa de montar el negocio con los ahorros conseguidos tras cuatro años de trabajar de camarera. Él tenía treinta y uno, pero eso no impidió que se enamorara de ella e insistiera en conquistarla. Los años han conformado un matrimonio sólido y feliz, con dos hijos y tres nietos.

Su hermana Sophie se casó joven con un promotor inmobiliario. André sonríe al pensar en ella, una joven despierta, alegre y con las ideas claras acerca de su feminidad. Cuando el abuelo les contaba que durante años las mujeres necesitaban la firma del marido para realizar cualquier cosa importante, ella se enervaba, como si todavía sucediera. Ahora vive en una casa rodeada de jardín, trabaja con su madre en la floristería, tiene tres hijos y es una mujer feliz. Está claro que en pocos años heredará la tienda.

André cierra el cajón y camina despacio hacia la cocina para beber un poco de leche directamente del *brick* que encuentra en la nevera. En quince días volará a Nueva York para trabajar como compositor en un musical de Broadway, lo han contratado gracias a la ayuda de un par de colegas que conocen a las personas adecuadas. Cuando le contó a Sophie que había decidido investigar a Margaret Philips se pasaron una tarde imaginando que realmente era su abuela, aunque ambos se rindieron a la evidencia de que posiblemente no había nada que descubrir.

La historia de Margaret Philips es poco misteriosa. Según las Webs que André ha consultado nació en Philadelphia en el año 1917. Hija de un próspero empresario del sector textil, estudió en los mejores colegios del país y acabó por entrar en en Julliard, donde cursó un par de años de piano antes de regresar a su ciudad. Conoció a su marido mientras estudiaba en Nueva York, pero no se casó con él hasta el 45, cuando él la fue a buscar a Philadelpia al final de la Segunda Guerra Mundial.

Es increíble cómo el dinero consigue que la proyección de sus dueños sea siempre feliz y perfecta. Margaret Philips es una mujer celosa de su intimidad que odia la prensa, los actos sociales y prodigarse demasiado. La gente murmura a sus espaldas, le inventa novios secretos, una vida a

escondidas del mundo... Nunca se plantean la posibilidad de que sea alguien con gustos sencillos que desea vivir sin la presión mediática.

Se aprecia una férrea disciplina en Bob y Melody, sus dos hijos. Ambos se sacaron carreras universitarias en Harvard y ahora se dedican a aumentar considerablemente la fortuna familiar. Los nietos de Margaret también tienen estudios en prestigiosas instituciones y parecen personas competentes que han heredado la aversión a los medios de sus padres y su abuela. No parecen los típicos niños ricos con pretensiones, más bien se habla de ellos en términos de competencia, logros y buenas ideas sociales.

3

Llevo dos semanas en Nueva York y me parece que ha pasado un siglo desde que abandoné Barcelona. Recuerdo las caras sonrientes de mi familia y de Cata en el aeropuerto, la despedida agridulce y las horas de avión con aquella extraña sensación de miedo a lo desconocido. Por suerte me he adaptado bien al ritmo neoyorkino y no tengo morriña.

Mis clases en Julliard abarcan un horario larguísimo, desde las siete de la mañana hasta las cinco y cuarto de la tarde. Son increíbles, los profesores consiguen sacar lo mejor de cada estudiante. Normalmente son chicos jóvenes que inician su carrera en una de las mejores escuelas de artes escénicas del mundo, pero conmigo han hecho una excepción al permitirme entrar a los veintiocho años. Lo único malo es que al no relacionarme con personas de mi edad las amistades que hago solo me sirven para pasar las horas de lecciones.

Antes de llegar a la Gran Manzana alquilé por Internet un pequeño apartamento de dos habitaciones y dos baños en la 61 oeste, cerca del mítico Central Park, de la escuela y a pocas calles de los maravillosos teatros de Broadway. Es carísimo, vivir en Manhattan resulta prohibitivo pero, como dice Cata, me merezco ser feliz de una vez por todas y para eso va a servir el dinero que le hemos sacado a Andrés.

Los De la Vega son una familia riquísima y mi ex marido es propietario de varios negocios prósperos. Me parece mentira que el divorcio le haya salido tan caro, no me imaginaba que hubiera pasado por alto las cláusulas añadidas por el padre de Cata o quizás pecó de exceso de confianza y no se imaginó que yo no me doblegaría alguna vez ante sus deseos.

Durante el proceso de divorcio no cesó en el empeño de intentar que cediera a sus exigencias cada vez más subidas de tono. Me llamaba a cualquier hora del día o de la noche, me esperaba fuera de la academia de música para asaltarme con palabras malsonantes que pretendían asustarme e incluso me amenazaba con hundirme.

No entiendo cómo fui capaz de dejar a un lado la mujer sumisa en la que me convertí durante mi matrimonio y encarar a Andrés con esa

valentía. Es posible que esa manera tan brusca de dejarme, combinada con la patente superioridad que mostraba frente a mí, despertaran mi deseo de luchar. En este último año he rescatado a la Iris de antes para demostrarme que soy capaz de sonreír, de vibrar, de alejarme de la dañina presencia de mi ex.

Por suerte ahora tengo una cuenta corriente de cinco ceros, una asignación mensual de seis mil euros, dos casas en propiedad en la zona alta de Madrid, que he arrendado a un precio astronómico, unos cuantos fondos de inversión y participaciones del consorcio empresarial liderado por los De la Vega, que me reportarán beneficios anuales. Sé que el dinero no otorga la felicidad, pero a mí me ayudará a conseguir el sueño que me arrebató Andrés el día en que nos conocimos.

He decidido compartir el piso con alguien para no sentirme culpable gastándome tanto dinero cada mes. No me acostumbro a administrar mis recursos tras un matrimonio donde cada euro que gastaba era fiscalizado por mi marido. Lo primero que hice al recibirlo fue irme de compras con Cata, ¡me gasté una fortuna en modelitos que a Andrés le parecerían provocativos y fuera de lugar!

A veces me sorprendo recordando instantes de mi matrimonio y no reconociéndome en la mujer en la que me convertí durante esos siete años. Maldigo aquel día en el que empecé a hablar con Andrés en un concierto de música clásica. Él estaba sentado a mi lado y era tan guapo... Desde ese instante mi vida ya no me perteneció, él consiguió mover los hilos a su antojo, convirtiéndome en alguien sin voluntad.

Lo que no imaginó mi ex marido fue la fortaleza que todavía anidaba en mi interior para hacer frente a su última jugarreta, ha pagado con creces los intereses de su desliz. El día en el que el juez dictó la sentencia de divorcio Andrés me amenazó públicamente antes de asestarme una bofetada que me tiró al suelo. Ese acto le costó la posibilidad de apelar con éxito y quedó registrado en sus antecedentes.

Desde entonces ha intentado contactar conmigo en muchísimas ocasiones, por eso acabé cambiándome el móvil. Suerte que no apareció el día en el que nos íbamos al aeropuerto, no creo que sepa donde estoy, es una alivio sentirme a salvo durante un tiempo. Tarde o temprano averiguará cuál es mi paradero y volverá a la carga, no es un hombre que acepte la derrota con estoicismo, más bien al contrario.

Mañana llega a la ciudad mi futuro compañero de piso, un misterioso amigo del marido de Cata que ha encontrado trabajo en un musical de Broadway como compositor. Es todo lo que sé acerca de él, mi amiga me aseguró que era una persona encantadora, que no me arrepentiría y que si nos poníamos en lo peor le echaba de casa y listos.

No me gustan las citas a ciegas ni estas encerronas, pero cuando Cata me sugirió la posibilidad de compartir piso con un conocido suyo no me lo pensé dos veces, incluso cuando ella insistió en que debía aceptar sus condiciones accedí sin analizar demasiado la situación. Ahora que quedan pocas horas para que sea una realidad me pregunto si hice bien. Quizás me precipité... ¿Y si es un tipo raro? ¿Y si no me acostumbro a tener un compañero de piso? ¿Y si es insoportable?... Uffff, si no dejo de hacerme estas preguntas me volveré loca.

Es viernes y acabo de terminar la última lección. Guardo mi instrumento en la funda, me lo cargo a la espalda y me despido de mis compañeros hasta el lunes. La inseguridad propia del momento me ahoga al salir a la calle.

Hace un calor insoportable.

Miro el reloj, en España son las once y media de la noche, una hora más que razonable para llamar a mi amiga, quien siempre trabaja hasta muy tarde. A medida que se acerca el momento de conocer a mi misterioso compañero de piso me siento más nerviosa.

Cata me contesta al cuarto timbrado con voz estresada.

—¡Tanto trabajo tienes! —exclamo con rapidez tras su saludo—. Seguro que encuentras un ratito para charlar con una amiga que está lejos...

—Una privilegiada, diría yo. —Puedo imaginarme su gesto en la distancia, con la boca torcida mientras niega con la cabeza—. Las hay que levantamos el país currando como unas posesas. Y luego están las que como tú consiguen una pasta indecente para pasarse el resto de su vida tocándose las narices y deciden largarse a vivir su sueño.

Realmente está atacada por los nervios. Siempre que habla así es porque tiene un caso difícil entre manos y no quiere perder. Suspiro, no es el momento de contestarle con una puya, a pesar de su tono airado. Conozco demasiado bien a Cata para entender que su enfado no va conmigo.

—Dime algo de mi compañero de piso —le suplico—. No sé si hice bien aceptando tu propuesta. ¿Y si no nos entendemos?

—¡Joder, Iris! No vas a casarte con él ni nada parecido. Te va a pagar ochocientos dólares al mes de alquiler y es un tío legal. ¡Dale una oportunidad!

—Es que las cosas no se hacen así... No es de cajón que me llames para decirme que tienes un candidato para ocupar mi segunda habitación y que tus condiciones sean que no haga preguntas. ¡Va a vivir conmigo!

—Tanto como vivir contigo... Trabajaré casi todo el día fuera de casa, incluidos muchos fines de semana. Tendrá su habitación y es un tío muy tranquilo. Estoy convencida de que os llevareis bien.

—Pero no le conozco...

—Ni peros ni leches, ahora ya es tarde para echarse atrás, así que le das una oportunidad y se terminó la discusión. —Inspira con fuerza, señal de que tiene trabajo—. Mañana hablamos, cuando le conozcas, ¿vale? Hoy estoy hasta arriba y me gustaría irme a dormir pronto.

Camino deprisa por la acera, sin detenerme en observar a los transeúntes. Quizás sea lo mejor, tener a alguien en casa y no sentirme tan sola en esta enorme ciudad. Es cosmopolita, con vivacidad, muchas personas y una ausencia total de amistades. Me irá bien compartir mi soledad con un recién llegado. Los jóvenes de Julliard son perfectos para no aburrirme entre lecciones y a la hora de comer, pero cuando llega el fin de semana tienen unos planes que no me apetecen lo más mínimo.

Me paro en el café de la esquina para comprarme un doble cappuccino con mucho azúcar, me apetece un trago dulce y amargo a la vez. Subo al apartamento con la idea de practicar un poquito más la partitura que ensayamos en clase. Para tocar perfecto es necesario pasarse muchas horas con el violonchelo.

El piso ocupa ochenta metros cuadrados bien distribuidos, con un inmenso salón que da a la terraza con fascinantes vistas de la ciudad y de Central Park. Vivo en la planta veinticinco de un rascacielos y es impresionante cómo distingo el *Skyline* de Manhattan al encaramarme a la barandilla de la terraza.

Soy aficionada a la lectura, al cine y a las series de televisión, sobre todo las que tienen un grado de glamour. Nueva York está presente en muchas de las novelas que devoro con fervor y no me acostumbro a pensar que durante unos años será mi hogar.

El piso está decorado con muebles modernos y funcionales que combinan el blanco y el negro. La cocina americana es de ensueño, con espaciosos armarios que, a parte de los colores predominantes de la casa, también se nutren de acero. Mi habitación es de una medida estándar. Tiene una ventana con vistas a la ciudad, una cama *king size* con una colcha gris clara, un armario empotrado que ocupa la pared de enfrente, un par de mesillas de noche lacadas en blanco y un pequeño tocador frente a un espejo. Tengo mi baño privado dentro del cuarto.

Abro el grifo para prepararme una bañera templada con sales y muchas burbujas. Mientras el agua la llena me desvisto lentamente y me voy a la cocina desnuda a prepararme un sándwich vegetal. Sé que me prometí a mí misma que empezaría la dieta el lunes pasado y que no lo he conseguido ni un día. Pero no quiero reprenderme ni sentirme culpable, ahora que Andrés no me da órdenes me siento libre para comer lo que se me antoja.

El lunes que viene volveré al redil de la comida sana...

Camino hacia el baño con el plato sujeto en una mano y el bocadillo en la otra. Lo mordisqueo con hambre. En la pila he dejado el vaso de café. Me miro un segundo al espejo de cuerpo entero que hay en un lado, he engordado varios kilos desde que no estoy casada, pero no me siento mal conmigo misma, estoy feliz de poder pasearme por mi casa desnuda sin que nadie me atosigue. Aunque mañana ya no será posible...

¿Quién será el desconocido? Tengo curiosidad. Cata no se hubiera atrevido a enviarme a un cualquiera... Bueno, eso espero. Dice que le da una oportunidad, pero no sé nada de él, ni siquiera su edad ni su nombre...

Enciendo el iPhone para que los altavoces reproduzcan una vez más la trillada colección de música clásica que me apasiona. Mozart, Bach, Vivaldi... Sus sinfonías me transportan a un lugar lejano, es como si a través de las notas consiguiera alejarme de mi vida para entrar en un plano superior.

Termino el sándwich en un par de mordiscos, bebo un par de sorbos del cappuccino y me meto en el agua acompañada por los acordes emocionantes de la quinta sinfonía de Beethoven. Me encantaría componer algo tan maravilloso que incluso muchos años después de escribirse siguiera tocando la fibra sensible de las personas que lo escuchan.

4

El avión aterriza en el aeropuerto internacional John F. Kennedy a las doce y cuarenta y cinco, hora local. André baja por el fingir desperezándose tras varias horas sentado en una butaca de clase turista, donde se sentía un poco encajonado. Su metro ochenta y cinco de estatura no cuadra con los asientos, es una pena no tener dinero para un billete de primera clase.

Camina por la terminal rumbo al control de aduanas. Los trámites para entrar en Estados Unidos suelen ser largos y pesados. En París tuvo que retrasar un poco su viaje para conseguir el visado. Saca el pasaporte, el papel que le han dado en el avión para rellenar y se felicita por la facilidad de aprender idiomas heredada de su padre.

El abuelo André solía alabar la habilidad de su mujer para hablar cualquier lengua en poco tiempo. Tanto su padre como él la han heredado. André nunca fue un gran estudiante, le interesaba más la música, pero destacaba siempre en los idiomas, por eso su padre lo apuntó desde pequeño a chino, alemán, inglés y español. Cuando era más joven conseguía dinero extra realizando traducciones.

En la larga cola frente al control de pasaportes repasa mentalmente los transportes que necesita para llegar a su nueva dirección. Cada minuto está más indeciso acerca de ir al apartamento. Tres semanas atrás, Gerardo, uno de los amigos que le quedan de su paso por la televisión catalana, le hizo una propuesta que no podía rechazar: un piso cerca de su nuevo empleo, con unas fotos inmejorables y a un precio de ganga por estar en medio de Manhattan. La única condición era que no podía saber nada acerca de la propietaria hasta conocerla en persona.

—¡Dale una oportunidad! —Esas fueron las palabras exactas de Gerardo cuando le llamó ayer antes de embarcar en el vuelo rumbo a Nueva York—. Ve al piso, vive una semana ahí y si no te convence te buscas otra cosa. Pero te aseguro que es una tía cojonuda y vale la pena conocerla a fondo...

—No será una encerrona para que me la tire, ¿no? —En ese momento André empezó a cuestionarse su decisión.

—¡Por quién me tomas! Es una compañera de piso.

Quizás la intención de su amigo es que se líe con la mujer misteriosa. Después de tantos años con Brigitte ya es hora de echar una cana al aire, pero evidentemente la posibilidad de compartir cama con la dueña del piso es algo inverosímil si quiere vivir con ella mucho tiempo. Y las fotos del apartamento son perfectas...

El agente de aduanas le hace unas cuantas preguntas de rigor mientras comprueba su pasaporte. Tres minutos después André camina rumbo a la cinta donde tarde o temprano saldrán las maletas. Se ha llevado una sola con un surtido de ropa para varias temporadas, para su nuevo trabajo le basta con algunos vaqueros, camisetas y jerséis cómodos. Por suerte el traje no es imprescindible a la hora de componer ni de tocar el piano en el teatro por las noches.

Su *Samsonite* roja aparece con bastante rapidez. La alcanza, la pone de pie en el suelo y levanta el asa metálica para arrastrarla con las ruedas destino al metro. Podría coger un taxi y ahorrar tiempo, pero quiere dilatar al máximo el inevitable encuentro con la misteriosa chica del piso.

No hay demasiada cola en el *airtrain* ni el vagón está lleno a rebosar como se imaginaba. Se sienta en el banco con la maleta enfrente. Se ha llevado las cartas del abuelo para leerlas con tranquilidad antes de regresar a París a pasar las Navidades con su familia. Tiene curiosidad por saber qué contienen. Es como si fueran una pequeña biografía inexplorada.

A sus padres no les ha parecido mal que se las llevara, le han animado a hacerlo, convencidos de la importancia de que alguien de la familia les dedique su tiempo. Quizás podría ordenarlas y escanearlas mientras averigua cosas acerca de su contenido. Debería haberlo hecho cuando se fue a Barcelona, pero a Brigitte no le pareció buena idea y le convenció para dejarlas en París.

Quizás en ellas se esconde una parte del pasado de su abuela... Solo ha leído unas cuantas esporádicamente, sin orden cronológico. Durante su estancia en Estados Unidos tiene intención de leerlas todas.

También se ha llevado la revista con la foto de Margorie Philips. Está guardada en su maleta de mano, custodiada por sus pertenencias más costosas: el portátil, la Tablet, un par de partituras buenísimas de Sergei Rachmaninov, su pianista y compositor favorito, y la libreta donde tiene sus ideas para componer obras más largas que un anuncio publicitario.

El trabajo que le han propuesto es un reto para él. Su facilidad para la música fue patente desde la niñez gracias a un oído espectacular, capaz de convertir los sonidos en notas frente a un piano. El abuelo André lo aleccionó durante años, enseñándole cómo acariciar las teclas para que transmitieran emociones.

Recuerda con nostalgia las tardes de domingo sentado frente al piano, con su abuelo al lado y las partituras deseosas de ser interpretadas por sus pequeños dedos. Aprendió a tocar antes que a leer, era algo que llevaba dentro y que le impulsaba a vivir por y para la música. Su madre siempre le reprochaba que no pusiera el mismo empeño en sus estudios que en el piano.

Quizás si hubiera seguido los consejos del abuelo... Quería que André trocara en una orquesta o que su carrera como solista avanzara hacia los grandes escenarios, dedicándose a dejar el público boquiabierto, como le hubiera gustado hacerlo él. Era un hombre con talento para la música, pero las circunstancias de la vida, unidas a la poca suerte, habían jugado mal sus cartas y él nunca consiguió destacar como un gran pianista. Por eso volcaba en su nieto sus propias ilusiones.

André tiene un don para transmitir emociones mientras acaricia las teclas con suavidad o bruscamente, interpretando alguna partitura de los grandes compositores. Cuando tenía diez años tocó en un auditorio lleno de personas entendidas que lo aclamaron con júbilo. En ese instante comprendió que su futuro no se hallaba frente a espectadores, sino a años luz, amparado por el anonimato que ofrecía componer. Aquel día, sentado al piano, sabiéndose observado por miles de ojos, no logró contener el nerviosismo que traspasó las fronteras de su cuerpo llenando la música de acordes inquietos, estresados y coloristas que entusiasmaron al público. Años después decidió estudiar imagen y sonido, dejar el piano y empezar

una nueva vida como compositor. El destino lo llevó a la agencia de publicidad donde conoció a Brigitte y ahora le concede la posibilidad de componer para obras de Broadway.

El teléfono emite una de sus conocidas melodías. La cara sonriente de su ex ocupa la pantalla con el recuerdo impertinente de un amor que se funde en las tinieblas. Antes de emprender su viaje a Nueva York ella ya intentó reconquistarlo un par de veces con llamadas melosas y promesas que probablemente se hubieran convertido en agua de borrajas a los pocos días. André aprieta los labios y suspira. No piensa contestar, ese capítulo debe cerrarse, aunque duela y las heridas todavía estén abiertas, no quiere pasarse el resto de la vida anclado a una relación que no va a ninguna parte.

Tras una hora y media de trayecto llega por fin al bloque donde le espera la misteriosa amiga de Gerardo. Arrastra su maleta *Samsonite* por el vestíbulo infundiéndose valor, quizás está loco por prestarse a semejante situación. ¿Y si ella es insufrible?

En el ascensor repasa mentalmente las palabras que ha ensayado para salir corriendo si algo se tuerce y mete la mano en el bolsillo para asegurarse de que tiene el papel con las señas de un hotel.

El descansillo del piso veinticinco es un lugar alegre, iluminado por una ventana estratégicamente situada. Hay cuatro puertas idénticas, dos a cada lado de un cuadrado perfecto con suelo de baldosa gris y paredes blancas. Llama el timbre del segundo mientras rota la cabeza y los hombros para destensarse.

—¿Quién hay? —le pregunta una voz femenina en inglés chapurreado.

—Soy el amigo de Gerardo —contesta él en perfecto español.

Ruido de una cadena, la puerta se abre... Los nervios invaden a André en los segundos previos a encontrarse frente a una mujer morena, de estatura media, vestida con unos vaqueros y una camiseta de tirantes, que intenta disimular un pecho generoso y algunos quilos de más, ojos marrones de cuencas redondas y largas pestañas.

—Pasa —le dice con timidez—. Me llamo Iris Prieto.

Dentro del piso se escuchan las primeras notas de la Sinfonía número nueve en Re menor, Opus ciento veinticinco Coral, de Ludwig V. Beethoven, una de las obras más importantes de la música clásica. Está interpretada por una orquesta maravillosa que a André le parece muy

apropiada para el momento. Entra tímidamente a un recibidor moderno con un perchero, una mesa de cristal y un espejo frente a la puerta.

—André Dupont —saluda alargando la mano—. Encantado de conocerte.

Se queda quieto frente al espejo, con la puerta cerrada a su espalda y la inseguridad de no saber qué hacer a continuación. Inspira una gran bocanada de aire y sigue los acordes con movimientos rítmicos del pie.

—¿Te gusta? —Iris enseguida nota la sensibilidad del chico por la música—. Beethoven tardó muchos años en acabar esta sinfonía. La idea surgió en 1793, cuando leyó la Oda de la Alegría de Shiller, pero no fue hasta 1812 cuando empezó a escribirla. Se estrenó el siete de mayo de 1824.

Iris camina hacia el pasillo, indicándole a su nuevo compañero de piso que la siga. Se la nota tensa, como si sus palabras en un tono demasiado rígido intentaran minimizar sus nervios. André se pone en marcha. Llegan a una habitación cuadrada con una decoración funcional que tiene mucha luz natural gracias a una ventana situada sobre una mesa de haya. La cama *King Size* ocupa una parte generosa del espacio, junto con dos mesillas de madera clara. No tiene dosel ni cabecero, sencillamente una estructura cuadrada con una funda nórdica en tonos grises claros y un montón de cojines superpuestos. El armario empotrado está en la pared de enfrente, las puertas son de la misma madera que el resto de la habitación.

—Es una de mis preferidas —titubea André—. Creo que Beethoven fue uno de los grandes. ¿Te gusta la música?

—He venido aquí a estudiar en Julliard. Toco el violonchelo. Creo que tú eres compositor, ¿no? Bueno, eso es lo que me dijo Cata, la mujer de Gerardo... ¿Tocas algún instrumento?

André asiente mientras coloca la maleta sobre la cama para empezar a deshacerla. La situación es extraña para él, le resulta incómodo hablar mientras se instala en un lugar que en ese instante le parece ajeno. Mira de refilón a Iris, no es una mujer de bandera, pero le resulta atractiva. Su manera de hablar, de pellizcar las sílabas y de emocionarse con la música muestran a una mujer altamente sensual.

—Se me da bien el piano —dice él, mientras coloca las primeras prendas en su nuevo armario—. De hecho creo que voy a echar mucho de menos no tener uno en casa. Aprendí a tocarlo antes que a hablar y nunca

he vivido en un lugar en el que faltara uno. —Suspira—. Bueno, supongo que me acostumbraré.

—¡No va a hacer falta! —Iris le guiña un ojo—. Ven, voy a enseñarte el salón.

Es extraño, ambos se comportan con demasiada naturalidad, como si fueran viejos amigos que acaban de reencontrarse. El salón les recibe con sus muebles cálidos y bien medidos. En un lado, junto a la librería lacada en blanco, hay un Steinway & Sons negro sin cola apoyado en la pared. André al verlo lanza un silbido de admiración y camina hasta sentarse en la banqueta frente a él.

—¡Es increíble! ¿Está afinado? —Levanta la tapa y acaricia las teclas con emoción—. Es una marca buenísima y parece súper nuevo.

Ella sonríe y se muerde el labio inferior.

—Lo compré al mudarme aquí —explica—. De pequeña tocaba el piano y al empezar mis estudios en Julliard decidí que quería volver a hacerlo, aunque mi instrumento principal siempre será el chelo. Toca algo para mí.

Camina hacia el iPhone para apagarlo. André se friega las yemas de los dedos para calentarlas, estira los brazos sobre la cabeza y posa las manos en las teclas. Toca un par de ellas para escuchar el sonido plácido de la música y cierra los ojos. Siempre le ha gustado que sea la melodía la que lo seduzca y no al revés.

Siente que las primeras notas cobran fuerza en su interior, demostrándole que el momento, la luz y el encuentro fortuito con una mujer a la que le apasiona tanto la música como a él requieren una sinfonía alegre y con garra, con una tonalidad alta y un ritmo intenso.

—Las Cuatro Estaciones de Vivaldi se escribieron para un violín —dice al iniciar la melodía—. Pero a mí me gusta darle vida en el piano. Empiezan con el concierto número uno en mi mayor, Opus ocho, RV doscientos sesenta y nueve, que hace referencia a la primavera.

Cuando se calla y se concentra en las notas siente en su interior cómo la sinfonía cobra vida entre sus dedos. Cierra los ojos y descubre cómo los cambios de ritmo le alejan de Nueva York para llevárselo a un mundo donde todo es posible.

Iris le escucha embelesada durante unos minutos. Esa manera de tocar... Parece cómo si la melodía se llenara de sentimiento y consiguiera elevar su espíritu a un lugar lejano e inalcanzable. Conmovida, rescata su

violonchelo de la funda que descansa al lado del sofá, se sienta en una silla y le acompaña.

Durante diez minutos la música se ocupa de llenar el silencio con palabras sordas, como si a través de los instrumentos ambos fueran capaces de transmitirse sus historias.

OceanofPDF.com

5

Acabo de permitir que André se vaya a su cuarto para que se instale con tranquilidad mientras intento descubrir cómo ha logrado tocar mi fibra sensible en pocos minutos. Su manera de tocar es increíble, me parece mentira que un talento así se desperdicie en un teatro de Broadway. Debería acompañarme como alumno de Julliard, tiene una sensibilidad especial que debe compartir con el resto del mundo.

Las lágrimas se ocupan de recordarme un instante preciso de mi pasado que deseo olvidar. Mientras las primeras notas de Las Cuatro Estaciones de Vivaldi invadían el salón de mi casa, tocándolas con ferviente determinación, mis sentimientos se han rebelado. Ha sido como si pudiera regresar a ese punto de inflexión en el que decidí abandonar un camino para emprender otro.

André es guapísimo. Mide cerca de un metro ochenta y cinco, es moreno, con unos enormes ojos azules de mirada profunda y un cuerpo perfectamente moldeado bajo la camiseta negra y los tejanos pitillo de color oscuro con talle a cadera. Apenas me he atrevido a preguntarle demasiado acerca de su vida, me ha conmovido tanto la pieza que hemos tocado juntos que al terminar me he quedado sin palabras. Él ha intuido mi estado porque sin mediar palabra se ha levantado y ha caminado hasta su cuarto donde ahora escucho ruidos de perchas, cajones, pasos...

El llanto me ha delatado. Debería dominar mis emociones, a veces son tan intensas que traspasan la barrera con la que intento contenerlas. Y esa sinfonía las desata con una fiereza implacable.

No tengo hambre ni sed, pero necesito llenar los minutos con alguna actividad física que no requiera demasiada concentración. Estoy en la cocina, preparando uno de aquellos bizcochos de yogurt de limón que

suelen acabar llenos de Nocilla en mi barriga. Otra vez estoy cocinando algo que evidentemente desestabilizará mi idea de adelgazar unos cuantos kilos. Pero la ocasión se lo merece.

Pongo el bizcocho en el horno, programo el reloj para que me avise media hora después y me dedico a limpiar los cacharros con la absurda sensación de que algo ha cambiado en mi interior. Hace un par de meses no hubiera aguantado la presión de tocar las notas de la sinfonía de Vivaldi, por suerte ahora solo ha conseguido arreciar la melancolía en mi interior.

—¡Qué bien huele! —Me sobresalto al escuchar la voz de André—. ¡*Oh là, là!* ¿Te he asustado?

Me seco las lágrimas con el delantal de cocina que llevo puesto, sorbo por la nariz y me giro. Compongo una sonrisa mientras niego con la cabeza.

—Estaba ensimismada y no te he oído llegar. ¿Eres francés?

—*Oui*. —Camina hacia la mesa de cristal que hay arrimada a la pared frente a mí—. De París, la ciudad del *amour*... —Me guiña un ojo—. Te doy un dólar por tu historia. ¿Por qué te has emocionado con la pieza de Las Cuatro Estaciones que he tocado?

Suspiro. Apenas le conozco, pero estoy cómoda a su lado, sus preguntas no me incomodan, más bien me invitan a desnudar mi alma ante él. Me saco el delantal, lo dejo sobre el mármol blanco y ocupo una silla junto a André.

—Hacía tiempo que no la tocaba, significó mucho para mí, un cambio de vida que nunca debí hacer... —Recuerdo ese instante de mi pasado con nitidez.

—Arrepentirse de decisiones pasadas no sirve de nada. Es mejor mirar hacia delante y cambiar nuestra manera de vivir a partir del momento en el que nos damos cuenta del error. —Tiene una preciosa sonrisa que le ilumina los ojos—. ¿Sabes? Siempre hay una parte positiva en lo vivido, aunque a veces no la vemos a simple vista.

—No creo que tirar siete años a la basura tenga algo positivo, la verdad. —Imprimo demasiado resentimiento en mis palabras—. Me enamoré de la persona equivocada y si no llega a sacarme de casa seguiría a su lado. Soy una estúpida.

Miro al suelo para que no vea la aparición de nuevas lágrimas. Él me seca una con la yema del dedo, me levanta la barbilla y asiente.

—Mal de amores. Sé muy bien qué es eso. —Suspira—. Por suerte yo me he dado cuenta a tiempo de que mi relación con Brigitte no iba a ninguna parte y he decidido emprender un viaje en busca de algo que quizás no exista. Vamos, cuéntame qué pasó, tengo muchísima curiosidad de saber qué pinta Vivaldi en tu desgracia.

—Hace ocho años tenía una beca para venir aquí, sabía qué quería de la vida y los sacrificios que estaba dispuesta a hacer, pero no contaba con la aparición de Andrés, fue algo totalmente impredecible.

Me anima a continuar con un gesto silencioso. Hace tiempo que guardo el pasado bajo llave, quizás por eso me siento tentada a contarle detalles del día en el conocí a mi ex marido. Yo tenía veinte años recién cumplidos y un verano maravilloso por delante para despedirme de mi familia. A punto de cumplir mi sueño, no pensaba que nada pudiera hacerme cambiar de idea de la noche a la mañana. Era principios de julio, hacía mucho calor en Barcelona, pero mis padres no tenían vacaciones y yo quería pasar cualquier minuto libre con ellos, con Luna, con Cata y nuestro grupo antes de partir rumbo a Nueva York, por eso me compré entradas para acudir a un ciclo de música clásica en el Gran Teatre del Liceu de Barcelona, que duraba todo el mes.

—Yo era la friki del grupo —le cuento con nostalgia—. Cuando les confesaba que tenía un concierto por la noche mis amigos flipaban, por eso iba sola. Las entradas que compré siempre eran en una misma localidad, justo al lado de un tío guapísimo. Era moreno, de ojos claros, bien vestido... Para ir a esos conciertos nos solíamos arreglar. Los primeros entreactos nos saludamos, pero al tercer día empezamos a hablar y a descubrir que teníamos muchas cosas en común.

Lo que no le cuento es el bombeo de sangre inusual en cada encuentro, las horas enteras que me pasaba anhelando el próximo concierto y el miedo a que la temporada se acabara. A pesar de la considerable diferencia de edad, Andrés era perfecto para mí, de gustos similares, con una sensibilidad especial para la música, una posición envidiable en la vida, soltero... Me pasaba las noches despierta pensando en él como una adolescente enamorada, contaba las horas para regresar al Liceu y me preparaba temas para conversar con él.

—Una cosa llevó a la otra —le explico—. En el octavo concierto me invitó a cenar algo en la cafetería que había cerca de la sala, hacían unos

bocadillos buenísimos. Nos lo pasamos tan bien que llegamos a las tantas a casa, después de tomar un par de copas en la terraza de un hotel de las Ramblas.

—Supongo que acabasteis liados, ¿no? —pregunta con la mirada curiosa.

—Casados, más bien. —Sonrío con amargura—. Fui una auténtica idiota. Después de esa primera cena empezamos a salir por la ciudad, a pasar algún fin de semana juntos en la Costa Brava y a intimar. Ya no me importaba alejarme de mi familia ni de mis amigos, mi mundo giraba únicamente alrededor de Andrés.

Me pasé el mes de julio pegada literalmente a él, sin conseguir deshacerme de la sensación de que si nos alejábamos no estaría completa. Ahora me doy cuenta de que me manipuló, cada una de sus palabras y de sus propuestas tenía el único fin de conseguirme. Sé que me quería, que se casó enamorado, sus actos le retratan, pero su manera posesiva de querer no es lo que esperaba y al final me destrozó.

—¿Y Las Cuatro Estaciones? Todavía no entiendo por qué te afecta tanto escuchar una parte de esta sinfonía.

—Era el tema del último concierto del ciclo, uno que marcaba el inicio de mis vacaciones familiares y el adiós definitivo con Andrés. Mis padres alquilaron una casa en el sur de Italia todo el mes de agosto, teníamos previsto pasarlo visitando ciudades, tostándonos al sol en las playas... —Me muerdo el labio superior—. ¡Era un plan magnífico!

—Que acabó mal, ¿no?

—Fui al último concierto con mucha tristeza. Por un lado sabía que Julliard era mi destino, pero separarme de Andrés... Nos habíamos hecho promesas de enamorados, Nueva York no estaba cerca, pero podíamos escribirnos emails, seguirnos la pista, llamarnos y vernos una vez al mes. Él tenía dinero suficiente para pagarse el viaje.

Recuerdo con una mezcla de emociones agridulces ese último concierto, Las Cuatro Estaciones de Vivaldi interpretadas por un grupo sinfónico impecable. Me compré un vestido rojo de seda con escote pronunciado, unas sandalias negras con brillantitos y un bolso a juego para estar perfecta. Andrés quería que saliéramos a tomar algo después y había prometido llevarme a un sitio elegante.

—Cuando se apagaron las luces y sonaron los primeros acordes Andrés me cogió la mano y depositó un paquete en ella. Era pequeño, envuelto en papel dorado y con un lazo rojo. Le miré con sorpresa, pero él fingió estar absorto en la música. Lo abrí con rapidez, dentro había una sortija de compromiso con unos brillantes enormes y una nota escrita con tinta fosforescente que se veía en la oscuridad. Ponía: «¿quieres casarte conmigo?».

Fue una declaración muy romántica con la música de fondo... Le miré un segundo y descubrí que él se proponía darme tiempo para pensar en su oferta. En mi interior se sucedieron varias emociones, quería decir sí, empezar una vida a su lado, pero abandonar la idea de Julliard me desestabilizaba un poco, había luchado tanto para llegar a sus puertas...

—¿Cuánto tardaste en aceptar? —me pregunta André ansioso.

—Unos minutos. Sabía que ese sí significaba quedarme en Barcelona, por eso acepté con lágrimas. Jajajajaja, debes pensar que soy una llorica...

El reloj emite un sonido para avisarme de que ya ha pasado la media hora reglamentaria para que el bizcocho se hornee. Me levanto, cojo un palo de los que se utilizan para la fondee, abro el horno y pincho el pastel para constatar que está en su punto. Con unas manoplas de silicona lo saco y lo coloco sobre la vitocerámica para que se enfríe.

—Lo dejaste todo, te casaste y no salió bien. —André se acerca—. Pero seguro que sacaste algo positivo de tu matrimonio.

—¡Una abultada cuenta corriente! —exclamo con un deje de sarcasmo—. Y un retraso de ocho años en mi plan de futuro.

—¿Tienes un poco de vino? Podríamos tomarlo en el salón para acompañar al bizcocho, ¿no crees?

Asiento. Me apetece tomar una copa de vino sentada en el sofá mientras le interrogo acerca de su vida. Me parece increíble que acabe de contarle tanto de mi pasado. Incluso ahora estoy explicándole la clase de matrimonio que tuve.

En menos de diez minutos estamos en el salón, con una botella de vino blanco de California y dos copas. Estoy tan cómoda que me saco los zapatos y subo los pies al sofá. Él se acomoda en su lado y también se descalza.

—Te has librado de un capullo. —me dice al final—. Y por suerte has quedado arregladita. ¡Mira la parte positiva! Ahora puedes disfrutar de tus

años en Julliard sin los agobios de la pasta, así que brindemos por el dinero de Andrés.

Desmoldo el pastel, lo coloco sobre un plato, corto un trozo generoso y se lo ofrezco a André.

—Cuidado, está muy caliente y te puede sentar mal. —Me preparo uno para mí y cojo el pote de Nocilla—. El azúcar va perfecto para las penas.

Nos reímos. Me siento cómoda a su lado, parece un hombre fácil, de aquellos con los que puedes hablar sin miedo acerca de tus sentimientos, o como mínimo es lo que me parece. Unto con una cantidad indecente de chocolate un poco de mi bizcocho y me lo como ensuciándome los dedos y la cara. Él me limpia con una servilleta y me imita.

—¡Vamos a comernos los malos rollos!

6

Las horas de la tarde pasan con rapidez. André le cuenta a Iris la historia de su vida, su pasión infantil por el piano, la aversión a tocar ante el público, su decisión de apuntarse a estudiar imagen y sonido en la juventud, lo que le llena componer canciones de cualquier índole y la relación truncada con Brigitte.

A medida que relata el pasado, André se da cuenta de lo mucho que ha vivido y de la intensidad con la que lo recuerda. Ella le anima con palabras certeras, le mira con aquellos ojos marrones con motas anaranjadas que le producen una sensación especial. La expresión animosa de Iris, su sonrisa en los momentos agradables de la narración, el gesto de morderse el labio inferior justo antes de lanzarse a una pregunta incómoda...

El abuelo André fue un pilar en la vida de su nieto. Sin él no sería el mismo ni tendría la pasión por la música que ahora dirige sus días. Su infancia fue feliz, acompañado por unos padres que le mostraban cariño y amor, arropado por los acordes en cada instante, en compañía de muchos amigos, con la firme decisión de vivir por y para la música.

Quizás la adolescencia fue su peor época, una en la que renegó de aquello que siempre había querido. Abandonó la idea de convertirse en un famoso concertista para abrazar la música moderna, cambió los acordes de las sinfonías clásicas por composiciones de pop, de rock o de música discotequera.

Tenía miedo escénico, o como mínimo es lo que le dijeron sus padres tras el primer concierto frente a una multitud. Minutos antes de la actuación se puso a llorar desconsolado, con un tembleque inusual en el cuerpo y la sensación de que no conseguiría tocar ni una nota. Pero cuando salió al escenario y acarició las teclas la música se apoderó de él. Esa comunión entre el piano y André consiguió emocionar al público. Pero al terminar él volvió a llenarse de ansiedad, como si no hubiera conseguido transmitir nada con su arte. Acabó vomitando, con dolor de cabeza y una llorera nerviosa.

Ese día marcó un punto de inflexión. En los tres conciertos posteriores intentó dominar sus nervios sin éxito, hasta que de repente comprendió que no quería tocar delante de la gente si no conseguía disfrutarlo. La música debía ser algo emocionante con lo que sentirse feliz, no una tortura que disparaba su mal humor.

Abandonó definitivamente el camino de concertista a los doce años y emprendió uno nuevo, el de componer. Durante su adolescencia se dedicó a crear música de distintos estilos, buscando tonadas pegadizas que tocaba en casa y en cualquier ocasión con los amigos. Le enseña a Iris las libretas raídas de entonces, llenas de partituras. Las acaricia con ternura, como si fueran un pequeño tesoro para él.

Estudió imagen y sonido mientras trabajaba para una agencia de publicidad como chico para todo. Sus padres pensaban que era importante que se pagara sus gastos y aprendiera lo dura que es la vida.

Una tarde, cuando pensaba que no quedaba nadie, se sentó en el piano que había en la sala de música y que el creativo utilizaba para preparar las melodías que presentaban a los clientes. Un par de horas antes lo había escuchado buscar un estribillo para un anuncio de comida para perros. No tardó en inventarse una con garra y en cantarla a viva voz. Los aplausos al final lo descolocaron, el corazón empezó a latirle con fuerza y las manos le sudaron. En la puerta se encontró con la dueña de la agencia, Juliette Libert, una mujer con un carácter difícil, exigente y con fama de perfeccionista. André se levantó rápidamente del piano y se disculpó, tenía miedo de que le despidieran, pero Juliette supo apreciar su talento, le ofreció un empleo y así André acabó componiendo música para anuncios de televisión y de radio.

Conocer a Brigitte a los veinticinco años, cuando ya había terminado sus estudios y compaginaba el trabajo en la agencia con otros esporádicos de sonorización de juegos de ordenador, cambió su percepción de la vida. En sus años de ligues esporádicos, de salidas con amigos y de una vida juerguista y disoluta, jamás había conocido a alguien con esa vitalidad. Brigitte era una mujer independiente, con las ideas muy claras, una ambición desmedida y que no tenía miedo de batallar por lo que quería.

Se enamoraron enseguida, con una pasión loca que les mantenía cautivos los fines de semana. Salieron durante tres años antes de que a ella le ofrecieran el trabajo en Barcelona. Y André la siguió con la sensación de

que era la mujer de su vida. Sin embargo ella no quería lo mismo. Mientras las juergas y la falta de compromiso importante fueron el motor de su relación no hubo problemas, pero cuando André le pidió matrimonio empezaron a distanciarse. Ella le dijo que era demasiado pronto. A partir de ese instante ya no se pasaba las noches abrazada a él ni iban al cine o al teatro como antes. Las peleas substituyeron a las caricias, los gritos y los reproches se instalaron en su piso y al final André hizo las maletas y se marchó.

—Somos completamente distintos —admite al final—. Ella quiere pasárselo bien, salir por ahí, tener muchos amigos y triunfar en su carrera. En cambio yo esperaba que formáramos una familia pronto, que volviéramos a París para tener una vida más tranquila y salir algunas veces nosotros solos.

—¡Es un buen plan! Cualquiera lo querría...

—Brigitte no. Por eso me volví a casa y busqué la manera de venir a Nueva York. Aunque ella no para de llamarme para que vuelva a Barcelona. —Inspira con tristeza—. Cuando le pedí que se casara conmigo cambió, fue como si tuviera miedo de que yo insistiera.

El bizcocho ha menguado a la mitad. André se sirve una nueva copa de vino y descubre que la botella se ha terminado.

—¿Por qué elegiste Nueva York? —Iris niega con la cabeza cuando él insinúa que abran otra—. Parece que quisieras poner quilómetros de distancia...

—Quiero investigar algo que lleva años rondándome por la cabeza. —Mira un segundo por la ventana mientras encuentra el valor para contárselo—. Mi abuelo murió de un ataque al corazón hace cuatro años y medio, tras ver una foto en una revista de cotilleos y asegurar que mi abuela está viva. Yo sé que eso es imposible, que ella murió hace muchísimos años, pero quiero asegurarme.

Iris le mira con curiosidad mientras André desgrana los últimos momentos de vida de su abuelo y los recuerdos de un amor truncado por la desgracia.

—¡Qué romántico! —Iris reprime un par de lágrimas de emoción, es demasiado sensiblera para no llorar ante una historia de amor tan intensa como la que vivieron los abuelos de André—. Tu abuelo la quiso hasta el

día en el que murió, incluso su última palabra fue para ella. Es precioso, ¡ojalá alguien me quiera así algún día!

—Nunca la olvidó. Sé que tuvo amigas, mi abuelo era guapísimo de joven y sería absurdo pensar que nunca más se lió con mujeres, ¡no era un estrecho! Pero guardó su memoria hasta el último día, no se juntó con nadie, solo tenía relaciones esporádicas. La verdad es que no entiendo cómo se puede querer así...

André siente una punzada de tristeza al enfrentarse de nuevo a la pérdida de su abuelo. No se perdona los años pasados en Barcelona, la inactividad a la hora de asegurarse de que Marguerite Dupont está muerta y enterrada en aquel cementerio de París donde su abuelo peregrinaba una vez al mes para leerle la carta que había escrito y cuidar las flores del nicho.

—¿Y si está viva? —pregunta Iris de golpe, con una inflexión dura en la voz—. Puede que tu abuelo se haya pasado la vida queriendo a alguien que le abandonó. Sería horrible descubrir algo así.

—Llevo tiempo dándole vueltas y creo que es importante averiguarlo. Como mínimo, si Margaret Philips es mi abuela sabré por qué se largó. Si es cierto ha de haber una explicación, me niego a pensar que todo fuera una mentira.

Se levanta y camina hasta su cuarto para rescatar las cajas donde ha acomodado las cartas de su abuelo. Iris le sigue a corta distancia, observando sus pasos.

—Aquí hay ochocientas doce cartas. —André le muestra varios fajos de sobres amarillentos, ordenados dentro de tres cajas—. Es increíble, pero mi abuelo se lo contaba todo. De pequeño le acompañaba muchos meses al cementerio y le escuchaba leerlas en voz alta. Sin embargo nunca las he leído todas y es posible que contengan pistas importantes sobre mi abuela, ¿no crees?

Esos momentos los recordará siempre, la manera en la que su abuelo se emocionaba mientras pronunciaba cada palabra escrita en la soledad de su casa por las noches, la suavidad con la que le contaba a él las historias de su juventud y su forma de mantener viva la llama de su amor condenado.

—Suenan interesantes... ¿Podemos leer alguna?

—Las he traído para eso. —Regresan al salón y ocupan de nuevo su sitio en el sofá—. Me gustaría digitalizarlas para hacer un libro, sé que a mi padre le encantaría tenerlo. ¡Aquí se esconde la historia de una vida!

Quizás se ha achispado un poco con el vino, porque ahora que tiene a Iris cerca le parece la mujer más excitante de la Tierra. Sus ojos brillan entusiasmados ante la idea de leer unas cartas antiguas, sonrío de una manera especial, como si sus labios consiguieran emitir destellos de emoción, y el escote parece empeñado en mostrar el inicio de unos pechos redondos y bien colocados.

André se reprende mentalmente por los pensamientos que le despierta ese cuerpo tan sensual. Quizás Iris tiene unos quilos de más y no es un bellezón de revista, pero su manera de hablar, sus gestos y sus miradas le despiertan unos deseos irrefrenables de besarla.

Niega con la cabeza para obligarse a desviar ese deseo, no puede liarse con la casera, sería tirarse piedras contra su tejado. Pero está tan buena...

—¿Cómo piensas investigar a Margaret Philips? Es una tía rica, seguro que está rodeada de guardaespaldas todo el día. Además, ¡debe tener un montón de años!

—Noventa y siete. —André se levanta y busca con la mirada algún tipo de botella alcohólica para acabar de entonarse, tener a Iris tan cerca le excita demasiado—. Soy un imbécil, me fui a Barcelona siguiendo a Brigitte como un puto perro en celo y me olvidé de venir aquí. ¡Suerte que Margaret tiene una salud de hierro! No me hubiera perdonado nunca no llegar a tiempo...

—¿Qué buscas?

—Algo un poco más fuerte que el vino. ¿Tienes ginebra y tónica? Hago unos Gin-tonics que te cagas de buenos.

Iris se levanta con una sonrisa, ella también tiene ganas de tomarse un combinado. Le guía hasta la cocina, donde le muestra un armario con una botella de Hendrix, otra de Whisky, otra de Ron, un par de Bailey's y una última de Vodka.

—En la nevera hay tónicas, coca-colas y cervezas. —Tuerce la cara en un gesto entre vergonzoso y travieso—. ¡Tengo ganas de probar ese Gin-Tonic!

—Me alucina que tengas este arsenal de bebidas alcohólicas. —André señala el armario—. Pensaba que eras una tía sana... ¡Para tocar el violonchelo has de estar serena!

Ella le mira zalamera, mordiéndose el labio inferior en una mueca pícara.

—Una cosa no está reñida con la otra, ¿no? Esta ciudad es muy triste si estás sola, y con los compañeros de clase no puedo quedar, les saco demasiados años. Así que tenía pensado emborracharme algún fin de semana o si una noche me sentía poco acompañada. Es un buen plan...

—¡Vale! ¡Me apunto! Podemos empezar con los Gin-tonics y ver dónde nos conduce la tarde.

André busca en los armarios un par de copas de balón con una excitación propia del momento. Iris le despierta la libido con sus movimientos sensuales mientras le ayuda picando hielo sobre la encimera de mármol. Es preciosa, con un *sex appel* felino que le atrapa. Intenta no mirarla demasiadas veces para guardar bajo llave sus sensaciones, pero ella lo atrae como si fuera un imán.

Con las copas en la mano se acerca por detrás y observa su culo enfundado en unos vaqueros ceñidos que realzan esa parte de anatomía. Reprime un gemido y empieza a preparar el combinado. Unos cuantos hielos, un poco de ginebra, unos granos de pimienta, la tónica y listo.

—Aquí tienes. —Le ofrece una de las copas a Iris, quien ha limpiado la encimera y ha vuelto a rellenar la hielera antes de guardarla en el congelador—. ¿Brindamos?

El sonido del cristal les arranca unas cuantas carcajadas nerviosas, como si ambos estuvieran inquietos con la situación.

—¡Buenísimo! —Iris se relame los labios tras darle un largo sorbo al combinado—. Me encanta ese toque amargo... ¡Eres un genio!

—A sus pies, señora.

Están en la cocina, frente a la isla que hay justo en el centro, con sus copas en alto, mirándose con el reconocimiento fugaz de un deseo compartido. André no se atreve a moverse para no romper la magia del momento, Iris apenas logra dominar sus emociones disparadas. Se muerde el labio inferior solo por el borde derecho y suspira.

—¿Puedo leer alguna carta de tu abuelo? —Dice al fin—. Me parece que su historia es súper interesante.

—Espero que sepas francés... —Él habla con un tono de voz bajito, como si se resistiera a abandonar la cocina para volver al salón.

7

No sé qué me pasa, cada vez que le miro es como si el suelo se hundiera bajo mis pies y me engullera con un fuego extraño. Deseo besarlo, tocarlo, sentirlo... Ahora mismo me lanzaría sin pensármelo a sus brazos, le arrancaría la ropa y desataría un instinto animal que me acabo de dar cuenta que poseo.

Su manera de tocar el piano ha sido determinante para que mis sentimientos se dispararan, su música emana una atracción que me lleva a un estado de excitación impropio de la ocasión, tiene alma, es como si hablara a través de las notas, como si me insinuara el deseo que le acompaña desde que ha atravesado el portal del apartamento.

Si continúo de pie en medio de la cocina, viéndolo hablar tan cerca de mí, no conseguiré controlarme, y acabo de conocerlo, será mi compañero de piso, el hombre que me va a pagar una buena cantidad de dinero para utilizar la habitación que me sobra. Quizás es hora de regresar al salón para leer las cartas de su abuelo y poner algo de distancia entre nosotros, pensar en otra cosa me vendrá bien. Seguro que el vino me ha desinhibido, no es normal que anhele meterme en su cama con esta pasión arrebatadora.

—Podrías traducirme alguna carta, ¿no? —Necesito moverme y salir de aquí o acabaré cometiendo una locura—. Vamos al salón, allí estaremos más cómodos.

Camino con rapidez, como si con mis pasos acelerados pudiera reprimir el deseo. El brillo de sus ojos, la manera en la que gesticula mientras me cuenta instantes del pasado, el cuerpo perfecto que se intuye bajo la camiseta y los pantalones, esa manera de hablar tan suave y sensual... Bebo un par de sorbos largos de Gin-tonic para que me ayuden a relajar mi libido.

La luz del sol entra a raudales por la ventana y crea unas barras de luz horizontal tras los sofás, donde se arremolinan motas de polvo. Inspiro con fuerza, en un intento de dominarme, desde que mi marido me abandonó no me había tentado otro hombre, es la primera vez que pienso en desnudar a alguien con este ímpetu. Y mis experiencias sexuales nunca han traspasado la frontera de lo convencional, sin esta excitación extrema que me quema en la cara y en mis partes íntimas.

André se acerca a la mesa del comedor, donde antes ha dejado la caja llena de cartas manuscritas que relatan una vida. Es extraño verle tratarlas con mimo, casi parece que le duele acariciarlas. Quizás le recuerdan demasiado a su abuelo, habla de él con tanto cariño...

—Aquí tengo la primera que escribió. —La sostiene entre los dedos como si fuera un pequeño tesoro—. Escribía bien, el puñetero.

La carta está amarillenta, dentro de un sobre al que el paso del tiempo ha castigado sin remedio. Lo abre con suavidad, como si fuera un cirujano cosiendo una herida quirúrgica. Desdobla la lámina de papel y sonríe con nostalgia mientras acaricia las letras con los ojos.

—¿Llevan la fecha? —pregunto para decir algo y devolverle al presente.

—Veinte de marzo de mil novecientos cuarenta y dos, justo un mes después de que mi abuela volara por los aires. —Avanza hasta sentarse en el sofá a mi lado—. No tiene sentido que destruyeran su casa, los nazis interrogaban a los miembros de la Resistencia, nunca he entendido por qué no arrestaron a mis abuelos en vez de cargárselos. Por eso pienso que hay algo más, una explicación coherente a lo que sucedió.

—La verdad es que no deja de ser curiosa la manera en la que actuaron, pero los nazis cometieron muchas locuras, André, y es muy difícil explicar las razones que les impulsaban a actuar de una manera determinada. —Sus ojos están húmedos, como si revivir esas historias le removiera sentimientos enterrados—. ¿Tienes alguna teoría de cómo sobrevivió tu abuela? Porque en el fondo estás convencido de que Margaret Philips es tu abuela, ¿verdad?

Sus ojos muestran esperanza mezclada con tristeza, como si le diera miedo que sus suposiciones pudieran ser ciertas. Se frota la cara con las dos manos y me sonríe, con una expresión tan tierna. Reprimo un gemido cuando cambia de posición en el sofá y me roza un segundo con sus

rodillas. Siento su tacto cercano, como una cálida exaltación de mis sentidos.

—Quizás es una tontería —admite con timidez—. Por un lado si es mi abuela me dolerá por los años de ausencia y las mentiras, pero por el otro... ¿Te imaginas? Podría leerle las cartas, pedirle una explicación y abrazarla. Me encantaría ir a la tumba de mi abuelo a contarle una noticia tan impactante.

—Sería un puntazo.

—No me saco de la cabeza que quizás pasó algo, ¿es posible que pensara que mi padre y mi abuelo estaban dentro de la casa y que ella se escondiera? —Otra vez se le enciende la mirada—. Tiene sentido, y podría explicar muchas cosas.

Presiento que necesita una historia para explicar tanto dolor. Bebo un trago largo de Gin-tonic para evitar que mi cuerpo me traicione. A cada segundo estoy más excitada, como si su mera presencia disparara un deseo imposible de aplacar sin el contacto físico. Estoy un poco ebria, quizás veo demasiadas cosas en la situación.

No, decididamente quiero meterme en su cama, un revolcón épico con él, uno de aquellos que luego recuerdas con una sonrisa de satisfacción.

André espera una respuesta. No puedo lanzarme a sus brazos sin más, ¿y si él no quiere lo mismo? Aprieto los puños y me obligo a centrarme en nuestra conversación, dejando a un lado que ese cuerpo de Adonis me llama en la cercanía.

—Es una hipótesis creíble —le digo en un tono meloso—. Deberíamos investigar un poco acerca de ella, a ver si es posible que fuera de origen francés.

—No hace falta... —me contesta guiñándome el ojo—. Hice los deberes en París. Es desconcertante la falta de datos acerca de Margaret que se tienen. Poco antes de terminar la guerra se casó con Charles Philips, un magante financiero que le sacaba diez años. Se conocieron en el treinta y cinco, cuando ella estudiaba música en Julliard. He leído un par de notas de sociedad de la época donde se la nombraba, pero llevaron su relación en secreto y no hay fotos de los dos. Salieron juntos casi dos años.

—Tardaron mucho en casarse, ¿no crees? —Me he terminado la copa, la dejo sobre la mesa y le miro mordiéndome el labio inferior, apenas logro contener el deseo—. Estaría bien saber qué hizo Margaret ente el treinta y

seis y el cuarenta y cinco. Quizás volvió a su casa y se encontraron más tarde.

—Charles era un playboy cuando la conoció, el típico cabrón que se va con la primera que se le pone a tiro. —André se levanta, coge las copas y camina hacia la cocina—. ¿Seguimos con los Gin-tonics o cambiamos?

No creo que sea prudente beber más, pero si no lo hago acabaré dejándome llevar por mis anhelos. No puedo contener la efervescencia de mis sentidos, es como si su presencia fuera suficiente para arreciar una necesidad animal de besarlo.

—Gin-Tonic —contesto en un suspiro—. Flojito, por favor. Es demasiado alcohol para mí, si sigo así acabaré roncando en el sofá.

—Me encantaría oírte roncar...

Cuando me deja sola camino hacia el iPhone para poner algo de música que me ayude a relajarme. Aunque estoy convencida de que para calmar mi sed debería desnudarle con cuatro movimientos furiosos.

¡Joder! ¿Desde cuando tengo este tipo de pensamientos? Acostumbro a ser recatada... Pero desde que André ha aparecido parezco una gata en celo. ¡Si incluso me he planteado cambiarme la camiseta por una medio transparente! Demasiados años con el mismo hombre me han trastornado, seguro.

Busco mi colección de música de chicas, la que solíamos escuchar Luna y yo y que me alejaba por unas horas de los clásicos, mi hermana pensaba que era importante abrirme a otros estilos si quería prosperar. Quizás con un poco de ritmo mis pulsaciones vuelvan a la normalidad... Cada vez que cierro los ojos le veo desnudo sobre mi cama, me lo imagino con unos abdominales perfectos, bronceado, con unas gotas de sudor en el cuello y una sonrisa que derretiría los polos...

Me decanto por un clásico, *Boig per Tu*, una canción que mi hermana solía ponerme cuando era jovencita y que acabó convirtiéndose en una de mis preferidas fuera del universo de la música clásica. Ahora Shakira ha sacado un hit cantándola, pero yo prefiero la original, la del grupo Sau. Es una pena que el vocalista, Carles Sabater, falleciera a los treinta y seis años. Quizás esa trágica muerte consiguió que este *single* traspasara la frontera de los años de una manera tan especial.

—¿Qué escuchas? —me pregunta André desde la cocina, donde se oye el tintineo del hielo en el cristal—. ¿Es catalán?

—Sí, se llama *Boig per Tu*, Loco por ti en castellano.

—Un título muy sugerente... ¿Me la traduces?

—Sé muy bien que desde este bar yo no puedo llegar donde estás tú, pero dentro de mi copa veo reflejada tu luz, me la beberé, servil y acabado, loco por ti...

Aparece en el marco de la puerta con las dos copas de balón llenas de nuevo. Sus labios se curvan en una sonrisa tan sexy que dispara de nuevo mi imaginación.

—¡Servil y acabado, loco por ti! —se carcajea—. ¡Increíble! ¿Se puede querer así?

—Tu abuelo se pasó la vida enamorado de una única mujer, ¿no? —Cojo el combinado que me ofrece, bebo un sorbo y suspiro—. Antes de Andrés pensaba que el amor era algo idílico, como si al conocer a la persona adecuada las piezas acabaran de encajar y luego el camino fuera fácil, ahora creo que no puedes cegarte y perder el norte como hice yo. Fui una estúpida, renuncié a mis sueños por un hombre que no se merecía ni un minuto de mi tiempo.

¿Por qué le estoy contando esto? Ufff, debería parar de beber, está claro que el alcohol habla por mí. No suelo desnudar así mi alma con los demás, y menos con un desconocido. Acerca su dedo a mi labio, es como si me acabara de hundir tres metros en el sofá, respiro aceleradamente al sentir el tacto de su dedo.

—Tenías una gota —se disculpa al darse cuenta de que me ha acariciado—. Está genial esta canción. ¿Qué más dice?

—Cuando no estés por la mañana las lágrimas se perderán entre la lluvia que caerá hoy. Me quedaré atrapado, ebrio de esta luz, servil y acabado, loco por ti. —El corazón se me acelera al sentir cómo sus ojos me recorren con deseo—. Cuando la escuché por primera vez pensaba que era una canción de amor de las de siempre, luego descubrí que le cantaban a la luna.

Deja su copa sobre la mesa de centro, me coloca un mechón de pelo tras la oreja y pasea su dedo por mi mejilla con una sensualidad que me arranca un gemido involuntario.

—A la luna... —murmura con un hilo de voz—. ¿Quién le canta a la luna teniendo una mujer delante?

Me sonrío. Yo me humedezco los labios en claro gesto de invitación. Su mano desciende hasta el cuello, se me eriza el vello del cuerpo al sentir su caricia y me enciendo.

—La letra es perfecta.

—Eres preciosa —susurra pasando las yemas de sus dedos por el tirante derecho de mi camiseta.

Suspiro, con mi cuerpo preso de un anhelo imposible de detener. André me besa, primero con timidez, luego con una ferocidad intensa, como si quisiera devorarme. Mi cuerpo se arquea de placer al sentir sus dedos recorrerme la espalda con ansia. Me desabrocha el sujetador para acariciarme los pechos, excitándome cada vez más. El tiempo se detiene, mis pensamientos se quedan enredados en el limbo del ahora, en desnudarle, acariciarle, permitirle que entre dentro de mí.

Le saco la camiseta, intentando que no se detengan los besos ansiosos, y paseo mis manos por su torso desnudo. La piel está caliente y muestra unos músculos bien trabajados. André baja la boca hacia el cuello, siento su aliento cerca de la oreja y mi respiración parece a punto de saturarse, mi interior quema, arde de deseo y pasión. Gimo en el momento en el que pasea su lengua por el cuello. Le atraigo hacia mí desabrochándole los pantalones con ansia. Él me mordisquea el lóbulo de la oreja, despertando nuevos suspiros de placer. Sus manos me recorren el vientre con caricias que aumentan las cosquillas inquietantes en mi cuerpo.

Busco sus labios para mordisquearlos. Él jadea. Siento que mi interior está en ebullición, parece un volcán a punto de explotar. Sus manos me acarician el muslo tras desabrocharme los vaqueros, están cálidas y me producen un hormigueo de excitación. Me bajo los tejanos con un par de movimientos de cadera, acompañados por mis manos, él me saca los pantalones sin dejar de acariciarme.

Estoy prácticamente desnuda, ansiosa de que me posea. Le acaricio el miembro a través del calzoncillo. Está duro y preparado. Sus dedos me humedecen, caminan dirección al clítoris para arrancarme un par de gritos de placer.

Se separa de mí un instante, veo cómo busca algo en su cartera. Tiemblo, respiro aceleradamente, con un deseo intenso apresándome. Acabo de sacarme la ropa interior y le acaricio la espalda con las yemas de los dedos. Él me estira sobre el sofá, con la lengua paseándose por mis

pezones. Abro las piernas, es como si mi cuerpo tuviera vida propia, como si necesitara sentirlo dentro de mí. André me penetra con fuerza y empieza a contonearse con movimientos rítmicos cada vez más intensos. Los dos jadeamos.

Un calor sofocante me sube a las mejillas y arrebola mi cara, arqueo la espalda y me rindo al orgasmo que engulle la habitación con gritos de placer en los que me acompaña André.

De repente nos quedamos quietos, unidos en un incómodo abrazo. Me resisto a abrir los ojos y descubrirlo sobre mí. Es curioso, hace un segundo era como si nos conociéramos de toda vida y no existiera nada más importante que estar con él, en cambio ahora... Es absurdo preguntarse por qué he actuado así, lo que acaba de suceder ha sido increíble.

Me levanto lentamente, recojo la ropa que hay tirada en el suelo sin atreverme a mirarle directamente a la cara y me encamino hacia la puerta del salón.

—Voy a ducharme —le digo con voz suave—. Vuelvo en unos minutos.

8

El salón está en silencio, la música ha cesado hace unos segundos y André se siente vapuleado por sentimientos encontrados. Es la primera vez que se deja llevar así por la calentura del momento, sin pararse a pensar en las consecuencias. Él es un hombre más cerebral, de los que suelen sopesar los pros y los contras antes de lanzarse de cabeza a por algo.

Quizás acaba de quedarse sin un techo bajo el que dormir, pero no se arrepiente de nada, Iris es una mujer sensual, sexy, ardiente... Desde que ha entrado en la casa ha sentido cómo su libido la deseaba, y esa canción... Quizás han sido los acordes, acompañados de la tonada que los labios de Iris reproducían en castellano, o la fuerza del momento. No tiene una explicación coherente a su manera de actuar, hace apenas unas horas todavía suspiraba por Brigitte, y en cambio ahora...

Tiene la ropa hecha un ovillo en una mano. Suspira, sale por la puerta y camina desnudo por el pasillo destino a su habitación, con los pensamientos enredados en lo que acaba de pasar. Ha sido increíble, uno de los mejores polvos de su vida. Lo define así por su grado de excitación y el deseo desbordante que lo ha llevado a un orgasmo intenso.

Por muchas vueltas que le dé no acaba de entender la razón que lo ha impulsado a actuar así, con un instinto feroz y aquella necesidad imperiosa de poseerla. Ella le ha atraído desde el primer momento como si fuera un imán. Quizás el vino y la ginebra son los culpables de sus sensaciones, o sencillamente ha encontrado a alguien a quien desear.

Niega con la cabeza, incapaz de admitir que se siente atraído por Iris. Es imposible, nadie en su sano juicio actúa cómo lo ha hecho él ni se encapricha de una mujer a la que apenas conoce. Tira la ropa sobre la cama, coge una de las toallas que Iris le ha asignado y camina por el pasillo

dirección a su baño. Por suerte la casa cuenta con dos y el otro está dentro de la habitación de Iris.

Bajo la ducha analiza otra vez la situación para encontrarle un sentido lógico. Racionalizar sus acciones suele ayudarle a relajarse, pero esta vez no hay nada que detenga la aceleración de sus latidos cada vez que piensa en lo que acaba de pasar. Recrea su sonrisa, aquella manera especial de morderse un lado del labio inferior, las lágrimas derramadas mientras rasgaba su violonchelo al son de la pieza de Las Cuatro Estaciones de Vivaldi.

Es increíble, a medida que las imágenes cobran vida se excita otra vez, con signos evidentes de que su cuerpo la desea más allá de la razón. Apaga el agua y se enrolla una toalla en la cintura. Se peina con las manos frente al espejo, que le muestra una expresión serena y emocionada. Está claro que un polvo es mejor que una crema de mujeres.

Al pasar frente a la habitación de Iris escucha ruidos de perchas. Acaricia la puerta con una cálida exaltación de su libido, deseando abrirla y volver a besarla, pero esta vez su sensatez se impone y se dirige a su cuarto con la determinación de no tocarla más.

Cinco minutos después está en el salón, vestido con unos pantalones pitillo de algodón y una camiseta ajustada de manga corta con el eslogan de una marca que le encanta, a pesar de su precio astronómico. Se sienta en el sofá, con una de las cajas llenas de cartas de su abuelo en el regazo, replanteándose por enésima vez las razones que le impulsaron a buscar trabajo en Nueva York.

Las pocas fotos públicas de Margaret Philips muestran una mujer con la mirada triste, como si ocultara un gran secreto y un pasado interesante. Se parece demasiado a su abuela como para descartar que su intuición es cierta, ¿y si tiene razón? ¿Y si Margaret Philips y Marguerite Dupont son la misma persona?

En varias Webs que visitó en París, cuando intentaba hacerse una composición de su vida, la presentaban como una mujer inteligente, capacitada para ayudar a su marido en las decisiones que atañían a la empresa que Charles heredó en la década de los cincuenta, y situada en la primera línea de la dirección. Sus hijos y sus nietos son personas ariscas con la prensa y celosas de su intimidad, igual que ella, tienen estudios,

hablan idiomas y sus cualificaciones en la escuela secundaria consiguieron que asistieran a las mejores universidades americanas.

Son una familia unida, trabajan juntos para triplicar anualmente los beneficios millonarios que les reportan sus negocios, basados en reflotar empresas en la ruina para venderlas después por una millonada. Los Philips son conocidos por la malas lenguas como unos tiburones bien preparados que siempre saben dónde morder para llevarse el mejor bocado.

—¡Un dólar por tus pensamientos! —Iris está frente a él con una media sonrisa tímida.

Él asiente a modo de respuesta.

—Espero que esto no cambie tu opinión acerca de compartir piso... ¡Este lugar me encanta! Y tú también. —La última frase la pronuncia en apenas un murmullo, como si no acabara de creerse esa realidad.

Iris camina hasta el sofá y se sienta a su lado con inseguridad, sintiéndose un poco incómoda. Mira la caja que André sujeta sobre el regazo y la señala.

—Podrías leerme alguna carta de tu abuelo, ¿me encantaría saber qué decía!

—Necesito que me respondas, Iris. ¿Vas a dejarme vivir aquí?

Un silencio tenso se impone un segundo entre los dos. André mueve la pierna derecha en el suelo de manera compulsiva y tamborilea con los dedos de la mano izquierda sobre la rodilla quieta. Necesita una respuesta afirmativa, no quiere perder la oportunidad de volver a acercarse a la mujer que tiene al lado con una expresión dubitativa que le hace temer lo peor. Lo que desea de verdad es volver a besarla.

—Es la primera vez que me pasa algo así —dice ella centrando sus pupilas en él—. Yo no soy de las de aquí te pillo, aquí te mato...

—Yo tampoco. —La corta André—. Pero no me arrepiento de nada, si tú me dejaras ahora mismo volvería a besarte.

Se acerca a ella en el sofá, Iris asiente mordiéndose el labio inferior y abriendo los ojos desmesuradamente. André le acaricia las mejillas con las yemas de los dedos, lentamente, sin prisa, las pasea por sus labios carnosos. Ella respira cada vez más aceleradamente mientras su excitación aumenta. Él jadea preso del deseo.

—Mis abuelos se enamoraron una tarde de verano frente a un piano. — Las palabras de André la acarician suavemente—. Según él fue increíble.

Ella estaba en casa de una de sus alumnas, una mujer muy rica e influyente de París. Nunca me dijo su nombre ni me contó demasiado acerca de ese encuentro, solo que la abuela Marguerite le esperaba en ese salón para que él le diera una lección y que cuando empezaron a tocar a la vez él supo que había encontrado a la mujer de su vida. —Le acaricia el cabello con suavidad—. Nunca pensé que eso fuera posible.

—Es precioso —suspira ella con un anhelo irrefrenable de besarlo—. Una historia maravillosa que acabó pronto. No entiendo cómo se puede amar tanto a alguien durante toda una vida, a pesar de que te separe la muerte.

André la atrae hacia él y la besa con fiereza, como si la necesidad de ella fuera imperiosa y no quisiera dejarla marchar. Iris responde con la misma ferocidad, gimiendo en instantes puntuales, con las constantes disparadas.

Cuando se separan cinco minutos después los dos resuellan, mirándose con el reconocimiento fugaz de un anhelo compartido.

—Podríamos ir a dar una vuelta —propone ella para obligarse a no repetir la escena de hace unos minutos—. Nueva York es una ciudad muy romántica y todavía quedan unas horas de luz...

—¡Nada comparado con París! —La emoción toma consistencia en el interior de André—. ¿Has estado alguna vez en la ciudad del *amoure*? Los *batou mouche* para ver el Sena a medianoche, una cena a la luz de las velas en un *bistrot*, la vista desde lo alto de la *Tour Eiffel*, un paseo a caballo por Les Champs Elysee, caminar por *Montmartre* cogidos de la mano, callejear por el centro de la ciudad, visitar la *Saint Chapelle*... ¡Es maravilloso!

Una sonrisa ilumina los preciosos ojos marrones de Iris. Le encanta la sensualidad que emana la voz de André cuando pronuncia nombres franceses con un acento sexy y delicado a la vez. Se estira sobre las piernas de André boca arriba, con la mirada devorando ese rostro perfecto que le devuelve el gesto con caricias en el cuello.

—Nueva York también es una ciudad increíble para los enamorados —dice ella—. A mí me encantaría ir a cenar al en el cruce de Prince Street con Broadway, donde Felicity se enamora de Ben en una de mis series preferidas de juventud, patinar en invierno en el Wollman Rink, el lago de Central Park que se convierte en pista de patinaje los meses de frío, igual que lo hacen los protagonistas de *Love Story*, ir a la terraza del Empire State

Building para copiar la cita a ciegas de Meg Ryan y Tom Hanks en *Algo Para Recordar*, desayunar un café y una pasta frente a la joyería Tiffany & Co, como Audrey Hepburn en *Desayuno con Diamantes*, emular a Diane Keaton y Woody Allen sentados en un banco en Riverview Terrace de Sutton Square mientras admiran la salida del sol...

—¡Eres una adicta al cine y a las series románticas! ¿No eres muy joven para esas pelis? —André sonríe divertido—. Si quieres podemos pasarnos las tardes recorriendo esos sitios. ¡A ver si me convences de que Nueva York es romántica!

—Sería genial. —Ella le responde con un mismo gesto y le acaricia el vientre bajo la camiseta—. ¡Hay sitios increíbles! De pequeña me encantaba ver a Fred Astaire y Ginger Rogers bailando en las pistas de los clubs situados en lujosos rascacielos, a Cary Grant e Irene Dunne enamorarse, separarse y volver a juntarse en maravillosos apartamentos de los Uppers... —Él niega con la cabeza con una expresión curiosa—. Brooklyn me apasionó en *West Side Story*, con su mirada puesta en el otro lado del río y el *Skyline* de Manhattan perfilándose en mi imaginación. ¡Tenía muchísimas ganas de venir aquí! Ser la pequeña a veces tiene sus ventajas... Mi hermana Luna me lleva cuatro años, es una forofa de los clásicos del cine y una serieadicta. Cuando éramos pequeñas compartíamos esa pasión. Y se han rodado tantísimas escenas apasionadas en estas calles...

—¡*Moin Dieu!* —exclama André—. ¡Al final tendré que pensar que Nueva York es más romántica que París!

Ella asiente con vehemencia, como si estuviera convencida de que es así. Él la acaricia en el escote de manera sensual, excitándose de nuevo solo con sus palabras.

—¡Hay mil lugares maravillosos! Y no únicamente de momentos cumbre, también recuerdo otras escenas memorables. —Iris gesticula con las manos—. ¿Recuerdas el orgasmo fingido de Meg Ryan en *Cuando Sally encontró a Harry*? Fue en una cafetería famosa por sus sándwiches de pastrami, el Katz's Delicatessen, en el doscientos cinco este de Houston Street.

—¡Claro que lo recuerdo! El tío era Billy Crystal y se queda alucinado con los gritos de Sally. —Se carcajea—. Cuando ella termina, la señora de al lado le dice al camarero: «tomaré lo mismo que ella».

—¡Pues hay más! *Sexo en Nueva York*, a parte de ser una serie de culto para mí, me dejó varios lugares pendientes en esta ciudad: el restaurante asiático Tao, donde las cuatro protas hablaban de sexo bajo un buda de cinco metros, la pastelería Magnolia, el hotel Four Seasons y la segunda planta de la Public Library en la Quinta Avenida con la cuatro, donde Mister Big deja plantada a Carrie en el altar en la primera película...

—Podrías seguir hablando durante horas, ¿no?

—¡Claro que sí! Nueva York es una de mis ciudades favoritas. ¿Te he contado la maravillosa escena de *Kate and Leopold* en la que Hugh Jackman cabalga por Central Park para recuperar el bolso de Meg Ryan? ¿O de *Ghost*, cuando Demi Moore pierde a su prometido, interpretado por Patrick Swayze, junto a la escalera de incendios del cruce de Greene con Spring Street?

—Me ha quedado clarísimo que estás enamorada de esta ciudad. Te propongo un plan: elije un sitio para cada día y los visitaremos juntos. Será una manera perfecta de conocernos.

—¡Genial! Mañana quiero ir a reservar el *brunch* del Plaza para la semana que viene. Me han dicho que es impresionante. Pero sin reserva suele ser difícilísimo ir.

—Mañana tengo planeado ir a casa de Margaret Philips, necesito saber la verdad.

—¿Te importa que te acompañe? Yo también estoy intrigada —dice ella con un deje de indecisión—. ¿Qué sabes de tu abuela antes de París? Es raro que no conozcas a su familia, ¿no?

—La verdad es que hay un secretismo extraño acerca del pasado de mi abuela, es como si su vida empezara cuando conoció a mi abuelo. Incluso en algunas de las pocas cartas que he leído él le promete guardar su secreto.

—Le sonrío—. Me parece bien que vengas mañana a casa de Margaret, será genial tener compañía...

Durante unos minutos André le cuenta a Iris los celos que le despiertan las afirmaciones de su abuelo en las cartas y su silencio cada vez que él le preguntaba acerca del pasado. ¿Qué hacía su abuela en casa de una mujer con tanto dinero y una posición social envidiable? ¿Por qué nunca conocieron a la familia de su abuela?

Las preguntas se suceden con una cadencia nerviosa, como si André sintiera la necesidad imperiosa de darles respuesta. El mes y pico que su

padre y su abuelo vivieron escondidos en París la tía abuela Adele les dio cobijo, eran una familia bien avenida, de las que se apoyan en los momentos difíciles, sin embargo en las cartas habían referencias a los parientes de Marguerite como a personas a quien André Dupont se negaba a pedir ayuda en los malos momentos.

A pesar de la curiosidad que empujaba a André a interrogar a su abuelo en multitud de ocasiones, seguía sin saber nada del entorno familiar de la abuela Marguerite o de su niñez y juventud.

—Es como si escondieran algo —dice con la caja de cartas en el regazo e Iris sentada a su lado con las piernas dobladas sobre el sofá—. Y me encantaría saber qué es.

—Venga, léeme la primera carta. ¡Me has dejado intrigadísima!

Él la desdobra con cuidado y se la enseña. El papel está amarillento, con la tinta deslucida y pequeños desgarros en los lados. Muestra signos de humedad y unas partituras justo al final, con unos acordes tristes y melancólicos.

—Todas las cartas tienen un trocito de la sinfonía que compuso el abuelo para ella —dice André con melancolía—. Fue la única música que se atrevió a escribir, una que cambia según los estados de ánimo del momento. La tengo guardada en una libreta para tocarla alguna vez. ¡Es preciosa!

—Un día podrías enseñármela —propone Iris—. Ahora léeme esta carta...

9

París, veinte de marzo de 1942

Querida Marguerite,

Los días avanzan con lentitud, tu falta es cada vez más dolorosa, como si poco a poco me diera cuenta de que realmente te has ido para no volver. Mi corazón está enfermo, me despierta en mitad de la noche con una punzada, dejándome sin aliento, como si tuviera una herida abierta que clama a mi cuerpo una realidad que no está dispuesto a aceptar.

Cuando pienso en ti dejo de respirar, mis ojos se llenan de lágrimas y me cuesta moverme sin sentir el peso de la pena como si fuera plomo espesándome la sangre. Pero sé que debo apartar esos sentimientos a un lado y luchar para que nuestro Jaques no sufra tu falta. Por suerte es pequeño y apenas nota lo que está pasando.

Vivimos escondidos en el sótano de Adele, mimados por sus cuidados y los de la familia, con la tranquilidad de que los alemanes nos dan por muertos. En algunos momentos necesito volver a ver el sol, tocar mi piano y sentir que soy parte de algo más. Por suerte puedo pasearme por la casa sin miedo, permitir que Jaques corree por la habitación de juegos de sus primos, acariciar las teclas del piano algunas tardes, ver el cielo a través de la ventana.

Nuestros compañeros están preparando un plan para llevarnos al campo con papeles nuevos que nos otorgarán una identidad perfecta para pasar desapercibidos. Después de lo que te han hecho esos cabrones estoy dispuesto a todo para vengarme. Me han dejado sin nada tuyo, solo

conservo las dos fotos que llevaba en la cartera, es lo único que me queda de nuestros años en común, eso y el pequeño Jaques.

En algunos momentos, cuando la pena me consume tanto que me es imposible reaccionar con normalidad, me planteo la posibilidad de enviarle una carta a tu hermano Franz para pedirle ayuda, Jaques es su sobrino, y a pesar de la distancia entre vosotros, estoy convencido de que llora tu muerte, igual que yo.

Por suerte al cabo de unos minutos se impone la sensatez y deshecho esa posibilidad. Te prometí que dejaría el pasado en el olvido, que nuestra vida empezaría en el momento justo en el que nos conocimos, sentados en la banqueta de aquel piano de cola que embellecía el salón de una mujer adinerada. Te recuerdo con una sonrisa nerviosa, colocando tus dedos largos y finos sobre las teclas con un cuidado extremo, como si te dieran miedo.

Tocabas el piano desde niña, eras una mujer culta y preparada para la vida. ¿Por qué tuvieron que arrebatártela? Aquella mañana de agosto te enseñé a sentir los acordes, a permitir que fueran tus sentimientos los que afloraran por las notas. Tocamos Bach, uno de mis compositores favoritos. Es curioso, pero ese día comprendí de repente que no podría amar a otra mujer que no fueras tú.

Los dictados del corazón son extraños para mí, entender la manera en la que funcionan y nos atrapan con esa fuerza arrebatadora me parece complicado, como si no pudiera racionalizar mis sentimientos. Sé que tú sentiste lo mismo desde el primer momento, que fue la música y su delicadeza la que obró el milagro y permitió que nos enamoráramos.

No lo tuvimos fácil. Quizás ese pasado que decidimos olvidar te hizo una mujer fuerte y decidida, capaz de darle la espalda a lo que fuiste para convertirte en Marguerite Dupont, mi mujer, la única que ocupará mi corazón.

¿Recuerdas nuestra boda en una capilla pequeña y escondida? Mi familia te acogió como parte de ella desde el inicio y consintió en no hacer preguntas.

A veces te veía mirar por la ventana con nostalgia, como si la decisión que tomaste un día de septiembre te hubiera dejado un poso amargo oculto en tu interior. ¿Recuerdas cuando te dije mi primer te quiero? Lo planeé durante días, con la intención de que nunca lo olvidaras. Caminamos

cogidos de la mano por el cauce del Sena, nos besamos en uno de los puentes al que bauticé con tu nombre, tomamos un café en Montmatre, acompañados por la música de un grupo de cuerda. Al atardecer, cuando las últimas luces del sol se escondían en el horizonte, te llevé a lo alto de la Torre Eiffel y, contemplando la vista de nuestro querido París, te susurré esa declaración de amor que me quemaba por dentro.

¡Me contestaste con un «yo también te quiero»! Me hiciste tan feliz, Marguerite. Lástima que esa felicidad durara tan poco... Te guardaré dentro de mí durante cada instante de mi vida, no permitiré que nada ni nadie te borre del recuerdo y mantendré viva la imagen perfecta que conservo de ti. Tu hijo sabrá quién fuiste, te lo prometo.

Siempre tuyo,

André.

OceanofPDF.com

10

Soy una tonta sentimental que se emociona con cualquier cosa. Esas palabras me han desatado las lágrimas, es como si pudiera leer en el alma herida del abuelo de André. Supongo que la acumulación de sentimientos de la tarde tenía que explosionar de alguna manera.

Estoy sentada en el sofá, descalza, con las rodillas levantadas y la barbilla apoyada en ellas, envolviéndome las piernas con las manos. Lloro como una colegiala, dándole una imagen triste y melancólica a las palabras que acabo de escuchar, imaginándome la desolación de un marido que acaba de perder al amor de su vida.

André dobla la carta con suavidad y la coloca de nuevo en el sobre. Parece mentira que un trozo de papel pueda contar tanto, es como si las frases fueran un camino secreto hacia el alma de André Dupont.

¿Se puede querer con esa fuerza? Cuando miro hacia atrás me percaté de que mis sentimientos por Andrés nunca traspasaron la frontera de la obsesión. Le necesitaba con un anhelo insano, por eso le seguía sin chistar, complaciéndolo en cualquier cosa que me pidiera. Suerte que Cata me abrió los ojos y fui capaz de deshacerme de ese enganche, gracias a mis agallas logré capear cada temporal durante el proceso de divorcio y no sucumbir a sus amenazas. Aunque a veces pienso que algún día se vengará de mí.

Ojalá consiga vivir una historia de amor como la de Margaret y André. Parece sacada de un cuento de hadas... Lástima lo mal que terminó.

André está pensativo, apenas parpadea mientras su mirada se pierde en la lejanía. Me sonrojo al observarlo de reojo, con el recuerdo de nuestro encuentro. No tengo claro cómo ha sucedido, pero sé que me siento intensamente atraída por él. Quizás sea una suicida sentimental al querer explorar si el revolcón de la tarde puede llevarnos a algo, no le conozco

suficiente para saber si funcionará, y es posible que esté alterada por la historia de sus abuelos. Espero que el Cosmos se alinee para permitirme ser feliz y lo que ha pasado sea una señal para avanzar hacia un futuro incierto.

—Se querían mucho —susurra él regresando al presente—. ¿Y si ella está viva? Llevo años haciéndome esta pregunta, y no tengo ninguna respuesta lógica que explique por qué alguien abandonaría a su marido y a su hijo en un momento así. Es posible que pensara que estaban muertos pero, ¿y si lo hizo de manera consciente? ¿Y si mañana no quiere recibirme?

Habla con una tristeza que me encoje el corazón. Pensaba que no existían hombres sensibles, pero está claro que en la familia Dupont los coleccionan.

—Es difícil que no te deje entrar en su casa si es quien tú crees. —Le sonrío y le acaricio la mejilla con la yema de los dedos—. Estoy convencida de que hay alguna explicación, de que si realmente es tu abuela se alegrará de verte.

Esa expresión melancólica y esperanzada me despierta ternura y sensualidad. Su cara es muy expresiva, a través de sus ojos consigo llegar a su alma. El deseo de besarle regresa con fiereza, como si sus labios me llamaran.

—Es absurdo que mi abuelo no me contara nunca el pasado de mi abuela —dice en un suspiro—. No lo entiendo, Iris, ¿qué ocultaba? Tanto Margaret Philips como Marguerite Dupont son mujeres que esconden algo, y me da que es lo mismo, un pasado terrorífico.

—Espera a mañana antes de sacar conclusiones —le aconsejo—. Quizás estás dándole vueltas a algo que no es cierto. Lo que he aprendido de mi matrimonio es que a veces hay cosas que quedan sin resolver. Cuando Andrés me dejó me pasé meses con la obsesión de saber qué había pasado, por qué se fue con otra y qué parte de culpa tenía yo. Al final comprendí que hay cosas imposibles de averiguar, como la razón por la que tu abuelo se guardó el pasado de su mujer.

—¿Y qué hay de su hermano? ¿De ese tal Franz? —se exalta—. En la carta dice claramente que podría ayudarles, pero que no piensa decirle nada por la promesa que le hizo de guardar silencio. ¿Y sus padres? ¿Tengo más familia perdida por el mundo? Cuando se lo pregunto a mi padre él me

esquiva. A veces pienso que sabe más de lo que quiere contar. Y yo necesito entenderlo.

Es increíblemente atractivo. Ese mohín que hace con la nariz al hablar con melancolía del pasado, mezclado con la determinación a averiguar la verdad que refleja la profundidad de su mirada, me atrae irremediabilmente. Tiene los ojos azules con motas anaranjadas, parecen dos esferas brillantes con pequeñas estrellas en su interior.

—¿Qué sabes exactamente del pasado de tu abuela?

—¡Nada! —Niega con todo su cuerpo—. Ese es el problema, que no sé nada. No tengo ni idea de quién era la mujer con la que vivía cuando mi abuelo la conoció ni por qué su hermano no quería saber nada de ella ni quién era antes de convertirse en Marguerite Dupont. ¡No sé ni su apellido de soltera!

—Venga, vámonos a dar una vuelta. —Quizás ha sonado muy brusco, pero pienso que es el momento de zanjar esta conversación que le angustia—. A unas cuantas manzanas de aquí está el Dean&DeLuca del que te hablaba antes... Tenía doce añitos cuando daban *Felicity* por la tele. No era una serie para preadolescentes como yo, pero Luna siempre conseguía que acabara sentada en el sofá a su lado para verla.

Le cuento emocionada un poco del argumento y las ideas locas que tenía de jovencita mientras miraba embobada las desventuras de Felicity, una joven que se enamoraba perdidamente de un chico llamado Ben. Igual que me pasó con *Cinco en Familia*, cada vez que daban un episodio me imaginaba corriendo la suerte de la protagonista.

Quizás André tiene razón y soy una soñadora de aquellas que idealizan algunas escenas. Los años que nos llevamos Luna y yo propiciaron que a los doce me tragara series y películas que no me correspondían por edad. Era maravilloso estar al lado de mi hermana mayor, la idolatraba, por eso me esforzaba en compartir con ella algunas experiencias, como la de aficionarme a las comedias románticas.

—Vale, tú ganas. —Se ríe a carcajadas cuando termino mi apasionado discurso—. Dame unos minutos, voy al baño.

Me quedo con una sonrisa bobalicona iluminándome la cara y la sensación de que quizás la Providencia me ha concedido la posibilidad de vivir un romance en mi ciudad preferida. Aunque no me acabo de creer cómo me comporto desde que él ha aparecido en casa, no parezco yo.

Camino hacia mi habitación para retocarme un poco el maquillaje en el baño. No suelo usar demasiados potingues, solo un poco de rímel, pero hoy me apetece pintarme los ojos, igual que solía hacerlo antes de conocer a Andrés. Sonrío al recordar lo soñadora e idealista que era entonces. Creía en el príncipe azul y en las novelas románticas, esperaba que un caballero me llevara a lomos de su caballo blanco hacia el altar.

Con los ojos maquillados vuelvo a ser esa joven de mirada brillante que se creía capaz de alcanzar la luna con su empeño. Los acordes de una vieja canción suenan en mi mente, *Bring me to life* de Evanescence, y la imagen de la discoteca donde me dieron mi primer beso me transporta al pasado, a ese instante, bailando esta lenta en los brazos de Óscar, con los sentimientos a flor de piel y una emoción intensa. Tenía diecisiete años y toda una vida por delante, aunque según Cata iba tarde en las relaciones porque la música me tenía sorbido el seso.

¿Cómo pude convertirme en alguien como la mujer de Andrés De la Vega? ¿Dónde quedaron mis ilusiones y mis sueños? Fui una tonta que se dejó atrapar en las redes de un hombre mayor que me quería moldear a su manera. Suerte que no abandoné la música, el chelo y el piano son mis anclajes a la felicidad.

Mi móvil emite la inconfundible melodía de una llamada entrante. Miro la pantalla parpadeante y descubro la fotografía de mi querida amiga Cata.

—¡Tía, un poco más y llamo a la poli! —exclama cuando contesto—. ¿No habíamos quedado en que me llamarías cuando conocieras a André? ¡Pues sigo esperando noticias! Vamos, cuenta, ¿qué te ha parecido? Es un amor, ¿verdad?

—Lo siento. —Me sonrojo al recordar lo sucedido—. Es que se ha complicado un poco la cosa... ¿Por qué no me dijiste nada acerca de él?

—Piénsalo, si te llego a decir que se llama André y que es un hombre moreno de ojos claros, me hubieras dicho que no lo querías ni loca en tu casa.

Tiene razón. Se llama similar a mi ex y su descripción física es muy parecida, aunque en realidad son completamente distintos. Emito una risa nerviosa.

—Pues suerte que no me lo dijiste... ¡Es un tío genial!

—¿No? —Me conoce demasiado para no leer entre líneas—. ¡Te lo has tirado! ¡Joder, vaya ojo tengo para estas cosas! Cuando lo conocí le dije a

Gerardo: si Iris no estuviera con ese imbécil de Andrés le presentaría a tu amigo, pegan un montón. —Suelta un silbido—. Venga, tía, cuéntamelo todo, sin dejarte ni un solo detalle.

Me muerdo el labio, como si ella pudiera verme en la distancia. Mis sentimientos están revolucionados, como si no consiguieran estabilizarse en el torbellino de sensaciones que me bombardean al pensar en André.

—Ha sido increíble... —Suspiro—. Es un tío sensible y una bomba en la cama. Además, tiene una historia familiar súper interesante y me va a acompañar en la ruta peliculera por Nueva York. ¿Qué más se puede pedir?

—¡Qué empieces a hablar! ¿No me vas a explicar cómo os habéis enrollado?

La Cata de siempre, directa y cotilla, no sé cómo fui capaz de ignorarla durante los años que conviví con Andrés. Su alegría es contagiosa y la manera positiva con la que encara la vida un ejemplo a seguir. En cuatro frases largas le relato la tarde, pasando de puntillas por los momentos íntimos. Ella lanza exclamaciones de júbilo en algunos momentos, alegrándose de veras por mí y haciéndome preguntas picantes...

—¿Estás lista? —André me llama desde el recibidor, escuchar su voz me dispara el corazón.

—Sí, sí, ya voy —le contesto, apartando el teléfono un segundo—. Cata, mi Romeo me espera... Mañana hablamos, ¿vale?

—¡Sí, hombre! Ahora me voy a quedar con las ganas. —Me regaña.

—Tengo que irme.

—¡Vale!!!! Mañana quiero un relato detallado de tu primera incursión en la Nueva York romántica para vejestorios.

11

La noche es cálida, apenas se nota una suave brisa mientras caminan charlando alegremente por la calle Broadway, dirección al café que Iris tiene tantas ganas de conocer. Les separan muchas calles, una caminata larga y serena bajo el cielo anaranjado que pronto se convertirá en negro.

André siente que ella es diferente a las mujeres que han compartido su cama, es como si la conociera de toda la vida y pudieran hablar de cualquier cosa. Avanzan con pasos largos y emocionados, contándose anécdotas divertidas, compartiendo risas, confidencias e instantes.

Al llegar al Dean&DeLuca se hacen fotos divertidas que simulan la serie que a ella tanto le gustaba de pequeña; representan escenas y se toman un par de sándwiches y una cerveza sentados a una mesa mientras la oscuridad se impone en el exterior. Ella le cuenta la historia de Felicity, sus palabras emocionadas muestran a una persona sensible y maravillosa, alguien con quien André podría compartir su vida.

Hablan acerca de su pasado, del misterio de Margaret Philips, de las cartas del abuelo de André, de las miserias de la guerra, de lo triste que sería saber que dos amantes han permanecido separados demasiados años por culpa de un malentendido...

Pero, ¿y si su abuela se marchó por voluntad propia? ¿Y si fingió su muerte? André necesita respuestas, hay demasiado en juego para no escharbar en el pasado de la señora Philips. Por suerte Iris parece más que dispuesta a ayudarlo en la tesitura, aunque no sabe cómo conseguirán verla, los Philips tienen una vigilancia extrema y son muy celosos de su intimidad.

Regresan a casa en taxi cuando ya no queda ni un resquicio de luz en el cielo. Las estrellas parpadean en un universo despejado y cálido, una

enorme luna pende en el cielo para iluminar los corazones de la pareja mientras pagan la carrera y avanzan hacia el portal.

—¿A qué hora quieres ir mañana a casa de Margaret Philips? —pregunta Iris una vez alcanzan la puerta de entrada al edificio—. Me gustaría tener tiempo para reservar en el *brunch* del Plaza, mi hermana fue en su viaje de novios y dice que es increíble. Hasta ahora no tenía con quien ir... ¿Te apetecería acompañarme el domingo que viene?

La mirada encendida de Iris le acelera el corazón.

—Mañana tengo previsto despertarme temprano para hacer un poquito de *running* —explica André, entrando en la portería—. Me parece una idea estupenda lo del Plaza, suena bien. ¿Vamos a casa de los Philips sobre las once?

La acaricia con la mirada y cuando sus dedos se juntan para llamar al ascensor, siente una punzada de deseo imposible de aplacar. Ella le responde el gesto con un gemido sordo, como si el mero contacto físico le despertara la libido.

—Nunca me había pasado algo así —le susurra Iris al oído—. Me muero de ganas de besarte...

André la abraza por la cintura, la atrae hacia él y empieza a besarla con pasión desenfrenada. Entran en el ascensor tocándose, con el ansia impresa en sus movimientos. Al llegar frente a la puerta Iris saca las llaves del bolsillo, temblando, su cuerpo parece a punto de explotar.

La casa les recibe con el silencio y la oscuridad propias de la hora. Ellos avanzan lentamente por el pasillo, desnudándose, con la necesidad imperiosa de sentirse unidos por sus caricias y sus besos. En la habitación acaban tumbados en la cama, sin ropa, cabalgando por las aguas de la lujuria. Por segunda vez en el día hacen el amor con frenesí, entregándose el uno al otro con total desinhibición.

La noche se impone lentamente, acompañada por el silencio que engulle los ruidos cotidianos. Hace unos minutos que André ha salido de la ducha envuelto en una toalla. Se pone unos vaqueros bajos de cintura y avanza a oscuras hasta la cocina para coger una cerveza de la nevera mientras reflexiona acerca de las últimas horas.

Es increíble la conexión que experimenta con Iris, parecen dos almas gemelas destinadas a estar juntas. Quiere explorar a dónde conduce esta atracción, dejarse llevar por el momento, sentirse bien al compartir sus

minutos libres con alguien de trato fácil. ¡Qué diferente es de Brigitte! Su vitalidad, su sensibilidad, la manera en la que vive cada instante...

Al principio se sentía extraño, como si no fuera normal caminar por la calle con alguien a quien apenas conocía, pero a medida que han compartido confidencias bajo la luz anaranjada del crepúsculo sus emociones se han disparado, como si fueran pequeñas estrellas brillantes en el firmamento.

Es pronto para plantearse el futuro, quizás ese fue el problema con Brigitte, pensar más allá del ahora y no vivir con intensidad el momento. Con Iris las cosas son más sencillas, han paseado bromeando acerca de trivialidades, admirando cada detalle de la calle, como si los vieran por primera vez, y luego han entrado en esa cafetería que significa tanto para ella... Es curioso cómo una serie de televisión puede dejarte un poso tan intenso, la ilusión de Iris al contemplar el lugar y sentirse transportada a esos instantes de su pasado eran una invitación a dejarse llevar por lo que tenga que venir.

Quizás la vida le conceda la posibilidad de descubrir a alguien maravilloso sin depararle demasiadas sorpresas, aunque es demasiado pronto para saber cómo es en realidad Iris, a pesar de que los momentos compartidos con ella la muestran como alguien perfecto. Solo el paso del tiempo puede demostrarle si está en lo cierto. De momento queda altamente probada su compatibilidad sexual...

Recuerda con nostalgia las historias que su abuelo le contaba de pequeño, aquella manera de narrar el instante en el que se enamoró de Marguerite. Fue un flechazo de primera, uno que le llevó a pasarse las horas anhelando regresar a casa de la misteriosa mujer donde su abuela estaba instalada para tocar el piano con ella y dejar volar su imaginación. Sus miradas delataban que ambos estaban atrapados por un amor incipiente, sus roces de dedos sobre las teclas, la electricidad que les recorría al permitir que la melodía llenara el salón iluminado de una casa espectacular... De pequeño André se lo imaginaba como un palacio decorado con muebles blancos y un enorme piano de cola justo en el centro, orientado a la gran vidriera que mostraba un jardín floreado. Se casaron dos meses después de conocerse, ¿se puede saber que es la mujer de tu vida en tan poco tiempo?

Es triste cómo terminó esa conmovedora historia de amor.

Las palabras manuscritas de su abuelo en las pocas cartas que leyó en París le mostraron a un hombre enamorado de alguien parecido a Iris. Marguerite Dupont era una mujer brillante, alegre, con deseos de vivir intensamente cada minuto y de exprimirlo con felicidad, una persona que luchó contra la oposición tácita de su familia y que decidió dejar el pasado atrás para embarcarse en un futuro junto a André, sin atender a lo que significaba renunciar a lo conocido. ¡Ojalá supiera cuáles fueron sus sacrificios! Seguro que le sería más fácil entenderla.

Durante años su abuelo atesoró esos recuerdos en su corazón, dándoles una dimensión demasiado elevada como para enamorarse otra vez. Marguerite era única, perfecta, su media naranja. En las cartas se intuye que se prometió a sí mismo no volver a compartir casa con otra para no ensuciar su memoria.

Es extraño que alguien pueda amar así.

La investigación acerca del pasado de su abuela, que André inició en París, no le llevó a ningún lado. Sin el apellido de soltera no supo localizar nada referente a ella. La partida de matrimonio se quemó en la explosión y su abuelo jamás le contó cualquier dato anterior de su vida en común. Marguerite Dupont no existía antes de casarse con su abuelo, es como si hubieran borrado cualquier indicio de su realidad anterior.

¿Y si mañana descubre que su abuela está viva? Contestar afirmativamente a esta pregunta le produce una mezcla de sentimientos encontrados. Sería emocionante abrazarla, sentirla, saber que es ella y que la Providencia le ofrece la oportunidad de conocerla. Pero no puede dejar de pensar en una vida truncada, en los años de ausencia, en la soledad que exhalan las palabras agónicas de su abuelo en muchas de las epístolas que le escribió.

Se adentra en el salón a oscuras para mirar el cielo por la ventana. Su abuelo lo describía muchas veces como la bóveda celeste chispeada de almas. Eligió una estrella para hablarle como si fuera su esposa durante los meses que pasó con Jaques en Dijon, escondiéndose de los nazis en casa de un alto cargo del ejército alemán, sin abandonar sus acciones clandestinas en la Resistencia.

Poco después de la explosión los sacaron de un París ocupado y marchito, donde las esvásticas dominaban las calles, los edificios oficiales, los museos y cualquier rastro de emoción para los franceses. Para André

Dupont su ciudad se había convertido en un triste escenario manipulado por unos hombres cuyo único propósito era destruir el sentimiento nacionalista de sus habitantes.

No había nada sagrado para los nazis, destruían cuanto tenían delante, robaban, saqueaban, mantenían el orden a base de miedo y violencia, pisoteaban a cualquiera que se opusiera públicamente a su régimen y vivían al margen de la realidad, en un mundo paralelo lleno de lujos, bailes, música...

En Dijon, ocultos bajo otra identidad, consiguieron encontrar una porción de la paz necesaria para enfrentarse a la realidad, mientras André aprovechaba su situación para ayudar a los aliados espionando al dueño de la casa.

Nunca faltó a la cita ineludible que se había fijado con Marguerite. Le escribía cada día veinte, sin dejar nunca de quererla.

—¡Me muero por saber qué piensas! —Iris se sitúa a su lado, con la vista puesta en el exterior—. Es bonito el cielo nocturno, ¿no crees? De pequeña me encantaba sentarme frente a la ventana y contar las estrellas. Pensaba que cada una de ellas tenía notas y que si tuviera una vara larga para tocarlas conseguiría que sonaran...

—Llevo años esperando este momento. —André suspira mientras siente cómo la presencia de Iris aviva de nuevo su libido—. Cuando mi abuelo murió me pasé meses obsesionado con Margaret Philips, pensaba que si conseguía demostrar que ella era mi abuela dejaría de sufrir. Ahora que voy conocerla, estoy acojonado. ¿Y si tengo razón? ¡Joder, Iris! No sé si estoy preparado para saberlo.

Ella se acerca más a él, como si quisiera calmarlo con su contacto. André se estremece al sentirla tan cerca, su cuerpo reacciona al instante, con aquella punzada de deseo que le incita a darse la vuelta y besarla con pasión desmedida.

12

El sol se encarga de regar la habitación silenciosa. Me remuevo entre las sábanas para deshacerme del sueño que me incita a regresar a los brazos de Morfeo con una sonrisa radiante de felicidad. Quizás mi historia con André es solo un espejismo que mañana se esfumará, igual que ha aparecido, pero ahora me siento tentada a vivir al límite, a permitirle entrar en mí tantas veces como mi cuerpo lo clame, a besarle hasta que nuestros labios se quejen.

Estoy completamente desnuda, con lo complicada que soy yo para dormir... Esta noche lo he hecho de un tirón, tras acostarme por tercera vez con un hombre al que apenas conozco, pero que me produce una cálida excitación cada vez que lo tengo cerca. La atracción sexual es el primer escalón al amor... ¡Uffff! No quiero pensar en eso... ¡Amor! Ni de coña, no voy a enamorarme y a tirar por la borda lo que podría ser la mejor aventura de mi vida. Pero esos ojos azules, esa mirada, ese cuerpo, esa sensibilidad para la música...

Palpo la cama en busca de André y no le encuentro. Recuerdo que me dormí abrazada a él... Quizás se ha levantado pronto... Agudizo el oído para captar cualquier sonido procedente de la cocina o del salón y me doy cuenta del silencio que respira la casa. Está claro que André se ha escabullido a su cama durante la noche, cuando yo estaba profundamente dormida. Quizás es lo mejor, apenas hemos compartido unas horas y no es prudente dormir juntos todavía, aunque no me hubiera molestado en absoluto.

Es tan diferente a Andrés... Con él parece que las cosas son sencillas, sin que tenga la constante necesidad de medir mis palabras y mis gestos para que no se ofenda. El pasado tiene a veces ramificaciones que se

encargan de minar lentamente las posibilidades de ser idealista de nuevo. Antes de conocer a Andrés pensaba que el amor era un sentimiento que conseguía llenarte de emociones y vitalidad. Ahora ya no sé encontrar esa visión, tengo miedo a regresar a esa vida oscura donde solo valían sus deseos.

Me levanto sin hacer ruido. Mi pijama está doblado sobre la cómoda, esperando a que me lo ponga. Camino descalza hacia el baño del pasillo para no despertar a André. Mi cara parece iluminada por las sesiones intensas de sexo de ayer, es como si mis ojos somnolientos consiguieran transmitir la fiereza de mis sensaciones y la felicidad que me invade ahora. Me recojo el pelo en un moño mal hecho en la nuca, sujetado por una pinza enorme de Carey que me regaló Cata antes de marcharme de Barcelona.

Cinco minutos después estoy en la cocina preparando una cafetera cargada, unas tostadas y un poco de zumo de naranja natural. Tengo hambre, ayer solo comimos el bizcocho y un sándwich, junto a un montón de alcohol que me ha dejado un poso de resaca en forma de dolor de cabeza.

Desayuno acompañada de los sonidos matutinos de los vecinos que despiertan a un nuevo día con lentitud. Me gusta la decoración simple y funcional de la cocina, con muebles de melanina blanca, toques de acero, paredes alicatadas en el mismo color y una pintada en un naranja fuerte con aguas.

Un comprimido de ibuprofeno puede hacer milagros con la cabeza, me lo trago, junto a un sorbo generoso de zumo aderezado con azúcar y un chorrito de miel.

—¡Bueno días! —André aparece con un pantalón de pijama gris, apoyado en su cadera, y el torso desnudo—. Huele de maravilla...

Se sirve una taza de café con leche, pone un par de rebanadas de pan en la tostadora y bebe directamente de la jarra donde he dejado el zumo de naranja.

—¿Preparado para conocer a Margaret Philips? —le pregunto guiñándole un ojo—. Hace un día precioso, podríamos ir un rato a Central Park.

—Quiero hacer un poco de *running*... ¿Te apuntas? El parque me parece un sitio perfecto para correr. ¡Va bien para la resaca!

—Uffff, a mí eso se me da fatal, prefiero pasear... ¿Nos vemos aquí en un par de horas?

Me sonrío. Esa manera de iluminar su cara con un simple gesto despierta unas cosquillas intensas en mi estómago, como si en él revolotearan mil alas desplegadas. Se sienta a mi lado con el plato de tostadas untadas con mantequilla y un pote de mermelada de fresas, me acaricia el pelo y me sonrío.

—Hueles muy bien —me susurra—. Quizás podríamos olvidarnos de salir a la calle hasta la hora de ir a casa de Margaret...

Su insinuación se acompaña de un toqueteo nada inocente.

—Me encantaría, pero creo que estaría bien salir a dar una vuelta. —No sé porque he dicho eso, pero empiezo a darme cuenta de que es importante frenar un poco—. Quiero reservar en el Plaza para el domingo que viene y me apetece caminar un rato, hace un día espléndido.

Le aparto la mano de mi pecho con suavidad y me separo de él para calmar mis constantes y demostrarle que estoy decidida a no dejarme llevar. Sé que es absurdo, que no es normal reaccionar así después de lo de ayer... Sin embargo quiero un poco de aire, espacio para apaciguar mis sentimientos antes de continuar por ese camino.

—Está bien. —Se levanta con la frustración pintada en la cara, se da la vuelta y empieza a fregar los platos con movimientos bruscos—. Vamos a olvidarnos de ayer y a comportarnos como si acabáramos de conocernos. ¿Tienes miedo a dejarte llevar? ¡Es una gilipollez!

—Necesito tiempo, André... —Suen a excusa barata—. Hemos ido demasiado rápido... Yo no soy así, suelo pensarme las cosas antes de actuar.

—A veces la mejor manera de vivir es no darle tantas vueltas a las cosas —me espeta con rabia en la voz—. A mí también me ha cogido de sorpresa, pero prefiero lanzarme de cabeza a ver qué pasa a quedarme quieto en un rincón esperando, como si la vida fuera sencilla. ¿Quieres hacer ver que no ha pasado? ¿Echar el freno? Ayer pasamos la tarde juntos, follamos y nos lo pasamos genial, es absurdo comportarse como si nada.

Ahora me siento una estúpida. Tiene razón, quizás ya es hora de que empiece a vivir sin esquemas ni tanta planificación. André me atrae, lo encuentro sexy, guapo, simpático, alegre... Me levanto y le rodeo con mis brazos por la cintura.

—Me encantó lo de ayer —le susurro al oído antes de morderle el lóbulo—. Es solo que me asusta lo que pueda pasar.

—Es mejor ir paso a paso y enfrentarse a ello cuando venga, ¿no crees?

Se da la vuelta despacio, hasta que su frente se encaja con la mía. Una calentura me recorre el cuerpo con una sensación placentera. Cuando sus labios buscan los míos y nuestras lenguas se acarician con pasión sé que quiero vivir esta aventura sin hacerme preguntas.

—¿Vamos a la cama? —me propone—. Antes de la ducha va bien un poquito de ejercicio...

Tiemblo al sentir su contacto. Disimulo el rubor de las mejillas asintiendo con la cabeza y dándome la vuelta para ir a mi habitación. Media hora después estoy bajo la ducha, con la piel sensible y las experiencias recientes muy vívidas en la memoria.

André ha salido a la calle a correr un poco. Me visto con unos shorts cortos y una camiseta de tirantes un poco suelta. Mi pelo se empeña en amotinarse con sus rizos rebeldes que se escapan a la goma con la que intento sujetarlo. Miro de reojo el *eyeliner* que hay sobre el tocador, ayer me sentí guapa y perfecta cuando lo utilicé, es curioso, al subirme sobre unos tacones o maquillarme de una manera concreta consigo mejorar notablemente mi autoestima.

Antes de salir dirección al recibidor me miro en el espejo de cuerpo entero que tengo en una de las puertas del armario. Tengo que ponerme a dieta de verdad, he engorado un montón desde que llegué a Nueva York. Suerte que la ropa lo disimula.

La hora siguiente pasa como una exhalación. Camino entretenida por Central Park, acompañada de la brisa y del sol que ilumina cada recodo. Me siento feliz, ahora los reparos que me han surgido por la mañana parecen algo lejano y absurdo. André es un hombre con una sensibilidad especial que me arranca constantes sonrisas. Su conversación es fluida, interesante, divertida... Podría salir con él...

A las diez menos cuarto entro en el magnífico *hall* del The Plaza, uno de los hoteles más lujosos de Nueva York en la Quinta Avenida, cerca de la mítica joyería Tiffany and Co, donde empieza una de mis películas favoritas. ¡Me hubiera encantado deleitarme en su escaparate como hizo Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*!

La decoración es impresionante, parece que acabe de entrar en un lugar que absorbe el aroma del pasado y te transporta a un momento de convencionalismos, trajes de noche, sombreros y plumas. Por suerte no tengo problemas en encargar una mesa para el próximo domingo a las doce, el metre me recita las instrucciones de vestuario, me apunta en el ordenador y me despide con una sonrisa.

Regreso a casa con un par de muffins de arándanos y crema de yogurt que he comprado en la pastelería de debajo de casa. Tienen una pinta...

—¿En marcha? —André me espera en el salón con el semblante alterado. Se ha vestido con unos vaqueros ajustados y una camisa de manga corta color tierra que se ciñe bastante a su cuerpo.

—¡Vámonos! —le sonrío pícara y le ofrezco una de las magdalenas.

Me acicalo un poquito frente al espejo del recibidor mientras André coloca las cajas con las cartas de su abuelo en una bolsa. Estoy nerviosa, sé que es absurdo, que es André el que debería tener la potestad de sentir la inquietud recorriendo sus venas, pero tras escuchar la historia de su abuelo y la traducción de algunas de sus cartas quiero un final feliz, una explicación coherente a las ausencias.

No hay que perder de vista que Margaret y Marguerite son el mismo nombre en dos idiomas ni que la edad cuadra a la perfección. Además, ese ataque al corazón del abuelo de André tras encontrarse con la foto es más que sospechoso...

Deseo tanto que sea verdad, vivir una historia emotiva, ver cómo abuela y nieto se abrazan a la vera de las lágrimas y la emoción... Quizás soy demasiado idealista y romántica, no quiero pensar en la posibilidad de que sea un completo desastre.

Margaret Philips vive en un apartamento de lujo cerca de donde estamos. Según los datos recabados por André tiene un piso de quinientos metros cuadrados en el ático de un rascacielos custodiado por un potero a la antigua y un sofisticado sistema de seguridad.

Bajamos a la calle en silencio. André lleva unos minutos con una expresión que muestra sin lugar a dudas su nerviosismo, aprieta la mandíbula con fuerza, sus ojos no paran de moverse de un lado a otro y los labios están tensos. El calor de la mañana nos abofetea de nuevo, hay un viento suave que me hace cosquillas en la barbilla mientras camino al lado de André en busca de un taxi.

—¿Y si no es mi abuela?

—Volveremos a casa, compraremos un helado de chocolate y miraremos una peli ñoña, ¿vale? —Le sonrío—. ¡A mí me funciona!

—Yo prefiero emborracharme...

—Vale, pues helado de chocolate acompañado de champagne francés del caro.

Consigo que curve los labios en un amago de sonrisa y me siento feliz por ese instante.

Nos cuesta un buen rato parar a un taxi. Parece mentira que en Nueva York pasen de largo sin atender a las señales, aunque si te paras a observar las luces del techo y las interpretas como es debido, consigues entender su código. André se baja de la acera, levanta la mano con energía y al final consigue que un taxista pakistaní se detenga.

Tras un viaje de veinte minutos entre la intensa circulación de Manhattan bajamos frente a una lujosa portería con el suelo de mármol beige, paredes estucadas al fuego, una inmensa alfombra persa y un mostrador semicircular de cristal y mármol a dos metros de la puerta, donde hay un potero trajeado que nos saluda al entrar.

—Buenos días, caballeros. —Nos repasa de arriba abajo con una mueca de disgusto—. ¿Qué desean?

—Venimos a ver la señora Philips —contesta André con decisión—. Dígle que André Dupont quiere verla, por favor.

La sonrisa taimada del potero me despierta deseos de abofetearlo. Supongo que parte de su trabajo es deshacerse de personas que tienen vetada la entrada en su exclusivo edificio, los dueños deben pagar una fortuna para conservar su privacidad intacta, pero me molesta esa suficiencia con la que nos mira, como si fuéramos unos indeseables.

—No me suena ese nombre —nos dice mientras toquetea un iPad que tenía guardado bajo el mostrador—. Tal y como me temía... No forma parte de las visitas autorizadas por la señora Philips, así que les rogaría que se marcharan.

—¿Puede preguntarle a la señora Philips si quiere recibarnos, por favor? —insiste André decepcionado—. He venido desde París para verla y estoy convencido de que me recibirá.

—Disculpe, señor Dupont, pero en este edificio hay normas muy estrictas acerca de anunciar visitas no incluidas en la lista, y usted no figura

en ella.

—¿Se ha parado a pensar qué pasaría si Margaret Philips descubre que no me ha dejado entrar? No estoy en la lista porque no me esperaba. Ya le he dicho que vengo desde París...

El portero no pierde la sonrisa, aunque sus ojos reflejen un rechazo absoluto al discurso de André. Suspira para recuperar la serenidad implícita a su cargo antes de rebatir sus palabras.

—Lo siento, ha hecho el viaje en vano. Si no está en la lista no entra, es así de simple.

—Por favor, ¿puede intentarlo? —le suplico—. Si no quiere vernos nos iremos por esa puerta y no volveremos pero, ¿y si le interesa la visita? Piénselo, no pierde nada por anunciarnos. Es importante, créame. André necesita verla para convencerse de algo. Solo ha de levantar el interfono para decirle que André está aquí.

La desesperación que muestra mi voz le enternece, lo muestra el cambio de su rictus y el amago de sonrisa que lucen sus labios.

—¿Tanto les interesa saber si le conoce? —señala a André, quien se muestra abatido.

—Mucho.

—Está bien, voy a llamar a su casa, pero piensen que es una señora mayor y que ella no responde al interfono nunca. Si Gladys no quiere interceder por ustedes, deberán irse.

—¿Quién es Gladys? —pregunta André.

—Es la persona que vive con la señora Philips y la asiste en lo que necesita. Sus hijos no quieren dejarla sola, es demasiado mayor.

13

El salón irradia luz por las inmensas vidrieras que substituyen las paredes y muestran una vista impresionante de Manhattan. Margaret está sentada en uno de los sofás de piel beige que conforman la zona de cuarenta metros cuadrados destinada al descanso, frente a una pantalla de televisión de sesenta pulgadas y la larga estantería de madera clara donde se suceden las fotografías de una parte de su vida.

Los acordes de una sinfonía clásica llenan el silencio con su cadencia suave. Margaret suspira al conmemorar otros tiempos, cuando sus ilusiones se llenaban momentos plácidos al lado de su primera familia. Esos recuerdos son pequeños tesoros para un corazón envejecido como el suyo.

Tiene un libro electrónico entre las manos, con un aumento considerable en el tamaño de la letra para leer sin problemas la última novela de misterio que se ha bajado de Internet. Cuando sus hijos le regalaron uno tardó meses en decidirse a usarlo, ahora se alegra de dejarse seducir por la idea de leer en un aparato práctico y fácil de usar. Hace pocos años cedió a las peticiones de Melody y contrató a una empresa para llenar la casa de tecnología. Sonríe al pensar en lo difícil que consideraba al principio acostumbrarse al uso de la Tablet para manejar cualquier aparato de la casa, el tiempo le ha demostrado las ventajas de su decisión.

En la mesa de centro hay una bandeja con una infusión de vainilla y un par de pastas cocinadas esa misma mañana por Becca, la chica de servicio. Hoy no tiene ningún compromiso hasta media tarde, cuando sus hijos y nietos vendrán a una de esas meriendas familiares que tanto le gustan, por eso ha decidido darse un gusto con un *muffin* a los tres chocolates. Demasiado azúcar no es bueno para su salud.

En la última visita el médico le prohibió que tomara demasiadas grasas saturadas, su dieta debe ser suave y aburrida, pero para el poco tiempo que le queda entre los vivos, Margaret ha decidido no privarse de ningún placer.

Mientras saborea la magdalena especial rememora instantes de su pasado, cuando el chocolate era una adicción difícil de complacer. Últimamente sus pensamientos la llevan en bucle a La Segunda Guerra Mundial, donde vivió la época más feliz de su existencia. París, el Louvre, las horas de paseos junto al Sena, André, Jaques...

Cierra los ojos con un nudo en el corazón, la cara sonriente de su primer marido y de su pequeño le humedecen los ojos. Está preparada para reunirse con ellos, aunque le duele separarse de su familia. Hace años debería haber viajado a París para velar su tumba, hacerle una visita a Adele, limar asperezas, pero nunca ha tenido el valor de enfrentarse a los fantasmas del pasado ni de regresar al punto donde su existencia se tornó gris.

Quiso a Charles a su manera, sus hijos y sus nietos son una constante fuente de alegría para ella y jamás renunciaría a esa parte de su vida, pero ahora que le queda poco tiempo en este mundo no deja de pensar en su gran amor. Levanta un segundo la vista a la estantería para observar la última foto familiar tomada en unas idílicas vacaciones en Hawái. Ellos no conocen una parte importante de su pasado, Charles y ella decidieron mantenerla oculta. Quizás debería contarles la historia completa antes de morir.

Escucha los pasos de Gladys acercándose por el pasillo, sus tacones retumban con fiereza en el *parquet*. Es una mujer sensible y bonachona que entró a su servicio treinta y pico años atrás, con apenas treinta años y el dolor de enfrentarse a la muerte de su marido en un aparatoso accidente de coche. Entonces Gladys tenía dos criaturas pequeñas a su cargo, por eso aceptó convertirse en la asistente personal de Margaret Philips, una mujer casada con un hombre influyente en la economía americana.

Gladys se graduó en economía en una universidad sin demasiado prestigio y demostró ser muy eficiente a la hora de gestionar el patrimonio de alguien tan rico como Margaret. La visión de los negocios de las dos mujeres convergía la mayor parte de las veces.

Con los años se han hecho amigas. Ambas disfrutaban con la música, les gusta leer, charlar animadamente de temas diversos, mirar películas

románticas, comer tartas de chocolate al anochecer mientras contemplan la puesta de sol...

Viven juntas desde hace quince años, cuando Charles murió.

Margaret es una mujer a la que no le gusta demasiado prodigarse en público, ella prefiere los actos sencillos y privados, rodeada de los suyos, por eso valora la compañía de su fiel amiga Gladys, a pesar de que le pague un buen sueldo para vivir con ella.

—¿Margaret? —Gladys la llama al entrar en el salón, parece alterada—. Abajo hay un joven de unos treinta años que quiere subir. Le ha insistido muchísimo a Ian, dice que si escuchas su nombre querrás recibirle. Ha venido desde París expresamente para verte y no tiene intención de marcharse hasta que le recibas.

—¿No será un periodista? —pregunta Margaret con una mueca de disgusto, aunque la mención de la capital francesa le dispara la taquicardia—. ¡Son carroña! Siempre intentan engañarnos. ¿Cómo se llama el joven?

—André Dupont.

Margaret empalidece de golpe y siente cómo su corazón se acelera. El salón empieza a darle vueltas, respira demasiado vigorosamente, como si sus pulmones necesitaran exhalar la sensación de inquietud que la invade.

—¿André... Dupont? —tabletea en un par de golpes de voz—. No... puede... ser.

—¿Estás bien? —Gladys se alarma al ver la reacción de Margaret y camina hasta sentarse a su lado—. Parece que acabes de ver un fantasma.

La mente de Margaret se llena de imágenes del pasado y sus ojos las reflejan con lágrimas. Es imposible, André voló por los aires en aquella explosión junto a Jaques. Inspira una bocanada de aire por la nariz, cierra los ojos y niega con la cabeza. ¿Qué clase de broma quieren gastarles? ¿Es posible que un periodista haya descubierto su secreto y quiera hacerlo público? Nunca le ha contado a nadie esa parte de su vida, la enterró cuando abandonó París para adoptar su nueva identidad.

El chico de la portería tiene treinta años, quizás es un pariente de la familia de André y ha atado cabos. Escuchar su nombre después de tantos años reabre las heridas de su corazón, es como si volviera a estar frente a su casa destrozada por la bomba, con el dolor de la pérdida sacudiendo sus entrañas.

—¿Qué te pasa? —pregunta Gladys con patente inquietud en la voz.

Margaret aprieta los puños con fuerza y se clava las uñas perfectamente arregladas en las palmas para que se imponga la serenidad en su interior. Con un esfuerzo considerable consigue dominar sus sentimientos disparados.

—Quiero ver a ese joven —solicita sin dar explicaciones—. Hazle subir, por favor.

—¿Quién es? ¿Por qué has reaccionado así? —insiste Gladys perpleja—. Nunca te había visto llorar por tan poco, sueles ser una mujer fuerte.

—A veces el pasado regresa —musita Margaret conteniendo la ansiedad—. Ese nombre...

—¿Qué le pasa? ¿Cómo puede agobiarte tanto? Es un francés de treinta años, tú nunca has viajado a Europa ni tienes amistades allí. —Gladys niega con la cabeza en un gesto enérgico—. Es la primera vez que te comportas así. No entiendo a qué viene lo del pasado... ¿Acaso me has ocultado algo? No hay secretos entre nosotras, ¿verdad?

—¡Basta ya, Gladys! —El golpe de voz de Margaret es contundente—. Todo el mundo tiene secretos y los míos son muy dolorosos. Prometo contártelos, pero ahora no me hagas perder más tiempo y haz subir al joven.

—Está bien. —Se levanta de un salto—. Voy a hablar con Ian, pero no pienso dejar las cosas así, me debes una explicación.

Gladys sale del salón sin ocultar su desconcierto.

Cuando Margaret se queda a solas el llanto irrumpe con fuerza, ¿y si André y Jaques no murieron aquel día? ¿Y si se ha pasado la vida pensando que estaban muertos y no era así? ¿Y si se ha perdido demasiados años de su existencia?

Se levanta con una agilidad envidiable para su edad y camina hacia el mueble bar que hay en la parte destinada al comedor, junto a un aparador donde se exhibe su preciosa vajilla *Villeroy and Boch* de porcelana. Se sirve un vaso de whisky añejo, lo vacía en un trago y se asoma al ventanal para observar la vista de los rascacielos, con Central Park al fondo y el sol acariciando con sus rayos los edificios. Las preguntas sin respuesta se acumulan en su mente, ametrallándola. No sabe cómo encarar la visita ni si está preparada para averiguar la verdad.

Acaricia la medalla que lleva al cuello desde su juventud, un corazón de plata sencillo. Lo abre con un tembleque inusual en las manos, sin conseguir que sus emociones se apacigüen. Los rostros amarillentos de

André y Jaques le saludan desde un tiempo perdido en su memoria, cuando su vida era otra y ella era una persona diferente.

Recuerda sus días en París, la felicidad de vivir junto a alguien como André y la alegría de tener a su bebé entre los brazos. Por ellos renunció a una vida cómoda y lujosa, trabajando para ganarse el sustento. Se sentía tan feliz que ganó con el cambio, pero la bomba le arrebató esa felicidad y la convirtió en una mujer fuerte, fría, sin tanto romanticismo y con un deseo implacable de venganza.

Los años junto a Charles le ofrecieron estabilidad, hijos, nietos, dinero, joyas y un montón de instantes llenos, pero en el fondo de su alma la herida de perder a su primera familia siempre la ha acompañado, porque su gran amor es y siempre será André.

Los acordes de Bach llenan el silencio, apenas empañado por los taconazos de Gladys en el pasillo. Margaret percibe otros pasos que la acompañan y su corazón cabalga por las aguas tortuosas de la impaciencia. Respira aceleradamente, con el alma en espera, incapaz de enfrentarse a la posibilidad de que sea una broma de mal gusto.

Cuando los visitantes irrumpen en el salón Margaret no se mueve, sigue frente al ventanal con vistas a Manhattan. Es incapaz de enfrentar con la mirada a la persona que camina hacia ella con pasos enérgicos. La tensión flota en el ambiente, es como si el tiempo acabara de detenerse y se llenara de inquietud.

—¿Marguerite? —Es una voz masculina con tintes suaves y melódicos, como la de su André—. ¿Es usted Marguerite Dupont? —Habla en francés y ella se siente morir—. Porque si es así, si usted es ella, también es mi abuela.

Se da la vuelta lentamente, con el corazón a mil por hora. Le tiembla el pulso, apenas logra reprimir las lágrimas y la emoción. Frente a ella descubre un joven demasiado parecido a André para no aceptar la realidad. Aprieta los puños con fiereza, instándose a respirar más retraídamente. Tarda un minuto en reunir la compostura suficiente para hablar.

—¿Cómo es posible? — Se tapa los ojos con las manos y derrama sus emociones disparadas en un llanto inquieto—. Vi volar la casa por los aires y la vecina aseguró que ellos estaban dentro. Tardé años en aceptarlo, fue el golpe más duro de mi vida, ¿y no sucedió? ¿Podría haber pasado mi vida junto a André?

No se explica esa aparición, ¿acaso está soñando? ¿Ha muerto y esto es lo que hay después?

—¿De verdad pensabas que habían muerto? —susurra André con la voz llena de dolor—. ¿Tantos años de tristeza de mi abuelo fueron por un malentendido? Él pensaba que estabas en la casa, por eso no te buscó. Una vecina le aseguró que habías llegado minutos antes de la explosión.

—¿Está vivo? —Margaret le mira con más aplomo y se acerca a él.

—El abuelo murió hace cuatro años, pero mi padre vive en París con su mujer, igual que mi hermana. —Le sonríe con emoción—. Guardó tu recuerdo hasta la muerte, nunca dejó de quererte.

A Margaret le tiembla el labio. Alarga la mano para tocar el rostro de su nieto y acabar de asegurarse de que no es una aparición.

—Si hubiera viajado alguna vez a París... ¡Mi Jaques y mi André! Pensaba que los había perdido para siempre. —Margaret siente un dolor indescriptible al enfrentarse a la muerte de André por segunda vez, pensaba que podría verlo de nuevo—. Charles pensaba que era mejor no tentar a la suerte. Regresar a París para hablar con Adele era arriesgado al principio y al pasar los años lo puse. Era más fácil no recordar.

Le enseña el interior del corazón que pende de su cuello, como si con ese gesto pudiera demostrarle su amor por André y Jaques. Él observa los rostros sonrientes de su padre y su abuelo en una foto desgastada por el paso del tiempo. La mano de Margaret tiembla tanto que apenas logra mantener firme el colgante. André la aguanta con la suya y le sonríe.

—Puedo traerte un trocito de mi abuelo —le dice André en un tono suave—. Tengo tres cajas llenas de cartas. Te escribía una cada mes, conmemorando el día de tu muerte, y la leía frente a tu tumba.

—Cada veinte de febrero me quedo en casa llorando, con una pena inmensa al recordarles. Perder a un hijo y al hombre de tu vida de golpe te destroza.

Un minuto después André conduce a su abuela al sofá, donde Iris y Gladys les observan con los sentimientos a flor de piel. Ninguna entiende el francés, por eso no captan el significado de las palabras, pero las emociones hablan por sí solas. André le pide por gestos las cajas a Iris para entregárselas a su abuela. Margaret las recibe con la sensación de que un puño estruja su corazón envejecido.

—Toda una vida en palabras —dice Margaret en inglés, observando la inconfundible caligrafía de su primer marido en los sobres—. ¡Mi André!

OceanofPDF.com

14

La música parece adecuarse al momento, como si la melodía agitada penetrara en las entrañas de cada uno de los presentes para amplificar su turbación. En el salón suena un nocturno de Chopin que André conoce a la perfección, era uno de sus preferidos en su época de concertista. Empieza con una frase simple que se repite ornamentada una y otra vez, consiguiendo aquella mezcla de tensión y melancolía que solo estas obras logran transmitir.

André acaricia suavemente el piano con la imaginación, se conoce las teclas de memoria y es capaz de reproducir hasta el último tempo. Sus dedos se mueven al son de la música e interpretan con una emoción desmedida cada compás. Sonríe con amargura al recordar que esa capacidad de penetrar en la pasión de los acordes era lo que más atraía a su público cuando era concertista.

El espacio destinado al salón-comedor es tan grande como el apartamento que comparte con Iris, es diáfano, con el suelo de anchas laminas de *parquet* claras, paredes de un blanco reluciente, enormes vidrieras que ofrecen una vista espectacular de los rascacielos, pocos muebles y un solitario piano de cola tono marfil frente a los sofás donde ellos se sientan. André le lanza una mirada de deseo, como si en ese instante necesitara aporrear las teclas con frenesí para exorcizar su nerviosismo.

Margaret llora desconsoladamente mientras devora las palabras de su primer marido manuscritas en unas cartas que por fin han llegado a su destinataria. Las hojas tiemblan en sus manos manchadas y artríticas, parecen pequeños pergaminos sacudidos por el viento.

Iris tiene los ojos húmedos, como si la situación despertara en ella un sentimentalismo difícil de aplacar. Escucha la música, dejándose llevar por

el ritmo que llama a la melancolía y apela a los deseos más recónditos.

Gladys contempla la escena con emoción contenida, como si ella también sintiera las embestidas del piano que reproduce la obra de Chopin.

—¿Dónde está Jaques? —pregunta de golpe Margaret levantando la vista de las cartas—. ¿Sabe que estás aquí? ¿Cómo me has encontrado?

En pocas palabras André le resume la muerte de su abuelo, sus sospechas, la relación con Brigitte, su decisión de volar a Nueva York...

—Tenía el pálpito de que era verdad —afirma con su mano entrelazada con la de su abuela, quien ha guardado las cartas en la caja, incapaz de continuar su lectura sin desmoronarse—. Nunca había visto al abuelo tan nervioso como aquel día, fue ver la foto en la revista y empezar a hiperventilar. Parecía realmente que acababa de ver a un fantasma.

—Tu abuelo era un hombre sensible —susurra Margaret deshaciéndose de un par de lágrimas con la yema de los dedos—. Perderle a él y al pequeño Jaques fue cruel, ninguna madre debería enfrentarse a la muerte de un hijo... Me gustaría verle, hablar con él, conocer a su mujer, a tu hermana... ¿Tienes una foto de mi pequeño?

André afirma con la cabeza para no mostrar la emoción que le embarga. Busca su móvil en el bolsillo, toquetea la pantalla un instante y le muestra fotos a su abuela de la familia al completo.

—Estas son de las últimas semanas en París. —Señala cada uno de los rostros sonrientes de sus sobrinos—. Mi hermana Sophie con sus tres pequeñajos. Están en la floristería de mamá, ayudando a su manera... Es una suerte que a pesar de la crisis sigan vendiendo flores, tienen clientes ricos que les encargan la decoración interior de sus mansiones. Trabajan un montón de horas, pero las dos son felices.

Mientras le enseña diversas instantáneas de su familia, André comparte con ella algunos recuerdos de sus vidas, acercándola a las personas que deberían conformar parte de su existencia. Sophie siempre fue una niña rebelde, con ideas propias y una manera particular de ver la vida. No era buena estudiante ni solía interesarse demasiado por las lecciones de la escuela, se pasaba las tardes con su madre en la floristería, montando ramos preciosos con una armonía especial.

—¿Puedo hablar con él? —Pregunta Margaret emocionada, refiriéndose a su hijo—. Necesito escuchar su voz. Está vivo y yo ya me he perdido demasiados años de su vida.

—Ahora mismo le llamo por Skype y podrás verle. —contesta André—. ¿Tienes un portátil con Wifi?

—Tenemos algo mejor. —Gladys le guiña un ojo y alarga la mano para hacerse con el iPad—. Con esto se controla la casa, puedes usar la pantalla de televisión, tiene una Web Cam instalada encima, ¿la ves?

Los cinco minutos siguientes André sigue las instrucciones de Gladys para configurar la aplicación de videollamada. Tras un par de pitidos Jaques aparece en la televisión, acompañado de su mujer.

—¡Qué alegría verte, André! —Las primeras palabras de Jaques se tiñen de incertidumbre al descubrir a otras personas desconocidas al lado de su hijo—. Veo que tienes compañía...

Desde la distancia parece que la sombra de la duda planea sobre Jaques. Mira con un inusitado interés a la mujer anciana que sostiene la mano de su hijo y siente cómo si el mundo se hundiera bajo sus pies.

—¿Quién eres? —musita abriendo los ojos desmesuradamente, con el corazón martilleando a gran velocidad y la respiración acelerada.

Esos ojos, esa mirada, esos rasgos...

—Marguerite Dupont —contesta Margaret con las lágrimas resbalando por las mejillas arreboladas—. Tu madre.

Con frases tintadas de una emoción intensa le cuenta a trompicones la verdad. Jaques muestra una inquietud propia del momento, la alegría de saber que su madre está viva se entremezcla con la rabia de descubrir que les engañaron.

—Es increíble que papá te reconociera en esa foto —le dice a su madre al recordar el momento—. Pensaba que deliraba por culpa del ataque al corazón.

—Quiero que vengas a Nueva York con tu mujer, tu hija, tu yerno y tus nietos, quiero conocerlos —suplica Margaret en tono esperanzado—. Os pagaré el viaje en primera clase, ¡para eso está el dinero! Habla con ellos, busca una fecha, pero ven. Necesito abrazarte, Jaques. ¡Es increíble que estés vivo!

—Mañana mismo estaremos aquí.

La conversación se alarga veinte minutos más, con comentarios tiernos y una emoción palpable. Margaret quiere saberlo todo acerca de la vida de su hijo y él le cuenta muchas anécdotas que irradian felicidad. Les cuesta

despedirse, como si el reencuentro hubiera despertado la necesidad de continuar conectados.

Cuando cortan la comunicación Margaret se seca las lágrimas con un pañuelo de papel que Gladys le ofrece y tarda unos instantes en serenarse lo suficiente para alentar a su nieto a seguir con el reportaje fotográfico.

—Aquí está el abuelo André —dice él, mostrándole una instantánea de su abuelo sonriente—. Hace cinco años de esta foto, fue una tarde de primavera que nos tomamos libre para sentarnos en su *pastiserie* preferida. ¡Era un goloso! Le encantaban los croissants con mucha mantequilla.

—Un mes después de casarnos intenté hornearle unos para darle una sorpresa. —Margaret evoca ese día en su memoria—. Pero yo era una niña bien a la que nunca enseñaron a cocinar y un poco más y quemo la casa. ¡No te imaginas cómo nos reímos! El horno empezó a sacar humo y André corrió a apagar los croissants ardientes. En vez de enfadarse conmigo me abrazó y me propuso que fuéramos a ver a su madre para que me diera cuatro lecciones de cocina. ¡Era un hombre maravilloso!

André siente una punzada de melancolía al ver proyectada la sombra de su abuelo en las palabras de Margaret. Le muestra varias fotografías de su padre en un viaje a Grecia en las últimas vacaciones que pasaron juntos cinco años atrás, antes de que el abuelo muriera. Las ha mantenido en cada uno de los tres móviles que han pasado por sus manos estos años. Fueron unos días inolvidables.

—¿Quién es esta chica tan mona? —pregunta Iris con un deje irritado, señalando a la mujer que le abraza en una de las fotografías—. Parecéis muy acaramelados...

—Es Brigitte —se apresura a contestar André mientras pasa a la siguiente foto—. Fuimos a Grecia toda la familia para celebrar los setenta años de papá.

Parece como si a Iris le molestara su pasado, cruza los brazos bajo el pecho y le mira con desdén. Él le sonríe con timidez para demostrarle que es agua pasada. Margaret apenas se percató de la escena de celos, está muy lejos de ahí, rememorando su pasado en busca de algún dato que le explique lo que pasó.

—¿Por qué la vecina me dijo que estaban dentro? —se desespera Margaret—. Si hubiera sabido que estaban en una misión... ¡Dios! No lo entiendo, ¡me dijeron que mi marido y mi hijo estaban muertos! —Niega

con la cabeza, airada—. ¡Él tenía que saberlo y me engañó! Me aseguró que André y Jaques no habían sobrevivido. Por su culpa me convertí en alguien diferente. No sé si seré capaz de perdonarle algún día.

Se cubre la cara con las manos en un gesto angustiado, dándose cuenta de que ha vivido engañada durante demasiados años. André reacciona con ansiedad, desde que su abuelo murió ha deseado que esa mujer fuera su abuela para reprocharle el mal que le hizo a su familia, en ningún momento imaginó que ella también sufrió y ahora está en medio de un torbellino de emociones encontradas que le sacuden sin piedad.

—¿Quién? —El músico la insta a hablar con un leve apretón en la mano—. ¿Quién fue capaz de una monstruosidad así?

—Charles. —Margaret pronuncia el nombre de su difunto esposo con un golpe seco de voz antes de derrumbarse de nuevo—. A veces pensaba que me ocultaba algo importante, incluso tenía la sensación de que de un momento a otro confesaría la razón por la que mostraba culpabilidad. Ahora entiendo que fue un cobarde, que su única obsesión fue mantenerme a su lado.

—Perdone, señora Philips. —Iris interviene con apenas un hilo de voz—. ¿Qué pinta su marido en esta historia?

Margaret la mira como si acabara de caer en la cuenta de que en el salón hay más personas que ella y André.

—Supongo que eres la novia de mi nieto —dice, componiendo una sonrisa triste—. ¡Me he perdido tantas cosas! Llámame Margaret, por favor...

—Iris es mi compañera de piso... —aclara André, indeciso—. Solo somos amigos. Acabamos de conocernos, pero creo que nos entendemos bien.

La chica parece encajar bien su discurso improvisado, percibe un brillo inusual en sus ojos, como si a ella también le hubiera sorprendido la afirmación de Margaret. André sopla para apaciguar sus nervios disparados en los últimos minutos.

—Charles fue el hombre que cambió mi destino —explica Margaret acariciando una de las cajas llena de las cartas de André—. Lo conocí de joven, cuando viene a Nueva York con mis hermanos a estudiar en Julliard. ¡Era guapísimo! Yo tenía dieciocho años y él veintiséis. Pensaba que era el hombre más apuesto de la Tierra, el único que se merecía mi amor

incondicional. Estaba segura de que mis padres montarían en cólera cuando descubrieran nuestra relación, pero no me importaba, hubiera hecho cualquier cosa por él, incluso desobedecer al mismísimo barón Franz Von Schwartz. Era tan ingenua, sentimental e idealista... Es curioso que fuera Charles quién consiguió convertirme en una mujer fría y calculadora, alguien capaz de seguir el deseo de venganza hasta sus últimas consecuencias. ¿Cómo podía imaginar que me mintió para conseguir lo que quería? ¿Por qué se aferró a esa mentira cuando terminó la guerra? Le quise, pero nunca con la misma intensidad que a André. —Sonríe con tristeza—. André fue el hombre de mi vida.

—Cuéntanos tu historia, abuela —la insta André.

El músico le sonríe con ternura, expectante, deseoso de conocer el pasado de su abuela. Tiene la sensación de que será interesante, tortuoso y triste, que estará lleno de secretos que han marcado una existencia diferente a la que ella y su abuelo deseaban en el pasado. Y sabe que cada una de las vicisitudes que Margaret Philips está a punto de compartir con él forman parte de su pasado, porque ella es su abuela y ahora que la ha encontrado no piensa dejarla escapar.

Segunda Parte

La Historia de Margaret Philips

OceanofPDF.com

15

Mi pasado comprende tres vidas que definen una personalidad diferente en cada una de ellas, con una identidad distinta y un nombre a la altura de las circunstancias. Las dos primeras tuvieron continuidad en dos momentos temporales separados, fue como si una mitad llamara a la otra para completarse. Pensaba que la última, la de Marguerite Dupont, nunca encontraría la manera de cerrarse, pero supongo que mi longevidad fue concebida para que te encontrara, André.

Nací el dieciocho de mayo de 1917 en Berlín, en el seno de una acaudalada familia con todas las comodidades de la época. Mi nombre real es Margarete Von Schwartz. Soy hija de un barón millonario que se dedicaba al comercio del acero y a especular en bolsa con unos resultados espectaculares. Uno de sus negocios más prósperos era el de abastecer a la industria ferroviaria y automovilística. Mi padre fue un visionario que consiguió mantener a salvo su fortuna en las dos guerras mundiales, aumentándola considerablemente.

Mis recuerdos de infancia y adolescencia son felices, sin que nada de lo que sucedió después pueda empañar mi idílica visión de la realidad. Crecí rodeada de lujos, educada en un colegio privado carísimo, donde las alumnas eran de mi misma clase, con una manera parcial de ver los desastres que la Primera Guerra Mundial habían dejado a su paso por mi ciudad. La música fue importante para mí desde niña, tenía ritmo, talento, buena voz y una predisposición innata para el piano.

Nunca me cuestioné cómo vivía la otra gente ni que fuera de los muros de nuestra mansión, alojada en una zona privilegiada, habitaban personas menos pudientes que se morían de hambre o se maltrataban trabajando por un mísero sueldo a final de mes.

El jardín de casa estaba siempre pletórico de flores, cuidadas por un jardinero desnutrido y casi sin dientes que bajaba la cabeza cada vez que pasábamos por su lado, la cocina la ocupaban un grupo de cinco mujeres que preparaban succulentos platos con mercancía obtenida a precios astronómicos, la planta de abajo de casa era un mundo aparte, uno que a mí me inspiraba ideas felices muy alejadas de la realidad.

Mi madre era muy estricta con el servicio, quería la casa impecable, la comida en su punto y la ropa sin un pliegue de más. No titubeaba a la hora de despedir a una doncella por olvidarse una mota de polvo en un mueble ni en exigir que trabajaran deslomándose de sol a sol para dejar las cosas a su gusto. Era una mujer autoritaria, sin demasiadas muestras de apego a los suyos ni gestos de cariño. Alta, rubia, con inmensos ojos azules y una constitución robusta que cuadraba a la perfección con su carácter, me inspiró respeto de pequeña y tristeza de mayor.

Quizás no quería ver lo que sucedía a mi alrededor por miedo a que mi mundo perfecto se desvaneciera. Era más fácil admirar la belleza que me rodeaba sin cuestionarme el sudor y las lágrimas que había costado conseguirla. Me faltaban besos y caricias de mis padres, palabras alentadoras, frases cariñosas y no de orgullo por mis logros. Por suerte tenía a mis hermanos, Franz junior y Hans, dos chicos con un corazón tan grande que no les cabía en el pecho.

Estudiaban en un colegio muy duro de formación militar. Los dos me llevaban pocos años y eran buenos conmigo. Yo les adoraba... Contaba las horas para verles aparecer por la puerta con sus flamantes uniformes y la entusiasta narración de su día. La disciplina de la escuela era rígida, no les pasaban ni una y si desobedecían las órdenes los castigaban con días de calabozo o ejercicio físico al límite.

Cada noche, cuando el día se fundía en una negrura espesa llena de estrellas parpadeantes, nos sentábamos los tres en nuestro salón del primer piso, frente a la chimenea encendida, a charlar tranquilamente mientras esperábamos la cena. Mis padres no querían que los acompañáramos en su velada llena de música y conversaciones privadas, por eso creamos ese ritual donde cada uno contaba las peripecias de su día sacándoles punta.

En nuestro salón privado estaba mi piano, uno muy parecido al que tengo en esta estancia donde he pasado los últimos años de mi existencia. Era blanco, grande, con una cola brillante y perfecta para que mi música

eclipsara al público. Cada noche les tocaba unas melodías a mis hermanos, las adaptaba a nuestras últimas conversaciones, creaba una atmósfera melancólica, alegre, triste o agradable, dependía de su estado de ánimo.

Hans era un muchacho rebelde, movido y con pocas ganas de ceñirse a una disciplina tan férrea como la que imperaba en su colegio, pero temía tanto la reacción de mi padre que pasaba por la experiencia aguantándose los reparos. A nosotros nos explicaba las batallas de la jornada con un deje de rabia en la voz, quejándose de las absurdas órdenes de sus maestros y superiores, de los castigos impuestos a compañeros suyos y de lo encarcelado que se sentía en un lugar así. No era demasiado aplicado en los estudios ni le interesaba lo mismo que a los otros chicos de su edad. Tenía una sensibilidad especial para las artes y era una persona cercana y accesible.

En cambio Franz era el prototipo de un futuro militar sin escrúpulos. Recto, con mirada un poco perversa, una forma física envidiable y una predisposición innata para los deportes, solía destacar en cualquier juego. Era buen estudiante, con expediente académico repleto de buenas calificaciones. No le gustaba la preparación física al límite impuesta por sus oficiales superiores, pero la acataba para no despertar recelos en ellos o en mis padres.

Yo era muy estudiosa, disfrutaba aprendiendo cosas nuevas, paseando de la mano de mi padre cada sábado para visitar un nuevo museo, donde nos pasábamos horas frente a varias obras de artistas reconocidos mundialmente, acompañados de un guía que nos aleccionaba acerca de ellas. Mi gran pasión era la música, las horas de ensayo, las lecciones particulares que recibía cada mediodía, los conciertos privados que ofrecía en casa...

Mi padre consideraba que las materias de la escuela no eran suficientes para formarnos, por eso contrataba a profesores particulares cada tarde para que nos enseñaran francés, inglés y español, a parte de piano, historia del arte y pintura. Era un hombre severo, con ideas férreas acerca del comportamiento que esperaba de sus hijos, un gran sentido del deber y un fondo tierno que pocas veces compartía con nosotros.

Con el tiempo comprendí que su manera de pensar se alejaba mucho a la de sus contemporáneos. Sé que tuve suerte, gracias a él conseguí una gran formación académica y viajar en un momento histórico en el que las

mujeres no eran más que un florero. Mi padre quería que yo me prepara para el futuro, que fuera culta, organizada y con estudios, algo insólito en la Alemania de principios del siglo XX. Para él el aprendizaje de otros idiomas era primordial, igual que potenciar mi don para la música.

Nuestros futuros nos venían impuestos desde la cuna. Franz, al ser el mayor, debía ocupar la presidencia de la compañía liderada por el barón Von Schwartz tras formarse en la Universidad. Para Hans estaba prevista una licenciatura en ingeniería mecánica para impulsar la fábrica de automóviles que mi padre tenía proyectada. Y yo, la única niña, estaba destinada a casarme con Otto Von Müller, hijo de un próspero empresario químico que era amigo de mi padre desde la infancia, y a convertirme en una concertista de renombre en una Alemania donde la música era la principal fuente de distracción.

Otto era más un hermano que un novio para mí. Solía venir a casa a jugar con su hermana Hilde algunas tardes, cuando los profesores particulares nos dejaban libres. Cada vez que recuerdo a mi amiga de infancia me vienen a la mente momentos tristes. Durante muchísimos años compartimos confidencias a la luz de la luna, escondidas detrás del rosal de mi madre, agazapadas cuchicheando para que los niños no se enteraran de nuestras conversaciones. Íbamos a la misma clase, leíamos novelas idénticas y pasábamos tantas horas juntas que a veces me parece increíble que encontráramos tiempo para otras cosas.

A los diecisiete años mi padre me anunció sus planes de futuro para mí, tras hablar con el padre de Otto. Esa tarde lloré amargamente escondida en mi lugar secreto. Yo no quería casarme con alguien a quien no amaba, pero sabía que no podía contradecir los deseos de mi padre y solía comportarme con respeto ante sus decisiones.

Por suerte la boda no se celebraría hasta que yo terminara la carrera de piano, mi padre insistió mucho en ese punto y estaba dispuesto a darme unos años de libertad antes de unir mi vida a la de Otto irremediamente.

Al día siguiente Hilde me confesó que su hermano estaba enamorado de mí desde hacía años y que la idea de casarse conmigo lo había alegrado. Ella también estaba contenta, en unos años nos convertiríamos en cuñadas. Sonreí ante su euforia y guardé bajo llave los recelos que me despertaba la situación, me habían educado para acatar las órdenes sin chistar, así que

empecé a hacerme a la idea de que mis ensoñaciones románticas de un matrimonio por amor quedaban relegadas al olvido.

Otto empezó a cortejarme. Me regalaba bombones y flores una vez a la semana, me invitaba los sábados a tomar el té en una cafetería de renombre y alguna noche me llevaba a bailes que ofrecían personas de la alta sociedad alemana.

No puedo negar que era un hombre apuesto, con su cabellera rubia repeinada hacia atrás con gomina, aquellos ojos azules que parecían dos lagos, su metro ochenta y seis de estatura y su porte erguido y firme. Me trataba con dulzura y amabilidad, por eso disfrutaba de su compañía y cada noche me repetía a mí misma la suerte que tenía con él.

Aunque suspiraba en secreto por enamorarme como las heroínas de las novelas románticas que devoraba con fervor, con aquella pasión desbordante que las convertía en mujeres intrépidas y pasionales. Los besos robados que Otto se atrevía a darme algunas noches en el balancín del porche de casa me sabían a poco, pero a medida que los meses pasaban me sentía más dispuesta a casarme con él.

Recuerdo con ilusión el baile que mis padres organizaron para celebrar mi dieciocho cumpleaños. Me regalaron unos pendientes de diamantes en forma de lágrima, engastados en oro blanco. Otto apareció en casa con el collar a juego, ¡era precioso! Mientras me lo abrochaba me acarició el cuello y me susurró palabras de amor al oído.

Intenté sentirme atraída por él, me di la vuelta despacio, admirando la piedra sobre mi vestido marfil. Cuando nos quedamos frente a frente sus ojos se iluminaron con deseo. Nos besamos de verdad por primera vez. Deseaba sentirme hechizada por ese beso, sin embargo no fue más que una caricia de lenguas con alguien a quien quería como a un amigo. Busqué sin éxito la pasión en mi interior, deseosa de experimentar algún tipo de emoción y comprendí que mi matrimonio con Otto sería plano.

Sé que no era justa con Otto, que debería haberme sincerado con él, pero era más fácil no hacerlo, continuar alentando sus sentimientos y no decepcionarle. Al fin y al cabo iba a casarme con él, a pesar de mi falta de amor.

Bailamos durante horas, riéndonos, bebiendo algún sorbo de champagne francés, degustando las exquisiteces que la cocinera preparó para el evento. Vivíamos en una mansión con suelos de mármol y de enormes dimensiones.

Los muebles de caoba contrastaban con las telas de las cortinas, las sillas y los sofás en tonos claros, apenas moteadas por algún detalle de hilo dorado.

No conocía otra cosa, entonces creía que todo el mundo tenía una casa igual. Era una estúpida niña de papá con la cabeza llena de ideas locas acerca del romanticismo, de la vida, del dinero... La Primera Guerra Mundial había terminado cuando yo era un bebé, mis hermanos no tenían recuerdos tristes de esa época porque nos instalamos en la casa que teníamos en el campo, donde las bombas no llegaban y mi padre alejaba de nosotros las penurias vividas en ese periodo. Él fue comandante en jefe de una unidad que ganó varias batallas. Era un hombre fuerte, decidido y valiente.

El padre de Otto nos regaló una casa en Berlín para que la fuéramos arreglando a nuestro antojo los cinco años que teníamos por delante antes de la boda. Era preciosa, con un jardín privado donde jugar con nuestros hijos y una luz interior que se nutría del sol y de la lluvia.

Siempre me han gustado las casas con luz natural, es como si me llenaran de energía positiva y me ayudaran a ver la vida con mayor intensidad de colores.

Poco a poco la idea de casarme con Otto se asentó en mi interior, a pesar de mis dudas. Sabía que no sería un matrimonio con la pasión por la que suspiraba secretamente, pero lo aceptaba como parte de mi destino.

En junio del treinta y cinco, semanas después de mi decimoctavo cumpleaños, Otto me anunció que su padre había decidido mandarle a una prestigiosa universidad de Estados Unidos a estudiar químicas con los mejores maestros. Era un chico aplicado, con unas notas inmejorables en el colegio y capaz de licenciarse en Harvard para después ocupar un puesto destacado en la empresa de su padre.

Nuestro país estaba convulso, se intuía que pronto las cosas iban a cambiar y tanto mi padre como el de Otto temían que un enfrentamiento bélico pudiera truncar sus planes para nosotros. Enviar a un hijo a una universidad extranjera no era usual, pero los contactos que ambos tenían en Estados Unidos allanaron el camino para Otto.

—Te llevaré en el corazón —me dijo sentado en el balancín de nuestro porche—. Y te escribiré una carta cada semana. ¿Harás tú lo mismo?

—¡Claro! —contesté aliviada al saber que tendría unos años de independencia antes de encadenarme para siempre a él—. Te echaré de

menos.

Mentí. Era la única manera de mantener a salvo su ilusión, para que en el futuro pensara que le amaba. Sé que era una postura estúpida e inmadura, mi obligación era casarme con él a pesar de mis sentimientos y decidí pasarme la vida fingiendo. En ese instante no era consciente de lo difícil que es ser otra persona.

Era un momento extraño a nivel político, Hitler se había convertido en el Führer de nuestra nación hacía poco y mi padre estaba muy cerca de él por cuestiones tácticas. Su fortuna era un potente imán para los nazis, quienes estrecharon lazos con mi familia para conseguir fondos, y mi padre, con una visión de futuro increíble, permitió que lo cortejaran y lo incluyeran en sus filas a pesar de su diferente manera de pensar.

Quizás fue pretencioso su deseo de mantener a salvo el dinero, la posición y el poder, o simplemente optó por aliarse con los líderes del país antes que verse degradado a emigrar y a empezar de nuevo en otro lugar. Los años me mostraron cuáles eran sus verdaderos ideales, aunque durante el Tercer Reich el barón Franz Von Schwartz se convirtió en uno de los principales financiadores del partido Nazi, ocupando un puesto destacado en sus filas.

Conocí a Hitler en persona de joven, en varias recepciones que se ofrecían en mi casa. Otto le veneraba, era un fiel seguidor de sus ideales y solía elogiarle cuando hablábamos a solas. En cambio en mi casa yo intuía que mi padre fingía. Le escuché cuchichear con mi madre alguna noche en su alcoba acerca de la situación, sin comulgar demasiado con las ideas federalistas del Führer ni con su intención de mejorar la raza.

A mediados del treinta y cinco mi padre intuyó los planes bélicos de Hitler. Era una persona extremadamente inteligente y con una capacidad innata para darle la vuelta a las situaciones en su beneficio. Sabía que su lugar estaba al lado de los nazis, que ellos serían sin duda la fuerza política que reinaría en Alemania, pero también llegó a la conclusión de que era importante que sus hijos terminaran las carreras universitarias lejos del conflicto.

Cuando Otto anunció su intención de embarcarse a principios de julio en un barco hacia Estados Unidos, mi padre decidió que mis hermanos y yo le acompañáramos para pasar cinco años en la tierra prometida. Tenía negocios con un par de empresas afincadas en Nueva York y dinero en un

de sus bancos, por eso decidió que la Universidad de Columbia era el destino final para que Franz y Hans se licenciaran.

Para mí tenía destinada una exclusiva escuela de música que empezaba a hacerse eco en la sociedad de la época: Julliard. Fue emocionante descubrir que mis cinco años de libertad serían en una casa en Manhattan, con mis hermanos como compañeros y en una ciudad donde nadie nos conocía.

Me preparé para el viaje encargando ropa a la moda americana a la modista, eligiendo telas y preguntando a las personas de mi entorno que habían viajado a Norteamérica cómo era la gente ahí.

En ningún momento me paré a pensar en el cúmulo de experiencias que me esperaban al otro lado del Atlántico ni en cómo una mujer como yo alcanzaría la madurez necesaria para enfrentarse a cambios significativos en su vida.

Hilde intentó que su padre la dejara venir con nosotros, pero el conde Von Müller tenía otros planes para su hija y ella no podía desobedecerlas. En seis meses se casaría con un noble berlinés de raza aria bien posicionado, con una fortuna personal intacta y fama de mujeriego. Era ocho años mayor que ella y sus amantes lo definían como un ser de cruel y despiadado. Hilde lloró en mi hombro cuando conoció la noticia, no quería compartir su vida con alguien así, pero en el fondo sabía que le proporcionaría una vida llena de riquezas y constituía una alianza fundamental para su padre.

El tres de julio iniciamos nuestro periplo hacia América del Norte. Nos acompañaba la familia de Otto, la mía y unos amigos de mis hermanos, entre ellos la novia de Franz. Subimos a un tren que recorría la distancia entre Berlín y Hamburgo, con una cantidad de equipaje increíble. Ese trayecto de varias horas de duración disparó irremediablemente mi nerviosismo al percatarme de que ya no había vuelta atrás.

Me despedí de mi familia y de mi gran amiga en el muelle de Hamburgo, donde mis hermanos y yo embarcamos en un crucero inmenso. Abracé a Hilde con lágrimas en los ojos y la sensación de que dejaba atrás una vida para emprender otra nueva y emocionante. Mis padres nos dieron un simple beso en la mejilla antes de recalcarnos de nuevo qué se esperaba de nosotros y cuáles eran nuestras obligaciones.

Hay instantes que te marcan para siempre. La mirada turbada de mi padre mientras nos dirigíamos a la pasarela, sus ojos húmedos y la fuerza que denotaban sus puños cerrados me dieron una pista de sus sentimientos internos. Un observadora como yo podía reconocer sin problemas su lado pasional, aunque se esforzara en disimularlo. En cambio mi madre... Jamás comprenderé cómo una madre es capaz de dejar marchar a sus tres hijos sin derramar ni una lágrima ni mostrarse cálida. Su frialdad siempre me dolió.

Mis ojos se perdieron en el regimiento de doctores y de oficiales parados frente a la entrada de la pasarela, que se erigían en dioses capaces de decidir nuestro destino. La primera línea de médicos a sueldo de la naviera nos examinó para evaluar nuestro estado general de salud, ellos dictaminaban si éramos aptos o no para el viaje. A los de primera clase nos dejaban pasar con relativa facilidad, en cambio a los de tercera les costaba más embarcar. Ese fue mi primer contacto real con la pobreza, uno que me mostró que vivía en una bola de cristal aislada del mundo.

Una vez sorteado el escollo médico los oficiales nos hicieron veintinueve preguntas encaminadas a tantear si íbamos a ser parte de su pasaje o no. *«¿Nombre, edad, nacionalidad, ocupación? ¿Sabes leer y escribir? ¿Has estado preso? ¿Tienes al menos veinticinco dólares contigo? ¿Cuál es tu estado mental y físico? ¿Estás casado? ¿Estás perseguido por el Gobierno?...»*.

Una vez más nuestra condición de ricos afortunados de primera clase consiguió que apenas nos agobiaran y en pocos minutos estábamos a bordo del *Hansa*, un buque de la HAPAG (Hamburg Amerikanische Packetfahrt Actien-Gesellschaft) que acababa de cambiar de nombre. Antiguamente era el *SS Albert Ballin*, nombre del fundador de la naviera, y judío... Por eso borraron su huella del barco y lo rebautizaron.

Nos abrazamos los tres hermanos en cubierta, asomados a la barandilla, agitando las manos en señal de despedida, junto a Otto. Tras el sonido de la sirena el puerto empequeñeció lentamente ante nuestra mirada, como si fuera un dibujo que poco a poco desaparece en un océano inmenso.

Con nosotros viajaron algunos miembros del servicio: mi joven doncella, los ayudas de cámara de mis hermanos, un par de chicas que se ocuparían de la limpieza de nuestra casa en Nueva York, un mayordomo, una cocinera y nuestro inseparable profesor de inglés, quien tenía la misión

de acabar de prepararnos para acudir a la universidad sin barreras lingüísticas.

Llevábamos mucho equipaje y tardaron una eternidad en entrarlo todo en el barco y ordenar nuestras habitaciones. Me parece mentira que fuera tan inexperta en cuestiones de supervivencia, sin mi doncella estaba perdida...

París, veinte de abril de 1942

Querida Marguerite,

Solo han pasado dos meses desde que nuestra casa voló por los aires y todavía no me hago a la idea de que ya no estás conmigo. Cada noche me voy a la cama pensando que aparecerás en algún momento y me contarás una historia acerca de un error, pero por las mañanas me despierto sin ti a mi lado, únicamente acompañado por nuestro pequeño Jaques, y el dolor regresa con inusitada ferocidad.

¿Recuerdas cuando paseábamos de la mano por las calles de la ciudad? Al conocernos nos gustaba caminar por París y descubrir rincones secretos. Nunca olvidaré tus sonrisas ni aquellas largas conversaciones mientras descubríamos callejones perfectos para esconder nuestra clandestina relación.

Jaques me recuerda mi niñez en muchos momentos, a pesar de que yo no vivía recluido en una casa ni escondido, siempre con miedo a que los nazis nos encuentren. Juro que me vengaré de ellos tarde o temprano, no quiero pasarme el resto de la vida con esta rabia en mi interior, necesito resarcirme del daño causado.

Vivimos en casa de Adele, pero pronto nos iremos. Nuestros compañeros han conseguido prepararnos una nueva identidad para que nos establezcamos sin problemas en el campo. Una vez estemos instalados ya no será necesario que nos ocultemos ni que pasemos los días encerrados. Solo me dolerá separarme de mi familia y alejarme de mi querido París.

Jaques no tiene nuestro don por la música, muchas tardes me siento con él al piano e intento que capte las melodías, sin embargo él prefiere jugar con canicas en el suelo a tocar. Por suerte le encanta escucharme mientras las notas se escapan del piano acariciado por mis dedos.

Yo era muy diferente a su edad... Aprendí a adorar las melodías antes que a caminar. Solía pararme frente a la cajita de música de mi hermana

para rodar la manivela y escuchar cada uno de sus acordes, las tonadas me hechizaban. Me encantaba tararear canciones mientras movía mi cuerpo en medio del salón, jaleado por mis padres.

En casa apenas teníamos dinero, pero éramos felices. Mi madre trabajaba de modista en una boutique y mi padre era panadero. Mi infancia fue idílica, espero que la de nuestro hijo también sea perfecta, con instantes de ensueño y un sinfín de vivencias increíbles que conformen un chico con ilusiones y esperanzas.

Cuando mi madre descubrió mi don para la música yo tenía nueve años. Fue una tarde de verano en el parque, escuchando un concierto de música clásica gratuito. Me cautivó tanto el sonido del piano que al terminar caminé hechizado hacia el piano, me senté en el taburete y acaricié las teclas con emoción. Los músicos estaban distraídos, atendiendo los elogios del público. La curiosidad me empujó a escuchar el sonido de las teclas y en menos de diez minutos conseguí reproducir una pequeña tonada.

El pianista se quedó perplejo al ver a un chiquillo como yo sentado en su banco, consiguiendo darle vida al instrumento sin ninguna preparación musical. Mi madre se disculpó varias veces, abochornada por la situación, pero la suerte quiso que Julien apreciara mi talento y se ofreciera a instruirme.

Pasé diez largos años a su lado, aprendiendo de un gran maestro con deseos de compartir su arte conmigo. Julien era viudo y no tenía hijos, tenía sesenta años cuando le conocí y yo me convertí en lo más parecido a un hijo para él. Me pasaba las tardes en su casa, tocando su magnífico piano, y a los doce años empecé a acompañarle en los conciertos, substituyéndole algunas veces.

El piano que ahora está en casa de Adele era el suyo, me lo regaló al morir. Sé que te he contado esta historia mil veces, pero nunca me canso de hablar contigo, estas cartas son un hilo invisible que nos conecta más allá del tiempo y del espacio, son mi tributo a la única mujer a la que querré. Prometo serte fiel en espíritu, no compartir jamás mi casa con otra mujer y hablarle cada día a Jaques de su maravillosa madre.

Tengo pocas fotografías tuyas, la mayoría ardieron en la explosión, pero tu recuerdo estará siempre impreso en mi corazón, acompañado de acordes románticos y llenos de ternura.

Espero que Jaques consiga apreciar la música como nosotros y que algún día te toque la sinfonía que poco a poco compongo para ti.

Siempre tuyo,

André

OceanofPDF.com

17

Las tres semanas de travesía fueron maravillosas. Otto me sacaba a bailar cada noche, charlábamos con mis hermanos hasta la madrugada, tomábamos el sol bajo una sombrilla cerca de cubierta por las mañanas, jugábamos a cartas, escuchábamos la radio y pasábamos tres horas diarias aprendiendo los últimos coletazos de inglés.

Tengo facilidad para los idiomas, por eso aventajaba a los otros alumnos y mi profesor solía dedicarme una hora extra al día para perfeccionar mi acento y mantener largas conversaciones con él en la lengua extranjera que me enseñaba. Gracias a esas lecciones regaladas encontré mi destino, aunque entonces no era consciente de que mi vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados al pisar suelo americano.

Lo único que empañó un poco mi felicidad fue descubrir las condiciones inhumanas en las que viajaban los pasajeros de tercera clase. Un día necesitaba a mi doncella y descendí a las profundidades del barco... Mis hermanos me reprendieron cuando media hora después regresé a la comodidad de primera clase y les conté horrorizada lo que había visto: literas sucias, casi sin espacio, con demasiadas personas sentadas en ellas. El olor era nauseabundo, no había ventilación ni vistas al exterior ni unos retretes en condiciones. Se escuchaban los llantos de los niños acunados en brazos de unas madres cadavéricas, la tos de los ancianos, las arcadas de los que se mareaban...

No regresé a ese lugar lleno de miseria y angustia, aunque desde ese instante pobló mis pesadillas.

Llegamos a Nueva York el lunes veintinueve de julio de 1935, un día de lluvia intensa y calor insoportable. La imponente figura de la Estatua de la Libertad fue mi primer contacto visual con una ciudad inmensa donde los

rascacielos eran comunes. Me impresionó descubrir un *skyline* muy diferente al de mi Berlín natal, con edificios altísimos que parecían desafiar al cielo.

El barco esperó frente a Ellis Island su turno para desembarcar a los pasajeros y yo absorbí hasta la última gota de novedad que mis ojos me regalaban. Una vez más me enfrenté a las diferencias de clase que durante años me habían pasado inadvertidas. A los que viajábamos en primera y segunda clase nos dejaron en el muelle, sin pasar por los trámites aduaneros.

Se llevaron a nuestro servicio a Ellis Island en un Ferry, junto a los pasajeros de su clase. Intenté oponerme, pero los oficiales estadounidenses me ignoraron. Por Mary, mi doncella, supe que allí pasaban controles médicos y legales, que marcaban con letras a los posibles portadores de enfermedades y que las autoridades decidían quién entraba en el país. A veces las esperas se hacían interminables, pasaban horas, e incluso días, aguardando su turno. Por suerte el servicio de personas como nosotros regresaban rápidamente al puerto para asistir a sus señores.

—A una mujer no la han dejado pasar porque ha dicho que tenía trabajo en Nueva York —escuché decir a Mary.

Más tarde investigué un poco acerca de esa afirmación. Los inmigrantes debían demostrar que estaban capacitados para encontrar trabajo, pero no que ya lo tenían, porque eso les quitaba puestos a los americanos.

Me impresionó el relato de Mary acerca de cómo los llevaron a la sala de Registro tras ser desembarcados. Allí los ojeadores médicos los observaron para distinguir los que tenían algún defecto. Los marcaban con letras: L (*lameness*) para los cojos, H (*heart disease*) para problemas cardíacos, E (*eyes*) para problemas visuales, Ft (*feet*) para aquellos con problemas en los pies, S indicando senilidad, una X para aquellos de quienes sospechaban padecían problemas mentales... Si pasaban esa primera criba los inspeccionaban en salas médicas antes de llevarlos frente al cuestionario legal. Los que eran diagnosticados con problemas de salud se enviaban al Hospital de Ellis Island para restablecerse. El interrogatorio de los oficiales aduaneros era muy parecido al de nuestro país de origen y entre los inmigrantes solían prestarse los veinticinco dólares necesarios para alcanzar suelo estadounidense. Al fin, los aptos se subían a un ferry para llegar a Nueva York o a New Jersey.

En esa época no existían las tecnologías actuales para encargarlo todo por Internet, por eso teníamos previsto alojarnos en el Waldorf Astoria durante el tiempo necesario para comprar y adecuar una casa en condiciones donde residir los cinco años siguientes. Era uno de los hoteles más lujosos y exclusivos de la ciudad.

Mi suite era impresionante, con una nota de modernidad en el mobiliario inglés del siglo XVIII, que contrastaba con la pintura clara y la madera oscura. Tenía una preciosa chimenea de época, una vista espectacular de la ciudad, espacio para moverme y el piano que mi padre había encargado especialmente para mí.

Vivir en el piso veintisiete de un rascacielos fue una experiencia impactante al principio, no estaba acostumbrada a las alturas ni a la arquitectura que se enfilaba hacia el cielo de Nueva York. Recuerdo la emoción de los primeros días, las exclamaciones al contemplar cada pequeño detalle de la ciudad.

Otto pasó una semana con nosotros antes de seguir su camino en tren hacia Harvard. Prometió volver cada seis meses para mantener la llama ardiente de nuestro amor, su universidad estaba a trescientos cincuenta kilómetros de mí y a él no le parecía una distancia demasiado grande como para separarnos. Yo le seguí el juego, mostrándome desolada ante su partida, sin revelar en ningún momento la alegría que sentía al librarme de su compañía una larga temporada.

Los primeros días en Manhattan, alojados en uno de los establecimientos más exclusivos y caros del lugar, acompañados en las comidas por mujeres emperifolladas con sus mejores joyas, que llevaban vestidos de raso largos hasta los pies con reminiscencias del Charleston y los cabellos recogidos en un moño o cortos con rizos a la moda, fueron de locura absoluta.

A pesar de que nos movíamos en una zona privilegiada, empecé a verle el rostro a la pobreza en algunas calles, con la visión de barrios sucios y destartados, niños mal vestidos, desnutridos, chutando una lata... A veces pienso que en Berlín vivía en una burbuja donde yo misma me negaba a descubrir la realidad que se abría fuera de los muros de mi mansión. Nueva York me abrió los ojos de una manera desgarradora.

Contratamos a un agente inmobiliario para tantear el terreno en busca de una casa que nos convenciera a los tres. Visitamos catorce casas antes de

encontrar una que nos convenciera. La elegida contaba con un jardín delantero que nos protegía de miradas indiscretas, un salón con mucha luz, una zona de servicio adecuada y unas habitaciones amplias, espaciosas y con ventanales abiertos al cielo. Era cara, se alejaba bastante del presupuesto que nuestro padre nos había asignado, pero los tres nos enamoramos de ella al instante.

Franz le mandó un telegrama esa misma tarde para explicarle la situación y suplicarle que nos autorizara a gastar un poco más. Argumentó que si la arreglábamos a nuestro gusto seguramente subiría de valor en cinco años y que al regresar a Berlín haríamos negocio con su venta. Tres días después, tras varios telegramas en ambas direcciones, papá nos autorizó para que la compráramos.

Mis hermanos se quedarían conmigo hasta mi graduación en Julliard por orden expresa de mi padre, a pesar de que Franz estaba en su último año y Hans en el tercero. Sé que una de las razones por las que nos mandó ahí fue su idea de iniciar unos negocios en suelo americano para intentar capear el temporal bélico que intuía en Europa. Franz debía encargarse de ello al terminar sus estudios y Hans estaba destinado a ser su mano derecha. Mi hermano mayor se resistía a contarme cuál era su cometido, pero lo notaba nervioso, como si le desagradara.

En el mes siguiente me di cuenta de que me entusiasmaba la decoración. Recorrí muchas tiendas de muebles colgada del brazo de Franz o del de Hans, me imaginé cada recodo de la casa vestida con los que elegía, me pasé horas en la tienda de cortinas para encargarme las adecuadas y acabé por darle un toque íntimo a nuestro futuro hogar.

El curso en Julliard empezaba a finales de agosto, igual que el de Columbia. Nosotros continuábamos alojados en el Waldorf Astoria, mientras el servicio se ocupaba de la puesta en marcha de la casa. Quizás en un par de meses podríamos ocuparla, dependíamos de los artesanos.

Para mi primer día de clase elegí un vestido de gasa de seda con manga corta que tenía botones en la parte delantera. Era precioso, con unos topos pequeños blancos sobre el fondo azul marino y el cuello cerrado blanco, a conjunto con el tocado que resaltaba mi pelo oscuro. Antes de salir de la habitación me miré en el espejo de cuerpo entero que me devolvía la imagen de una joven e inexperta mujer de ojos azules, cabello oscuro

moldeado a la moda, complexión fuerte y una piel tan blanca que enrojecía al primer rayo de sol.

Bajé al *hall* nerviosísima, acudir a una gran escuela de música era uno de mis sueños. Mis hermanos me esperaban perfectamente arreglados con un traje de raya diplomática y unos sombreros negros que habían encargado expresamente para la ocasión. Me llevaron en un automóvil que compraron al llegar a la ciudad y ellos continuaron el trayecto hasta Columbia.

La entrada de Julliard me impresionó, no tanto por su arquitectura como por lo que significaba para mí cruzar esa puerta. El interior ejercía un intenso magnetismo, como si saber que me pasaría los próximos cinco años asistiendo a clase entre sus muros consiguiera despertar mi anhelo.

Abracé los cuadernos contra mi pecho con fuerza para mantener las manos ocupadas mientras traspasaba el umbral. En pocos minutos aterricé en un aula con pocos alumnos que escuchamos entusiasmados el discurso de bienvenida del director de la escuela, John Erskine, un gran pianista y compositor al que no tardé en admirar.

La vida académica era dura y muy disciplinada, teníamos que practicar muchas horas al día para mejorar la técnica y también estudiábamos historia de la música, partituras, concertistas... No tardé en charlar en los descansos con una neoyorkina con un oído excepcional para la música: Martha Doe, hija de un próspero empresario hostelero. Martha me llevaba tres años, era divertida, extrovertida, interesante, liberada... ¡En Berlín no existían mujeres así!

Durante un mes afiancé mi amistad con ella. Era una joven con ideas revolucionarias acerca del papel de la mujer en la sociedad y un padre que bebía los vientos por ella. Compartimos confidencias algunas tardes caminando por Manhattan, tras una rápida presentación a mis hermanos y su consiguiente aprobación a nuestra amistad.

Una tarde, paseando por Central Park, un recién modernizado parque que nos encantaba, le conté una idea que llevaba tiempo madurando en mi interior. Durante mis años en Nueva York dejaría de ser Margarete Von Schwartz para adoptar una nueva personalidad fuera de Julliard y el Waldorf Astoria. Quería que mi periodo de libertad antes de casarme fuera de incógnito, sin que mi apellido me condicionara al salir de los muros de mi mundo conocido. Pasamos unos minutos pensando cómo podía llamarme y quién podía ser hasta que decidimos americanizar mi nombre y

ponerle un apellido que me había llamado la atención en la última cena de gala del hotel. A partir de ese momento cada vez que salía con Martha abandonaba a Margarete para abrazar a Margaret Collins, una joven americana de veintiún años que había pasado una larga temporada en un internado de Berlín y acababa de instalarse de nuevo en Nueva York. Fui atrevida cambiándome también la edad, pero todo valía para vivir una aventura.

El círculo de amistades de Martha se alejaba un poco del mundo académico, su padre era el dueño de una cadena de restaurantes de moda en Nueva York y se rodeaba de gente de su mundillo. Muchas noches nos invitaba a cenar en alguno de sus locales para no estar solo, mi amiga era hija única y perdió a su madre en el parto.

Mis hermanos descubrieron la vida nocturna de Nueva York, los bailes, los lugares de moda, la libertad que les confería ser dueños de su tiempo, por eso no repararon en el cambio que se producía en mí a medida que mi nueva amiga me mostraba un mundo lleno de matices en los que antes no reparaba.

Por suerte mi nivel de inglés era perfecto y nadie discutió mi procedencia estadounidense. Contábamos que había pasado unos años en un internado berlinés y que hablaba alemán con fluidez, por eso tenía un acento un poco turbio. Esa presentación conseguía que me cortejaran un gran elenco de admiradores.

A mediados de noviembre nos instalamos en la nueva casa. Era cómoda, luminosa y con una decoración hogareña y perfecta. Dentro de la soledad de mi habitación me sentí embargada por la emoción, por fin tenía un espacio íntimo donde ordenar mis ideas, que en esos instantes se tambaleaban por la cuerda floja.

Mi amistad con Martha era distinta a la que me unía a Hilde. Eran dos personas completamente diferentes, mi amiga de infancia era sumisa, tranquila, plácida y con un deje de tristeza al no ser capaz de plantarle cara a sus ideales. En cambio Martha era luchadora, exasperada, valiente, con una pasionalidad que denotaba fuerza interior y con una manera de ver la vida que me abrió los ojos. Gracias a ella aprendí a pasar algunas de mis horas libres ayudando a personas sin recursos. Solíamos colaborar en un comedor social dos veces a la semana.

Nos convertimos en inseparables, estudiábamos juntas, pasábamos las tardes paseando por la ciudad y acudíamos a las fiestas más importantes que se celebraban en nuestro círculo de amistades. Mi única obsesión era la de no tropezar con mis hermanos, si ellos hubieran descubierto mi tretra la farsa hubiera llegado a su fin.

Fue en una de esas fiestas donde conocí a Charles. Estaba sentada a la mesa con Martha y unos amigos, charlando animadamente con un refresco en la mano. La música estaba alta y la pista de baile completamente abarrotada de gente que danzaba al son de los animados acordes.

Nuestros acompañantes eran los camaradas de infancia de Martha, unas personas con intereses comunes, ideas parecidas a las de ella y una manera intensa de vivir. Uno de ellos saludó con la mano a un hombre trajeado de la mesa contigua. Era alto, de piel aceitunada, unos ojos marrones que enamoraban, la mirada tierna y un pequeño bigote que contrastaba con su pelo negro engominado.

Cruzamos un par de miradas. Su sonrisa seductora me atrapó, nunca había sentido algo parecido, fue como si mi cuerpo entero reaccionara ante su presencia. El corazón empezó a escalar posiciones, la respiración se me aceleró y mis labios compusieron una sonrisa bobalicona, de esas que muestran a los hombres que tienen una presa a su alcance.

—Cuidado con ese —me susurró Martha al oído tras descubrirme devorándole con los ojos—. Es un *playboy* de cuidado, ¡cada día tiene una novia nueva!

—¿Quién es?

—Charles Philips, hijo de un tipo con pasta. —Puso los ojos en blanco para demostrar lo que pensaba de él—. Estudió en Harvard y ahora trabaja con su padre. Dicen que es un tío listo, que tiene una visión perfecta para invertir el dinero y que es una pena que no se centre con las mujeres. Es de los que las usa y luego las abandona.

En ese instante Charles se levantó y caminó hacia nuestra mesa sin perder su sonrisa seductor. Me recorrió el rostro con la mirada y fue como si la silla se hundiera en el suelo llevándome con ella, mi cuerpo se convirtió en mantequilla cuando se paró a medio metro de mí y, sin dejar de mirarme, le preguntó a su conocido:

—¿No me presentas a esta preciosidad? —Me guiñó el ojo—. Me gustaría sacarla a bailar.

—¡Déjala en paz, Philips! —dijo él—. Margaret es una chica decente, no una de esas a las que sueles ligarte.

El amigo de Martha, Edward, era ocho años mayor que nosotras, salía con una de las chicas del grupo y era una persona sensata, con una profesión acorde con su temple y las ideas muy claras. Por lo que me contó más tarde era el abogado de Charles, lo conocía desde sus años de escuela y era capaz de intuir cuando su cliente y amigo ponía los ojos en una presa.

—Margaret... —Charles pronunció mi nombre con una sensualidad imposible de no captar—. Tiene poseía... Y esos ojos azules... No te preocupes Edward, soy un caballero muy decente.

Desoí las advertencias que Martha me cuchicheaba inquieta y le sonreí, mostrándome vulnerable ante él. Me tendió la mano para enfatizar su invitación a la pista de baile. Yo me levanté, fue como si tuviera un muelle en la silla que me empujara hacia él a pesar de las palabras de mi amiga que reverberaban en mi mente.

Bailamos durante un par de canciones, hablando de trivialidades. Su voz era grave, fuerte, con un toque de sensualidad. Tenía una manera de moverse llevando el compás que me hacía sentir como si flotara entre sus brazos. Sus comentarios eran ingeniosos y destinados a hacerme sentir alguien importante, y yo caí en su trampa sin vacilar.

Si no llega a ser por Martha y sus amigos, quienes acudieron al rescate de la damisela en apuros, aquella misma noche hubiera perdido la virginidad a manos de un auténtico cazador. Por suerte mi amiga leyó en mis movimientos la falta de voluntad que mostraba ante tal derroche de armas de seducción de Charles, y no tardó en arrancarme de sus brazos. Edward se ocupó de mantener a su cliente y amigo alejado de nosotras mientras huíamos por la puerta destino a mi casa.

—¿Estás loca? —me increpó Martha en la calle—. ¡Un poco más y te desnudas ahí dentro! ¿Se puede saber qué te ha pasado? Los tipos como Charles Philips no son para chicas decentes como nosotras, lo único que tienen en mente es llevarte a la cama para abandonarte después. ¡Has dado un espectáculo! ¿No te das cuenta de que tu reputación podría venirse abajo con algo así? Hazme caso, Margaret, aléjate de él.

—No sé qué me ha pasado —me disculpé avergonzada—. Nunca había sentido nada igual. Cuando me ha mirado... Uffff, ha sido como si estuviera

en una de esas novelas románticas que tanto me gustan y yo fuera la protagonista que se enamora perdidamente del galán. Es que esa sonrisa...

Ella negó con la cabeza contundentemente, me agarró del brazo y me metió dentro del coche de su familia.

—Has caído en su trampa —dijo en un tono condescendiente, dándome a entender que debía rectificar—. Conozco demasiado bien a los hombres como Charles Philips, y te aseguro que los días de felicidad entre sus brazos no equivalen al dolor de después.

Mientras el chófer conducía despacio por las calles oscuras de un Nueva York dormido, Martha me resumió su experiencia con el único hombre al que había amado, un tal Phil. Lo conoció en el restaurante de su padre un año atrás. Era un tipo apuesto, con una mirada como la de Charles y sus mismas armas. Martha cayó en sus brazos con una facilidad pasmosa tras un cotejo donde las palabras tiernas eran la moneda de cambio. Se enamoró de él, se pasaba los días suspirando por encontrarse con Phil en secreto para ir a merendar, a caminar cerca del río Hudson, a la bolera...

Tres semanas después Phil la llevó a su apartamento. Ella estaba nerviosa, sabía qué esperaba Phil de ese encuentro. Martha no sabía si estaba preparada, a pesar de sus ideas feministas la educación que le había dado su padre pesaba en contra de las intenciones de Phil. Cuando llegó el momento ella le pidió tiempo, le explicó que era demasiado joven y que necesitaba un compromiso para entregarse a él. Phil insistió con palabras tiernas. Por suerte la sensatez se impuso en Martha y salió de su casa con rapidez.

—A veces pienso que fue el miedo el que consiguió detenerme —me explicó con lágrimas en los ojos—. Estaba aterrada, por eso me marché corriendo.

—Y no volviste a saber de él, ¿no? —Fue como si comprendiera de repente ese pozo amargo que intuía en ella desde que la conocí.

—Me ignoró cuando le fui a ver al día siguiente. Me dijo que era una niñata, que no me mecería estar a su lado. Me trató con desprecio, sin mostrar ni un ápice de compasión. —Suspiró para deshacerse de las lágrimas que le humedecían los ojos—. No quiero que te pase lo mismo.

18

Saint-Denis-d'Authou, veinte de mayo de 1942

Querida Marguerite,

Hace tres semanas que Jaques y yo vivimos en una granja aislada en el campo, acogidos por una familia de simpatizantes que colaboran con nuestro grupo de subversivos. No hay piano y me siento vacío, como si me faltara algo. Toco cada día en mi imaginación, recreando el sonido de las teclas, con la necesidad imperiosa de escucharlas de verdad.

Ayudo en las tareas del campo mientras nuestro hijo corretea por los alrededores, acompañado a los hijos del matrimonio que nos ha dado un techo bajo el que cobijarnos. Es agradable verle sonreír mientras se mueve libre por estos magníficos parajes. Por la noche refresca y los dos nos abrazamos dentro de la cama compartida, con deseos de aunar el calor humano que desprenden nuestros cuerpos.

Nunca había vivido tan alejado de la ciudad, solo conocía el campo por algunas actuaciones acompañando a Julien y a su grupo, pero creo que esta paz solo es posible en lugares apartados de la civilización como estos.

Tenemos nueva documentación, los alemanes nos dan por muertos, así que pronto reanudaré las tareas de colaboración con nuestros amigos, quiero luchar contra esta guerra injusta que sigue presidiendo los sonidos de los aviones, las bombas y mis recuerdos.

De joven solía pensar que todo era posible, como si el deseo y el trabajo duro fueran lo único importante a la hora de conseguir imposibles. Desde que no estás a mi lado me percato de que ese chico soñador e

idealista anhelaba metas inalcanzables, tintando de emociones un destino perfecto.

Te echo de menos, cada noche contemplo el cielo estrellado para sentirte cerca, como si a través del universo pudiera llegar a tu alma. No sé cómo conseguiré sobrevivir a tu muerte con dignidad, porque los meses se acumulan y no consigo desprenderme del dolor.

Jaques ha aprendido a cantar algunas canciones populares. Si lo vieras... Abre sus ojitos y entona con una desafinación indigna de los Dupont, pero me apasiona verle así, entusiasmado a pesar de su poco don para la música.

Mi niñez fue muy diferente. A su edad vivía en una casa llena de amor e ilusiones, acompañaba muchos días a mi padre a la panadería, donde le veía amasar y hornear el pan. Recuerdo cuando jugábamos con la harina y acabábamos llenos de polvos blancos... A Adele le encantaba ese juego. Luego mi madre nos reprendía mientras lavaba la ropa.

Al mirar a Jaques pienso en esos días de felicidad familiar, los cuatro juntos, cantando canciones a la vera del hogar, contemplando cómo las llamas danzaban para calentarnos. No teníamos una gran casa ni gozábamos de una privilegiada situación, pero nos queríamos y disfrutábamos de la vida.

Adele aprendió el oficio de mi madre de jovencita, sus manos son perfectas para tejer magníficos vestidos. Ella nos ha confeccionado un par de mudas para el frío invierno que se avecina. Nos costó encontrar telas adecuadas, pero rescaté la caja escondida en los cimientos de nuestra casa. Es lo único que me queda de tu pasado.

Decidí llevarme solo un poco de dinero hasta que esta locura termine, entonces recuperaré el resto de casa de Adele y la usaré para darle un futuro a Jaques.

A veces me siento tentado a contarle al niño tu verdad, la que juntos decidimos enterrar bajo mantos de indiferencia. Luego recuerdo tus lágrimas, mi promesa y la felicidad marchita que nos asola. Entonces decido callar, esconder bajo llave las realidades, solo pensar en mi pasado y no en el tuyo.

Quizás soy un egoísta, prefiero ocultar tus orígenes, a pesar de que nuestro hijo podría gozar de un mejor futuro si los conociera... Le quiero a

mi lado siempre, con esa mirada limpia que me acaricia, con sus manitas abrazándome y descubriendo cada uno de sus avances en la vida.

Ojalá el destino nos tenga reservado un pasaje de vuelta a un París libre, deseo regresar a nuestra casa, utilizar tu legado para construir un brillante futuro para Jaques y tocar de nuevo, buscando alumnos a los que transmitir nuestro arte.

Siempre tuyo,

André

OceanofPDF.com

19

Aquella noche soñé en Charles. A pesar de la historia de mi amiga, de la amargura en su voz al compartirla conmigo y de sus lágrimas calladas, Charles Philips se convirtió en mi obsesión particular. Suspiraba en secreto por volver a estar entre sus brazos y sentir esa pasión que me invadió mientras bailábamos.

Fue como si de repente me convirtiera en una de esas heroínas montadas a lomos de sus caballos en la época victoriana que se enamoraban perdidamente de quién no debían. Pasaba los días esperando a que cayera la noche para acudir con Martha a algún local de moda y buscarle entre la gente, con la sensación de que mi corazón sufriría una parálisis si no le veía en la pista de baile.

Mi amiga me ayudaba a sortear los días, con su mantra intacto acerca de las advertencias de no dejarme llevar por una pasión descontrolada. Sus palabras eran certeras, claras, reales... Pero yo era incapaz de escucharlas y adoptarlas como propias. No puedo explicar qué me sucedió, quizás Charles me impactó con su aire a Clark Gable, sus miradas intensas, las frases perfectas susurradas en el momento justo... La realidad es que seguía esperando encontrármelo para saborear unos besos prohibidos, charlar con él hasta el alba, coquetear, vivir una aventura antes de embarcarme en un matrimonio sin amor.

El fin de semana siguiente invité a Martha a pasar dos días en casa, su padre tenía un importante viaje de negocios a Boston, donde quería abrir un local asociándose con un conocido, y mis hermanos querían tenerla cerca para acabar de convencerse de que era una buena influencia para mí.

A pesar de su firme decisión de vigilarme mientras duraba nuestra andadura americana, la sensación de libertad que proporcionaba la lejanía

de casa, sin padres que nos controlaran, les abrió un mundo de posibilidades a dos jóvenes de veinte y veintidós años en plena ebullición de sus hormonas. Salían con asiduidad, disfrutaban de veladas disolutas y en muchas ocasiones llegaban a casa ebrios. Esta situación me concedía mucha libertad de movimientos, entraba y salía de casa de puntillas, sin dar explicaciones a nadie, comportándome como una mujer adulta, aunque no era más que una niña.

Franz tenía remordimientos de dejarme tan sola y descontrolada. Confiaba demasiado en mi sensatez, jamás imaginó mi doble vida ni la existencia de Margaret Collins. Invitó a Martha con el doble deseo de conocer más a fondo la persona con la que me relacionaba y de aplacar su conciencia.

Martha se instaló en la habitación de invitados que había junto a la mía, una alcoba decorada con colores neutros en las paredes, muebles de madera oscura con filigranas y telas de la mejor calidad con estampados cercanos y cálidos. Me hacía muchísima ilusión compartir con ella mi realidad, la que quedaba oculta cada vez que nos escapábamos a bailar por ahí. Se convirtió en mi aliada, en alguien a quien podía confiar mis verdaderos sentimientos.

Ese fin de semana comprendí que mi amistad con Hilde era superficial al lado de la que me unía a Martha. Era genial no esconder mi forma de ser y de pensar ante ella, una persona tolerante, con ideas muy claras acerca de la vida, que solía hablar sin tapujos. A su lado me sentía liberada de las cadenas impuestas por mi condición social y mis obligaciones, como si fuera posible plantearse un futuro diferente al que mis padres habían trazado para mí.

Es curioso cómo la vida te sorprende con pequeños giros inesperados. Ese viernes por la noche nos sentamos a la mesa del comedor los cuatro a degustar unos platos alemanes preparados por nuestra fiel cocinera. Martha elogió cada uno de los guisos que Franz le enumeraba, explicándole los ingredientes y algunas anécdotas de Berlín. Las miradas no mienten, ambos se pasaron la velada conectados por ellas, como muestra inequívoca de un sentimiento incipiente.

El fin de semana sirvió para que mi amiga quedara prendada de mi apuesto hermano mayor. Se pasaron gran parte de los dos días conversando, cortejándose con palabras quedas, buscando momentos para estar a solas.

Fue el inicio de una relación maravillosa que amenazaba con destruir mi segunda identidad.

Al principio me asusté. Si empezaban a verse algún día debería poner las cartas sobre la mesa, el padre de Martha me conocía como Margaret Collins y no podría mantener el engaño sin contar la verdad. Cuando nos quedamos las dos a solas le conté mis miedos, era una persona fácil de trato y yo no quería ocultarle nada. Ella me tranquilizó diciéndome que nos enfrentaríamos a los escollos cuando nos barraran el camino, y que todavía era pronto para especular el rumbo de la atracción que sentía por mi hermano.

Pasamos dos días magníficos con Franz y con Hans. Nos acompañaron a pasear por la ciudad, invitándonos a tomar dulces en cafeterías de moda, donde desfilaban personas importantes con muchos de los modelos franceses que llenaban las revistas que me gustaba devorar, como *Vogue* o *Madmoisele*, consiguieron entradas para el teatro y disfrutamos de un cóctel nocturno en un bar de Jazz.

La última tarde Martha y yo practicamos en el gran piano de cola blanco que había instalado en el salón. Mis hermanos escucharon con admiración el talento de mi querida amiga y mis avances. Tocamos Mozart, Vivaldi y un poco de Beethoven, amenizando la velada con sonrisas y emociones.

Franz se despidió de Martha con un beso casto en la mejilla y la promesa de volver a verse pronto. El lunes apareció en la entrada de Julliard con una rosa en la mano y una proposición de ir al cine con ella a solas. He de admitir que sentí una punzada de celos, pero al descubrir la sonrisa de felicidad en el rostro de mi amiga comprendí que debía alegrarme por ellos.

Las dos semanas siguientes pasaron con rapidez. Las clases eran arduas y exigentes, los profesores querían lo mejor de cada alumno para situar a la escuela entre las primeras del mundo. A pesar del cansancio, al final de cada día estaba pletórica, mi técnica al piano empezaba a nutrirse de emociones gracias a las correcciones certeras de los maestros. Aprendí a acariciar las teclas, a llenarlas de sensaciones, de palabras mudas, de instantes.

Franz y Martha empezaron a salir después de las clases y a verse los fines de semana. Nuestro grupo de amigos me integró en sus salidas nocturnas a pesar de la ausencia de Martha. Bailaba, reía y pasaba veladas

agradables con ellos. Charles seguía presente en mis pensamientos, aunque cada vez menos. Ya no lo buscaba entre la gente ni soñaba con él.

Una tarde, cuando caminaba por la calle rumbo a mi casa tras las clases, me lo encontré por casualidad frente al escaparate de una pastelería. Estaba de espaldas a mí, mirando los pasteles. Mi primer impulso fue correr a saludarle, pero a dos metros de él me detuve, con el miedo en el cuerpo y la sensación de que si le hablaba dejaría de tener voluntad.

Ejercía una atracción en mí que me dejaba a su merced y no estaba preparada para lidiar contra mis sentimientos. Tenía el corazón bombeando el triple de sangre de la habitual, respiraba aceleradamente y era como si mi estómago fuera una masa de cosquillas intensas que me ahogaban. Le observé en la distancia, deseando acercarme a pesar de los mil reparos que mi mente enumeraba. Estaba guapísimo con el traje negro y el sombrero de ala a juego.

—¡Mira quién tenemos aquí! —dijo, girándose hacia mí—. Margaret, ¿verdad?

—S... si —titubeé.

—Te he visto reflejada en el cristal —dijo él a modo de explicación de su comportamiento—. Espero que no me tengas miedo, soy inofensivo...

No pude contestarle, las palabras estaban atragantadas en mis cuerdas vocales, donde el latido de mi corazón era perceptible y acelerado. Él esbozó una sonrisa demoledora que me desató un tembleque en las piernas. Apenas me sostenía en pie, seguía ahí plantada, muda, con una mirada bobalicona y la esperanza de que me invitara a tomar algo.

—¿Te apetece un café? Aquí al lado hay un pequeño local donde sirven unas pastas buenísimas.

Le seguí sin hacer caso a la vocecita interna que lanzaba una alarma al sistema nervioso. Él no era una buena elección, lo tenía clarísimo, pero desde el momento en el que sus labios pronunciaron mi nombre supe que estaba condenada a seguirle a cualquier lugar, que quería tenerle conmigo el máximo de tiempo posible, que necesitaba besar sus labios, recorrer su cuerpo con mis dedos, despeinarle el pelo engominado...

Me llevó a un pequeño café donde pedimos un par de pastas y un café con leche. Durante una hora charlamos acerca de nuestras vidas, compartiendo un pedacito de la historia que se alzaba tras el momento actual para conformarnos tal y como éramos. Sé que Charles era un

seductor con una única idea en la cabeza a la hora de intimar con una mujer, pero también tengo clarísimo que esa tarde me mostró su interior sin darse cuenta de que por primera vez deseaba hablar conmigo sin juegos ni subterfugios.

Fue una tarde perfecta, al terminar el café nos fuimos a pasear por las calles de Nueva York sin rumbo fijo. Tenía un montón de deberes de piano que atender, mis hermanos debían estar a punto de sufrir un ataque de nervios y sabía que mi obligación era regresar a casa cuanto antes, sin embargo apuré hasta el último segundo en su compañía.

No le oculté quién era ni la presencia de Otto en mi vida. Él me escuchó con avidez, preguntándome detalles de mi patria y de la razón que me había impulsado a inventarme una nueva identidad. Charles estudiaba alemán desde hacía unos años, su padre tenía negocios con Europa y era importante para él conocer ese idioma. Me reí corrigiéndole cuando chapurreó algunas frases, fue muy agradable.

El beso de despedida en la esquina cercana a mi casa fue increíble. Sentí sus labios sobre los míos, su respiración acelerada, el deseo que crecía en mi interior, un sinfín de sensaciones que erizaban el vello de mi cuerpo y me llenaban la piel con un hormigueo intenso. Su lengua buscó la mía, se enredó con ella y despertó mi libido.

Antes de marcharse me susurró un par de frases tiernas al oído que me sonaron a gloria. Era como si yo fuera la única en su vida, como si él estuviera rendido a mis pies. Quedamos en vernos el sábado para comer.

Entré en casa pasadas las siete, con una sonrisa perenne en el rostro y la sensación de que flotaba en una nube. Las caras largas de mis hermanos, junto a sus reprimendas, no consiguieron borrar la emoción que no me permitió cenar ni dormir ni pensar en otra cosa que en el sábado.

Me castigaron sin salir en una semana. Protesté enérgicamente, inventándome una rocambolesca historia para conseguir que se apiadaran de mí. Necesitaba enternecerles para conseguir la libertad el sábado, no iba a permitir que nadie me arrebatara la felicidad de ver a Charles de nuevo. Por suerte Franz era una persona demasiado blanda para resistirse a mis miradas heridas y terminé la velada con el castigo levantado, a cambio de una firme promesa de no volver a desaparecer sin avisar.

Conté las horas que me separaban de mi encuentro con Charles. Era una chiquilla sin ninguna experiencia en los lances amorosos. Creía que lo sabía

todo, que podía enamorarme de un hombre como él y apartarlo de su manera de vivir únicamente con mi presencia y que lo nuestro sería algo maravilloso.

Me resistí a escuchar las advertencias de Martha, aunque sabía que eran certeras. Mi amiga intentó disuadirme de la cita desde que le conté el encuentro, estaba convencida de que Charles me usaría como a las conquistas que almacenaba en su vitrina particular.

El amor es impredecible, en ese instante de mi vida decidió ensordecir la realidad que exhalaban las palabras de Martha. La alternativa era marchitarme en un matrimonio sin emoción el resto de mis días. Desde que conocí a Charles me pasaba las horas imaginando otro destino, enfrentándome a los deseos de mi padre para casarme con el hombre del que indudablemente me estaba enamorado sin remedio.

Salí con él aquel sábado con uno de mis mejores vestidos. Cuando me subí a su flamante automóvil en la esquina donde habíamos quedado pensaba que era la mujer más afortunada de la tierra. No podía respirar con normalidad, mi cuerpo temblaba y mis palabras se perdieron en el limbo del nerviosismo.

—¿Preparada para pasar el mejor día de tu vida? —me preguntó dándome un beso casto en los labios—. Tengo reservadas muchas sorpresas.

Me llevó a un restaurante de moda donde nos sirvieron manjares dignos de un rey, acompañados por unos postres increíbles. Me pasé la hora y media mirándole embobada, con los ojos encendidos de la luminosidad que inundaba mi interior y un anhelo intenso de besarle de nuevo para sentirme parte de su vida.

Salimos a la calle cogidos de la mano. Me sentía en la cima del mundo, miraba a mi alrededor con la felicidad impresa en mis facciones, como si acabara de convertirme en una plebeya en manos de su príncipe azul. Sentía las miradas de envidia del resto de mujeres posarse en mí, era como si por primera vez fuera realmente la protagonista de esas novelas que me acompañaban en las noches de insomnio.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunté al subir a su coche.

—Es una sorpresa —dijo enigmático—. Confía en mí.

El destino final era un cine propiedad de su familia donde nos proyectaron una película solo para nosotros dos. Fue maravilloso saber que ninguna mirada ajena nos controlaba mientras nos besábamos

apasionadamente en la oscuridad. La música del *film* acrecentaba mi deseo, era como si al acercarme a Charles mi cuerpo se convirtiera en un volcán a punto de explotar.

Entre beso y beso buscaba un resquicio de aire para alimentar mis pulmones secos, sus caricias en la espalda conseguían que mi cuerpo se llenara de un hormigueo de excitación que deseaba sentir sus manos. Dejé de ser una persona con voluntad para convertirme en un títere dirigido por sus hilos invisibles.

Por suerte no fue más allá. Al terminar la película me llevó a casa para cumplir con el horario impuesto por Franz. Me dejó en la esquina para no mostrarse ante mi familia. Ocultos por las casas nos besamos una última vez antes de despedirnos. Bajé del coche temblando, con el mono de sentirle entre mis brazos y un anhelo insaciable de él.

Los meses siguientes se salpicaron de encuentros furtivos, salidas a comer, películas a solas, besos, caricias y confidencias. A medida que avanzaba el tiempo sentía una fuerza arrolladora en mi interior que me acercaba a él, le deseaba con una pasión tan intensa que no podía pensar ni analizar las advertencias que Martha insistía en nombrar cada vez que nos veíamos. Charles se comportaba con absoluta cortesía, nunca intentó llevarme a la cama ni propasarse, solíamos hablar mucho, parecía como si él disfrutara de esas charlas animadas y en muchas ocasiones íntimas, como si se sintiera hechizado por mis palabras.

Otto vino a vernos en un par de ocasiones. Al tenerle cerca de nuevo acabé de convencerme de que no quería casarme con él, no podía, era incapaz de renunciar a la pasión de un amor sin fronteras para embarcarme en una vida carente de pasión. Durante su estancia en Nueva York le acompañé a conocer la ciudad, lo llevé a sitios importantes para mí e intenté disimular mi realidad. Él me aseguró que me veía más adulta, radiante y con un brillo nuevo en los ojos.

Cuando se iba yo continuaba con mi vida llena de matices. Las clases en Julliard me ayudaban a alcanzar la madurez frente al piano. Mi música, teñida con las notas del amor, era intensa, fuerte, con emociones palpables. Me veía con Charles con asiduidad, aunque su trabajo le exigía horas de dedicación y viajes imprevistos. Salía por ahí con el grupo de amigos y con Martha una vez a la semana y disfrutaba de una libertad llena de felicidad.

OceanofPDF.com

20

Dijon, veinte de junio de 1942

Querida Marguerite,

Hoy se cumplen cuatro meses de la explosión que te separó de mí. Me gustaría estar en París para colocar flores en el nicho a tu nombre cada día veinte, a pesar de la ausencia tus restos en su interior. Según me contó Adele tu cuerpo quedó completamente calcinado.

No pude despedirme de ti como es debido, fui condenado al ostracismo mientras mi familia nos enterraba a los tres sin plantearse en ningún momento la necesidad de avisar a los tuyos. Ahora me pregunto si hicimos bien... Aunque estoy convencido de que lo saben, es imposible que nadie les avisara de tu muerte.

Ya no estamos en el campo, hace una semana que Jaques y yo compartimos una pequeña casa a las afueras de Dijon con una chica llamada Henriette, quien finge ser mi mujer. Nuestros amigos contactaron conmigo y me propusieron que regresara a sus filas. Es peligroso, quizás atente contra la posibilidad de que nuestro hijo crezca a cargo de un padre, pero no quiero dejarle una Francia ocupada ni quiero ser parte invisible de este conflicto, debo luchar para recuperar mi libertad y la de mi pueblo.

Trabajo de pianista en un bar, donde los alemanes suelen pasar largas horas frente a sus vasos de alcohol. Me parece inhumano que se diviertan mientras sus compatriotas se dedican a matar a sus congéneres con esa impunidad que solo ofrecen las guerras. A veces desearía levantarme del piano y gritarles estas verdades a la cara, a pesar de las consecuencias,

pero soy más valioso detrás del instrumento, escuchando cualquier conversación interesante.

No soy tan bueno como tú, mi querida Marguerite, solo cuento con las cuatro lecciones tuyas de palabras alemanas y mis ganas de conseguir derrotar a los nazis, espero que con eso baste para aportar mi granito de arena a esta lucha desigual.

En nuestra casa cobijaremos a judíos que más adelante sacarán del país. ¡No te imaginas sus historias! Son tan escalofriantes como las que oíamos en nuestra casa de París. También colaboro con nuestros amigos en misiones de campo, cuento con la colaboración de Henriette, una joven voluntariosa con la que he establecido una relación sencilla desde que me instalé aquí, en Dijon.

No atenta contra tu memoria, nadie podría competir contigo. Ella jamás comparte mi cama durante las noches solitarias, solo en momentos puntuales para llenarme de cariño, caricias y sensaciones olvidadas. Ambos necesitamos saciar nuestra sed carnal sin enredarnos en una historia amorosa. Eres tú la que preside mis sueños, la mujer por la que suspiro en secreto y la que anhelo. Por las noches me acompaña siempre Jaques, nuestro pequeño. Es un niño inteligente. Si alguna vez conseguimos regresar a París sin la ocupación de esos cabrones le llevaré a la universidad, te lo prometo.

Henriette es fabulosa con el niño, antes de la guerra era profesora en un colegio y se ha propuesto enseñar a Jaques. Él la adora. Es bonito verle a su lado, aprendiendo las letras, los dibujos, los sonidos... Se merece una educación en condiciones, por eso consiento en que ella se quede en nuestra casa y forme parte de nuestra atípica familia.

La conocí cuando se refugió con nosotros en el campo tras escapar de los nazis. Esos cabrones entraron en su casa por la noche, mataron a su marido y abusaron salvajemente de ella. Nuestros amigos le han conseguido un pasaporte nuevo y la han destinado conmigo. Juntos interpretamos a una familia y nos ocupamos de colaborar en cuanto nos es posible.

No debería hablarte de ella en un aniversario de tu muerte... Pero no quiero ocultarte nada, nunca lo haré. Lo único que pretendemos es mitigar el dolor con ternura, sin que exista rastro de amor en nuestros encuentros carnales.

A parte de mi trabajo en el bar también doy clases de piano al hijo de un general nazi, llamado Ulf Von Krass, que se ha establecido en la ciudad. Georg Von Krass es uno niño agradable, con deseos de aprender y una manera perfecta de ver la vida. Para él parece que no exista la guerra ni las bombas ni el horror. Georg y sus dos hermanos viven en una burbuja. Al mirarlos recuerdo cuando me hablabas de tu niñez, de la serenidad de vivir aislada de la realidad, creyendo que tu mundo era el único.

En esa casa siempre busco algún papel importante, me cuelo algunas tardes en el despacho del general y fotografío cualquier documento que encuentro, aunque nunca consigo nada importante ni tengo demasiadas oportunidades para entrar ahí. Hacerlo me recuerda a ti. Es como si por unos instantes pudiera volver a nuestros últimos meses en París.

Mi dulce Marguerite... ¿Recuerdas esa tarde sentados en un banco frente al Sena? ¿Cuándo te canté por primera vez una canción de Chopin? ¡Cómo desearía regresar a ese momento!

Siempre tuyo,

André

21

El verano llegó con una facilidad pasmosa. Conseguí superar el año académico con buenas calificaciones y realizar un salto increíble en mi habilidad para la música. Teníamos dos meses de asueto por delante en los que Otto se instalaría en casa para acompañarnos. No quería tenerlo cerca, su presencia podía enturbiar lo mío con Charles, pero no me quedaba otro remedio que aceptar lo inevitable.

La relación de Martha con Franz iba viento en popa, a pesar de que la llevaban en secreto. Mi hermano tenía un compromiso que cumplir en Berlín, debía casarse con su novia al regresar y suponía que si se negaba mis padres montarían en cólera, por eso se debatía entre la necesidad de arriesgarse o la de dejar a Martha. En septiembre debía iniciar los negocios preparados por mi padre y si seguía al lado de Martha no podría cumplir con esos sueños iniciados en Berlín.

Recuerdo conversaciones con mi amiga a la luz de la luna, sentadas en el porche de mi casa en los meses de calor, con sus angustias y sus miedos. Franz y ella estaban enamorados, no era justo que mis padres fueran la causa de sus desavenencias. Era triste verla en ese estado de inquietud y desolación a medida que los días nos acercaban la inevitable decisión de Franz.

Mi hermano dudaba, y eso la hería en lo más profundo de su ser. La consolé con palabras lo más cariñosas posibles, entendiéndola más allá de la razón. Mi situación también era difícil, amaba a Charles con toda mi alma, pero debía atender a Otto aparcando la realidad de mis sentimientos.

Lloramos muchas noches mientras esperábamos acontecimientos, con la sensación de que de un momento a otro la felicidad que nos había

mantenido en una nube los últimos meses se convertiría en una tormenta que haría zozobrar el rumbo tomado.

A principios de julio Otto llegó a casa con muchos deseos de pasar tiempo conmigo. Le prometí a Charles encontrar algún hueco para nuestros encuentros en el cine de su familia y él me susurró palabras tiernas al oído antes de subir a un tren que lo alejaría de Nueva York durante dos semanas.

La tristeza se ocupó de llenar las horas en casa. Mi prometido había cambiado, se le veía más decidido, más vivo, con más intereses que antes. Intenté llenar el vacío de Charles con su compañía, me hacía reír, era divertido, atento, cariñoso... Pero no era Charles.

El quince de julio mi hermano nos sorprendió regalándole un anillo de compromiso a Martha. Tras meses de indecisión había optado por seguir los dictados de su corazón. Le escribió a su novia para romper con ella y anunció por telegrama su decisión a mis padres. La respuesta no tardó más de un día, fue explícita y con una amenaza clara: si seguía adelante con sus planes ya podía olvidarse del dinero de los Von Schwartz.

Durante una semana los telegramas surcaron el Atlántico con palabras fuertes, pero Franz se mantuvo firme en su decisión de casarse con Martha. Por suerte tenía una licenciatura y podría encontrar algún trabajo.

Mi amiga estaba radiante de felicidad, se pasó los días de telegramas cruzados en casa, apoyando a su novio con mucha entereza.

Yo temía por la reacción de Franz cuando le confesara la verdad acerca de mi identidad secreta. Hasta ese instante Martha no lo había presentado en casa por temor a lo que sucedería con su relación al final, sin embargo el momento de hacerlo había llegado y yo debía confesar mi doble vida. Conseguí que Hans se llevara a Otto a un bar para pasar la tarde, respiré hondo, y me planté en el salón acompañada por mi amiga para confesar.

La respuesta de Franz me emocionó. Conocía mi secreto desde hacía meses, un amigo suyo de la universidad me había visto con Charles en un restaurante y se lo contó. Pensaba que sería una persona intransigente y que me castigaría duramente, pero me encontré con un confidente, alguien que había transgredido las normas para seguir su corazón y que me entendía.

Aquel día marcó una alianza con mi hermano que duraría muchísimos años. Fue una manera maravillosa de entender que el interior de las personas no se puede medir únicamente por las apariencias, sino por sus actos.

El padre de Martha se alegró de conocer por fin al novio de su hija y lo aceptó en la familia con los brazos abiertos. Fue cómplice de mi doble identidad tras conocer la historia por mis labios y se avino a guardarme el secreto. Para solucionar el problema de la falta de empleo de Franz decidió darle un puesto en su negocio con la condición de que mi hermano empezara desde abajo, ejerciendo de camarero durante un tiempo para aprender el oficio. Se comprometió a regalarle a la pareja una casa y a costear los estudios de Martha en Julliard para que su hija cumpliera el sueño de su vida. Era una persona con un corazón inmenso.

Charles tardó más de lo previsto en regresar de su viaje repentino. A finales de julio recibí un telegrama suyo en el que me informaba que no volvería hasta mediados de agosto, por lo visto sus negocios necesitaban su presencia en Washington y no podía eludir esa responsabilidad. Le contesté enseguida, explicándole las últimas noticias y diciéndole lo mucho que le echaba de menos.

La presencia de Otto en Nueva York menguaba mi libertad de movimientos. La falta de Charles me apagaba y mi prometido exigía más cercanía de la que yo podía ofrecerle. No tardó en darse cuenta de que algo me sucedía, a pesar de mis esfuerzos por ocultar mis sentimientos. Los meses de relación con Charles habían dejado una huella que me impedía mostrarme tan sumisa como en el pasado, y Otto necesitaba aclarar la situación.

A principios de agosto, mientras paseábamos una mañana de domingo por Central Park, Otto se decidió a hacerme la pregunta que le quemaba dentro. Era un día claro, con un sol de justicia que iluminaba el cielo y conferían luminosidad a las plantas que lucían su esplendor. Nos sentamos en un banco, bajo la sombra de los árboles, acompañados por una débil brisa que apenas conseguía aplacar el sudor.

—¿Qué te pasa, Margarete? —me preguntó con una expresión de miedo que me sobrecogió—. ¿Ya no me quieres? Desde que llegué te veo diferente, estás triste y no tienes ganas de estar conmigo como antes.

No podía mentirle, era incapaz de hacerlo al descubrir la profundidad de su mirada. Otto merecía la verdad, pero temía las consecuencias de confesarle mis verdaderos sentimientos. Durante unos minutos sopesé las opciones que tenía, integrando mis sentimientos y el peso de mi conciencia en ellos.

La manera en la que mi padre había reaccionado frente a la decisión de Franz me abrió los ojos acerca de las escasas posibilidades de que aceptara mi relación con Charles, pero no podía casarme con alguien a quien no amaba tras descubrir la fuerza del amor. Sonreí con amargura, la decisión clareaba en mi interior como una llama potente que me indicaba el camino correcto. Aparqué los reparos que me despertaba la situación, inspiré aire y me lancé al vacío.

—Me he enamorado de otro —confesé con apenas un hilo de voz—. Lo siento, Otto, no fue mi intención, sencillamente sucedió.

Sus ojos se humedecieron al instante y su expresión fue como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago. Se quedó callado durante lo que me pareció una eternidad, con la mirada vidriosa y los rasgos enjutos. No aguanté la presión y bajé la cabeza en señal de arrepentimiento, como si fuera necesario que me reprendiera por mis actos.

—Lo imaginaba —dijo al fin en un susurro—. En Harvard he conocido a muchas mujeres. No te engañaré diciendo que me he mantenido fiel, pero tú has sido siempre la única para mí, te quiero desde que éramos niños y durante un tiempo pensé que era correspondido. —Suspiró con dolor en la mirada—. ¿Me amaste alguna vez?

—Yo te quería, Otto...

—¡Basta de mentiras! —La amargura se coló en su voz—. Has sido muy valiente al decirme la verdad, no lo vas a estropear ahora, ¿verdad?

Tenía razón, era absurdo callarme después de admitir que estaba enamorada de otro.

—Siempre te he querido, eres una persona importante en mi vida, pero con Charles... —Cerré los ojos y negué con la cabeza—. No te he amado nunca, Otto, esa es la verdad.

Intuí las lágrimas quedas en sus ojos. No quería herirle, pero era inevitable. Me miró con tristeza, me acarició la mejilla con ternura y esbozó una desolada sonrisa de derrota.

—Te lo voy a poner fácil, anularé el compromiso para que tu padre no te ponga problemas —susurró luchando contra sus sentimientos—. Te mereces ser feliz.

Me despedí de él en la estación dos días después, con la sensación de que dejaba escapar a un buen hombre. Me dolió ver su valentía al encarar

ese adiós que condenaba nuestra relación, aunque interiormente estaba feliz al tener vía libre para vivir mi amor con Charles.

Otto cumplió su promesa, al llegar a Harvard escribió un telegrama a su padre anunciando el fin de nuestro compromiso. No contó cuáles eran sus razones ni se avino a discutirlo con nadie, sencillamente se limitó a negarse en redondo a cualquier intento por parte de nuestras familias a establecer un diálogo con él.

Durante varios días me sentí mal por lo sucedido, Otto era una persona sensible a la que quería y saber que sufría por mi culpa me angustiaba. Le escribí varias cartas para establecer una comunicación fluida entre nosotros, aspiraba a recuperar su amistad algún día. Él contestaba con misivas cortas que me daban una idea de su estado anímico.

Los planes de boda de Martha y Franz engulleron los últimos días de agosto. Mi hermano entró a trabajar como camarero en una de los locales de su futuro suegro y, a diferencia de lo que pensé en un principio, se le veía feliz. Desligarse de las obligaciones de los Von Schwartz para abrazar una vida dibujada por él mismo consiguió que el joven alegre y tierno que anidaba en su interior saliera a la superficie. El veinte de agosto se fue a vivir al piso que el padre de Martha les compró a ambos con una ancha sonrisa que siempre recordaré. Ella lo ocuparía cuando se casaran.

Le echaba de menos en la mansión que compartía con Hans, me faltaba su risa matutina, sus anécdotas a la luz del hogar antes de acostarnos, sus reprimendas cuando llegaba tarde... Yo estaba muy triste, los días pasaban y no tenía noticias de Charles, no entendía su tardanza ni la falta de telegramas para anunciarme su regreso. Llamé a su despacho millones de veces en un intento de averiguar algo acerca de él, me pasaba las noches en vela buscando una explicación a su ausencia y me negaba a escuchar lo que mi razón pregonaba a gritos. Su secretaria me hablaba con evasivas, como si me ocultara algo.

Recuerdo una tarde de finales de agosto tomando un té con mi querida Martha en una cafetería que nos encantaba. Ella hablaba sin parar de la boda que habían fijado para finales de noviembre, de su viaje de novios, del vestido, de las flores... Estaba pletórica. En cambio yo... No podía dejar de esperar, de mirar a la calle, de reconocer el rostro de Charles en cualquier otro hombre que caminaba en el exterior.

Martha me habló con dureza para hacerme reaccionar y, aunque sus verdades me dolieron tanto que apenas logré mantenerme serena unos minutos, sé que necesitaba escucharla, afrontar de una vez por todas que Charles no volvería a mis brazos, que ya era hora de que dejara de esperarle. No era la primera a la que abandonaba ni sería la última.

Esa noche lloré amargamente durante horas, sin conciliar el sueño. Me senté frente a la ventana de mi habitación abrigada con una manta y miré el jardín que tanto me alegraba la vista en otros momentos. ¿Y si Charles estaba en Nueva York y no quería verme? La simple insinuación de que eso fuera posible me dejaba sin respiración, pero en mi fuero interno empezaba a entender que esa era la realidad, que estaba en brazos de otra, que me había substituido.

Al día siguiente me armé de valor y fui a averiguar la verdad. Necesitaba saberla, verla con mis propios ojos para acabar de convencerme de que mi vida estaba completamente acabada. No hay peor dolor que amar, desear y anhelar a alguien que no siente lo mismo por ti.

Era una mañana de sábado cálida y un poco brumosa. El cielo se teñía con nubes amenazantes de tormenta mientras caminaba por una bocacalle cercana a su casa. El corazón parecía dispuesto a correr una maratón en mi pecho, respiraba con dificultad y me dolían los ojos de tanto llorar. Nunca fui una mujer valiente, más bien era una princesa educada en una bola de cristal entre algodones, una ingenua e inmadura muchacha que se creía capaz de cambiar a un hombre como Charles Philips.

Llamé a la puerta con un tembleque en el cuerpo imposible de detener. A pesar de mi deseo de salir corriendo, aguanté impertérrita a que un mayordomo con librea me abriera y me preguntara educadamente quién era. Respondí con mi identidad americana y le pedí que anunciara mi presencia al señor.

Debió intuir mi estado, porque fue muy delicado al explicarme que Charles estaba durmiendo y que no podía molestarle. Sentí un vahído enseguida, mi mundo entero se resquebrajó en mil pedazos al descubrir que él estaba en Nueva York.

—¿Hace mucho que ha regresado de Washington? —pregunté ahogando las lágrimas.

—Tres semanas.

Esas dos palabras me destrozaron. Al borde de un ataque de ansiedad empecé a comportarme como una persona sin juicio. Aparté al mayordomo a un lado y entré en la casa. Sentía una necesidad insana de encontrarle para decirle lo que pensaba de él. El pobre hombre me seguía a corta distancia, suplicándome que me calmara y me fuera, pero yo no podía dominar mi nerviosismo ni mi rabia, necesitaba escupirle a Charles un poco del veneno que sentía para herirle como él a mí.

Subí las escaleras que conectaban con el primer piso sin detenerme ante nada, ciega de ira. Abrí una puerta tras otra, buscándole, con el anhelo de verle, de convencerme de que no era una broma del destino, de que él realmente me había dejado de la peor manera. El mayordomo intentaba sin éxito detenerme. Yo me rebelé asestándole un par de golpes para demostrarle mi intención de no amedrentarme. Al final desistió y me siguió a corta distancia, manteniéndose al margen de mis movimientos.

En la quinta puerta mi corazón se paró un instante de la impresión. Charles dormía desnudo en una cama de matrimonio con dosel, abrazado a una joven de cabellos negros y un cuerpo de infarto. No logré reprimir el grito de desesperación que se adueñó de mi cuerpo ni que el dolor se escapara en forma de un llanto inquieto.

El mayordomo me puso las manos en los hombros para indicarme que sería mejor salir de ahí. Tardé unos segundos en procesar la escena, era como si estuviera clavada al suelo y fuera incapaz de moverme. Charles se levantó, se puso una bata y tranquilizó a su compañera con cuatro susurros antes de caminar hacia mí.

Cuando le vi acercarse la necesidad de salir de ahí me impulsó a correr escaleras abajo sin atender a sus palabras. No quería escucharle, sus actos hablaban por sí solos, sin necesidad de las aclaraciones que él quería darme.

—Margaret, espera —me decía persiguiéndome—. Deja que te lo explique. No quería que lo nuestro acabara así, es solo que...

Antes de llegar a la calle me atrapó. Mi cuerpo entero empezó a temblar cuando se puso frente a la puerta de salida, justo frente a mí. Yo actué como una niña herida, cerré los ojos y me negué a mirarle.

—Lo siento —dijo con arrepentimiento en la voz—. No podía continuar contigo, era demasiado peligroso.

—¿Peligroso? —Abrí los ojos de repente, con un conato de lucidez—. ¿Cómo te atreves a insinuar siquiera que estar conmigo era peligroso para

ti? —Me acerqué a él y empecé a pegarle con los puños en el pecho, aporreándole con la rabia que me consumía—. ¡Eres un maldito cobarde! ¡He anulado mi compromiso para estar contigo! ¡Le he hecho daño a alguien que no se lo merecía! ¡Llevo semanas esperándote! ¿Y lo único que se te ocurre decir es que lo nuestro es peligroso?

Él me agarró las manos y me dirigió una mirada profunda en la que se leía pena y miedo.

—Tú eres diferente a otras mujeres con las que he estado —pronunció con emoción contenida en la voz—. Eres un veneno para mí.

Me besó con pasión, yo le correspondí con fiereza, dejándome llevar por una fogosidad que borraba los últimos minutos. Le necesitaba, era algo superior a mi fuerza de voluntad, un anhelo que no saciaba si no era con sus besos y sus caricias.

—¿Charles? —La voz de la rubia rompió el hechizo del momento y nos devolvió a ambos a la realidad.

—¡Ya voy! —contestó él separándose de mí—. ¡Un segundo!

Las lágrimas regresaron a mis ojos, inundándolos con un dolor imposible de detener. La mirada de Charles era de indecisión y amargura, como si le costara apartarse de mí.

—Margaret yo siento algo demasiado especial por ti —me susurró—. Y eso no me conviene, no me gusta atarme a una mujer, no es mi manera de vivir.

—¿Y prefieres dejarme a intentarlo? —No me podía creer sus palabras—. Eres un cobarde y no te mereces ni un minuto más de mi tiempo.

Comprendí de repente que lo había perdido, que yo tampoco quería compartir mi vida con alguien capaz de negarse a sentir y que me había engañado para no enfrentarse a sus sentimientos. Ya no bloqueaba la puerta con su cuerpo, así que la abrí despacio, buscando las fuerzas necesarias para salir al exterior y abandonar al hombre al que amaba.

La calle me recibió con las primeras gotas de lluvia repiqueteando en la acera. Hasta el tiempo se había confabulado para acabar de entristecerme.

Charles me llamó varias veces desde la puerta con un tono dolido, como si fuera yo la que le abandonaba a su suerte. Le ignoré, algo se había roto en mi interior y necesitaba repararse, algo que me daba las energías necesarias para apartarme de su lado.

Me pasé el fin de semana encerrada en mi habitación, sin cuerpo para hablar con mi hermano ni para ver a nadie. Solo permití que Martha entrara y me abrazara mientras me consolaba con palabras tiernas.

El lunes empezaban las clases en Julliard. Me arrastré a las aulas, obligándome a luchar contra la desidia que me invadía. Mi música empezó a teñirse de mi estado anímico y los profesores estaban entusiasmados con ello, como si esa desesperación que me acompañaba durante el día fuera una fuente inagotable de inspiración para mis dedos cuando acariciaban el piano.

Charles intentó hablar conmigo varias veces. Me esperó en la calle tras mis lecciones, apareció en algunos de los locales que frecuentaba con mi grupo de amigos, incluso un día me lo encontré frente a la verja de mi casa. Yo no quería escucharle, no después de lo que había descubierto. Mi confianza en él se había convertido en rencor y no estaba dispuesta a permitirle que volviera a herirme, así que le ignoré y continué con mi vida con esfuerzo.

Dijon, veinte de julio de 1942

Querida Marguerite,

Mi vida en Dijon avanza sin cambios. Desde que los estadounidenses entraron en la guerra nuestros amigos han empezado a pasarles información también a ellos. Vivo con angustia los bombardeos, sin deseos de continuar bajo esta amenaza inmund, por eso lucho sin piedad contra los alemanes, apporto mi granito de arena para salir de esta horrible situación.

Adoro nuestra Francia libre, con la cadencia suave del cambio de estaciones y la sensación de bienestar que ofrece vivir en una nación sin el peso de unos opresores. No quiero que nuestro pequeño se enfrente a un futuro exento de la potestad de decidir su destino, anclado en un país marcado por los nazis.

¡Sus ideas son macabras! ¿Cómo se puede exterminar a sus semejantes ejerciendo de Dios y de verdugo? Quizás puedan mejorar la raza matando indiscriminadamente a los tullidos, pero el precio a pagar es demasiado alto. Nunca entenderé su odio ancestral hacia los judíos.

Sigo en la casa de las afueras de Dijon, acompañado de Henriette, y con un Jaques cada vez más despierto. Si le vieras... No tiene sentido musical para tocar bien el piano, pero tararea las canciones y empieza a interesarse por los sonidos. Habla por los codos, como solías hacer tú cuando estábamos juntos. Tiene tus ojos, tu sonrisa, aquella mirada tierna que tanto echo de menos.

A veces evoco nuestras largas conversaciones nocturnas a la vera de la chimenea, en nuestra casa de París, frente al Sena. Cuando hablabas de tu primer amor sentía unos celos imposibles, con la angustia de saber que habías amado antes. Aunque siempre sentí que yo era el primero en ocupar tu corazón de manera plácida, sin herirte en lo más profundo de tu ser.

Tu pasado permanecerá siempre oculto, ahogado por las circunstancias que nos tocó vivir. Cuando nos enamoramos los días pasaban rápido, parecía que nunca conseguíamos atrapar los minutos. ¿Recuerdas aquella tarde frente al Louvre, observando a las personas que caminaban rumbo al museo? Hacía poco más de una semana que nos veíamos en secreto y nos encantaba darnos la mano mientras permanecíamos horas charlando alegremente de cualquier cosa. Aquél día te dedicaste a criticar cada atuendo, como si relatar tus impresiones en voz alta fuera un pasatiempo perfecto.

Esta mañana me he llevado a Jaques a una zona verde de la ciudad y nos hemos sentado en un banco a ver pasar a la gente. Por suerte los aviones no han recorrido el cielo ni nos han enturbiado la experiencia. A medida que veíamos transeúntes yo le contaba cada detalle de su indumentaria y hacía lo mismo que nosotros tantas veces en París. Nos encantaba imaginar las vidas de cada persona según su vestimenta. Era como si las prendas nos dieran la pista para ubicarlos en un lugar o en otro. Luego nos fijábamos en sus expresiones para rematar la historia.

Hoy con Jaques he ido más allá. A medida que inventaba una existencia para alguien también buscaba melodías que explicaran su situación, como si las notas pintaran con emociones cada idea. Le cantaba al niño para que su mente infantil consiguiera ubicar los sentimientos. Al final le he hablado de ti, de nuestros paseos, de nuestra sintonía.

No sé si podré continuar más tiempo al lado de Henriette sin desmoronarme. Te prometí amor eterno y cada vez que me meto en su cama siento que te traiciono. Es buena con el niño y con la casa. Es parte de mi tapadera, pero no eres tú. Además, últimamente tengo la impresión de que empieza a tener sentimientos románticos hacia mí.

Yo intento sentir algo más fuerte que una simple atracción o el deseo de mitigar las penas con un poco de sexo y cariño, sin embargo cada vez que cierro los ojos te veo a ti, Marguerite, con tu larga melena, tus ojos abiertos

y esperanzados, aquella sonrisa que podía fundir los polos y tu piel suave y tersa...

¿Por qué te fuiste? Jamás me creí capaz de amar con esta vehemencia. Pensaba que los meses de ausencia mitigarían el dolor, pero sigo anclado a tu corazón, es como si el mío se resistiera a dejarte ir, como si intuyera que sigues morando en algún lugar. Si sigo así enloqueceré.

Siempre tuyo,

André

OceanofPDF.com

23

Descubrir la infidelidad de Charles fue un golpe demasiado fuerte para mi manera absurda de concebir nuestra relación. Poco a poco la felicidad que colmaba una existencia fácil se desvaneció para darme una visión más real del mundo en el que vivía. Empecé a procesar la pobreza de las calles y la existencia de personas que luchaban cada día para conseguir un mendrugo de pan de los que a mí me sobraban.

Mi música era cada vez más intensa en matices, los sentimientos exhalaban por cada acorde envolviendo a las personas que me escuchaban en un halo de melancolía. Me volqué en el piano para apartar de mí la realidad que me angustiaba.

Charles no se rendía, empezó a mandarme flores cada sábado, con una tarjeta en blanco que únicamente contenía una C. Y yo no entendía nada, no era capaz de intuir qué significaba ese acercamiento después de lo sucedido.

La boda de Martha y Franz era un tema recurrente de conversación en casa, mis padres mandaron varios telegramas con amenazas directas a mi hermano para que desistiera en su empeño e intentaron que yo fuera a Harvard para recuperar a Otto, su futuro perfecto se resquebrajaba por momentos.

Sé que en la distancia se culpabilizaban por la decisión de mandarnos a la otra punta del mundo, pero también que aceptaron mejor de lo que cabía esperar la situación al comprender que no tenían otra salida. Alemania era un hervidero de luchas y antisemitismo. A pesar de los juegos olímpicos celebrados en Berlín en agosto de ese año, mi ciudad estaba sumida en una tensión muy difícil de aplacar.

A finales de septiembre mis padres entendieron que Franz no volvería al redil de sus deseos. Mi hermano seguía trabajando de camarero con una

eficiencia que entusiasmó a su suegro, Martha estudiaba piano conmigo y me daba calor cuando me sentía al borde del precipicio, Hans maduró convirtiéndose en uno de los primeros de su clase.

Nuestra vida continuaba a pesar de mi dolor y de la persecución de Charles, mis padres estaban demasiado lejos para interferir en ella y nosotros dejamos de estar en sus manos.

Intenté emocionarme con la boda, a pesar de que mis padres me habían prohibido que asistiera, acepté ser la dama de honor de Martha. Ella se convirtió en mi anclaje a la vida, en la única persona que me acompañaba de verdad en el desolado desierto en el que vivía.

La primera semana de noviembre empezó con tormentas intensas. El frío vino de golpe, como si quisiera mostrar su capacidad para sorprendernos. Hacía quince días que Charles no daba señales de vida y le echaba de menos. Como mínimo cuando le veía a la salida de Julliard o esperando frente a mi casa o recibía sus ramos de flores sabía que le tenía, pero la ausencia de noticias me destrozaba los nervios.

El viernes salí de clase buscándole de nuevo con la mirada. Era absurdo que me sintiera mal al no encontrarle, llevaba dos meses ignorándole, pero los sentimientos son impredecibles y es muy difícil pedirle a tu corazón que no ame a alguien. Martha y Franz debían atender unos asuntos de la boda y Hans tenía una conferencia que le mantendría ocupado hasta tarde. Estaba sola hasta la hora de cenar.

Caminé sin rumbo por la calle, con el corazón angustiado y mis emociones descontroladas. ¿Y si Charles era mi destino? ¿Y si me había precipitado al juzgarle? Mis pasos rápidos y poderosos me llevaron frente al cine donde nuestra relación se había forjado entre besos, abrazos y pasión contenida. No estaba lejos de mi escuela, por eso llegué en menos de veinte minutos.

Proyectaban una película de Charles Chaplin llamada *Tiempos Modernos*. Fue su último *film*, el cine mudo estaba es declive. Compré la entrada en un impulso, acompañada por la necesidad de entrar en el lugar donde mis recuerdos cobraban vida. Dentro estaba casi vacío, con apenas un par de butacas ocupadas por parejas que se abrazaban al amparo de la oscuridad.

No fui capaz de avanzar hacia mi sitio, me quedé allí quieta, con las lágrimas resbalando por mis mejillas pálidas y enjutas, los recuerdos

asolándome y un dolor que me oprimía las entrañas. Mi amor por Charles seguía tan intenso como el primer día. Empecé a recriminarme mi actitud, quizás si le hubiera dado espacio para las explicaciones...

Varias imágenes de nuestros encuentros pasados en ese cine se reprodujeron en mi mente ansiosa de calmar los nervios que me aceleraban el corazón con cada beso del pasado. Me di cuenta de que en dos meses había madurado a marchas forzadas, de que ya no tenía aquella concepción idílica de la vida.

Le necesitaba, le echaba de menos, no podía renunciar a él sin batallar y me había comportado como una niña estúpida al no escucharle. Las lágrimas volvieron a llenar mis ojos, últimamente acudían a ellos con demasiada facilidad.

¿A quién quería engañar? Estaba absoluta y perdidamente enamorada de Charles y no podía dejarle escapar sin darle la oportunidad de justificar su comportamiento. Necesitaba entenderle.

La música de la película me acompañó mientras me giraba despacio, secándome las lágrimas con la manga del jersey.

Cuando le descubrí en medio del pasillo, a pocos metros de mí, mirándome con una expresión de esperanza, mi corazón inundó el pecho con un bombeo inusual. Corrí hacia él, con ansia de besarlo. Charles abrió los brazos para recibirme y yo me lancé a su cuello mientras acercaba mi boca a la suya con un anhelo imperioso de perderme en su interior.

La pasión nos arrastró durante unos minutos, hasta que Charles recuperó la cordura y se separó con brusquedad de mí. Me abrazó por los hombros y me llevó al cuarto de avituallamiento del cine, un pequeño habitáculo lleno de trastos que quedaba oculto cerca de la sala de proyección. La oscuridad, únicamente empañada por una tenue bombilla de emergencia, nos saludó con la indulgencia de la inanición.

—Pensaba que nunca volverías a mis brazos —me susurró improvisando dos asientos con unas cajas de madera vueltas del revés—. Me asusté, nunca me había planteado la posibilidad de sentar cabeza con una única mujer, Margaret. Yo soy un vividor, un hombre al que le gusta volar de flor en flor, y no me imagino renunciando a una vida fácil.

—Eso no te da derecho a fingir que estabas de viaje para irte a la cama con la primera que se te cruzara en el camino —le recriminé con la herida

abierta en mi corazón—. Merecería conocer la verdad. Quizás si me hubieras confiado tus dudas...

Me miró con arrepentimiento.

—No es tan fácil. Eres la única mujer con la que no me he acostado en la primera cita y a la que he continuado viendo después. Despiertas demasiados sentimientos en mi interior, y eso me asusta, no quiero perder la independencia ni la libertad.

—Entonces no podemos estar juntos —musité al borde de una nueva remesa de lágrimas—. Soy demasiado joven para meterme en tu cama, ya lo hablamos hace unos meses y me dijiste que lo entendías. Y no estoy dispuesta a compartirte con nadie.

—¿Y qué hay de Otto?

Negué con la cabeza para demostrar que su golpe bajo no era oportuno. Inspiré una bocanada de aire y lo solté lentamente para calmar mi inquietud.

—Le conté lo nuestro y anuló el compromiso. Mis padres y los suyos han reaccionado fatal, quieren que vaya a Harvard a recuperarlo, pero no lo voy a hacer, no le quiero y no voy a casarme con alguien a quien no amo.

—Eres más valiente de lo que sueles admitir. —Su voz sonaba con un deje de orgullo, como si se sintiera mal al descubrir lo que estaba dispuesta a arriesgar por nuestra relación—. Pero a mí me falta un poco de ese coraje, Margaret. No sé si puedo cambiar por ti, a pesar de que te amo y de que ahora podría prometerte la luna, no sé hasta cuando me mantendré fiel.

Durante unos minutos permanecemos callados, sin que se escuchara otro sonido que el rumor ahogado de la música de la película de Chaplin. No sabía qué decir ni cómo reaccionar a sus palabras ni si era capaz de aceptar esa realidad. De lo único que estaba completamente segura era de mi amor por él y de lo que estaba dispuesta a ofrecerle para reconducir nuestra relación.

Él me observaba con pasión en la mirada, era como si sus ojos entraran bajo mi piel para acariciarla. Le deseaba, quería besarle hasta que los labios me dolieran, desnudarle despacio, tocar su torso, acariciar su espalda... Arrugué la cara en un gesto de reproche, no era normal que una señorita de mi posición sintiera deseos de algo tan burdo, pero por mucho que me lo repetía, anhelaba ser suya.

—Te quiero —le susurré mordiéndome el labio inferior.

—Si amar significa pasarse el día pensando en ti, no comer ni beber ni dormir sin ver tu cara sonriente a mi lado, estoy absolutamente enamorado de ti, Margaret Collins.

Nos besamos sin hacer más preguntas, obviando su naturaleza, su confesión, su manera tan injusta de comportarse. No quise mirar a la cara la realidad y permití que volviera a engatusarme con su presencia, sin promesas de un futuro compartido ni un anillo en mi dedo para gritar al mundo que era mío.

Pasamos una hora en aquel cuarto lleno de cosas varias, besándonos, tocándonos por encima de la ropa, con una calentura imposible de apagar en nuestros cuerpos. Al salir a la calle había oscurecido, las estrellas parpadeaban en el universo como un reclamo luminoso para nuestros corazones.

Me acompañó a casa en su flamante automóvil, condujo despacio, con su mano derecha acariciándome las piernas y despertando un hormigueo intenso en mi cuerpo. Nos besamos en nuestra esquina, alejados de miradas curiosas, con la libido en su máximo apogeo y un anhelo de devorarnos palpitando en la entrepierna.

Aquella noche dormí de un tirón, acunada por la ilusión de tenerlo de nuevo conmigo, sin ser capaz de ver más allá del ahora, de nuestra reconciliación. A partir de ese momento volvimos a los encuentros furtivos en las butacas del cine vacío, a las cenas en restaurantes apartados donde nadie nos conocía, a los besos, a las conversaciones, a las caricias...

Mis padres nos anunciaron que vendrían a pasar dos meses con nosotros, coincidiendo varios días con las fiestas navideñas, con un telegrama a principios de noviembre. En él le ordenaban a Franz que recapacitara ante su idea de continuar adelante con la boda. Mi hermano no dio su brazo a torcer, en los círculos cercanos a Martha utilizaba la misma estrategia que yo, americanizando su nombre. Nuestros amigos en común le conocían como Francis Collins, mi hermano. Aunque su círculo íntimo conocía la verdad.

Por suerte decidieron casarse con una ceremonia sencilla que únicamente congregaría a las personas más cercanas a nuestra vida, así perdimos el miedo a que otros conocieran nuestro secreto. La manera en la que mis padres solicitaban enérgicamente que Franz abandonara a su novia fue la gota que colmó el vaso y entre mis padres y mi hermano se estableció

una guerra que amenazaba con destruir la tranquilidad de nuestra estancia en Nueva York.

Otto recibió otro telegrama en el que su familia le exigía que pasara la Navidad con nosotros y mis padres. Mi antiguo prometido me escribió para contármelo, en los meses que llevábamos carteándonos habíamos conseguido establecer una relación de sólida amistad entre nosotros. Por fin teníamos una correspondencia fluida en la que nos lo contábamos todo, como si fuéramos confidentes. Otto había encontrado consuelo en brazos de una chica llamada Brooke Young, una joven estudiante de enfermería de quien se había enamorado.

No le quedaba otro remedio que aceptar la invitación forzada a pasar las fiestas con nosotros, a pesar de que su novia deseaba que lo hiciera con ella y su familia. Se presentaban unos días muy difíciles para todos.

Intenté que Charles me acompañara a la boda de mi hermano, pero él quería mantener lo nuestro en secreto mientras fingía que su vida amorosa seguía su intenso ritmo. No era difícil verle en las revistas del corazón cenando con alguna chica guapísima o en una noche de copas con una modelo. Esas instantáneas despertaban mis celos, pero en nuestras citas furtivas disfrutaba de su compañía y me convencía de que esa otra vida era una fachada.

Franz y Martha se casaron un soleado día de mediados de noviembre en una pequeña capilla cercana a su casa. Ella estaba guapísima, con un largo vestido marfil que se ajustaba a su cuerpo menguado por culpa de los nervios de los preparativos, una estola blanca de zorro y el velo cubriéndole la cara emocionada con algunos toques de maquillaje.

Fue emocionante asistir a la ceremonia del brazo de mi hermano Hans, pero eché de menos la presencia de Charles y de mis padres. El convite fue en uno de los restaurantes de los Doe, con delicatessen en los platos, música en directo y un sinfín de discursos emotivos. Franz me pidió que interpretara una pieza al piano como regalo a los novios. Toqué *Grand Galop Chromatique* de Franz Liszt, una melodía alegre, rápida, con una fuerza increíble y que solía impactar al público.

Los aplausos inundaron el comedor cuando terminé. Estaba acalorada, sudada y emocionada, la música clásica solía llegarme al alma y aquel día dediqué mis esfuerzos a compartir la alegría que sentía por mi amiga y mi hermano. He de confesar que me encantó el efusivo fervor con el que los

invitados me aplaudieron, fue como si de repente fuera consciente de que quería dedicar mi vida a los conciertos.

Diciembre irrumpió con nevadas imprevistas, frío, luces navideñas y muchos encuentros con Charles. La luna de miel de Martha y Franz se alargó tres semanas en las que recibí muchísimas cartas de los recién casados desde varios condados americanos. En esa época la aviación todavía estaba en desarrollo y la mejor manera de viajar era en tren.

Mi relación con Charles estaba en un punto muerto, yo deseaba abrirla al mundo, dejar de ocultarme, presentarle a mis padres como mi prometido para que dejaran de acosarnos a Otto y a mí, pero él seguía con sus reticencias, sin dar su brazo a torcer ni aceptar la necesidad de dar un paso adelante. Le quería más que a mi vida, por eso me convencía de que no era más que una fachada difícil de derruir.

El siete de diciembre Hans y yo fuimos a recoger a la feliz pareja a la estación. Llegaron eufóricos, con mil historias interesantes que contar esa noche en la cena que nos ofreció el padre de Martha. Era un hombre muy distinto a mis padres. Cariñoso, atento, gracioso, cercano... Me prometí a mí misma que si un día tenía hijos los trataría igual.

Fue una cena fabulosa, con el anuncio de que el padre de Martha había decidido ascender de categoría a su recién estrenado yerno y nombrarle director de uno de sus restaurantes, y una conversación fluida que se alargó hasta las doce y media de la noche. La semana siguiente Martha se reincorporó a las clases en Julliard para llenar las horas con su presencia.

La Navidad nos cayó encima más rápido de lo que nos pensábamos, Hans estaba nervioso por la visita de mis padres, me increpaba constantemente para que lo preparara todo sin olvidar ni un solo detalle, y me exasperaba continuamente. Mirándolo con perspectiva entiendo su estado, era el único de los tres hermanos que seguía los planes trazados para él y no quería perder su libertad.

Después de un año y cinco meses sin ver a mis padres me di cuenta de que no les echaba de menos. La frialdad de mi madre, su manera distante de tratarnos, esa urticaria a los abrazos y a las palabras cariñosas que mostraba con nosotros, consiguieron apartarme de ella. Mi padre estaba igual, con su porte erguido de persona importante, sus trajes perfectos y aquella mirada que escondía una ternura que raramente mostraba.

Los comentarios negativos de mi madre acerca de la casa no se hicieron esperar. Encontró los muebles demasiado recargados, las camas duras, la comida sin substancia, la escalera sucia... Se hizo cargo con rapidez de «aleccionar» al servicio, lo que significaba ordenarles con palabras fuertes cómo debían trabajar. Y yo me sentí humillada, triste, con aquella sensación de antaño, cuando su manera de comportarse me crispaba los nervios. Era difícil querer a alguien así...

OceanofPDF.com

24

Dijon, veinte de agosto de 1942

Querida Marguerite,

El calor es insoportable, las gotas de sudor me invaden a todas horas, despertando sofocos imposibles. Cuando me siento en el porche de la casa a ver las estrellas por la noche no puedo evitar pensar en nuestras veladas de verano compartidas en la terraza de casa, a la vera de la brisa nocturna, contándonos confidencias.

Henriette nos ha dejado, no soportaba nuestra extraña relación, necesitaba más de lo que yo estoy dispuesto a ofrecer. No supe leer las señales que indicaban con luces de neón sus sentimientos hacia mí y su despedida me recordó a una parte de tu primer amor, cuando me contabas el dolor de sentir su infidelidad, la sensación de que a pesar de quererte fuera incapaz de mantenerse alejado de otras mujeres.

No es lo mismo, lo sé. Yo soy fiel a un recuerdo, a alguien que no ocupa mi cama, pero sí mi corazón. Sin embargo en el fondo es una situación parecida porque no soy capaz de entregarme a nadie plenamente. Tú sigues siendo mi único anhelo. Es como si el universo se confabulara para sumirme en una especie de luto perenne del que no quiero salir.

La infidelidad de tu primer amor fue dolorosa, consiguió convertirme en una mujer fuerte y valiente que se forjó un futuro a su medida, sin escatimar esfuerzos para ser feliz, a pesar de la oposición de los suyos y de los escollos.

Henriette me preguntó si te olvidaría algún día, si ella podría ocupar entonces mi corazón. Fui sincero, no pude prometer lo imposible. Y se marchó con lágrimas en los ojos, cabizbaja y llena de destemplanza. Me costó no correr tras ella cuando caminaba con su maleta con rumbo desconocido, apartándose de la seguridad de nuestro hogar de los últimos meses.

La entiendo, no se puede renunciar a sentir ni a desear ni a soñar, hay que afrontar las realidades y tomar decisiones, a pesar de que al hacerlo renunciamos a otras opciones. ¿No hiciste tú lo mismo con Charles cuando permitiste que siguiera a tu lado a pesar de su verdadera naturaleza? Tú misma me confesaste que él se mostraba dulce cariñoso y enamorado, aunque en el fondo intuías la otra faceta.

A veces nos mentimos pensando que las cosas son de otra manera, es la forma de consolarnos, de sentir la emoción de tener lo que deseamos sin pensar en el precio a pagar. Yo sigo viéndote caminar por la calle, espero tu aparición en la puerta, con la sensación de que vendrás y esta locura será pasto de una confusión.

He hablado con la vecina para conseguir su ayuda con Jaques. Ella tiene tres hijos, uno de ellos de la edad de nuestro pequeño. Se hará cargo de la educación de Jaques y de cuidarle a cambio de un pequeño sueldo mientras yo salgo a trabajar. Le he contado que mi mujer me ha abandonado y ella se ha apiadado de mí.

En cierta manera es cierto, mi mujer me dejó solo, aunque día a día logro sobrevivir a tu ausencia. El niño es feliz aquí. Echará de menos a Henriette, pero se recuperará. Es listo, tiene facilidad para recordar cosas y no le cuesta aprender otras nuevas. Seguro que le espera un futuro brillante.

Jaques suele corretear por el campo a todas horas y acabamos mojándonos con las lluvias frecuentes que azotan estos lares. Chapoteamos en los charcos riendo, como dos chiquillos que ignoran por unas horas la realidad de nuestra nación. Últimamente el calor forma grandes nubes por las tardes y nos trae la ilusión de cantar bajo la lluvia.

Me encantaría que le vieras, es maravilloso, me llena los ojos de lágrimas de emoción en muchos momentos. ¡Nunca imaginé que pudiera quererle tanto! Se parece a ti, Marguerite, tiene tus ojos, tu mirada, tus labios.

No me resigno a creerme que te has ido, a veces te veo por la calle, en el cuerpo de otra mujer, y me invade una sensación de desespero que no logro contener cuando descubro que no eres tú. Te necesito tanto... Vuelve, dame fuerzas para continuar respirando, porque yo no las encuentro en mi interior.

Siempre tuyo,

André.

OceanofPDF.com

25

Durante la cena en casa del suegro de Franz mis padres se comportaron con exquisita educación. Su inglés era macarrónico, lo chapurreaban con poca gracia, pero se defendían lo suficiente para interactuar con el anfitrión. No tardé en reconocer la fachada de mi madre al descubrir sus miradas de desaprobación, las apariencias para ella eran demasiado importantes para rebajarse a insultar la mala calidad de los platos o de la atención que detectaba.

Martha se mostró amable y solícita, durante los últimos meses había tomado algunas lecciones de alemán para mostrar su buena predisposición ante mis padres. Estaba muy nerviosa, conocía de sobra la dura personalidad de mi madre gracias a las historias que compartí con ella y no sabía qué esperar de ese encuentro.

Para mí fue una velada tensa. Franz ejercía de traductor cuando la situación lo requería, tenía los nervios en punta y se le notaba rígido, aunque intentaba disimularlo con sonrisas y conversación distendida. El sitio elegido para la cena fue la casa que el padre de Martha poseía en una zona residencial de Nueva York. Era inmensa, acogedora, preciosa... Pero mi madre le encontró todos los defectos posibles, sin darle una oportunidad por su visión sesgada del asunto. Ya había tomado una decisión respecto al matrimonio de mi hermano y una cena no conseguiría apearla de ella.

Esa noche descubrí algo que durante años me había pasado desapercibido. Mi padre no parecía de acuerdo con las miradas reprobatorias de mi madre, tenía un brillo de desánimo en los ojos, como si le reprochara la sentencia que ella había esgrimido sobre el futuro de Franz y Martha, pero también había un poco de resignación en su expresión.

Con los años entendí que el barón Franz Von Schwartz le debía demasiado a su esposa para contrariarla, a pesar de no comulgar con su manera de ver la vida. Mi padre era un hombre adelantado a su tiempo, un tiburón de los negocios con muchas agallas que tenía una manera de pensar muy alejada de la que le correspondía por estatus. En casa luchó por conseguir lo que creía justo y permitió que su mujer dominara el resto de áreas. Creo que enviarnos a Nueva York fue su manera de alejarnos de su influencia y permitirnos que maduráramos con libertad.

La cena terminó sin incidentes, mi madre mostró su perfecto dominio de la educación en todo momento, aunque yo leía más allá de sus palabras. Sus gestos callados eran de altivez, como si estuviera por encima del padre de Martha, aunque su expresión desmintiera esa realidad. Era una maestra a la hora de fingir una calidez de la que carecía por completo. Eran sus comentarios los que daban la estocada a cada instante, y lo peor era que parecían inocentes, sin mostrar el veneno que contenían.

Antes de salir a la calle Hans me interceptó un segundo en el recibidor.

—Esto no puede acabar bien —me susurró señalando a mi madre con los ojos—. Está a punto de explotar y no quiero estar delante cuando eso ocurra.

—Es inevitable, Hans.

Caminamos hacia los dos automóviles con la inquietud como compañera, uno era el nuestro y el otro el del padre de Martha. Franz abrazó a su mujer por los hombros y la atrajo hacia él, hablándole en voz queda a la oreja. Intuí el mensaje de aquellas palabras, uno que la preparaba para la tormenta que no tardaría en desencadenarse.

—¿Vienes con nosotros, Margarete? —me propuso Franz—. Martha puede ir con Hans y su padre.

Su mirada suplicante me dio una pista irrefutable de sus pensamientos, quería evitarle a Martha los reproches que se avecinaban. Asentí con la cabeza, indicándole con mi expresión que estaba dispuesta a apoyarle.

Durante los primeros minutos se respiró un aire tenso dentro del automóvil. Mi padre condujo despacio, con las indicaciones de Franz frescas en la memoria. La velada debía terminar con una visita al piso donde vivía la feliz pareja.

—Deja a esa mujer —dijo de pronto mi madre—. No te conviene. Si vuelves a Berlín anularemos el matrimonio y te casarás con Greda, tal como

te corresponde.

—¡Yo no quiero casarme con Greda! Estoy enamorado de Martha.

—No es una mujer para ti. —El tono de mi madre no admitía una negativa—. Fue una estupidez mandaros a estudiar tan lejos, ¡pensaba que eras un hombre sensato!

—Martha es maravillosa, madre. Si le dieras una oportunidad estoy segura de que te gustaría tanto como su padre.

Una risotada irónica invadió el silencio.

—¿De verdad piensas que ese hostelero me ha impresionado? —Mi madre lo pronunció como si su voz fuera el filo de una navaja—. Es un Don Nadie que ha conseguido dinero de una manera vergonzosa y ahora se cree de nuestra clase.

—No se puede juzgar a gente solo por la clase a la que pertenecen. Alec es un hombre recto, sincero, agradable y con más dinero del que necesitamos Martha y yo. ¿Qué más da su profesión?

—¡Importa muchísimo! ¿Acaso has olvidado quiénes somos? ¡Un barón no puede relacionarse con la plebe! ¡Es un insulto a su título! —Se giró para encarar la mirada de Franz—. Esa Don Nadie no será la próxima baronesa, te lo juro, Franz, o la dejas o puedes olvidarte para siempre de nuestro dinero y nuestra posición.

Recuerdo con absoluta nitidez el gesto de rabia y pena que percibí en el rostro de mi hermano. La dureza con la que mi madre le increpó, desprestigiando a Martha, acabó por destapar su lado rebelde. Se irguió en toda su estatura y levantó el índice para apoyar sus palabras.

—¡Se acabó! ¿Crees que me afecta quedarme sin nada de los Von Schwartz? —Vociferó—. Llevo meses sirviendo mesas y no me ha molestado. ¡Me da igual si soy un barón o un plebeyo! Lo que importa de verdad es que quiero a Martha y que soy feliz aquí. ¿Quieres desheredarme? ¡Pues adelante! Yo me cambiaré el nombre por el de Francis Collins y renunciaré a lo que sea con tal de estar con la mujer a la que amo.

—Franz, para el coche —ordenó mi madre con una frialdad intensa—. Si eso es lo que quiere tu hijo, que se baje ahora mismo de nuestro automóvil. ¡Lo compró con tu dinero!

—Frieda, quizás deberíamos hablarlo... —Fue el intento de mi padre por reconducir la situación—. A mí Alec me ha parecido un hombre agradable.

—¡Ni se te ocurra ponerte del lado de tu hijo! —Mi madre lo fulminó con la mirada—. Ya te dije que mandarlos a la otra punta del mundo era un error. ¡Mira cómo ha acabado! ¡Con Franz casado con una cualquiera!

—¡Basta de insultar a mi mujer! —Franz abrió la puerta del coche cuando se detuvo del todo—. Es una pena que solo pienses en el dinero y en los títulos, madre. La vida está llena de otras cosas más importantes que te pierdes con tu manera obtusa de mirarla. ¡No quiero nada tuyo! ¡Ni siquiera voy a mantener tu nombre!

Se bajó dando un portazo, caminó hacia el automóvil de Alec y le pidió a Hans que se apeara. Mi madre no se dignó a contestar ni a levantar la voz en un sitio público, se limitó a alzar la cabeza en un gesto altivo y a mantenerse en silencio hasta que llegamos a casa.

Sin prácticamente despedirse de nosotros subió a su habitación manteniendo la compostura en todo momento. Mi padre se quedó unos minutos con Hans y conmigo en el salón. Hacía tiempo que no lo veía tan compungido, fue como si la pelea hubiera dejado un poso amargo en su interior.

—Si queréis seguir en Nueva York hay que cambiar algunas cosas —nos indicó en murmullos—. Vuestra madre tiene la intención de obligaros a volver si lo que tiene planeado no sale como ella espera. Mañana llega Otto y estaría bien que intentaras recuperar algo de lo que teníais, Margarete.

—¡Me ha dejado! —protesté—. ¡Ha anulado el compromiso!

—Lo sé, pero la única manera de que tu madre cambie de opinión es mostrarte solícita con él para que se dé cuenta de que no es culpa tuya.

—No te prometo nada, pero pondré mi empeño en ello.

—Es cuanto quería oír.

Se fue hacia la puerta con pasos cortos y lentos, como si le costara moverse con agilidad. El tiempo de separación había obrado un cambio integral en mi padre. Era como si su altivez y su manera de comerse el mundo hubieran desaparecido y en su lugar apareciera un sentimentalismo más próximo al mío.

Hans y yo nos pasamos media hora cuchicheando en el salón, Él deseaba conocer hasta el último acontecimiento del coche. Cuando subimos a la habitación mi hermano estaba alterado, había algo en su mirada que me indicaba que guardaba un secreto demasiado peligroso y que dudaba si era propicio contármelo.

Nos despedimos con un beso en las escaleras. Quizás si en ese momento le hubiera preguntado... Sé que es absurdo recriminarse las acciones pasadas, pero también que esa fue una oportunidad de oro para conocer más a fondo a Hans, y la desaproveché.

Antes de meterme en la cama sentí la necesidad de acercarme al cuarto de mis padres para escuchar detrás de la puerta, como solía hacer de pequeña, tras una reprimenda. Discutían en voz queda, mi madre mantenía su intención de borrar para siempre a Franz de su vida y mi padre buscaba argumentos plausibles para hacerla desistir en su empeño.

Media hora después se callaron, como siempre mi madre había dicho la última palabra y el futuro de mi hermano mayor estaba decidido.

Regresé a mi habitación con el corazón en un puño. Si Charles llega a acceder a mi petición de acompañarme a esa cena se hubiera producido una hecatombe. Me estiré en la cama con la mente enredada en las connotaciones de lo que acababa de pasar, en la manera intransigente de comportarse de mi madre y su negativa a aceptar cambios en su visión del futuro de sus hijos.

Me dormí con la angustia como compañera. Yo era mujer, tenía un poder limitado de maniobra, sin la firma de mi padre no podía hacer muchas de las cosas que deseaba, era menor de edad y encima me había enamorado de un hombre mayor, sin posición y americano.

Por la mañana arrastraba una resaca de sueño intensa. Desayuné con mi familia en el comedor sin mucho apetito, tenía una cita con Charles en media hora y no quería despertar la perspicacia de mi madre, así que me inventé una creíble excusa relacionada con mis estudios y la composición que debíamos interpretar con una pareja.

Mi madre solicitó que les tocara una pieza para apreciar mis mejoras. Elegí una de las Sonatas del *Opus 137* de Schubert, una canción triste, lenta melancólica y con toques de su vida a los diecinueve años, cuando la pobreza y la falta de un empleo con un buen sueldo le angustiaban. Imprimí en ella los sentimientos que me despertaba lo sucedido la noche anterior, como si pudiera mostrar mi alma a través de las notas.

Cuando terminé el entusiasmo de mi madre se mostró en forma de sonrisa y un asentimiento de cabeza. No entiendo por qué no se conmovía con nada. Me felicitó con parcas palabras y me dijo que entendía la

necesidad de practicar con mi compañera. La única condición que me puso para salir fue que regresara antes de las doce para recibir a Otto.

Corrí a los brazos de Charles en nuestro cine, ocultos de miradas indiscretas, abrazados frente a una pantalla a oscuras, con una amplia sala donde corretear, besarnos, conversar, sentir... Le conté lo sucedido con Franz y que por suerte él había sido el más sensato de los dos al no ceder ante mi petición de presentarlo a mis padres.

La llegada de Otto complicó la situación. Para evitar que las cosas se descontrolaran hablé con él en privado, le conté la conversación con mi padre y las intenciones de mi madre. Él suspiró con resignación, su relación con su novia funcionaba bien y no deseaba enfrentarse a su familia, pero tampoco quería casarse conmigo.

Capeamos con dificultad el temporal, mi madre arremetía constantemente con las armas que consideraba oportunas. Le seguimos el juego fingiendo un acercamiento y al final Otto y yo resolvimos que la mejor solución era acatar sus deseos y hacer ver que nos reconciliábamos. Por suerte la boda no sería hasta cuatro años después y ya encontraríamos la manera de solucionarlo cuando fuera el momento.

Las Navidades se escurrieron entre salidas, cenas, comidas y reuniones. Franz no volvió a pisar nuestra casa y para verme con Martha o con Charles debía mentir descaradamente. Otto me ayudó alguna vez para librarse de la presencia constante de mis padres, otras fue Hans y en algunas ocasiones pedí ayuda a alguno de mis amigos.

Fueron unos días inquietos, no me gustaba tener a mis padres en casa ni perder la libertad que había logrado al atravesar el Atlántico. Fue como si de repente me diera cuenta de lo poco que me gustaba mi vida anterior.

Por suerte la fecha de su regreso no tardó en llegar y mi padre insistió en que no podía perder el barco. En aquella época no había las tecnologías de hoy en día y los negocios se resentían con la ausencia del jefe. Nos despedimos en el muelle, con uno de aquellos besos fríos y distantes de mi madre.

—Sé feliz, Margarete —me susurró mi padre al oído antes de embarcar—. No permitas que tu madre te arruine la felicidad.

26

Dijon, veinte de septiembre de 1942

Querida Marguerite,

El dolor de no vivir junto a ti sigue tan intenso como el primer día, como si no quisiera rendirse a la evidencia de que te has ido para no volver.

Al conocerte supe que serías importante para mí. Mientras me contabas tu pasado sentía unos celos irracionales de tu primer amor y quería vengar tu honor. Le querías tanto... Por suerte llevo en mi corazón los años contigo y sé que a mí llegaste a amarme, igual que yo a ti.

Sigo en activo, nunca dejaré de luchar por una causa justa. Mis clases de piano interesan a muchos alumnos alemanes, aunque no consigo demasiada información en sus casas porque me falta tu soltura con el alemán. ¡Ojalá estuvieras aquí! Te encantaría el color de la naturaleza, plagado de verdes matizados, con flores que chispean con su luz el campo.

La vida a veces es extraña... Para mi corazón no te has ido, sigues acompañándome en silencio, insuflándome fuerzas para no desfallecer en el empeño de mis funciones, ayudándome a entender las clases de alemán que han empezado a darme. Soy importante para nuestro grupo de insurgentes debido a las lecciones que le doy al Georg, el hijo del General Von Krass, un oficial nazi clave para los aliados.

Frédéric Leclerc es un magnífico instructor. Su tapadera es buenísima, pertenece al grupo de franceses cercanos a los alemanes, tiene un título y un gran piano de cola blanco en su casa, como el tuyo. Cuando entré por

primera vez en la mansión de los Leclerc pensé que estaba otra vez contigo, tras las teclas, tocando una sonata de Chopin.

Supuestamente Frédéric recibe clases de piano particulares, pero una vez traspaso los muros del salón, solemos pasar las horas practicando el alemán para que mi posición actual valga de algo. Es un hombre comprometido, un doble agente, y suele ser paciente conmigo. No se me dan tan bien las lenguas como a ti, amor mío.

Personas como Leclerc se juegan la vida a diario intercambiando información y representando un doble juego complicado. Vivió cinco años en Alemania al casarse con una mujer de origen ario, que murió de una larga enfermedad hace diez años. Entonces volvió a París con sus dos hijos adolescentes y se estableció en la ciudad hasta el inicio de la guerra, momento en el que se refugió en su mansión de Dijon.

Ahora tiene cincuenta y nueve años, es un próspero empresario y su hijo mayor trabaja con él en el negocio familiar. El pequeño es médico y se quedó en París, dispuesto a seguir con su labor en el hospital. Leclerc es un hombre agradable de trato, inteligente y con muchos deseos de ayudar a liberar nuestro país.

Mientras aprendo alemán sigo con mis acciones en contra de los opresores. La semana pasada detuvimos un tren lleno de munición volando las vías a tiempo y conseguimos un cargamento entero de víveres para la población. Algunos judíos que comparten una parte de sus días de huida en mi casa me explican cómo se vive en nuestra querida París. Es triste descubrir una cara tan horrible en la ciudad de la luz.

No tengo noticias de Adele desde que me marché. Temo por ella, me encantaría saber que está bien, que nada consigue destruir su vida feliz y tranquila. Echo de menos la familia, nuestra vida serena, las luces nocturnas de París, los paseos frente el Sena... Los niños habrán crecido, no los reconoceré cuando los vea...

Ella decidió quedarse en su casa de costura, cosiendo para la alta sociedad parisina. Quizás decidió ayudar a los nuestros, antes de marcharme la puse en contacto con Étienne para que sus horas con damas alemanas de alta alcurnia puedan ser de utilidad. Estaba muerta de miedo, no sé si aceptó ayudarles personalmente o al final les brindó la posibilidad de infiltrar a alguien en su taller. ¡Fue tan generoso que la ayudaras a montarlo!

Siempre tuyo,

André.

OceanofPDF.com

Los meses se sucedieron con una rapidez increíble. Mi vida transcurría sin demasiados sobresaltos entre las clases, Charles, salidas con Martha, Franz y nuestros amigos, ensayos, audiciones... Era feliz y no quería ver las señales que indicaban con letras de neón el extraño comportamiento de mi novio, a pesar de que las revistas de cotilleos se llenaban constantemente con fotos de él en brazos de otras. Yo seguía creyendo en sus justificaciones, quizás era más fácil que aceptar su traición.

Mis padres enviaban noticias regularmente para estar al tanto de mi relación con Otto y de nuestras vidas, teníamos una comunicación más fluida que antaño, sobre todo con mi padre, quien empezó a interesarse de verdad por nosotros.

Durante el tiempo que pasé en Nueva York cambié, mis principios evolucionaron y entendí que no podía conformarme con la existencia fácil, sin amor y sin substancia que me ofrecía Berlín. Aunque también comprendí que el camino hacia mi liberación total no era fácil, estaba acostumbrada a no preocuparme por el dinero ni por mis estudios ni por la comida...

Franz se cambió definitivamente el nombre. No quería saber nada de nuestros padres y tampoco estaba dispuesto a dejarse pisotear. Se convirtió en un hombre diferente, con conciencia social, buenos ideales y un trabajo que le llenaba. A finales de abril su suegro le ofreció la dirección de tres establecimientos de su propiedad porque había demostrado con creces que era un buen gerente y él aceptó emocionado.

Martha se quedó embarazada a principios de mayo. Nuestra amistad seguía intacta, asistíamos a clase cada día juntas, charlábamos en los descansos, nos contábamos confidencias, reíamos, llorábamos, nos

emocionábamos... Mi única angustia era el distanciamiento que Charles había impuesto entre nosotros los últimos meses. Cada vez esgrimía nuevas excusas para posponer los encuentros y luego aparecía en las revistas del brazo de una modelo o una actriz famosa.

Yo le disculpaba, buscaba maneras de explicar lo que no quería ver ni escuchar, intentaba convencerme de que él cambiaría, de que tarde o temprano se rendiría al amor que me tenía. Los pocos encuentros entre nosotros eran en el cine y siempre acababan igual, con una discusión. Charles quería que me acostara con él, pero yo no podía hacerlo, no sin un anillo en el dedo.

Había cambiado mucho, veía las cosas desde una perspectiva distinta de cuando salí de mi casa, sin embargo no estaba dispuesta a renunciar a algo tan sagrado como mi virginidad sin pasar por el altar. Charles no quería casarse ni sacar a la luz nuestra relación. Y las cosas empeoraban cada día.

Una tarde de junio mi mundo se derrumbó completamente. Salí de Julliard a la hora de siempre, hacía una tarde agradable, con una suave brisa que ocultaba un poco el calor del sol. Caminé por las calles de Nueva York dándole vueltas a la última pieza que debía preparar para las clases. Miré distraída varios escaparates, me compré un helado de chocolate en un puesto ambulante y deambulé sin rumbo fijo durante cerca de media hora.

Acabé frente al cine de Charles. Ejercía una atracción intensa en mí, era un lugar al que solía ir cuando daba un paseo al salir de Julliard.

Estaba en la acera de enfrente, con la mirada puesta en el cartel y mi imaginación en el interior, cuando el coche de Charles se paró a pocos metros de distancia. Mi primera reacción fue sonreír por la casualidad, estaba contenta de encontrármelo, deseaba verle.

Crucé la calle con rapidez, anhelando sus besos, pero me encontré con una realidad distinta a la que esperaba. Charles rodeó el coche para abrirle la puerta a una rubia despampanante que le sonría con sensualidad. Sentí cómo si un puño se clavara en mi pecho, me quedé quieta en mitad de la acera, con los ojos húmedos y un dolor intenso en el cuerpo.

De repente me vio. Su cara se descompuso en un rictus de culpabilidad y angustia. La chica que le acompañaba le preguntó qué pasaba, y él negó con la cabeza para decir que nada, que le esperara un momento, que tenía que solucionar un asunto. Yo no podía moverme, parecía clavada al suelo, con la desesperación invadiéndome a una velocidad increíble.

La rubia siguió sus instrucciones y entró por la puerta del cine como si no fuera la primera vez que estaba ahí. Las evidencias de que Charles llevaba tiempo engañándome me sacaron la venda de los ojos para mostrarme una realidad que había ignorado deliberadamente.

—Margaret —me dijo acercándose—. Yo, yo... Lo siento, soy un hombre con necesidades...

—Una excusa barata —musité con rabia—. Eres un cabrón, me has engañado otra vez y yo fui tan estúpida perdonándote que me lo merezco. Pero se acabó. —Reprimí las lágrimas con un sobreesfuerzo—. No quiero verte nunca más, puedes meterte en la cama con quien quieras. Ya no tendrás que preocuparte por si yo me entero.

—No quiero que lo nuestro acabe —me contestó con voz suplicante—. Entiéndelo, yo te quiero, pero me cuesta ser fiel... Eres tan joven... Y no quieres acostarte conmigo. ¿No lo comprendes? Soy un hombre.

Negué con la cabeza a la vez que componía una amarga sonrisa. Mis ojos derramaron las primeras lágrimas rebeldes.

—He sido una estúpida. Creía que con amarnos era suficiente, pero me equivocaba, alguien como tú no cambia nunca.

—¡No es eso! —Levantó la voz con desespero—. Yo te amo, Margaret, lo eres todo para mí. No concibo la vida sin ti.

—¿Cómo puedes ser tan cínico? —Sorbí por la nariz, mi llanto se descontroló—. Querer significa no mentir a las persona a la que amas. ¿Piensas que voy a seguir a tu lado después de esto? ¡Tienes una rubia esperándote en nuestro cine! —Me di la vuelta—. Pensaba que era algo que nos pertenecía. —Negué con la cabeza—. Adiós Charles.

Él me agarró del brazo en un intento de disuadirme.

—No te vayas, me desharé de Stacy y nos iremos a dar una vuelta los dos solos. Háblémoslo.

Apreté los puños para evitar que el dolor abrupto que se abría paso en mis entrañas me disuadiera de la decisión que acababa de tomar. No podía permitir que Charles siguiera con el engaño de una relación sin futuro ni debía transigir. Di un paso adelante, uno de los más difíciles que he dado en mi vida. Él tiró de mi brazo con fuerza, pero yo no cedí.

—Margaret... —dijo cuando se dio cuenta de la fuerza con la que intentaba alejarme de él—. No me dejes...

Conseguí zafarme de su brazo y empecé a correr con las lágrimas anegándome la cara. Necesitaba apartarme de ese lugar, escaparme de esa relación que solo podía aportarme disgustos, abandonar al hombre del que estaba completamente enamorada.

Me pasé media hora deambulando sin rumbo por las calles de Nueva York. La ciudad me parecía triste, agónica, como si ya no tuviera aquella luz emocionante del principio. Mis sentimientos y mi razón mantenían una lucha encarnizada, el deseo de regresar a los brazos de Charles era intenso, a pesar de los mil motivos que mi cabeza enumeraba para no hacerlo.

En casa me esperaba Hans, llegaba tarde y estaba preocupado. No le di demasiadas explicaciones, sencillamente me excusé en que tenía los exámenes finales en Julliard la semana siguiente y que se me había hecho tarde practicando. Tras una regañina bastante *light* me senté en el piano a tocar, era la mejor terapia.

Interpreté *Claro de Luna*, de Claude Debussy, una pieza que pertenece al tercer movimiento de *La Suite Bermasque*. El misterio que envuelve a esta creación siempre me inspiró melancolía y tristeza, era una de las obras que solía tocar cuando un suceso trastocaba mi visión idílica de la vida. El dolor se diluía entre las notas. Intenté contener el llanto, pero a medida que mis dedos se deslizaban por el piano recordaba instantes de mi relación con Charles, momentos mágicos llenos de besos, caricias y promesas rotas. Hans me miraba con el reconocimiento tácito de que algo no iba bien, en su rostro leí curiosidad y cariño.

—¿Qué te pasa? —me preguntó cuando la última nota se fundió en el olvido y yo me derrumbé.

—Soy una estúpida —sollocé—. Nunca debí venir a Nueva York.

Me abrazó, acunándome entre sus brazos. En ese momento no fui capaz de abrirle mi corazón ni de confesarle la verdad, creía que no me entendería, que me juzgaría con dureza. A pesar de sus preguntas yo callé, incapaz de aceptar mi amor por alguien que no se lo merecía. Le pedí que me llevara a casa de Martha para desahogarme con ella, recuerdo con claridad su decepción en la mirada.

Esa noche dormí en casa de mi hermano mayor, me pasé horas hablando con Martha, convenciéndome de que había tomado la decisión correcta al marcharme del lado de Charles.

Lloré amargamente durante demasiadas horas.

Al día siguiente me costó concentrarme en las lecciones, apenas quedaban diez días para finalizar el curso y necesitaba mi energía para preparar los exámenes finales.

Charles me esperaba al salir con un ramo de flores y una caja de bombones. Al verle mi corazón bombeó a toda potencia mientras los sentimientos encontrados se ocuparon de desatar la inquietud en mi interior. Martha me agarró del brazo con firmeza y me llevó casi a rastras hacia el coche de Franz, quien nos vino a buscar.

—¡Margaret! —me llamó Charles acercándose—. ¡Margaret!

Entré en el coche con una tensión imposible. Le miré con deseo mientras mi hermano arrancaba lentamente y Martha me envolvía entre sus brazos. La expresión desesperada de Charles me dio una pista acerca de sus verdaderos sentimientos. Me quería, pero eso ya no bastaba.

Esa tarde llegó un telegrama de Harvard con un anuncio bomba de Otto que fue el detonante para que yo tomara una decisión que varió mis planes de futuro. Mi supuesto novio se había prometido con Brooke y estaba dispuesto a luchar contra viento y marea para llevarla al altar. Le contesté felicitándole, era maravilloso que encontrara la felicidad.

Mi madre montó una escena al enterarse, los telegramas cruzados duraron tres días. Por suerte el rumbo de la situación era perfecto para fingir que mi tristeza se debía a esa realidad, así justifiqué frente a Hans mi estado y conseguí que mi padre aceptara la decisión que tomé. Nueva York era un lugar que me parecía doloroso, ya no me sentía libre en esa ciudad, no podía caminar por las calles sin pensar en Charles ni era capaz de cerrar los ojos cada día ante su insistencia.

Compré un pasaje en el primer barco con destino a Hamburgo que encontré, al finalizar mis clases dejaría Julliard para siempre. No escuché a Martha ni a Franz ni a Hans, no quería quedarme ni un minuto más en Estados Unidos, a pesar de que estábamos a mediados de 1937 y de que mi padre intuía que la guerra estaba cerca.

Terminé el curso con unas calificaciones increíbles, cuando mis sentimientos afloraban conseguía darle una dimensión intensa a las partituras y las notas llenaban el piano con una melancolía real y perversa. Capeé el temporal que arreciaba en mi interior con una fortaleza que antes no poseía y ignoré a Charles cada vez que me abordó por la calle. Sabía que

él no me convenía, que había traicionado mi confianza y que no mecería mi perdón.

El veinticinco de junio de 1937 embarqué en un crucero destino a Europa. Mis hermanos y Martha me despidieron en el muelle con lágrimas e intentos de disuadirme en mi propósito. En mi interior deseaba ver a Charles entre la muchedumbre para convencerme de que era una locura, de que no debía abandonar la ciudad, pero él no apareció, nadie le informó de que me iba.

Subí por la pasarela con el corazón encogido, las lágrimas resbalaban impunes por mis mejillas pálidas y tristes. Desde cubierta, asomada a la barandilla, descubrí el relieve de los rascacielos que me habían cobijado los últimos dos años. Alcé la mano para despedirme una vez más de las personas a las que dejaba ahí. Martha lloraba apoyada en el hombro de mi hermano, él y Hans intentaban no mostrar su tristeza y movían las manos con énfasis.

La sirena anunció nuestra partida y el puerto de Nueva York empezó a alejarse lentamente. Yo seguía buscando a Charles entre la muchedumbre. Era imposible que viniera, había mantenido en secreto mi partida para evitarme esa escena, pero mi corazón suspiraba por él, deseaba quedarse en tierra, bajarse de un barco que zarpaba hacia un destino incierto.

Dijon, veinte de octubre de 1942

Querida Marguerite,

Mis clases de alemán empiezan a dar frutos. En casa del General Von Krass siguen pensando que no entiendo su lengua, por eso muchas veces ignoran mi presencia para hablar sin tapujos. Aunque delante de los niños poco puedo averiguar, me he acostumbrado a espiar tras la puerta del despacho cuando finjo ir al lavabo.

Capto algunas palabras sueltas, pocas para componer el puzle de los secretos que maneja Von Krass. Por suerte mi oído musical me ayuda a escribir con exactitud lo que escucho en una libreta para comentarlo más tarde con Leclerc, entre los dos conseguimos descifrar la mayor parte de las conversaciones. Al principio me registraban cada día, a los dos meses de acudir diariamente a la casa, dejaron de hacerlo.

El General suele conversar con muchos militares. Según las traducciones de Frédéric tratan temas de inteligencia militar, y algunas veces las pocas frases que capto ayudan a detener una ofensiva bélica, como la semana pasada, cuando logramos evitar un ataque contra un regimiento rebelde que se desplegó cerca de la frontera.

El pequeño Jaques sigue creciendo con la ilusión propia de un niño de casi cuatro años. Pregunta mucho por ti y a mí se me encoge el corazón cuando le hablo acerca de su valiente madre. Me quedan solo unas pocas instantáneas de nuestra vida en común, junto al anillo de bodas que jamás sacaré de mi dedo anular. Quiero que cuando muera siga ahí,

acompañándome hasta el más allá, para llevarlo cuando nos reencontremos.

Antes de irse, Henriette me acusó de estar loco por seguir enamorado de un recuerdo. Quizás tiene razón, es absurdo vivir anclado a un pasado que a pesar de mi empeño no regresará jamás. Después de coexistir con ella en la misma casa durante meses entendí que no quería volver a hacerlo jamás, la única mujer con la que volvería a convivir serías tú. Y eso es imposible.

Quizás algún día conozca a otra que me robe el corazón, sin embargo nunca se lo entregaré completo, porque a pesar del tiempo y de la distancia inmensa entre los dos, sigue perteneciéndote hasta la última gota de su sangre. Eras tú, Marguerite, la única, la elegida, mi chica ideal.

¿Recuerdas cuando me contaste lo difícil que te fue renunciar a tu primer amor? Aquel día comprendí lo fuerte que eras, demostraste un coraje increíble al escapar de él, a pesar de tus sentimientos. Ahora debo ser fuerte yo, no mirar jamás a otra como te miré a ti y no comprometer tu sitio en mi alma.

Llevo un tiempo escondiendo estas cartas en un agujero en la pared, tras un ladrillo suelto del salón. Si cayeran en manos de los nazis me torturarían hasta la muerte y nuestro pequeño se quedaría huérfano. O algo peor.

Debería dejar de escribirte, quemar las cartas, olvidarme de ti y continuar con mi vida sin el peso de lo sucedido. Quizás cuando esta guerra infame termine lo haga, puede que al regresar un día a nuestro querido Paris, sin presencia enemiga, haga una pila con las cartas manuscritas y les prenda fuego. Aunque estoy convencido de que nunca haría semejante locura.

¿Se puede amar demasiado a alguien? Sí, es una penitencia. El dolor de tu ausencia se mitiga con el paso del tiempo, pero el anhelo de tocarte, de besarte y de sentirte permanece asido a mi interior como una condena demasiado elevada para no sufrir.

Este último mes he pasado por la cama de una muchacha del pueblo. Cuando mis dedos tocaban sus cuerpo cerraba los ojos y recorría tu sedosa piel con la mano. Mientras mi lengua se unía a la suya en un beso húmedo y apasionado, era tu boca la que se posaba sobre la mía, tus labios los que me producían esa excitación, tu cuerpo el que se acercaba al mío.

¿Podré algún día olvidar tu olor, tus caricias o el tono sereno de tu voz?

Siempre tuyo,

André.

OceanofPDF.com

29

Berlín estaba distinto a como lo recordaba, o sencillamente mi manera de verlo varió, porque me encontré con una ciudad triste, revuelta, con esvásticas luciendo en cualquier parte y una creciente inquietud entre la población. Tras una larga y afligida travesía y un viaje en tren llegué a la *Lehrter Bahnhof*, la estación central, donde me esperaban mis padres y Hilde.

Saludé con la mano con poca efusividad, después de dos años de ausencia no deseaba volver a mi casa ni escuchar los inevitables reproches de mi madre ni caminar por los muros de la mansión que en otro tiempo consideraba mi hogar. Nueva York fue una catarsis para la antigua Margarete, y abandonar para siempre a Margaret me dolía en el alma.

Mi amiga de antaño se abalanzó a mis brazos para recibirme con una emoción que yo distaba mucho de sentir. Correspondí a su gesto con un educado saludo, sonriendo para que ella pensara que compartía su entusiasmo.

—Mi hermano es un cretino —me dijo disculpando a Otto—. No te merecías que te dejara por una cualquiera. Mi padre un poco más y le obliga a volver de Harvard, pero es blando, ya lo sabes.

Asentí. Hilde no era consciente de la suerte que tenía con unos padres que le demostraban constantemente cuanto la querían con actos y palabras, pero tampoco era el momento ni el lugar para hablarle acerca de ello. La abracé en busca del calor que compartíamos dos años atrás, necesitaba recuperar parte de esa cercanía, contarle la realidad que mis cartas obviaron durante mi ausencia, hablarle de Charles. Sin embargo me di cuenta de que se había quedado en un pasado al que yo no podía regresar.

Mi casa me pareció ajena, como si ya no formara parte de mí. Fue una sensación extraña la que me acompañó al traspasar el umbral de mi habitación y reencontrarme con mis cosas de antaño. Me eran extrañas y desconocidas, pertenecían a una joven idealista, sin preocupaciones, a alguien con una vida maravillosa, encerrada en una bola de cristal que en ese instante se había roto.

Pasé la primera noche muy nerviosa, con una sensación opresiva en el pecho. Era como si las paredes se hubieran convertido en unos barrotes que me retenían en un lugar ajeno a mi realidad. Echaba de menos mi cuarto de Nueva York, las conversaciones con Hans y con Franz, los paseos y las confidencias junto a mi querida Martha, y también añoraba a Charles, aunque mis sentimientos hacia él se enfriaban lentamente.

Los días se alargaban entre monótonas comidas familiares, algunos intentos de mi padre de hablar conmigo acerca del futuro y las estiradas palabras de mi madre, quien me reprochaba que hubiera alejado a Otto de mí. Hilde pasaba muchas horas conmigo, parloteaba sin parar acerca de los chismes que tanto le gustaban, de lo equivocadas que eran las habladurías acerca de su marido, de su felicidad... Yo la miraba sin entender qué vi en ella en mi infancia ni encontraba esa chispa que me unía a ella entonces.

Me refugié en la música. El piano y sus notas se convirtieron en mi remanso de paz, un lugar donde podía recordar los besos de Charles, sus caricias, sus promesas vacuas y carentes de substancia. Mientras tocaba era como si volviera a estar en Nueva York, en uno de los locales a los que iba con Martha y la pandilla o en un aula de Julliard o paseando con Hans y con Franz bajo un sol de justicia.

En las calles de Berlín las vidas de nuestros vecinos no habían cambiado mucho, sin embargo había comercios cerrados porque sus dueños eran judíos y el antisemitismo se palpaba en el ambiente. El joyero de mis padres fue apedreado una tarde, la sastrería donde solíamos comprar los trajes había cambiado el nombre y flotaban tantas historias tristes en el ambiente que era incapaz de cerrar los ojos a ellas como hice en mi juventud.

Recibí una carta de Martha, escrita una semana después de mi partida. Me contaba la reacción de Charles ante mi huida, su rabia, su resignación. ¿Y si me había equivocado? Quizás si le hubiera dado otra oportunidad... Mi amiga me explicaba que Charles no había parado hasta descubrir mi

paradero, y que tras escucharlo se había derrumbado preso de la desesperación.

Dudé durante días acerca de las decisiones tomadas. Le echaba de menos y la distancia impuesta por mí me abocaba a sentirme vacía, como si me faltara el aliento. Las notas del piano me ayudaban a expresar ese dolor, las lágrimas en la soledad de mi habitación eran un torrente infinito de angustias, pero mi cabeza no dejaba de repetirme que escapar de Nueva York era la única manera de acabar con una relación condenada al fracaso.

Hilde intentó acercarse a mí, sin embargo la amistad que una vez nos unió se había marchitado hasta casi desaparecer. Yo la veía desde otro ángulo, era como un reflejo de mi pasado, una mujer simple, ingenua y feliz a la que nunca habían herido ni era capaz de ver más allá de los muros de nuestra riqueza.

No había conexión entre nosotras, cuando le hablaba de mis experiencias en otra tierra no comulgaba con mis sentimientos ni se conmovía por los actos que compartíamos Martha y yo hacíamos para mitigar el hambre de los pobres. Arrugaba la nariz ante mis historias, le parecía horrible que yo me hubiera rebajado a llevar los sobrantes de comida de los restaurantes del padre de Martha a los necesitados y a servirles durante esos años. Para ella era horrible, un acto impuro y muy alejado de nuestra condición social.

Fue mi padre quien supo leer en mí. Sin él quizás me hubiera perdido en un mar de melancolía, envuelta en una rutina que no hacía más que incrementar mi añoranza y el dolor abrupto de la ruptura con Charles. Me pasé la primera semana en Berlín escondida entre el piano y mi cuarto, estirada en la cama, llorando por mi decisión y la tristeza que me invadía cada vez que me percataba de la realidad que me había atrapado.

Recuerdo con exactitud el momento en el que descubrí la parte oculta de mi padre, una que sin duda yo había heredado. Acababa de tocar una pieza de Bach en el piano, no podría daros el nombre, a veces olvido esos pequeños detalles. Pensaba que no había nadie en el salón, por eso terminé temblando y llorando, con los sentimientos a flor de piel.

Mi padre se levantó entonces de su sillón orejero, llevaba un buen rato sentado en él, escondido tras las sombras, deleitándose con mi música. Me sobresalté ante su gesto e intenté tragarme las lágrimas, pero el tembleque de mi cuerpo me delataba.

—No puedes seguir así —me dijo con ternura—. Supongo que tu tristeza no tiene nada que ver con Otto, ¿me equivoco?

Era la primera vez que me hablaba con el corazón en la mano y yo no sabía cómo contestarle ni si podía abrirle el mío. Ocupó un trozo del banco, me acarició la melena que llevaba suelta y me sonrió con una cercanía intensa.

—No eres la única que se ha enamorado de quien no debía. —Sus palabras eran suaves, como si quisiera acariciarme con ellas—. Yo lo hice de una chica sencilla que tenía unos dedos de oro para el piano, por eso quise que tú aprendieras a tocarlo, porque la música consigue explicarte cómo se siente el pianista. Se llamaba Edith, era la hija del abogado de mi padre y tenía unos ojos azules tan intensos que a veces pensaba que no podían ser de verdad.

—¿No salió bien?

—Al contrario, nos enamoramos. Nos pasamos varios meses viéndonos a escondidas, sin que nadie de nuestras familias se imaginara esa relación furtiva. —Ese fue el instante que cambió la percepción que tenía de mi padre—. Mi matrimonio con tu madre estaba decidido desde hacía años, había incluso un documento firmado para que se celebrara.

Me miró con una intensidad que nunca me había mostrado, como si su interior fuera rico en unos sentimientos que no salían jamás a la superficie.

—A mí me hicisteis lo mismo —musité—. Decidisteis que Otto era mi hombre sin consultarme.

—Fue cosa de tu madre, como todo en mi vida. —Bajó la vista al suelo con una tristeza que me partió el corazón—. Solo he conseguido migajas para vosotros, enviaros a Nueva York fue un logro, necesitaba alejaros de ella, daros espacio para decidir qué queréis hacer con vuestras vidas.

—¿Por qué te casaste con ella? No lo entiendo, papá. Parece que te arrepientes, que no eres feliz a su lado, y sin embargo sigues aquí.

—A veces las cosas no son tan fáciles. —Me acarició el cabello con una sonrisa melancólica y me saltaron dos lágrimas—. Yo amaba a Edith, si te digo la verdad, sigo amándola, a pesar de que ella se ha casado con otro y de que ya no tenemos ninguna relación. Pero mis padres estaban arruinados, no tenían nada con lo que comerciar aparte de mí, un chico despierto, con muchísimas ganas de aprender, una mente preparada para los negocios y un título que heredar. Y la familia de tu madre tenía diversas cosas en marcha,

mucho dinero en ciernes, un cabeza de familia que lo único que quería era dilapidar la fortuna que otro incrementara con duro trabajo y muy poca aceptación en nuestros círculos.

—¡Te vendieron por dinero! —exclamé al comprender la situación—. Tus padres ganaban con el trato, supongo que se llevaron un buen pellizco...

—Tus abuelos decidieron por nosotros. Ni tu madre ni yo queríamos este matrimonio sin amor, pero no tuvimos elección. Ella se hubiera quedado sin nada y yo me sentía obligado a aceptar la situación para no ver a mis padres en el arroyo.

Varias arrugas aparecieron en su faz para mostrar la pena insondable que le acompañaba desde entonces. Mis abuelos maternos habían obligado a la familia de mi padre a firmar un contrato en el que se comprometían a pasar el título a mi padre tras la boda y a que el matrimonio solo lo destruyera la muerte. Los bienes quedarían a nombre de mi madre y pasarían a sus hijos.

—Nada de lo que tengo me pertenece —me explicó mi padre con dolor—. Tu madre tiene guardado el documento a buen recaudo, es su manera de mantenerme atado a su lado. Por eso sigo aquí y no con Edith. Si no estuvierais vosotros me hubiera largado hace años, no creo que me costara buscarme la vida, pero no puedo abandonar a mis hijos. Y la única manera de protegerlos es seguir con ella.

—Edith suena a nombre judío... —apostillé, con la sensación de que el amor de mi padre estaba en peligro—. ¿Su padre sigue siendo abogado del abuelo?

—Hace años que dejó de serlo, cuando empezó el odio antisemita y las voces se alzaron contra los judíos, el abuelo decidió prescindir de Joshua. —Contuvo las lágrimas que se adivinaban en sus ojos—. Están a salvo, yo me he encargado de que salgan de Alemania antes de que Hitler desate contra ellos la rabia que lleva dentro. Sé que planea una guerra y que quiere una limpieza étnica.

Durante media hora me contó las informaciones que había recopilado acerca de la sed bélica del Führer. Se encontraba en un selecto grupo muy cercano a él y tenía referencias de primera mano de la manera de pensar del líder de nuestro país. Estaba asustado ante su forma de ver el mundo, quería

ser el amo de Europa, erradicar los vicios de la sociedad y alababa la pureza de raza, la supremacía aria frente a la mezcla societaria de aquel momento.

Mi padre sabía que los judíos no estaban a salvo, por eso consiguió que Edith y su familia se exiliaran a tierras norteamericanas en uno de los barcos que cada día zarpaban de Hamburgo. Desde niña intuía que a pesar de su fachada era un buen hombre y aquel día constaté que dentro de la coraza creada a base de fuerza de voluntad mi padre era alguien sensible, con corazón y mucho amor que le habían arrebatado.

—¿Te despediste de ella? —le pregunté ansiosa por conocerle más a fondo—. ¿Sabe que fuiste tú quien la salvó?

—Fui a verla antes de que se marchara para despedirme de ella y se lo conté. —Sus ojos se humedecieron—. Me besó. Fue uno de los días más felices de mi vida porque descubrí que todavía me quería.

La expresión de mi padre me pareció una clara invitación a abrazarle.

—A veces no basta con amar, ¿verdad?

—Deberías irte unos días fuera de aquí, quizás a París. —dijo—. La condesa Ute Von Moerbeck tiene una villa en las afueras de la ciudad, vive allí desde hace unos años. La última vez que la vi me comentó que su profesor particular de piano es buenísimo. —Me miró con un brillo especial en los ojos—. A tu madre le encantará la idea de que pases un par de meses allí. París es una de las mejores medicinas para el corazón herido, hija.

30

Dijon, veinte de noviembre de 1942

Querida Marguerite,

Muchas mañanas me levanto buscándote a mi lado, deseoso de besarte, abrazarte y hacerte el amor, pero mi cama está fría, sin ti. Suerte que Jaques continua a mi lado, dándome calor por las noches.

¿Por qué mi mente se empeña en repasar cada instante a tu lado? Parezco un loco, irremediablemente enamorado de un recuerdo, oliendo tu perfume en cada rincón, escuchando tu voz en cualquier esquina, reconociendo tu rostro en otras mujeres... Necesito rebajar este dolor o me moriré de pena...

Hoy tengo la melancolía asida a la piel, quizás la cercanía de mi nuevo destino tiene la culpa. Acabo de abrir una botella de un aguardiente malísimo que destilan unos compañeros cerca de aquí, seguro que unos tragos me ayudan a mitigar la pena desatada al escribirte. Quizás debería dejar de hacerlo, olvidarme de una vez de ti, pero no puedo, soy incapaz de renunciar a estos momentos de intimidad entre los dos.

Lucho cada día para erradicar este dolor que me consume las entrañas, Jaques lo merece. Seré fuerte, a partir de ahora capearé el temporal de tu falta con el deseo de venganza cada vez más saciado. Estos nazis de mierda tendrán en mí a un rival a la altura, no te defraudaré, ni a ti ni a nuestro hijo.

Mis adelantos con el alemán son increíbles gracias a las horas de dedicación. Estarías orgullosa de mí si descubrieras palabras de tu lengua

materna en mis labios, susurradas a la vera del empeño que le pongo a aprender. Me paso las horas libres practicando, con la vista puesta en ser útil a nuestros partisanos.

El hijo de Von Krass tiene un buen oído musical y muchas ganas de mejorar su técnica con el piano, por eso su padre me ha pedido que me traslade a vivir a su casa y me dedique en exclusiva a su Georg durante el día. El chico necesita avanzar con rapidez para iniciarse como concertista en pocos meses.

No he dudado a la hora de aceptar. Una vez me instale en casa de Von Krass podré inspeccionar su despacho por las noches y deslizarme silenciosamente en momentos puntuales a escuchar sus conversaciones. Parece mentira que la vida nos ponga en situaciones tan parecidas, ¿verdad cariño?

Jaques tendrá una posibilidad de oro de vivir rodeado de los lujos que le están vedados, en una habitación sin el helor del campo, y comer cada día caliente. Además, ya no necesitaré a la vecina para cuidarle, el General me ha asegurado que nuestro niño será uno más en la casa. Me ha propuesto que una de sus chicas de servicio le cuide mientras yo estoy con Georg. Es un buen trato.

Tengo ganas de instalarme cuanto antes en mi nuevo hogar y ser útil a la causa, conseguir información para detener a los nazis, ser capaz de aportar mi granito de arena para liberar a mi pueblo. ¿Recuerdas lo difícil que nos era vivir en esa tesitura cuando eras tú la espía? Ahora estaré en tu lugar, como si fuera parte de tu pasado.

Estoy convencido de que en pocos meses me habré ganado la confianza del General y su familia. Mientras conversan en mi presencia finjo un absoluto desconocimiento de su lengua, pero en realidad cada vez le entiendo mejor.

He conseguido un permiso de Von Krass para seguir dándole clases a Leclerc tres tardes a la semana, ahora que estamos tan cerca no puedo abandonar mis lecciones ni perder mi punto de envío de las informaciones. Cuando esta guerra infame termine estaré al lado de los vencedores, ya lo verás.

Frédéric es un hombre interesante, con una historia personal llena de matices y momentos. A veces alargamos nuestras reuniones más de la cuenta para charlar acerca de la vida, dándonos cuenta de lo mucho que

tenemos en común. Él también perdió a su mujer y todavía la llora, entiende mis sentimientos y nos compenetrarnos bien, a pesar de nuestra considerable diferencia de edad.

Juntos aprendemos a sonreír con las pequeñas cosas, prometiéndonos una victoria segura. He conocido a su hijo mayor, un joven de treinta años con una vitalidad envidiable. Quizás debería trabar amistad con él, su edad es más cercana a la mía, pero Leclerc no quiere confesarle su doble vida ni exponerle al peligro. Nuestro secreto nos pertenece a los dos, nadie más de nuestro entorno conoce la tarea que llevamos entre manos. Es más seguro así.

Espero no tardar en encontrar información útil y ser una pieza clave en este conflicto armado. Sé que Von Krass es un hombre influyente entre los suyos y que guarda secretos de vital importancia, ahora solo me queda encontrar la manera de descubrirlos.

Tuyo siempre,

André

31

La maquinaria de mi padre se puso en marcha antes de que yo pudiera negarme. Se le veía entusiasmado con la posibilidad de alejarme de la mala influencia de mi madre, quien me culpabilizaba de la inminente boda de Otto con una americana. Hilde tampoco me ayudaba a sobrellevar la situación y la rotura con Charles seguía impidiéndome ser feliz, a pesar de que poco a poco la superaba.

Acepté mi nuevo destino con resignación. No me parecía que el mejor lugar para curarme de un desengaño sentimental fuera una de las ciudades más románticas de Europa, pero necesitaba una excusa para escapar de las opresivas paredes de mi casa, donde la tiranía de mi madre dominaba cada rincón.

Jamás comprenderé ese desapego que nos tenía, parecía que sus hijos solo fuéramos mercancía con la que comerciar para alcanzar sus aspiraciones. Supongo que la obligación de casarse con mi padre la convirtió en una mujer amargada que aprendió a valorar demasiado las cosas materiales.

Me encantaría afirmar que intuía en ella un conato de ternura como en mi padre, pero mentiría. Mi madre era una mujer fría, sin escrúpulos, adepta a las ideas soberanistas de Hitler y gran amante de la limpieza étnica que él realizó años después.

A veces sigo empeñada en encontrarle una excusa a su comportamiento, a esa manera de anteponer sus deseos a nuestra felicidad, pero por mucho que me esfuerzo no lo consigo.

Hablé varias veces íntimamente con mi padre antes de marcharme a París. Él me tiró de la lengua hasta que le confesé mi relación con Charles. Recuerdo con nostalgia el día en que se lo conté, fue una tarde de principios de julio, de camino a la estación donde tenía que coger el tren a París. Cuando supo lo que me había sucedido me abrazó con tanto cariño que consiguió compartir un trocito de mi dolor.

—Ese hombre no te merece —me dijo limpiándome las lágrimas de las mejillas—. Espero que algún día encuentres a tu amor verdadero, un hombre que te trate como mereces.

Mi madre no vino con nosotros a la estación, se despidió con un par de palabras secas a la puerta de casa, justo cuando mi padre cargaba las maletas en el automóvil, ayudado por el chofer. Abracé con fuerza a mi padre antes de subir al vagón de primera clase, le agradecí con gestos su cercanía y prometí escribirle con regularidad a una dirección secreta que me proporcionó.

Entonces supe que Franz también se carteaba con él desde hacía meses y que ambos tramaban iniciar unos negocios a espaldas de mi madre con una parte de dinero que él había evadido durante sus muchos años al frente de las empresas de su suegro.

—Cuando tu hermano despegue el negocio me iré a Nueva York y te llevaré conmigo —me prometió—. Espero que sea pronto y podamos vivir lejos de la guerra que se avecina y de tu madre. Sé que Edith está casada con otro hombre, pero siempre deseé intentarlo de nuevo y no voy a perder la esperanza de vivir cerca de ella.

—Me muero de ganas de regresar a Nueva York. —admití—. A ver si llegamos a tiempo de ver nacer al hijo de Martha y Franz.

El viaje en tren se me hizo pesado. Llevaba varias novelas para leer, tenía un compartimento privado para mí sola, pero la sensación de que me alejaba del mundo conocido para adentrarme en las fauces de uno nuevo me inquietaba. Pasaría dos meses en París y después regresaría a un hogar que me era completamente ajeno.

La condesa Ute Von Moerbeck me esperaba en la estación ataviada con un vestido color crema que resaltaba sus curvas y un sombrero a juego. Era una mujer de porte erguido, alta, rubia, con unos enormes ojos azules y un cuerpo de infarto para sus cincuenta años. Pensaba que sería estirada, como

mi madre, pero resultó una persona agradable, con grandes dosis de buen humor y una conversación amena.

No tardé en habituarme a la gran mansión de Ute. Estaba decorada con incipiente modernismo, los muebles mantenían unas líneas sobrias y un colorido claro que aportaba más luz al gran salón de la planta baja. El piano blanco de cola dominaba el espacio frente a un gran ventanal con vistas al porche. La primera vez que lo vi contuve la respiración, era magnífico, tallado en una madera finísima y con una acústica inmejorable.

Mi habitación era espaciosa, con pocos muebles para que resultara más cómoda, un armario limpio que olía a jazmín, una chimenea en la que me imaginé el crepitar de los troncos en invierno y una vista maravillosa del jardín, con el Sena a lo lejos.

Confieso que enseguida me sentí integrada en la vida de Ute. Los primeros tres días se dedicó a pasearme por la ciudad para hacerme de guía turística. Me llevó a almorzar a los restaurantes de moda, cenamos en lugares increíbles, me presentó a sus conocidos y descubrí que en París había un ambiente bohemio que me atraía.

El cuarto día cambió para siempre mi destino. Ute me había hablado maravillas de su profesor particular de piano, un tal André Dupont. Enseguida me tentó para que aceptara tomar lecciones con él, la idea de mis padres era que terminara los estudios de piano en el conservatorio de Berlín.

Acepté la propuesta de Ute, agradecida de tener a alguien con quien practicar. Nunca pensé que ese alguien pudiera convertirse en mi gran amor.

El día convenido para iniciar las lecciones le esperé en el salón, sentada en el piano, tocando cuatro notas al azar para espantar el nerviosismo propio de la primera clase, cuando todavía no conoces al profesor ni sus métodos.

André apareció en el umbral cinco minutos más tarde de la hora. Estaba inquieto, como si pensara que llegar tarde era un pecado mortal. Recuerdo sus movimientos estresados, su parloteo en francés, excusándose, y su rápido caminar hacia el piano. Me pareció un hombre guapísimo con aquellos enormes ojos azules y su cabellera rizada de color oscuro. Me sonrió con timidez a dos centímetros de la banqueta mientras se sacaba la gorra y la sostenía cerca de su corazón con las dos manos.

—Buenos días, señorita Von Schwartz —titubeó tras sus repetidas disculpas—. La condesa me ha dicho que a partir de ahora tomará lecciones

conmigo. ¿Sabe tocar?

—He estudiado dos años en una escuela de música y toco desde niña — contesté un poco más seca de lo que deseaba—. No me trates de usted — añadí para suavizarlo—. Con Margarete hay suficiente.

—Yo me llamo André. —Caminó los dos pasos que le separaban de la banqueta y se sentó—. Empecemos con Bach.

Dejó una partitura en su lugar para que yo leyera las notas y así comprobar mi técnica. Mis dedos surcaron el teclado con elegancia, mientras mis sentimientos se colaban en las notas para llenar la estancia con matices nítidos de la tristeza que arrastraba desde que abandoné Nueva York. Él se limitó a escucharme, con la mirada perdida en la lejanía y una expresión inescrutable.

—Tienes un don para la música —me dijo al final—. Aunque deberíamos perfeccionar algunos acordes...

Durante una hora y media sus comentarios acertados me ayudaron a mejorar algunos aspectos interesantes. Hablaba en un tono sencillo y suave, como si sus palabras fueran una sinfonía que se diluía en mi interior para desprenderlo de la tristeza, y ese tono tan melódico del francés me llenaba con sentimientos olvidados. Cuando tocó la misma pieza descubrí que existía la excelencia, que sus dedos eran únicos y que se merecía estar en un escenario con el público adorándolo.

Me enamoré de él de una manera distinta a la de Charles. Fue un amor más sereno, más puro, más tranquilo, que se cocinó a fuego lento, entre clases, partituras y música clásica que me emocionaba. Sus dedos solían acariciar los míos en el piano mientras me enseñaba algunos trucos para tocar mejor y yo me estremecía a su contacto, como si con ese sencillo gesto pudiera llegar a mi corazón.

A partir de la cuarta clase empecé a soñar con él, a esperar su aparición en el salón de casa de Ute, a añorar su presencia. Charles dejó de ser el centro de mis pensamientos, ya no le sentía ni me dolía la separación ni temía las palabras de mi amiga Martha en sus cartas, cuando me contaba que mi antiguo novio seguía suplicándole que me hablara de él, que le perdonara.

Los días se sumaron con una intensidad emocional que me llevaba de la risa al llanto con facilidad. André se convirtió en mi único desvelo, practicaba durante horas frente al piano para deslumbrarle, me acicalaba

antes de su llegada, cambiándome de ropa y de peinado cientos de veces antes de decidirme por uno, contando las horas para verle.

Pacté con él una hora diaria de clase para pasar más horas a su lado. Cuando terminábamos nos pasábamos un rato charlando acerca de nuestras vidas. Primero fueron diez minutos y poco a poco se convirtieron en horas.

Ute no tardó en percatarse de mis sentimientos, fue ella quien me dio las pistas finales para que aceptara de una vez por todas que me había enamorado de André. Ella me advirtió de que no era un hombre de mi clase y de que con toda seguridad mi madre jamás aceptaría que me relacionara con él, por suerte ella me ofreció su ayuda y se brindó a guardar el secreto.

A finales de julio ya no me imaginaba la vida sin verle a diario, y me di cuenta de que en un mes sería incapaz de regresar a Berlín.

Por las noches me sentaba frente a la ventana de mi cuarto completamente desvelada y me imaginaba paseando con André por la ribera del Sena. Nos parábamos frente a un puente, con las manos entrelazadas, y nos besábamos con tanta pasión que podríamos fundir el polo. Deseaba que sus besos fueran igual de pasionales que sus notas, que me arrastraran por un mar de sensaciones y que él me correspondiera.

Era tan diferente lo que sentía por André de lo que en su día sentí por Charles... A la única persona a la que confesé abiertamente mis emociones, a parte de Ute, fue a Martha. Mi amiga seguía presidiendo el palco de mis allegados más próximos y necesitaba compartir con ella cada segundo de mi vida. Por desgracia las cartas tardaban más de un mes en llegar a su destino, así que no supe qué pensaba hasta que la Providencia ya había hablado.

Cuando faltaban tres semanas para finalizar agosto y para mi partida hacia Berlín, André se atrevió a abrirme su corazón. Recuerdo cada una de sus palabras, su manera tensa de acariciar las sílabas, el miedo que exudaba su postura...

—No sé si debería decírtelo, pero no aguanto ni un día más sin confesarte algo. —Dejó una frase musical a medias, tomó mis manos en el piano y me miró con miedo. Yo lo alenté con la mirada, con el corazón disparado y un deseo inmenso de escucharle—. Yo... Bueno... Pues... Yo... Estoy enamorado de ti, Margarete, no quiero que regreses a tu casa, necesito verte cada día.

Sonreí con una emoción intensa recorriendo mi interior. Esas pocas palabras torpes, acompañadas de su cara arrebolada y su sonrisa inquieta,

consiguieron despertar la pasión en mi interior.

Le miré con los ojos iluminados y el entusiasmo como compañero.

—Yo también te quiero, André Dupont —dije, pellizcando las sílabas con sensualidad—. No quiero irme a mi casa ni alejarme de ti.

Nos besamos con ardor. Fueron unos besos increíbles, de aquellos que recrean unos fuegos artificiales cerca de ti. Sentía sus manos acariciar mi espalda, sus dedos en la nuca, su lengua moverse con frenesí mientras se entrelazaba con la mía. Y la fogosidad que me invadió fue demasiado intensa como para ralentizar el latido de mi corazón o mi respiración acelerada.

Ese fue el principio de una relación clandestina que nos inducía a desear una boda cuanto antes. Ute nos descubrió enseguida, fue ella la que nos proporcionó la intimidad necesaria para que nos viéramos en su casa antes de decidir si queríamos continuar adelante con esas ideas descabelladas de casarnos y renunciar a la fortuna y al prestigio de los Von Schwartz.

Cada noche sentía el deseo irrefrenable de escaparme de la mansión para correr a los brazos de André. Con Charles nunca había anhelado llegar más lejos de las caricias y los besos apasionados, en cambio con André... Soñaba que las historias de mis heroínas de novela se asemejaban a mi vida, ambicionaba pasar el día entero a su lado, meterme en su cama, permitirle que me poseyera.

Quizás era un amor más maduro. La ruptura con Charles me había obligado a hacerme mayor y a entender que muchas veces hay que ampliar las miras para descubrir la verdadera naturaleza de la persona a la que amas.

André era un hombre sincero, sencillo, con una sensibilidad especial para la música y una manera delicada de hablarme. Con sus palabras suaves me estremecía, cada vez que tocaba el piano mi cuerpo entero reaccionaba con un deseo implacable.

Mi decisión fue clara y directa. A finales de agosto, tras pasar las mejores tres semanas de mi vida, envié una carta a mis padres en la que les anunciaba mi intención de quedarme en París y terminar mis estudios en el conservatorio para estar cerca de la persona a la que amaba.

La reacción de mi madre no tardó en explotarme en la cara, cogió el primer tren que salía hacia Francia y se plantó en casa de Ute, junto a mi padre. Llegó a París el tres de septiembre, dispuesta a hacerme regresar a casa.

Su manera de increparme aquel día, con las palabras hirientes dirigidas a hacerme sentir pequeña y sucia, su discurso acerca de mi comportamiento y la manera en la que alejé a Otto de mi futuro, argumentando que ese fue el peor error de mi vida y que consiguió descarriarme, me dolieron en lo más íntimo de mi ser.

Papá aguantó impertérrito la regañina, con fingida aprobación.

Esa noche, tras quedarme encerrada en casa, con la prohibición expresa de que volviera a ver a André, mi padre vino a verme a mi habitación con aquella sonrisa triste que intuí en Berlín el día de su confesión.

—¿Le amas de verdad? —me preguntó acariciándome el pelo mientras mis lágrimas manaban con amargura—. Solo hace dos meses que le conoces, no es demasiado tiempo, ¿no crees?

—Es el hombre de mi vida. Pensaba que Charles era mi destino y que deseaba casarme con él, pero me equivocaba —admití con dolor—. Con André es diferente, me comprende, nuestras conversaciones son reales y sus deseos de formar una familia son de verdad. Y le quiero, papá, le amo con todo mi corazón.

—Te ayudaré si me prometes que serás feliz.

Me sequé las lágrimas con el pañuelo que él me tendió y sonreí al descubrir el maravilloso padre que se escondía bajo una capa de resignación.

—¿Y cómo evitarás que mamá me suba a un tren con destino a Berlín?

—Has de regresar a casa, Margarete. —Me guiñó un ojo con ademán travieso—. Es la única manera de que logres tus propósitos.

Me contó su plan. Una vez de vuelta en Berlín, y con un fingido conformismo, pasaría un par de semanas ciñéndome a los deseos de mi madre para que no sospechara. Mientras, mi padre prepararía los papeles legales para concederme la posibilidad de casarme con André y conseguiría un poco de dinero líquido que me serviría para terminar mis estudios y establecerme sin problemas en París. Él mismo se ofreció a hablar con mi novio para asegurarse de que estaba dispuesto a esperarme. Y André aceptó con la angustia de no saber si regresaría.

Al día siguiente me subí a un tren destino a la que ya no sentía como mi casa. André acudió a la estación y se despidió desde lejos, con una mirada de esperanza y miedo, escondido entre las sombras en el lugar convenido

con mi padre. Mi corazón dio un vuelco mientras agitaba la mano en su dirección, fingiendo que me despedía de Ute.

OceanofPDF.com

Dijon, veinte de diciembre de 1942

Querida Marguerite,

Se acerca la Navidad, será la primera sin ti... No sé si aguantaré sin llorar, sentado con tu hijo frente a una mesa exenta de tu presencia, sin aquellas canciones compartidas al piano, con risas, felicidad, ilusión... No podré asumirlo, Marguerite, te necesito a mi lado.

Llevamos tres semanas en casa del General Von Krass. La vida en esta mansión parece alejada de la realidad. Nadie habla de los bombardeos ni de la miseria ni de la opresión. Preparan banquetes, fiestas, bailes... La flor y nata de la alta sociedad alemana en Francia se cita muchas noches en este caserón y yo les amenizo la velada con partituras clásicas, ofreciendo conciertos.

A veces temo que alguien me reconozca de mi otra vida, que descubran mi engaño. ¿Qué sería entonces de nuestro pequeño Jaques? Pero es imposible, solo te recordarían a ti, una dama exquisita que aparentaba ser otra persona.

Toco muchas de las melodías que compartimos. Cada vez que me siento en banco, frente al precioso piano de cola blanco, tan parecido al que teníamos en casa de Ute, recuerdo esas primeras semanas de clases, cuando los dos nos enamoramos a la vera de Bach, Chopin y Mozart. Cuando acariciaba tus dedos sentía una corriente eléctrica recorrer los míos y propagarse por mi cuerpo hasta alcanzar mi corazón.

Cada día me arreglaba lo mejor posible frente al espejo de mi casa antes de salir rumbo a la de Ute. Mi corazón cabalgaba por las horas con

frenesí, sin permitir que mi respiración se acompasara. A medida que el autobús se acercaba a mi destino sentía cómo si varios insectos revolotearan en mi estómago, con aquella necesidad imperiosa de calmar mi sed de verte.

¿Cómo pudimos enamorarnos en tan poco tiempo? No eras la primera mujer de mi vida, antes había tenido otras relaciones, todas forjadas a la vera de salidas, conversaciones, acercamientos. En cambio contigo fue distinto, una explosión de mis sentidos la primera vez que te vi, como si poseyeras una corriente de alto voltaje que me encendió aquella mañana de martes, cuando entré en el salón de la Condesa.

Después de esa primera clase ya no dejé de pensar en ti, nunca lo he hecho, eres mi luz, mi sol, mi única razón para continuar con la locura del espionaje, para levantarme cada mañana y luchar con uñas y dientes contra la tristeza, para sonreírle a nuestro pequeño y prometerle que jamás te olvidará.

Debería superar la pena de una vez, junto a la rabia que me consume. Nunca consigo equilibrar la balanza, te añoro, te lloro, pero también siento un coraje infinito por tu huida. ¿Por qué me dejaste solo? ¿Acaso no te diste cuenta de que me quedaría atrapado por tu luz? Odio a los nazis, cada día los odio más, no puedo perdonarles que nos separaran.

Mientras amenizo sus fiestas con algunas de nuestras piezas preferidas enveneno las notas con el pensamiento, como si cada una de las que brotan del piano pudiera atentar contra su existencia serena, como lo hizo aquella bomba con la mía. A veces elijo melodías exaltadas, con mucho carácter, como la Sinfonía Número cinco de Beethoven, el llamado I. Allegro con brío, e imprimo en ella mi resentimiento.

Sé que si sigo así acabaré enloqueciendo, cada partitura me recuerda a un momento contigo, la música capitaneaba la felicidad de nuestros días. Debería empezar a superarlo, sin olvidarte jamás. Lo hago por nuestro niño, pero jamás renunciaré a quererte, amor mío. Eres la única con potestad de ocupar mi corazón.

A partir de mañana me concentraré en desenmascarar el máximo de secretos del General para pasárselos a los aliados, entre todos estoy convencido de que derrocaremos este gobierno opresor y podremos disfrutar de nuevo de mi querido París.

Solo espero que sobre los cimientos de nuestra casa pueda levantar otro hogar para criar a nuestro pequeño. Le estoy enseñando a leer y a escribir lentamente, mientras también lo alecciono en el piano. No tiene esa vena artística tuya y mía, pero aprende rápido y seguro que acabará en la Sorbona. Ese es mi deseo.

Siempre tuyo,

André

OceanofPDF.com

33

En la casa de Berlín sentía que las paredes me oprimían, convirtiéndome en prisionera de los deseos de mi madre. Las dos semanas que pasé a la espera del momento propicio para huir fueron durísimas, los planes maquiavélicos de mi madre consistían en encontrarme un marido acorde con sus ideas y yo necesitaba regresar a los brazos de la persona a la que realmente amaba.

Inicié el curso en el conservatorio de Berlín sin encontrarle substancia a la música. Sin André las notas parecían vacías, inertes, sin vida ni emociones. Mis profesores me instaban a recuperar el brío natural que había demostrado meses atrás en las pruebas de acceso, pero yo no lo encontraba, no podía llenar de colorido las teclas del piano sin la presencia de André en mi vida.

Nunca entenderé cómo funciona el corazón, porque en dos meses ya sabía que era el amor de mi vida.

La última noche que pasé en Berlín mi padre se coló en mi habitación pasadas las doce. Me despertó con movimientos suaves y me dio un sobre.

—Un pasaje en primera clase en el tren de mañana, tu certificado de nacimiento y mi autorización para casarte. —Me abrazó con ternura—. Espero que seas muy feliz, hija. Ojalá algún día pudiéramos cumplir el sueño de viajar juntos a Nueva York.

Hicimos la maleta entre los dos y la ocultamos en el maletero del automóvil familiar para que el chófer me llevara a la estación al día siguiente, en vez de al conservatorio. Cuando mi madre se enterara yo estaría demasiado lejos de ella y ya no lograría alcanzarme.

El viaje hasta París se me hizo eterno. Deseaba llegar cuanto antes para hacer realidad mis sueños, quería abrazar la felicidad, una que no implicara estar al lado de un hombre que me escondiera ni de una madre que comerciara con mi vida.

Mi padre avisó a André de mi llegada con un telegrama, así que me esperaba en la estación con un maravilloso ramo de flores y una alianza de oro con un brillante diminuto que había comprado con sus ahorros. No era gran cosa, cualquiera de las baratijas de mi madre podían competir con el anillo, ganando la batalla, pero a mí me pareció la joya más preciada que se podía tener.

—¿Te casarás conmigo hoy mismo? —me preguntó abrazándome al ayudarme a bajar del vagón—. ¡Vas a hacerme el hombre más feliz de la Tierra!

Me mordí el labio con emoción contenida cuando me dejó en el andén y deslizó el anillo en mi dedo anular.

—¡Sí!!! —grité con júbilo—. No hay otra cosa que desee más.

Él me atrajo a sus brazos y me besó con una pasión que podría encender el entramado eléctrico de la ciudad. Fue un momento mágico, uno de tantos que viví al lado de André.

—¿Sabes que no podrás tener la vida a la que estás acostumbrada, verdad? —Sus palabras tenían un deje de frustración—. Me gustaría tratarte como a una reina, agasajarte con joyas, cenas en restaurantes caros y vestidos de seda, pero no puedo.

—Si estás conmigo no necesito nada más, solo tú y yo, con eso me basta —le aseguré—. Además, mi padre me ha dado un poco de dinero para que termine mis estudios en el conservatorio de París, y Ute nos ayudará si alguna vez tenemos un apuro.

Caminé deprisa por el andén sin demasiadas ganas de seguir con esa conversación. Acababa de tomar la decisión más importante de mi vida y no me apetecía pasar las horas siguientes discutiendo acerca de cómo me las apañaría sin mi asignación y el respaldo económico de mis padres.

—Margarete. —Me agarró del brazo en un gesto un poco brusco y me obligó a darme la vuelta para mirarle directamente a los ojos—. ¿Entiendes que no voy a poder darte lo que siempre has tenido? ¿Que conmigo deberás trabajar para vivir? He alquilado un piso cerca de casa de mis padres, pero no esperes una mansión como la de la condesa Von Moerbeck ni nada

parecido. Sé que estás acostumbrada a vivir diferente y yo no puedo ofrecerte el lujo del que provienes ni nada parecido, solo mi amor incondicional.

—Lo sé —admití, avergonzada por sentir un conato de miedo ante sus palabras—. Y estoy dispuesta a hacer lo que sea para estar a tu lado. A partir de ahora me llamarás Marguerite, cuando decidí venir aquí lo hice prometiéndome a mí misma que dejaría atrás a Margarete Von Schwartz y a Margaret Collins para siempre.

André sonrió emocionado al comprender que eso incluía olvidarse de Charles, de mi madre, de Otto... Mi vida anterior desaparecía con ese gesto, como si perteneciera ya a un pasado remoto del que no quedaba más que una bruma en la memoria.

—¡Vamos! —exclamó de repente—. Tu padre dijo que debíamos casarnos cuanto antes y hay muchísimo que hacer. Mi madre te espera en casa para prepararte, cree que su vestido te irá bien. debemos estar en la iglesia de aquí a tres horas... Mi hermana Adele te peinará, es buena con eso, ¿sabes? Y los zapatos son de mi prima, ¡te encantarán! Las flores las traerá Philip, su marido, ¿te importa que sea nuestro padrino? Le hacía tanta ilusión...

—¡Detente un momento! —Me paré en medio de la calle, fuera de la estación, con el corazón bombeando sangre a triple velocidad—. ¿Me estás diciendo que vamos a casarnos en tres horas?

—Dos horas y cincuenta y cinco minutos, para ser exactos.

Un calor intenso me subió a la cabeza para demostrarme que empezaba a hiperventilar. ¡Iba a casarme! Y no sería en una gran iglesia acompañada de mi familia, ni llegaría al altar del brazo de mi padre, ni siquiera podría elegir el vestido ni los zapatos ni las flores.

—¿Estás bien? —me preguntó André.

—Es que había imaginado este día de mil maneras diferentes, pero nunca que sería sin mi padre ni mis hermanos ni Martha ni Hilde... Tú vas a tener a los tuyos al lado, en cambio yo...

—A partir de ahora ellos serán tu familia. —Me abrazó para reconfortarme—. Sé que es precipitado, Margarete..., perdón, Marguerite, pero es la única manera. Si tu madre coge un tren para venir a por ti nada la detendrá excepto una partida de matrimonio.

—Tienes razón. —Meneé la cabeza para espantar mis nervios—. ¡Hagámoslo! ¡Casémonos! ¡Esta tarde! ¡Ya mismo!

Me reí a carcajadas al comprender de repente que estaba poniendo trabas a lo mejor que podía ofrecerme el destino. Le miré con emoción contenida y la sensación de que por primera vez en años había tomado una decisión correcta. Me lancé a sus brazos para besarlo una y otra vez en medio de la calle, sin importarme qué pensarían los demás ni si era correcto o no tirar adelante con la boda.

Sus besos me sabían a felicidad, tenerle entre mis brazos era la mejor medicina contra los perjuicios acumulados durante años de vivir en la inopia de la realidad que nos atenazaba. André era mi futuro, uno en el que renunciaría a lo conocido para adentrarme en una cotidianidad nueva, donde cada minuto sería una experiencia por descubrir.

—Vámonos. —André se separó de mí con lentitud—. En pocas horas estaremos casados y podremos hacer esto a cualquier hora. —Me guiñó el ojo y yo me derretí—. ¡La novia tiene que estar guapa!

—Será perfecto, tú y yo contra el mundo.

Volví a besarlo con emoción antes de permitir que pasara su mano por mis hombros y me llevara hacia el tranvía para enfilarse hacia casa de sus padres.

Enseguida me integré en su familia, la madre de André era la antítesis de la mía. Cariñosa, simpática, trabajadora, con una sonrisa diaria en los labios a pesar de las horas de jornada laboral en una modistería y sus deseos de llevar más dinero a una casa sencilla y feliz... Supe enseguida que yo quería ser como ella con mis hijos, que prefería ser pobre y alegre que rica y amargada.

Las dos horas siguientes se escurrieron entre preparativos, peinado, ajuste del vestido, maquillaje... Fue maravilloso, las mujeres de mi futura familia eran dicharacheras, divertidas, entregadas. ¡Qué ciega había estado durante mi vida! Los años de encierro en mi mundo de cristal donde todo era perfecto se rompieron en mil pedazos para mostrarme una realidad paralela donde me apetecía vivir.

Me casé en una pequeña capilla cerca de nuestro futuro hogar, a dos manzanas de casa de mi suegra y a tres de Adele y su marido. Fue una ceremonia sencilla, acompañada de personas que en unos meses se convertirían en mi refugio y en mi vida, vestida con un traje largo color

marfil que se ajustaba a mi cuerpo de curvas sinuosas, unos zapatos color crema de tacón cuadrado y un ramo de margaritas.

En el altar, mientras escuchaba las palabras del cura, me sentí dichosa, aunque deseaba que Martha, Franz, mi padre, Hans y Otto estuvieran ahí.

Mi boda no tuvo nada que ver con la que yo soñaba desde niña. No hubo una orquesta de cámara tocando la marcha nupcial de Mendelssohn, solo un alumno de André al piano que se decantó por la de Wagner, no fue en una catedral engalanada para la ocasión ni con un traje hecho a medida con las mejores sedas ni con el bullicio de las personas acicaladas para ocasión. Fue una ceremonia sencilla, con mucho sentimiento y un cariño que flotaba en el ambiente. Los pocos asistentes estaban cerca, con la emoción palpable en sus caras, la ilusión del momento y una sonrisa imborrable.

Lloré en el momento de pronunciar mis votos, eran los estándares, sin ninguna floritura como las que ahora se llevan en las ceremonias. El cura los declamaba y yo copiaba cada una de sus palabras con un hilo de voz. Las lágrimas se empeñaron en colarse entre ellas para mostrar mi absoluta felicidad. André me sonrió cuando le tocó el turno, estaba guapísimo con un traje negro prestado. Llevaba el pelo corto y peinado hacia atrás con un poco de gomina para evitar que sus bucles rebeldes lo despeinaran. Y sonreía con aquella aura mística que me enamoró.

Le besé varias veces terminada la ceremonia, con la sensación de que por fin había encontrado la horma de mis zapatos y de que mi futuro se aparecía como una cometa que se elevaba hacia el cielo de la felicidad.

Salimos de la capilla casados, con las alianzas en los dedos anulares y una vida prometedora por delante. Fue emocionante acariciar el ocaso como señora Dupont, cada segundo que pasaba hacia la noche me sentía más tentada a descubrir de una vez por todas cómo se apagaba esa fogata que sentía cada vez que mis labios rozaban los de André. Aunque debo admitir que tenía un poco de miedo.

Mi suegra nos ofreció una cena en su casa para festejar la boda. Vinieron familiares y amigos ataviados con sus mejores galas y un plato cocinado especialmente para la ocasión. El salón era una estancia demasiado pequeña para albergarnos a todos sentados, por eso la gente se distribuyó entre las habitaciones, la cocina y el recibidor.

Las muestras de afecto que recibía compensaban cualquier ausencia, incluso la de mis personas queridas. Me prometí a mí misma que al día siguiente escribiría una carta a cada uno de ellos contándoles la noticia y esperaba que se sintieran tan felices por mí como se merecía la ocasión.

Fue una cena perfecta. La gente nos abrazaba y nos traía pequeños regalos pensados para mejorar la vida cotidiana. Sus muestras de cariño eran sinceras, André era un hombre muy querido entre las personas de su círculo.

A las doce de la noche llegamos al piso que André había alquilado para nosotros. Habíamos bebido alguna copa del champagne que nos había enviado Ute al enterarse de la noticia por mi padre y estábamos un poco achispados. André me levantó en brazos al llegar frente al portal. Nos reímos los dos cuando intentó abrir la puerta sin éxito.

—Dame las llaves —sugerí sin abandonar las carcajadas—. Seguro que yo lo consigo.

—Aquí tienes, señora Dupont.

¡Qué bien sonaba aquel título en sus labios! Me acerqué a ellos y le besé con una picardía nueva.

Abrí la puerta y entramos en una portería limpia, pero que necesitaba una reforma urgente. Las baldosas del suelo estaban descoloridas y desconchadas en algunos lugares, las paredes, que en algún momento del pasado fueron blancas, mostraban manchas de humedad amarillentas en toda su extensión y una única y cochambrosa bombilla colgaba del techo para iluminar nuestros pasos hacia las escaleras.

—No he encontrado nada mejor en tan poco tiempo —se excusó André al descubrir un mohín de desagrado en mi cara—. Te prometo que nos cambiaremos cuanto antes.

—Si estoy contigo me da igual, André. —Le sonreí aparcando mis pensamientos—. Vamos, llévame a nuestro nidito de amor.

Subió por las escaleras con dificultad. Había poca luz y los peldaños estaban igual de mal que el resto de la portería. Las primeras gotas de sudor aparecieron en el rostro de mi marido, le miré con una sonrisa taimada y le besé en la mejilla.

—¡Déjame en el suelo! —exclamé divertida cuando se apoyó un segundo en la pared—. Puedo subir yo sola...

—¡Ni hablar! No pienso romper la tradición.

Inició de nuevo la ascensión con clara dificultad, soplabá, sudaba a mares y los brazos le flaqueaban, pero era un hombre terco que no se rendía fácilmente. Rompí a reír a carcajadas, animándole con frases hechas, como si fuera un atleta en plena competición.

Al fin se plantó frente a la puerta que ocultaba nuestro hogar.

—Espero que te guste —dijo en un resuello—. Lo he decorado con mucho amor.

Abrí con las llaves que todavía conservaba. Mi corazón estaba a punto de correr una maratón en el pecho, mi respiración era acelerada y mi estómago se contraía con cosquillas inquietantes. La curiosidad por descubrir qué había al otro lado de la puerta se entremezclaba con la emoción y el conato de pánico de experimentar con el sexo por primera vez.

Entramos en un pequeño recibidor a oscuras. André me dejó en el suelo, apoyó las manos en sus rodillas y jadeó.

—¡Dale a la luz! —Me señaló el interruptor con la barbilla.

Se notaba que había pasado varios días preparando el lugar, las paredes estaban recién pintadas de un blanco reluciente, olía a pintura y a esmalte. Había una cómoda antigua apoyada frente a la puerta a medio restaurar, un par de cuadros apoyados en el suelo y una puerta que conectaba con el pasillo.

Lo recorrí sin mediar palabra, con la sensación de que quizás el lugar no estaba tan mal. Los suelos de baldosa desgastada estaban repletos de alfombras de algodón que ocultaban los desconchones, las dos habitaciones que tenía estaban limpias, con muebles de madera recién barnizada y armarios a juego que necesitaban una capa de barniz. Las paredes rezumaban perfección, la cocina y el baño eran anticuados, pero habitables y el salón-comedor era una pieza cuadrada de unos quince metros cuadrados, decorada con una mesa redonda, un par de sofás y una estantería vacía.

—¿Qué te parece? —André me abrazó por la cintura y me besó en el cuello—. Faltan muchísimas cosas, pero no está mal para empezar, ¿no?

Sus manos me acariciaron el vientre con timidez, despertando mi deseo. Me giré lentamente hasta quedarme frente a sus labios, él me separó un bucle de cabello que se había soltado al moño, pasó la yema de su dedo por mi boca y suspiró. Empecé a temblar entre sus brazos, presa de una excitante e intensa sensación que me recorría el cuerpo.

Nos besamos con una pasión nueva, como si nos redescubriéramos por primera vez. Sus caricias se convirtieron en furiosas, palpaban cada rincón de mi cuerpo al son de sus besos, cada vez más urgentes. Luchó unos minutos con la cremallera del vestido, hasta que consiguió su propósito de sacármelo. Luego se entretuvo con la ropa interior, sin dejar de devorarme con sus labios.

Me dejé llevar por la lujuria que descubrí en mi interior, permití que sus manos expertas alejaran el miedo a lo desconocido y acabé en la cama, desnuda, a su merced.

Dijon, veinte de enero de 1943

Querida Marguerite,

Me encuentro tan solo en esta casa enorme, colmado por tantas atenciones, que me cuesta olvidar quién soy y cómo he llegado hasta aquí. ¿Te he contado que desde la ventana de mi habitación veo un precioso jardín lleno de plantas cuidadas con mimo? Jaques y yo compartimos una estancia tan grande como la mitad de nuestro primer piso, está decorada con maderas nobles, grandes alfombras de lana, pesadas cortinas granates y tonos blanquecinos en la pared. Me gusta, es un lugar acogedor donde podría ser feliz si no tuviera esta ira que me consume por dentro.

¡Me abandonaste a mi suerte! ¡Nos dejaste por culpa de mi empeño en empujarte a espiar para salvar a nuestra nación! ¡Esos desalmados consiguieron volarte en mi pedazos! Cuando volví a nuestra casa y la vi destrozada mi corazón se rompió y, a pesar de mi empeño por recomponer sus piezas, no consigo repararlo del todo.

Quizás soy un iluso, un tonto sentimental que navega en un barco a la deriva, pero quiero vengar tu muerte, destrozar a los insensibles que nos arrebataron la posibilidad de ser felices. Les odio, es un sentimiento visceral que a veces lucha por dominar cada uno de mis pensamientos. Por suerte consigo dominarme en busca de un golpe certero.

Una vocecita interna se empeña en susurrarme las consecuencias nefastas de seguir adelante con esta locura, ya te perdí a ti por culpa de permitir que te arriesgaras demasiado. Jaques no se merece quedarse huérfano ni yo sería capaz de soportar una tortura a manos de esos cabrones, pero puede más mi afán de venganza, mi deseo de ayudar a liberar a nuestro país de esta opresión indigna.

La semana pasada Von Krass se reunió con dos altos cargos del partido nazi para discutir cómo evitar que los aliados descifren algunos de sus mensajes y cómo detectar a nuestros espías. Leclerc acabó de traducir sus

palabras y se emocionó al confirmar nuestras sospechas, el General es una de las piezas claves de la inteligencia militar nazi.

A partir de ahora mi misión es todavía más importante, Von Krass habló mucho acerca de sus ideas respecto a la forma de operar de los aliados, como si tuviera algún tipo de información de primera mano. Tengo una misión, una importante, debo encontrar los nombres de sus espías para evitar desastres en nuestras filas, es importante saber quién pasa información a los alemanes.

Cuando entré en esta casa me sometieron a un interrogatorio digno de la Getsapo. Sé que investigaron mi pasado, por si había algo sospechoso en él, pero mi nueva identidad contaba con un expediente limpio. Supongo que alguien con el puesto de Von Krass ha de guardar bien sus espaldas y evitar que una amenaza entre en su casa.

Soy prudente, Marguerite, no voy a exponer a nuestro pequeño al peligro ni quiero que crezca sin sus padres, pero necesito continuar adelante con la misión, desenmascarar el máximo de espías nazis y sentar las bases para una victoria aliada. Ese es el motor de mi existencia ahora.

Cuando todo acabe no sé cómo será mi vida ni hacia dónde se encaminarán mis sentimientos. Hay días en los que te recuerdo en aquel andén el día de nuestra boda, un poco apabullada por la decisión que se te venía encima, con una mueca de miedo a lo desconocido. Supongo que no es fácil renunciar a una vida llena de comodidades por un amor loco, cocinado en apenas dos meses.

Te enfrentaste a mis palabras con un deje de pánico, entendiendo de golpe que dejarías de ser una niña rica para valerte del sudor de tu frente. Tus ojos brillaban con una luminosidad intensa, rápidamente procesaron lo más importante, que nos queríamos y que la oportunidad brindada por tu padre era única.

¡Me encantó tu traje cuando entraste en la capilla del brazo de mi madre! ¡Estabas radiante! La felicidad nos tocó en suerte durante años, fue perfecto tenerte entre mis brazos aquella noche, descubrir tu florecer a las caricias masculinas, sentir tu piel, tus besos, tu fogosidad.

Nunca olvidaré aquella primera noche, enseñando a tus manos tímidas cuáles eran las mejores caricias, encendiendo tu libido, explorando la blancura de tu piel...

*¡Oh, Marguerite! Necesito desprenderme de ti antes de volverme loco.
No me resigno a aceptar que ya no estás.
Siempre tuyo,*

André

OceanofPDF.com

35

Mi madre apareció al día siguiente en casa. Llamó insistentemente al timbre a las doce y media de la mañana, mientras lanzaba órdenes en alemán. Me costó despertarme, la noche se había alargado hasta horas intempestivas y la resaca de sueño, emociones y novedades me emborronaba la cabeza.

—Es mi madre —le susurré a André—. ¡Está enfadadísima! ¿Y si viene para llevarme de vuelta a Berlín?

—Ya es tarde para eso. —Se removió entre las sábanas y me acarició la pierna desnuda—. Estamos casados y hemos consumado el matrimonio, no tiene nada que hacer contigo, tiene la batalla perdida.

—Me va a montar una escena.

Sabía que André tenía razón, que mi madre no podía obligarme a hacer lo que ella ordenara, pero el miedo que siempre me había causado enfrentarme a sus decisiones regresó con una fiereza inusitada, como si quisiera que mi cuerpo temblara ante su presencia.

—André, tú no la conoces... —Una lágrima se escapó de mi ojo derecho—. Es capaz de todo con tal de que se cumpla su voluntad.

—Vamos, vístete. —Se levantó, buscó sus calzoncillos entre la ropa del suelo y se cubrió con una camisa mal abrochada y unos pantalones—. Nos enfrentaremos a ella juntos. ¡No pienso dejar que se te lleve!

Tardé unos minutos en descubrir que mi maleta estaba dentro del armario esperando a que la deshiciera. Era una maleta de diseño, con el membrete de una marca de moda en esos años en Berlín, que ahora no logro recordar. Mi ropa estaba planchada y doblada en el interior. La miré como si la viera por primera vez, percatándome de que quizás no era la adecuada para mi nueva vida.

Emprendía una aventura llena de espinas en el camino, no me sería fácil desprenderme de esa ropa ni de la facilidad con la que conseguía las cosas hasta ese momento. Miré en derredor, con el corazón en vilo.

¿Podría vivir así?

Los gritos de mi madre al otro lado de la puerta evidenciaban que todavía estaba a tiempo de dar marcha atrás.

—¡Venga! —André me instó a darme prisa—. ¡Vístete ya o tendremos a los vecinos aquí en dos minutos!

—Es que... —Negué con la cabeza, ¿cómo podía decirle que estaba asustada ante la perspectiva de una nueva vida exenta de facilidades?—. Nada, déjalo estar. Podremos con esto, estoy segura.

Me decidí por un vestido camisero beis muy sobrio que me había comprado en Nueva York antes de marcharme. Estaba desnuda, hasta ese instante no me había percatado de eso, era como si la intimidad con André fuera sencilla y natural. Me vestí escuchando las palabras subidas de tono de mi madre, quien no cesaba de llamar al timbre.

—¡Ya era hora! —Me espetó al abrirle—. ¿Quién te has creído que eres escapándote así de casa?

Me apartó a un lado de un manotazo y entró sin perder la compostura, con aquella mirada seria y sin atisbo de otra emoción que no fuera el desdén y la rabia. Caminó hacia el salón con pasos firmes y rectos, la cabeza erguida, un respingo de asco en su cara y la ropa perfectamente elegida.

—¡Vaya pocilga! —Arrugó la nariz al comprobar la decoración barata del hogar que compartiría con André—. No entiendo qué haces aquí.

—Me he casado, mamá —dije con timidez, enseñándole la sortija que lucía en mi dedo anular.

—¡Llevo toda noche buscándote para que no cometas el peor error de tu vida! ¡Te has casado con un Don Nadie! ¿Así me pagas la educación que te he dado?

Avanzó hacia el pasillo en busca de la habitación.

—Para ti todo está en venta, ¿verdad? —le increpé, soltando la rabia contenida durante demasiado tiempo—. Nada es importante, ni el amor ni el cariño ni los besos, lo único que tiene valor son las migajas que conseguirás cumpliendo tu voluntad. ¡Yo no quería a Otto! ¡Pero tú decidiste por mí!

Su mirada desconcertada y astuta estuvo a punto de desarmarme, por suerte el rencor que llevaba años acunando en mi interior explotó.

—¡Eres una desagradecida y una estúpida! —Me agarró del brazo y me arrastró hacia el interior de la habitación—. ¿Has retozado con este pobre diablo? —Señaló a André—. Estás loca si crees que voy a permitir que tires por la borda tu futuro por culpa de un capricho. Recoge tus cosas, mañana nuestro abogado anulará este matrimonio.

—¡No pienso irme! —grité fuera de mí, rebelándome en contra de su voluntad—. ¡André es mi marido! ¡Ningún abogado va a decir lo contrario! —Le sostuve la mirada—. No permitiré que me arrebatas la felicidad. No quiero ser como tú.

Mi marido me lanzó una mirada interrogatoria. No entendía ni una palabra de alemán, por eso solo conseguía seguir nuestra conversación por los tonos de voz. Le tranquilicé con un gesto y me deshice de la mano de mi madre.

—Quiere que anulemos el matrimonio —le dije en un golpe de voz—. Pero no te preocupes, nada ni nadie impedirá que me quede a tu lado.

Mi madre no se amilanó ante mi arranque y volvió a agarrarme el brazo.

—¿Has visto el cochitril de este desgraciado? ¿Cuánto tiempo crees que durarás viviendo así? ¡Estás acostumbrada a los lujos! ¿Crees que este hombre puede hacerte feliz? ¿Quién pagará tus clases de piano? ¿Y tus vestidos? —Se rió a carcajadas—. No me hagas reír, Margarete.

—Que poco me conoces... —Susurré reprimiendo las lágrimas—. Si en vez de intentar que cumpliéramos tu voluntad te hubieras interesado por nosotros, ahora las cosas serían distintas. Me das lástima, mamá. No eres capaz de sonreír ni de disfrutar de la vida.

—Las sensiblerías son para los debiluchos —afirmó ella con un deje de rencor—. Para triunfar hay que seguir unas directrices muy claras y con este Don Nadie vas a arruinar tu vida. ¿Es lo que quieres?

Me deshice de su brazo, salí de la habitación y la invité amablemente a que me imitara. En mi interior acabó de romperse el único hilo invisible que me ataba a mi madre. Descubrí que en el fondo era una mujer amargada que llevaba demasiados años encerrada en una visión obtusa de la realidad.

—¿Sabes? —le dije de camino al recibidor, con André siguiéndome a corta distancia—. Es una pena que nunca hayas conocido el amor, mamá. Querer a alguien no es de débiles, te hace más fuerte. Te conviertes en una parte de un todo que necesita de dos mitades para funcionar. —Me quedé quieta un segundo frente a la puerta de entrada para enfrentarme a la mirada

despectiva de mi madre—. No voy a arrepentirme de mi decisión, André es mi futuro y me da igual si tengo que aprender a ser pobre. Prefiero ser feliz con pocas cosas que una amargada con una abultada cuenta corriente.

—¡Te voy a dejar sin nada! —Me amenazó levantando el índice—. Espero que tengas muy claro la decisión que acabas de tomar, porque cuando salga por esta puerta se te acabaron los lujos y los caprichos. ¡Dejarás de ser mi hija!

Esas palabras fueron el detonante para comprender que no quería regresar a Berlín, que por mucho que me costara adaptarme tenía una nueva vida por delante que me llenaría. No tenía cabida en Alemania, no en una casa sin cariño, a manos de esa arpía. André me cogió la mano cuando descubrió mi palidez, su tacto cálido me dio fuerzas para lanzar la última estocada.

—Márchate. —Le abrí la puerta con un temblor imperceptible en las manos—. No quiero nada tuyo, no lo necesito. Quizás no voy a tener dinero ni poder ni nada parecido, pero no seré una desgraciada como tú, no lo soportaría.

Ella levantó la barbilla en un respingo, se dio la vuelta y caminó dirección al rellano.

—Te arrepentirás de esto —me susurró—. No esperes que te reciba nunca más en mi casa.

Dos segundos después cerré la puerta y me derrumbé en el suelo, con la espalda apoyada en la madera. André me abrazó y me acunó entre sus brazos. Le conté con frases entrecortadas lo que acababa de suceder. A pesar de la manera de ser de mi madre la quería, no dejaba de ser alguien importante en mi vida.

—¿Estás convencida de lo que has hecho? —me dijo André cuando me calmé un poco—. ¿Podrás vivir sin dinero?

—No te voy a negar que me asusta un poco, pero estoy dispuesta a intentarlo, André. Para mí lo importante es que estemos juntos.

Me besó con pasión, una que inició unos nuevos tembleques en mi cuerpo muy distintos a los anteriores. Entre sus brazos me sentía protegida y plena, llena de vivacidad, como si no necesitara otra cosa para sonreír.

Hicimos el amor lentamente, sin prisas, saboreando cada movimiento, cada gemido, cada caricia ... André era un amante excelente, sabía transmitir su excitación y cómo despertar mi libido. Al terminar nos

encaminamos a la cocina para descubrir los manjares con los que mi suegra había llenado la nevera. André me guiñó un ojo, se puso el delantal y empezó a pedirme cosas para que le hiciera de pinche.

—¡Cómo se nota que nunca has entrado en una cocina! —me dijo con picardía mientras yo intentaba descubrir cómo pelar una patata sin cortarme—. Tienes suerte de que tu maridito es un chef excelente. —Se acercó, puso sus manos sobre las mías y me enseñó a realizar la tarea con movimientos delicados—. Todavía puedes convertirte en una mujer de provecho.

Sonreí, ¡que diferente se veían las cosas al lado de André! Tenía una manera especial de alinear las situaciones con su voz cantarina y sus gestos perfectos.

36

Dijon, veinte de febrero de 1943

Querida Marguerite,

Otra vez me apetece empezar esta carta con un sollozo, acompañado de la constatación de que ya hace un año de tu muerte. Hace poco era incapaz de asumir la realidad, todavía te buscaba entre las mujeres de la calle, con la esperanza real de que tarde o temprano aparecerías por la puerta para descubrir el error de darte por muerta en la explosión.

El avance en el calendario me induce a darme cuenta de la realidad, a dar un paso gigante en pro de mi cordura y a aceptar de una vez por todas que te has ido para no volver.

Voy a iniciar el último proceso necesario para dejar atrás este año de dolor y agonía, se lo debo a Jaques, a tu memoria y a mí mismo. Nuestro hijo cumplió cuatro años en noviembre, es un niño listo, feliz y con una sonrisa diaria que me llena el corazón de alegría. Por él necesito sanar mi corazón, obligarle a unir las piezas rotas y a iniciar una nueva andadura.

Te prometo guardarte en la memoria para siempre y respetar la promesa de mantener mi cama desierta por las noches. No viviré con otra mujer, reservaré mi amor para ti, mi dulce Marguerite. Eres y serás la única, pero ha llegado el momento de avanzar sin sentir el peso de la pérdida ensañarse con mi alma, dejándome destrozado en la cuneta de la vida.

Sé que si estuvieras aquí lo entenderías y lo aprobarías. Nos queríamos mucho, incluso renunciaste a tu familia por mí. Nunca olvidaré la visita de tu madre el día después de casarnos, sus palabras arrogantes en una

lengua que no comprendía, su manera de mirarme con asco, como si fuera una simple mota de polvo.

Mientras intentaba hacerte recapacitar sobre tu deseo de continuar con nuestra vida en común sentí su indiferencia, la indolencia con la que observaba nuestra humilde morada, juzgando con dureza la clase de vida que podía ofrecerte. Nunca te agradecí lo suficiente tu decisión de quedarte a mi lado, a pesar de tus miedos.

He de confesar que mientras hablabais en una lengua desconocida para mí me sentí pequeño, como si no importara. Tu madre me dedicaba algunas miradas llenas de reproche, como si acabara de cometer un crimen. Recuerdo el movimiento impulsivo de mi pierna derecha, moviéndose sin parar para demostrar mi estado.

Es curioso cómo un par de meses pueden cambiar el destino de una persona. Nos enamoramos en poco tiempo y decidimos apostar por nuestra relación, a pesar de que no nos conocíamos suficiente. Bastaron esas clases diarias de piano compartidas, la música, las palabras quedas. Cuando tu madre apareció pensaba que quizás te arrepentirías de tu decisión, tenía miedo a perderte. Pero fuiste valiente y te quedaste conmigo.

Eras una gran mujer, Marguerite.

Georg es un chico despierto, con un don especial para la música. Tiene dieciséis años y es capaz de interpretar a los mejores con una sensibilidad impresionante. Sus padres le tratan con dulzura. A veces me sorprende pensar que Ulf Von Krass pueda mostrar cariño y amor a sus tres hijos en la intimidad y luego pasarse las horas en su despacho mandando a inocentes a una muerte indigna.

Te gustaría Georg, es un virtuoso del piano, vive por y para la música. Antes de las lecciones mantenemos largas conversaciones en francés acerca de los compositores más importantes de la historia. Su mente me sorprende, tiene facilidad para los idiomas y suele devorar cualquier libro que le aporte un poco de luz acerca de un compositor determinado.

Rubio, enormes ojos azules, fuerte, de complexión atlética y risa contagiosa, Georg me parece un chico fabuloso. Su madre dista mucho de la tuya, Marguerite. Muchas mañanas se sienta en el salón a escuchar los progresos de su hijo, lo alaba siempre con palabras y lo jalea con su voz dulce y delicada, como si canturreara con felicidad.

No debería encariñarme con ellos, son el enemigo... Pero me cuesta reconocer a una mala persona en Georg o la señora Von Krass. Quizás tengo un poco de morriña y unos celos irracionales al ver a una perfecta familia unida. Ojalá nosotros también lo fuéramos.

He encontrado un escondite perfecto para las cartas en mi habitación, bajo una losa del suelo, donde encontré un pequeño agujero, posiblemente realizado por el antiguo inquilino para guardar algún secreto. Seguro que allí no las encuentran.

La semana pasada descubrí por casualidad algo que asustó mucho a los aliados. Un espía alemán de nombre inidentificado encontró varias referencias a una mujer cuyo nombre en clave es White Blackbird. Según sus informaciones es un gran activo de la inteligencia norteamericana, una compatriota alemana de alta cuna que pasa información a los estadounidenses. Ha de ser alguien cercano a la cúpula de Hitler que opera desde Berlín.

Para Von Krass desenmascarar a esta espía se ha convertido en una prioridad y Leclerc me ha pedido encarecidamente que le comunique cualquier avance en ese terreno. Esa mujer debe ser alguien importante, una espía muy valiosa.

Ojalá ayude a los aliados a mantenerla en secreto, desde su posición estoy convencido de que será de gran utilidad para nuestros fines.

Tuyo siempre,

André

Los días pasaron tan rápido que apenas contaba con tiempo para darme cuenta de que poco a poco me convertía en una persona diferente. Debo reconocer que no me fue fácil adaptarme a la falta de recursos. Me costaba pasar con poco dinero al mes, pero André siempre estaba ahí, dispuesto a echarme un cable, con una sonrisa y muchas caricias. Era un hombre con multitud de ideas y una energía inagotable que no decaía nunca, su optimismo me ayudaba a sortear los escollos sin perder la alegría.

André me convenció para que empleara el dinero de mi padre en el conservatorio, a pesar de que en un inicio yo quería destinarlo a nuestra alimentación. Era complicado ser consciente de que no podía comer cuanto deseara ni comprar fruta ni verdura fresca ni conseguir viandas y pescados para que una cocinera los asara. Él se brindó a darme clases particulares de piano siempre que lo necesitara. Su trabajo con diversos alumnos, y de pianista en un restaurante caro de París, pagaba las facturas, pero yo me sentía inútil y extraña en esa situación.

La primera semana de convivencia fue muy dura para mí. Las noches eran perfectas, las pasábamos en la habitación, compartiendo cama y experiencias, aparcando por unas horas la realidad que existía fuera de los muros de un cuarto que olía a humedad. Esas horas aislada de la realidad me compensaban los agobios diarios, la sensación de que estaba fuera de lugar, de que nunca conseguiría encajar en ese escalafón social tan apartado de mi mundo conocido.

Necesitaba hacer algo para aportar mi granito de arena a la economía familiar, sentir que mis obligaciones incluían ganar un poco de dinero mientras encontraba la manera de integrarme en las mil tareas que necesitaba una casa.

Fue Ute quien me consiguió uno de los mejores empleos que he tenido en la vida. No la habíamos invitado a la boda para no ponerla en un compromiso, mi madre se hospedó en su casa cuando vino a buscarme y sabíamos que no quería perder las influencias que tenía gracias a la amistad con mi familia.

Una tarde a la semana merendaba con ella en alguna cafetería, charlábamos durante un par de horas y nos poníamos al día de nuestras vidas. En ella encontré a la madre que deseaba. Me encantaba su risa jovial, la manera en la que bajaba la voz para contarme alguna confidencia, su sentido del humor.

A los quince días de la boda le conté cómo me sentía en casa, mi necesidad de encontrar la manera de contribuir a la economía familiar y que André trabajaba demasiadas horas. Dos semanas después me dio una noticia fantástica: me había conseguido un empleo a tiempo parcial en el Museo del Louvre. La educación cultural que había recibido gracias a mi padre, junto a mi dominio de varios idiomas, me permitiría colaborar con el departamento de adquisiciones.

A partir de ese día mis tardes se convirtieron en horas de catalogación de obras, búsqueda de nuevos cuadros o esculturas para sumar a las colecciones y tratos con personas importantes de otros países. Era un trabajo emocionante que me gustaba, era entretenido y didáctico, me acercaba a otras culturas y me permitía admirar algunas obras impresionantes.

Por la mañana acudía al conservatorio, tras arreglar como podía la casa. Mi suegra ejercía de maestra, me enseñaba cómo lavar la ropa, dónde comprar comida, los métodos para limpiar el suelo, la cocina, el baño... Esa era la parte que llevaba peor, echaba de menos a las doncellas que trabajaban en mi casa de Berlín o de Nueva York, encontrarme un plato en la mesa sin preocuparme por nada, tener la ropa limpia y planchada cada mañana.

Sé que era injusto por mi parte quejarme, que André no se merecía mi mal humor cada vez que se me quemaba una camisa al plancharla o me dolían los brazos tras fregar el suelo, pero mi frustración era intensa. No se me daban bien las labores del hogar, tenía poco tiempo libre entre las clases y el museo y nadaba entre dos aguas. Por un lado era feliz de compartir mis

días con André, sin embargo mi madre tenía razón en algo, bajar escalafones en la posición económica fue muy difícil para mí.

La ayuda de mi suegra y de mi hermana política consiguieron que aprendiera lo esencial en pocos meses, André no era el típico hombre acostumbrado a que su mujer se lo hiciera todo, en eso estaba adelantado a su tiempo, y me permitió apoyarme en él en algunos aspectos. Le encantaba cocinar, había aprendido con la mejor maestra: su madre.

Era perfecto entrar en la cocina con él, descubrir cómo se pelaban las patatas acompañada de sus manos sobre las mías mientras sentía su aliento en la nuca, ponerme frente al fogón para aderezar un guiso y que André me abrazara por la cintura susurrándome al oído cada uno de los pasos a seguir.

Esos momentos compensaban con creces las dificultades.

Recuerdo cómo me costaba ver la casa a medio hacer, mis lloros mientras me arrodillaba y fregaba el suelo, el tacto de mis manos rugosas al terminar de limpiar los platos. Muchas tardes lloraba en secreto en el despacho del museo, con el deseo de regresar a la comodidad de mi vida anterior.

Dos cosas me retenían en París: mi amor por André y mi orgullo. No estaba dispuesta a rendirme ni a rebajarme ante mi madre, aunque en el fondo deseaba una inyección de dinero por parte de mi familia para mejorar un poco nuestra situación.

Las semanas se sobreponían a una velocidad implacable. Mi falta de costumbre de llevar una casa empezó a no pesar tanto a medida que ejercía mis funciones, las clases en el conservatorio eran exigentes y esperanzadoras, me encantaba pasar las horas entre profesores con tanto talento, y las tardes en el museo solían llenarme lo suficiente para encarar las tareas del hogar con una sonrisa.

Tardé unos meses, pero al final me adapté a la rutina.

Me carteaba con regularidad con Martha, Franz y Hans. Les echaba de menos. Mi hermano mayor prosperaba a pasos agigantados en la empresa de su suegro, a finales de año ya era director general y llevaba personalmente los restaurantes y las salas de fiesta, dejándole más tiempo libre al padre de Martha. Mi amiga esperaba a su bebé para finales de febrero, estaba pletórica y sus cartas eran frescas, alegres, con toques de ilusión y matices que me arrancaban varias sonrisas. Hans sonaba un poco apagado en sus letras, era como si detrás del entusiasmo que intentaba

imprimir en los párrafos se ocultara un dolor intenso. Le pregunté en varias ocasiones si estaba bien, pero él esquivaba mis preguntas y solía responder con un «todo genial».

También mantuve el contacto con mi padre, enviándole cartas a la dirección secreta que me dio antes de partir de Berlín. Algunas veces viajaba a París para ultimar negocios o dándole una excusa a mi madre, entonces nos reuníamos en un café para hablar como nunca antes lo habíamos hecho. Es curioso cómo cambian las cosas de repente. Mi padre se convirtió en una persona muy importante para mí, solía esbozar una ancha sonrisa mientras me aconsejaba que disfrutara de la felicidad. Cada vez que venía me traía algo de dinero que yo empleaba en comprar comida o en darle un capricho a André.

En París trabé amistad con una conservadora del museo llamada Sophie, era una mujer de mi edad, con una buena posición social, un marido que rápidamente congenió con André y una vida agradable. Solíamos hablar tomando un café en su despacho, nos contábamos algunas anécdotas, compartíamos momentos y nos reíamos mucho, pero no era Martha.

Por Navidad nos llegó un regalo muy especial. Franz ganaba mucho dinero llevando el negocio de su suegro y con algunos que tenía en secreto con mi padre. Ambos convinieron en que yo no podía seguir como hasta ese momento, que me merecía una casa decente, con servicio y comida en abundancia.

Fue increíble cuando mi padre me contó que entre él y Franz habían conseguido solucionar un par de cosas para que yo pudiera acceder a una parte importante de la fortuna familiar en París. Me abrió una cuenta a mi nombre en un banco, me dio firma y me mostró una casa con vistas al Sena que me había comprado para que compartiera con André. Él y Franz habían establecido que cada mes ingresarían una cantidad considerable en la cuenta, de manera que mis fondos serían estables. Le abracé con fuerza, llorando, con la sensación de que durante años había subestimado su bondad.

Cuando me enseñó la casa me emocioné. Dos pisos, cinco habitaciones en la parte de arriba y dos de servicio al lado de la cocina. El salón era inmenso y el comedor un sueño. ¡Era preciosa! Tenía un pequeño jardín y ventanas con luz natural en todas las estancias. Solo necesitaba unos cuantos retoques de pintura y encerar el suelo de baldosas en tonos azulados

antes de comprar los muebles. En el salón había un piano blanco de cola recién comprado que todavía olía a la fábrica.

—¡Me encanta! —le dije tras corretear por las habitaciones sin dejar de sonreír como una boba—. Tiene luz. Estoy segura de que será un hogar perfecto.

—Te mereces esto y mucho más, hija. —Me dijo con aquella expresión alegre que tanto me gustaba de él—. Fuiste muy valiente al casarte con André. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo cuando tuve la oportunidad.

Le acompañé de regreso a la calle, donde un chofer le esperaba frente al automóvil de uno de sus clientes parisinos. Me dio un beso y me acarició la mejilla con la mano enguantada.

—Ve con cuidado —me aconsejó—. Hitler planea una guerra y Francia no está a salvo. Cuando las cosas se pongan feas deberías irte de Europa.

Le despedí con un revoltijo de emociones en mi interior. Me miré las manos callosas y reseacas con un brillo especial en los ojos y la certeza de que al fin podría abandonar la limpieza para dedicarme a lo que realmente deseaba.

Esa noche al llegar a casa me encontré con un André cansado en la cocina, estaba preparando *gratin dauphinois*, un plato de patatas que me encantaba. Entré con una sonrisa intensa en la cara, mis ojos refulgían felicidad, como si acabara de tocar el cielo con las manos. Él levantó la vista un segundo y me lanzó un beso. ¡Estaba guapísimo con el delantal! Tenía el pelo mojado, vestía con una camisa abierta y unos pantalones marrones. Me mordí el labio al descubrir sus preciosos ojos azules mirándome con deseo contenido.

—¡Tengo una noticia increíble! —exclamé lanzándome a sus brazos—. Se acabó sufrir por el dinero, mi padre me ha abierto una cuenta con muchísimos francos y nos ha comprado una casa preciosa.

André deshizo el abrazo, me apartó bruscamente y levantó el índice de manera amenazante.

—¡No necesito el dinero de tu padre para mantenerte! —me increpó con dureza—. No me casé contigo por la fortuna de tu familia, lo hice porque estoy enamorado de ti. ¡Y no pienso aceptar ni una migaja de ellos! ¡No después de cómo te trató tu madre!

—¿Por qué? —grité sin comprenderle—. Mi padre nos ayudó a casarnos, me paga el conservatorio y siempre se ha portado bien con

nosotros. ¿Qué hay de malo en aceptar su dinero?

—¡Ya te sale la vena de niña rica! —dijo con rabia—. Yo no acepto limosna, ¿me oyes? ¡Soy perfectamente capaz de mantener a mi mujer y no quiero deberle nada a nadie!

Nunca me había hablado así. Tenía la cara enrojecida por la rabia, sus ojos parecían desorbitados, una vena le latía inquieta en el cuello y sus músculos estaban tensos. Varias lágrimas aparecieron de repente en mis ojos, era la primera discusión seria a la que nos enfrentábamos y me dolía su actitud.

—No merezco que me trates así —susurré—. Cuando me casé contigo acepté abandonar mi vida anterior, a pesar de que no me ha sido fácil. Y sí, quizás sea una niña rica, educada en los mejores colegios y acostumbrada a unas facilidades que ahora no tengo, pero no es justo que me lo recrimines. Me he pasado estos últimos tres meses fregando el suelo, comiendo guisos pobres, aprendiendo a lavar y a planchar la ropa, deslomándome para integrarme en tu mundo. ¿Y ahora que podemos cambiar las cosas me vienes con remilgos? —Me sequé las lágrimas con la manga del jersey en un movimiento furioso—. Tengo dinero, una casa y voy a contratar a una doncella para que nos la limpie y a una cocinera para tener la comida en la mesa cada día. ¡Y me da igual lo que pienses! En cuanto compre los muebles que faltan me trasladaré ahí, espero que vengas conmigo.

Me di la vuelta y salí de la cocina. Temblaba de furor, con una aceleración de mis sentidos. No encontraba justa la posición de André, no cuando gracias al gesto de mi padre podría rebajar su jornada laboral y empezar a luchar por actuar en alguna sala de conciertos. Caminé hacia mi habitación con pasos largos y poderosos, acompañada por el llanto que se empeñaba en deshacerse en lágrimas en mi cara.

La mano de André agarrándome el antebrazo me asustó.

—Lo siento —se disculpó con una frase cargada de arrepentimiento e ira—. No es fácil para mí saber que tu padre nos ha conseguido una vida más fácil. Entiéndelo, soy orgulloso y quiero ser el cabeza de familia.

Me di la vuelta para enfrentarme a su mirada avergonzada.

—Quizás sea una niña rica que no ha pasado nunca hambre —le espeté—. Pero no pienso desaprovechar la posibilidad de vivir con más comodidades, eso sería estúpido por mi parte. Mi padre es buena persona, lo único que quiere es darnos algo de lo que tiene para que no pasemos

estrecheces. ¡Y odio limpiar la casa! —Me aparté de él—. Lo siento, André, lo he intentado con todas mis fuerzas, no quería admitirlo ni pedirle ayuda a la bruja de mi madre, por eso seguía haciéndolo. Sin embargo no voy a rechazar algo tan grande como lo que me ha dado mi padre y mucho menos por orgullo.

—Tienes razón. —Asintió con la cabeza, componiendo un rictus de turbación—. Mañana iremos a ver esa casa y empezaremos a buscarle muebles. Te prometo que no pienso encontrarle más pegas a tu dinero.

—A nuestro dinero, André.

Nos abrazamos. Los besos fueron furiosos, con una pasión arrebatadora, una que mostraba la intensidad de nuestros sentimientos. Fue una reconciliación maravillosa, con un final explosivo al que únicamente le faltaban fuegos artificiales.

Dijon, veinte de marzo de 1943

Querida Marguerite,

Sigo decidido a superar tu muerte, a pesar de lo mucho que me cuesta entender que no volverás. Esta semana Jaques y yo hemos asistido a la boda de una pareja del servicio de casa del General. La han celebrado en una iglesia preciosa, con la presencia de sus familias y de los compañeros del trabajo.

Jaques estaba emocionado, no paraba de hacerme preguntas acerca de nuestra boda, quería saber cómo fue tu vestido, qué palabras pronunciaste y cómo estaba yo de feliz. Mientras sus manitas me acariciaban el mentón he pensado en ese día, en tu sonrisa radiante, en la luz que irradiaban tus ojos emocionados.

A veces olvido los sacrificios que hiciste los siguientes tres meses, esforzándote para aprender a llevar una casa, obviando tu falta de preparación y las dificultades a las que te enfrentaste al casarte conmigo. Podrías haberte ido con tu madre y no lo hiciste, preferiste adaptarte a la nueva situación con una sonrisa.

Sé que llorabas en secreto, lo notaba en tus ojos enrojecidos al regresar del museo o mientras fregabas el suelo arrodillada. A veces deseaba abrazarte fuerte mientras te prometía un cambio, pero intuía que necesitabas tu espacio y que no te recordara tus dificultades para adaptarte a la nueva situación.

Eras mala ama de casa, te costaba demasiado dedicarte a la limpieza, y solías hacerlo con un mohín resignado que me dolía en lo más profundo,

por eso le pedía a mi madre que apareciera por sorpresa para ayudarte, como si fuera algo casual. Recuerdo lo agradecida que le estabas y tus medias sonrisas esperanzadas.

La suerte quiso que tu padre nos ayudara con una aportación increíble a la economía familiar. Cuando me lo contaste reaccioné muy mal, me costó aceptar su generosa oferta sin sentirme herido. ¿Por qué no podía yo ofrecerte algo igual?

El dinero de tu familia fue una bendición, nunca te lo dije en vida. Tu padre era un hombre generoso. Perdóname la manera de afrontarlo al principio, en vez de alegrarme me sentí pequeño, como si mi trabajo no pudiera competir con la fortuna del barón. Pero no tardé en comprender la oportunidad de mejorar nuestra situación, por eso acepté y fui feliz en nuestra casa frente al Sena.

Lo mejor fue cuando hicimos las paces, nuestros besos, nuestra manera de bebernos con los labios húmedos... Suspiro con deseo de poseerte de nuevo. Cuando pienso en lo que he perdido, en nuestras horas de cama, en las caricias compartidas a la vera de la noche, necesito regresar a tus brazos una vez más. Sin embargo debo luchar contra ese anhelo y reconstruir mi ahora pieza a pieza, buscando una paz serena para encarar los días.

Von Krass sigue empeñado en desenmascarar a White Blakbird, el pasado martes entré en su despacho por la noche para fotografiar algunos documentos que tiene escondidos bajo llave en uno de los cajones. Conseguir la llave no fue difícil, la guarda en el salón, tras la librería de nogal, en un escondite que descubrí espiándole una tarde el mes pasado.

No había mucha cosa, pero el nombre en clave de esa mujer sobresalía en varios de los documentos, así que le llevé una fotografía de cada uno de ellos a Leclerc. Mi contacto se inquietó al acabar de traducir los papeles, había unos cuantos nombres de altos cargos nazis que vivían en Berlín y junto a ellos unas informaciones detalladas de arsenales y futuros ataques.

Durante media hora discutimos qué podía significar, no era lógico que Von Krass tuviera algo así, parecía una lista extraña, sin lógica. El General es un analista, no un estratega, no suele participar a la hora de preparar maniobras militares, su trabajo es menos de campo.

Pasamos la información a los aliados, a ver si para ellos significa alguna cosa. Es importante mantener la identidad de esa mujer en secreto,

suele conseguir datos valiosísimos para los estadounidenses.

A veces me pregunto cómo he acabado trabajando para ellos. Antes servía a Gran Bretaña... Me gustaría reencontrarme con nuestros amigos de París para preguntarles cómo ha sucedido, pero están lejos, forman parte de un pasado muy lejano.

Ahora mi alemán es bastante fluido, ya escucho con facilidad la mayoría de conversaciones y enseguida capto gran parte de ellas, descubriendo secretos importantes. Pronto seré un experto.

En la boda conocí a una joven guapísima, prima de la novia. Se llama Violette, tiene una mirada tierna, unos grandes y preciosos ojos grises, una risa ingenua y una manera sensual de hablar. Conversamos durante un rato y congeniamos. Quizás la lleve a pasear una de mis tardes libres, necesito explorar nuevas aventuras.

Tuyo siempre,

André.

39

El mes de enero de 1938 nos instalamos en nuestra nueva casa. André la había pintado con ayuda de unos amigos, mi suegra había pulido los suelos, dejándolos lustrosos, los muebles olían a nuevo y el jardín empezaba a parecer bonito tras limpiarlo y dejarlo preparado para plantar en primavera. Contratamos a una doncella y a una cocinera, que se instalaron en las habitaciones de servicio que había al lado de la cocina, e invitamos a mi suegra a vivir con nosotros. La casa era muy grande y nos parecía fabuloso compartirla con ella. Tardó un poco en aceptar, pero quince días después de estrenar hogar decidió mudarse.

André acabó haciéndome caso y dejó unas cuantas clases particulares para centrarse en lanzar su carrera de concertista. Tocaba muchas veladas el piano del salón y yo le acompañaba con mi música, feliz del giro maravilloso que había dado nuestra vida.

Mi suegra no tardó en integrarse en la casa, era la sombra de la doncella, le enseñaba trucos para limpiar mejor, cocinaba platos exquisitos junto a la cocinera y nos hacía compañía. Se negó a dejar su trabajo de costurera porque le gustaba, era feliz con ese empleo y llenaba sus horas con una actividad que la entusiasmaba.

André consiguió varios conciertos como solista en salas secundarias de París y un puesto fijo como pianista en un restaurante de lujo dos noches a la semana. Se le veía entusiasmado y pronto se olvidó de los reparos del principio.

Yo decidí continuar con mi trabajo en el museo y con mis clases en el conservatorio. Acababa la jornada cansadísima, a pesar de la ayuda inestimable de la doncella, de la cocinera y de mi suegra, pero adoraba las horas en el Louvre y cada vez me embriagaban más las lecciones de piano.

Por esa época mis tareas en el museo cambiaron. El director del Louvre en persona me informó de la necesidad de poner a salvo las obras de arte que almacenábamos en las salas, temía que cayeran en manos alemanas tarde o temprano, como sucedía en los territorios ocupados. Colaboré con él enseguida y me sumé a su regimiento de conservadores que escondieron a buen recaudo una gran cantidad de pinturas y esculturas.

A principios de febrero nuestro hogar era armonioso, la hermana de André y su familia solían venir a pasar algunas veladas con nosotros, la música amenizaba esas reuniones y la felicidad que sentíamos era patente en nuestra manera de tocar el piano, transmitiendo una alegría imposible de fingir.

Algunas noches de sábado salíamos con el grupo de amistades que frecuentaba André, la mayoría eran músicos bohemios con una conversación amena y unos gustos musicales parecidos a los nuestros. Compartíamos tertulias interesantes acerca de algunos compositores en boga, buscábamos ideas para interpretar mejor sus obras y a veces terminábamos aporreando las teclas del piano de un bar de Montmartre, donde se congregaban artistas de diversas disciplinas.

También frecuentábamos a Sophie y a Étienne, su marido. Muchos domingos comíamos juntos en una cafetería cercana a la Plaza de la Concordia. Mi amiga era divertida, siempre nos hacía reír y Étienne era un hombre agradable que solía amenizar las reuniones con anécdotas de personas influyentes de París.

Fue una de las épocas más felices de mi vida. La sombra de Charles ya no planeaba cerca, no pensaba en él ni en el desgraciado final de nuestra relación. André copaba mis pensamientos, era un hombre tan sensible y perfecto... La única ausencia que me dolía era la de Martha y la de mis hermanos.

Hilde me escribió varias veces desde Berlín para contarme algunos cotilleos sobre lo que sucedía en mi ciudad natal. Ella intentaba recuperar algo de aquella amistad del pasado, desobedeciendo órdenes de no contactar conmigo, pero en sus palabras encontraba rencor hacia mi decisión de casarme con alguien como André y renunciar así a mis raíces. Yo le contestaba contándole cuatro cosas acerca de mi vida, sin despertar el entusiasmo ni intimar demasiado.

Otto se había casado con su novia y vivían cerca de Harvard mientras él terminaba los estudios. Su familia había aceptado el matrimonio tras un viaje a Estados Unidos y parecía que la vida le sonreía. Tenía la intención de abrir una delegación de la fábrica química de su padre en Nueva York al terminar la carrera y establecerse para siempre en esa ciudad. Con él me carteaba con menos frecuencia, pero nuestra amistad se mantuvo intacta.

Cuando me llegó el telegrama anunciando el nacimiento de mi sobrino Eddie me emocioné. Martha estaba bien, había dado a luz a un varón sano que recibía la vida acompañado de unos padres entusiastas y un abuelo emocionado. Aquel día me percaté de que yo también quería quedarme encinta, al imaginar al bebé en brazos de mi amiga deseé tener uno que llenara la casa de risas.

Las visitas de mi padre nos anunciaban una guerra inminente, en Alemania se palpaba el conflicto bélico en el ambiente, la abnegación del pueblo hacia el Führer era cada vez mayor, las esvásticas ocupaban las calles y ondeaban en los edificios oficiales, las tropas alemanas se preparaban para lo que estaba por venir y los círculos cercanos a Hitler conocían parte de sus intenciones. En mi tierra el odio antisemita se imponía con una fiereza mayor cada día, incitando a la población a apedrear a los judíos o a privarles de sus privilegios de ciudadanos.

Mi padre temía por nuestra seguridad, decía que debíamos prepararnos para lo peor y nos aconsejó tomar precauciones con el dinero y con nuestras amistades. Dentro del partido nazi se radicalizaban posiciones, los altos mandos instaban a actuar con más severidad para eliminar de la población la “escoria judía”.

Alemania se preparaba sin saberlo para protagonizar una de las mayores limpiezas étnicas de la historia. Mi padre sabía encontrar las verdades ocultas en las palabras de Hitler, le conocía demasiado bien. Era un hombre carismático, con un discurso bien medido y estudiado para convencer a las masas, que se rodeó de símbolos que enfatizaban su posición y llevó a cabo una campaña antisemita muy bien planeada.

Estaba claro que sus pasos se encaminaban a aumentar su poder en Europa y conquistar territorios, y Francia era probablemente uno de los países que le interesaban.

Yo no quería admitir que quizás mi padre tenía razón, que se avecinaba una guerra. No deseaba empañar la estampa de felicidad en la que vivía,

pero André empezó a escucharle. Mi marido era consciente de que la posición que ocupaba mi padre en el gobierno alemán le ofrecía acceso a información privilegiada y que era un error no prestar atención a sus advertencias, así que empezó a guardar dinero en el sótano de casa, en una caja de plomo ignífuga que escondió en bajo los cimientos.

El cuatro de febrero Hitler se autoproclamó comandante supremo de las fuerzas armadas alemanas, un acto que André interpretó como el pistoletazo de salida al conflicto armado. El doce de marzo, cuando los alemanes invadieron Austria y proclamaron el *Anschluss*, anexión a la Alemania nazi como una provincia del III Reich, supe que Hitler no se detendría ante nada para cumplir con sus delirios de poder.

Tres días después descubrí que estaba embarazada.

Durante los últimos dos meses no me había bajado el periodo y me sentía fatal. Estaba mareada todo el día, con náuseas y una extraña sensación de vacío en el estómago, como si necesitara llenarlo con comida, pero cuando tomaba algo lo vomitaba. Estaba pálida, con ojeras y muy cansada. No quería ir al médico por miedo a que me dijera que estaba enferma, por eso intentaba disimular ante la familia, me escabullía al baño cuando me daban las arcadas, soplaba cada noche ante el plato lleno de comida, que era incapaz de engullir sin que mis tripas se rebelaran, y me despertaba mil veces durante la noche con un malestar impropio de mi edad.

El quince de marzo de 1938 mi suegra me encontró en el baño, vomitando tras la comida. Me mojó la frente con una toalla y me sonrió. Recuerdo esa sonrisa con mucho cariño, emanaba felicidad y orgullo.

—Niña, es maravilloso. —Siempre me llamaba niña, y me encantaba—. ¡Me haces muy feliz!

La miré consternada, sin entender a qué venía ese comentario.

—¿Por?

—¿Tu madre no te contó nada? —Negó con la cabeza, como cada vez que mencionaba a mi madre—. Estas esnobs no saben cómo educar a las jovencitas. ¿Cuánto tiempo hace que no te baja el periodo?

—Dos meses —confesé angustiada.

—¡Estás embarazada, niña! ¿De verdad no te has dado cuenta?

Tardé unos segundos en deshacerme de la sorpresa inicial. Quería tener un hijo, me hacía muy feliz descubrir que por fin se haría realidad ese

sueño, pero no acababa de entender cómo había estado tan ciega.

—¿Estás segura? —pregunté con voz trémula.

—Tienes nauseas, apenas comes, no te ha bajado el periodo... —Asentí—. ¡No hay duda! Me vas a hacer abuela.

—¡Se lo voy a decir a André! —exclamé, reprimiendo dos lágrimas de emoción que me humedecieron los ojos—. ¡Se va a poner muy contento!

Me acaricié el vientre con una sensación plena acompañándome, ahí dentro crecía una criatura fruto de un amor sin fronteras, ¿se podía pedir más? Me mordí el labio inferior mientras las lágrimas de alegría se deslizaban por mis mejillas. Siempre fui una sensibilera.

Abracé a mi suegra como una boba, acompañada de unas carcajadas nerviosas. Fue como si la alegría me poseyera y se asiera a mí con aquella fuerza que te arrastra dentro de una espiral de felicidad. ¡Sería madre! Después del fracaso de mi relación con Charles, de los meses de pobreza, del desplante de mi madre y de las mil historias que se acumulaban en mi haber, al fin conseguía encauzar mi futuro.

Mi marido estaba en el salón, escuchando un programa de radio que parecía interesarle muchísimo. Corrí a lanzarme a sus brazos. Él se sorprendió de mi efusivo gesto en presencia de su madre, pero me correspondió con un beso fugaz en los labios.

—¿A qué viene este alboroto? —Me sentó en sus rodillas—. Tienes la lagrimita fácil. Es algo que me encanta de ti, te emocionas con facilidad.

—Es que tengo motivos —le contesté con mohín curioso—. ¿Quieres saber por qué me mareo tanto últimamente? ¡Vamos a tener un bebé!

Su expresión cambió de divertida a entusiasmada. Me besó un par de veces con emoción contenida, sin encontrar las palabras precisas para transmitir la ilusión que le embargaba. Puso su mano sobre mi barriga, yo coloqué la mía encima y se la acaricié.

—¡Un niño! —exclamó con una explosión de risa—. ¡Con la que está cayendo y nosotros vamos a tener un pequeñajo correteando por casa!

Aquella noche hicimos el amor con una fuerza especial, como si con nuestros cuerpos quisiéramos expresar las mil sensaciones que afloraban al conocer la feliz nueva. Durante unos meses vivimos al margen de las noticias inquietantes que nos llegaban desde Alemania, intentábamos no pensar en la inminencia de la guerra ni darle demasiada importancia a la realidad que nos envolvía.

Mi padre espació las visitas, el régimen nazi empezaba a vigilar de cerca de sus colaboradores y no quería figurar entre las filas de los sospechosos. Valoraba demasiado su vida y la de sus hijos como para mostrarse vulnerable ante Hitler. En privado me contaba las atrocidades que escuchaba en su presencia y el asco que le inspiraba su política, pero nada podía alejarle de él si quería mantener a salvo a los suyos.

Cuando el treinta de mayo los alemanes se prepararon para invadir Checoslovaquia mi padre nos aseguró que la falta de una reacción contundente a sus actos por parte de los ingleses y los franceses presagiaba su futura hegemonía. Nos instó a que hiciéramos las maletas y saliéramos de Europa, mis hermanos continuaban en Nueva York, un lugar que parecía seguro. Pero André no quería abandonar su tierra para establecerse en otro continente, en París tenía a su familia, a sus amigos, su profesión.

Seguí mareada durante los nueve meses que duró el embarazo. He de admitir que no era un estado demasiado agradable, me sentía enferma, me arrastraba a mis clases en el conservatorio, solía pasarme las horas en un estado de mareo intenso que solo me pasaba con una bebida muy apreciada en la Alemania nazi: la coca-cola. Descubrí sus efectos terapéuticos gracias al ginecólogo que me llevaba, él me habló de los inicios de este refresco, cuando se vendía en las farmacias como remedio eficaz contra las náuseas.

El mes de junio André siguió con atención el campeonato mundial de fútbol que se celebró en Francia. Escuchaba en la radio los partidos que se jugaban fuera de París e iba al estadio *Olympique de Colombes* o al *Parc des Princes* cuando se jugaban en la capital francesa. Nunca entenderé qué le encuentran los hombres a este deporte, mi marido era un forofo, incluso le gustaba jugar con sus amigos los fines de semana.

En el partido de inauguración, celebrado el cuatro de junio el *Parc des Princes* de París, la selección alemana decidió utilizar el saludo nazi, algo que provocó silbidos en los asistentes. Ese fue el preludio de un mundial lleno de hechos que presagiaban de manera inevitable los acontecimientos del treinta y nueve. André regresó a casa nervioso, con la sensación de que el ambiente hostil que había sacudido el estadio sería una constante en nuestra vida a partir de ese instante.

Mientras en España, nuestro país vecino, la guerra civil se cobraba muertos cada día, el mundial de fútbol se convirtió en la plataforma perfecta para la propaganda política de los dictadores europeos. Las aficiones

sentían el peso de las circunstancias y poco a poco se empaparon de la cercanía de un conflicto armado.

El veintidós de julio el partido nazi dio un paso adelante en su política antisemita y creó unas tarjetas especiales para los judío-alemanes que los distinguían como una parte de la población a la que había que erradicar. Cualquier judío cuyo nombre no estuviera en la lista confeccionada por el gobierno debía añadir Sara o Israel a su tarjeta para que lo identificara como judío.

Los años de alimentar el odio antisemita en la población aria, con políticas tan drásticas como despedirlos, limitar el número de asistentes a la universidad, expropiarles sus bienes y venderlos a alemanes puros o rebajarlos a ciudadanos de segunda, empezaban a dar sus frutos. Mi padre nos contó los planes de su Führer, la rabia acumulada contra los judíos y lo que se avecinaba.

El verano pasó como un suspiro. Ute me visitó a finales de agosto para anunciarme su partida hacia Alemania, la inminencia de la guerra no le había pasado desapercibida y decidió que su sitio estaba junto a su familia en Frankfurt, donde vivían sus hermanos y sobrinos. Mi amiga era una mujer de ideas anticuadas que rápidamente se adaptó a la situación, para ella era importante mantener la unión, aunque su manera de pensar se alejara mucho de los ideales nazis.

Tanto Ute como mi padre insistieron en la necesidad de que André y yo nos mudáramos a Estados Unidos, pero mi marido fue inflexible en ese punto, quería seguir en París, costara lo que costara.

Mi embarazo era muy pesado, el calor incrementaba los mareos y me hinchaba como un globo. Seguía con mi trabajo de tardes en el Louvre, era un lugar lleno de nuevas e interesantes actividades diarias donde me sentía útil. Jacques Jaujard, director de los museos nacionales franceses, vino en persona al Louvre para organizar el traslado de las obras más importantes. Para mí fue una pequeña contribución al patrimonio artístico del país.

Mi hijo Jaques nació el nueve de noviembre de 1938, día que pasaría a la historia como *La Noche de los Cristales Rotos (Kristallnacht)*, la primera matanza judía a manos de los alemanes. El atentado a tiros contra Ernst Von Rath, diplomático del partido nazi, a manos de un joven judío-alemán refugiado, para vengar la expulsión de su familia, fue la excusa perfecta para iniciar las acciones beligerantes contra esa fracción de la población.

Las leyendas urbanas dicen que el médico personal de Hitler dejó morir a Von Rath. Mi padre nunca consiguió desvelar esa incógnita, lo único que me contó fue cómo los escuadrones nazis rompieron los cristales de los comercios de los judíos más ricos, marcaron los que quedaban en pie y luego se dispersaron atacando las sinagogas, los establecimientos y las viviendas de los judíos. Esa noche, mientras yo paría a mi bebé, treinta mil judíos fueron arrestados y llevados a campos de concentración.

Fue el inicio de una era de horror protagonizada por unas ideas retrógradas y llenas de un odio inmerecido. Días después, cuando mi padre consiguió llegar a París para conocer a su nieto, su rostro lleno de nuevas arrugas me dio pistas de cómo se vivían los acontecimientos en Berlín. A pesar de la felicidad del momento, de las emociones y de la cercanía, los dos sabíamos que quizás no volveríamos a vernos en mucho tiempo.

OceanofPDF.com

Dijon, veinte de abril de 1943

Querida Marguerite,

Estoy preparando a Georg para dar un concierto en una sala de París el próximo verano. El niño está entusiasmado, desea muchísimo agradar a los demás y se para el día ensayando. He elegido la Sonata para piano número catorce en do sostenido menor, "Quasi una fantasia", Opus veintisiete, número dos, conocida como Claro de Luna. La pieza contiene unas notas excitantes, con una composición vibrante y la capacidad de transmitir su fuerza al público. Era la que solías tocar cuando estabas triste.

Beethoven la escribió para su alumna, la señorita Giulietta Guicciardi, una joven de diecisiete años de la que se decía que el músico se había enamorado. La pareja rompió tras la publicación de la sonata. Llámame romántico o tonto, pero esta pieza me recuerda a nosotros, a cómo nos conocimos.

Georg la toca maravillosamente, parece increíble la sensibilidad que demuestra este chico, es como si la música fuera parte de él, como si consiguiera ver más allá de las notas. Lo hará perfecto, lo sé.

El General quiere que le acompañe a París, pero no sé si seré capaz de volver a mi ciudad sin acordarme de ti y sin buscar a Adele. Sin embargo Leclerc cree que es importante acompañarles, allí quizás Von Krass se vea con alguien importante.

Según me contó Frédéric los aliados identificaron un patrón preocupante en la lista que le entregué hace un mes. Algunas de las

informaciones que les han llegado por medio de sus espías son exactamente esas y han salido de la fuente que estaba a su lado en los documentos del General. ¿Acaso son anzuelos para cazar a nuestros informadores?

Para estar seguros van a proceder con muchísima cautela a la hora de valorar los datos. Han decidido esperar a ver si alguna de las estrategias militares contenidas en la lista se cumple para decidir hasta qué punto Von Krass quiere tenderles una trampa.

Me han pedido que vaya con cuidado, pero que siga buscando otros documentos en el despacho del General. Es un hombre astuto, con una gran capacidad analítica y un sinfín de formas de identificar a topes en sus filas. Y los estadounidenses necesitan mantener a salvo la identidad de White Blackbird.

¿Quién es? Por las noches sueño con ella, la imagino parecida a ti, con una familia como la tuya, moviéndose entre la alta sociedad de Berlín como tú en tu primera juventud. ¿Te imaginas, Marguerite? Tú podrías encarnar perfectamente a esa espía, es valiente, atrevida, con las ideas suficientemente claras para oponerse a las de sus padres y deseos de no doblegarse ante los nazis.

Estoy desvariando, no debería pensar en ti en esos términos.

Violette y yo hemos empezado a salir por ahí algunas tardes. He decidido no involucrar nunca más a Jaques en mis aventuras con mujeres, la marcha de Henriette le dejó muy triste, por eso prefiero mantenerle al margen. Ya sabes que te prometí guardar luto toda mi vida, aunque eso no significa que me convierta en un clérigo y quizás exageraba al hablar en esos términos.

Salir con Violette es fascinante, es una mujer con las ideas bien asentadas y un deseo de sorber cada instante de la vida que me llena de emoción. Consigue hacerme olvidar por unas horas tu muerte y eso me alivia el corazón.

De momento solo hemos compartido algunos paseos por la ciudad, sin dar ningún paso más.

Con ella no puedo hablar abiertamente de mis heridas ni de la realidad que arrastro desde tu muerte, no puedo comprometer mi tapadera por una temeridad, es mejor guardarme mi tristezas e inventar un hombre a la altura de sus ideales. ¿Te he dicho alguna vez cuál es mi nombre actual? Me llaman Elliot Donaire, y en clave, el de espía, es Rossignol.

Estoy construyendo un pasado especialmente para Violette, uno muy alejado del que realmente viví a tu lado, con aquellas ilusiones perfectas. Todavía recuerdo cuando te encontrabas mal por el embarazo, aquellas náuseas que a mí me llenaban de inquietud. La llegada de Jaques a nuestra vida fue la culminación de un amor sin fronteras.

Siempre tuyo,

André.

OceanofPDF.com

41

Jaques era un bebé precioso. Me pasaba horas observándole mientras dormía en la pequeña cuna de mimbre que su padre le había construido dos meses antes de su nacimiento. Me encantaba tocarle piezas clásicas al piano mientras ensayaba para progresar adecuadamente en mis estudios, acariciarle los cabellos negros, acercarlo a mi pecho para que mamara, llevarlo de paseo y acunarlo entre mis brazos.

Fue un rayo de sol en mi ya iluminada vida.

André era un padre maravilloso, siempre tenía un momento para ocuparse del niño, sin importarle perder algo de su tiempo en bañarle o cambiarle de ropa. Era increíble que pensara así a pesar de la época, era un hombre con unas cualidades brillantes que me atrapó en sus redes desde el inicio.

Mi trabajo en el Louvre continuó sin problemas, pero las clases en el conservatorio me eran demasiado fatigosas para sumarlas a mis responsabilidades de madre primeriza. Hablé con los profesores para conseguir que me permitieran cursar ese año académico en más tiempo y disminuir la carga de estudios para compaginar mis tareas con maestría, por suerte no pusieron pegas y rebajé la intensidad de las lecciones.

Tener a mi suegra en casa era una bendición, sin su ayuda no hubiera sobrevivido a esos meses de lloros, cambios de pañales, pocas horas de sueño y responsabilidades añadidas. Yo no era una mujer convencional para aquella época, no quería comportarme como la mayoría, prefería continuar con mis planes de futuro, sin abandonar el Louvre.

Los pañales consistían en unas tiras de tela que limpiábamos a mano y debíamos cambiar constantemente, los cochecitos eran trastos grandes que

costaban de manejar, los juguetes eran rudimentarios y no teníamos las facilidades de hoy en día.

La asignación de mi padre era perfecta para contar con la ayuda de una tata que se instaló en la habitación de Jaques y se ocupaba de sus cuidados, pero yo también quería implicarme en la educación de mi hijo. Le encantaba la música, cada vez que su padre o yo le tocábamos algo al piano abría sus ojitos claros y sonreía con aquella emoción que solo los bebés son capaces de transmitir con una simple carcajada. Cada noche llegaba a casa y me pasaba unas horas cantándole mientras le daba de mamar o le bañaba.

Su alimentación era un problema que solucionamos con continuos paseos de la tata cerca de donde yo estaba a la hora de la toma, para evitar que ninguno de los dos se quedara sin lo que más amaba. Solíamos buscar un baño cercano para encerrarnos en él mientras Jaques mamaba acunado entre mis brazos.

Quizás mis decisiones no fueron las correctas, a veces pienso que si me hubiera quedado más cerca de mi niño mis recuerdos serían más precisos. Pero es absurdo recriminarme el pasado, siempre es mejor mirar hacia delante con la ilusión de arañar un poquito de emoción al día.

Tenía una actividad diaria que rozaba la locura, era frenética, estresante, intensa y con un grado de exigencia que a veces me sobrepasaba, pero era feliz con mis circunstancias.

Los días avanzaban raudos en el calendario, sin casi darme cuenta de que volvíamos a estar en Navidad. Diciembre de 1938 fue un mes precioso, André y yo recorrimos varias tiendas para encontrar un regalo perfecto para nuestro pequeño, lo paseamos por un París radiante y frío, donde las luces y el ambiente presagiaban unas bonitas fiestas.

Celebramos un par de comidas familiares en el salón de casa, adornado con un árbol de Navidad con bolas rojas y algunos detalles hechos a mano por mi suegra. Cantamos villancicos acompañados por los acordes del piano que André y yo tocábamos a cuatro manos, reímos, bebimos un poco de champagne y repartimos regalos con aquella alegría efímera que siempre recuerdo con nostalgia.

Escribí varias cartas a mis allegados que estaban lejos. La comunicación con Nueva York hacía demasiado que se había roto y mi padre no daba señales de vida. Me preocupaban un poco esas ausencias, la soledad que

imponían era dolorosa, pero cuando repasaba los logros de los últimos años sabía que nunca más estaría sola.

Durante los primeros meses de 1939 en Alemania las tropas se prepararon definitivamente para entrar en combate. En Francia el ambiente en la calle se enrarecía a medida que pasaban los días, la poca información que nos llegaba auguraba la cercanía de un conflicto a nivel europeo.

Me extrañaba que no obtuviera respuesta a los telegramas que había mandado insistentemente a Nueva York, esa falta de comunicación por parte de mi familia me era nueva. André le sacaba importancia diciendo que posiblemente mis hermanos y Martha estuvieran demasiado ocupados para contestar, pero leía claramente la preocupación en sus rasgos.

La desaparición más difícil de explicar era la de mi padre. Desde que vino a vernos a finales de noviembre no había mantenido ningún tipo de contacto conmigo, ¿y si le había sucedido algo? Era tan insólito que ni él ni Franz dieran señales de vida. ¿Y qué sucedía con Martha? Durante semanas me pasé las noches angustiada, con la sensación de que algo había ocurrido.

A finales de febrero me decidí a mandarle un telegrama a Otto, en el banco me informaron de que los últimos tres meses no habían ingresado la cantidad que solía recibir y que si seguían sin llegar en dos meses estaríamos en números rojos. Eso me convenció de ponerme en contacto mi antiguo novio, quien se había instalado en Nueva York con su mujer y tenía mucho trato con Franz y Martha.

Otto me respondió tres días después con una triste noticia. Todavía hoy lloro cuando recuerdo el impacto que me causó su telegrama, la manera simple en la que me anunció algo que me hirió en lo más profundo de mi alma:

«Tu padre murió a principios de diciembre. Tus hermanos, Martha y el niño están en Berlín para arreglar papeles. Franz regresa a Nueva York el mes que viene».

Estaba sentada en el salón de nuestra casa, con la chimenea crepitando al son de la serenidad de la tarde. Rompí a llorar mientras leía el escueto texto. Me dolía la ignorancia a la que me había condenado mi familia, ¿por qué nadie me había avisado de la desgracia? ¿Acaso no tenía derecho a saberlo? ¡También era mi padre! La rabia se sobrepuso a la tristeza, fue como si ambas emociones me sacudieran con violencia mientras sujetaba el telegrama entre las manos.

Los brazos de André me cobijaron durante un largo instante, hasta que Jaques requirió nuestra atención. Le bañé con gestos ausentes, durante el último año la cercanía con mi padre había supuesto una ilusión efímera que acababa de evaporarse. Le echaba de menos, recordaba sus palabras, sus gestos, sus miradas y sus bromas. ¿Cómo pudo morir sin despedirse?

Necesitaba respuestas.

Esa noche, mientras amamantaba a mi hijo, tomé la decisión irrevocable de viajar a Berlín cuanto antes para descubrir las circunstancias de la muerte de mi padre y ver a mis hermanos. El orgullo de mi madre no me impediría ser una más de la familia, no podía ignorarme eternamente, no era justo. Y tenía el mismo derecho a despedirle frente a su tumba que los demás.

A la mañana siguiente me acerqué a una oficina de correos para mandar un telegrama a mi familia, anunciando nuestra visita en tres días. André y Jaques me acompañarían a Berlín para conocer mis raíces. Y los tres lloraríamos a mi padre abrazando a Franz, a Martha y a Hans. Necesitaba ese calor de los míos, compartir un poco el peso de la pena que me consumía.

¿Por qué el destino me arrebató a mi padre en esos instantes? Habíamos logrado establecer un vínculo mágico entre nosotros, sentirnos cerca, entendernos.

La respuesta de mi madre no se hizo esperar.

«Ni se te ocurra venir a Berlín. Quédate en París con tu miserable vida. No quiero conocer a tu hijo ni volver a saber nada de ti. Ya no eres mi hija».

Reconozco que fue un jarro de agua fría, a pesar de conocerla. Creía que el tiempo cicatrizaba las heridas y que podríamos reconducir la situación, no que su rechazo hacia mi decisión de casarme con André continuaría tan vivo como el primer día.

No podía viajar a Berlín en esas condiciones ni exponer a mi familia al rechazo de mi madre, aunque sentía una pena intensa consumiéndome. Acaté el contenido de esas frases con estoica resignación, la frialdad de mi madre me hería en lo más hondo de mi corazón, jamás entenderé esa actitud hacia mí, su facilidad para borrar me de su vida, pero en ese momento no me quedaba más remedio que apretar los dientes y continuar con mi vida, sintiendo la tristeza de lo sucedido apartada de mis hermanos.

Una semana después recibí un maravilloso telegrama de Franz que abrió una puerta a la esperanza.

«Siento la falta de noticias. La muerte de papá fue un *shock* y las cosas en Berlín están muy revueltas. Martha, el niño y yo regresamos a Nueva York en tres semanas. Antes nos gustaría visitarte, debemos hablar de muchas cosas. ¿Te parece bien que vengamos el quince de marzo? Esperamos tus noticias en la dirección que te dio papá para hablar con él. Te queremos. Franz y Martha».

Respondí casi al instante, con una emoción demasiado viva para expresarla en palabras. ¡Claro que quería que vinieran a París! Y no quería esperar dos semanas a que se hiciera realidad su visita, me parecía demasiado tiempo.

El día en el que las tropas alemanas conquistaron el resto de Checoslovaquia y se iniciaron las hostilidades que pronto desembocarían en la Segunda Guerra Mundial, André, Jaques y yo esperamos a Martha, Franz y Eddie en la estación de tren. No podía reprimir mi inquietud mientras se acercaba la hora exacta de su llegada, caminaba de un lado a otro del andén con el corazón acelerado.

Vimos el tren acercarse por la vía con rapidez, mi corazón se aceleró, parecía como si se hubiera convertido en un tambor que retumbaba en la caja torácica para acelerarme la respiración. En esa época era una mujer sensiblera, con la lagrimita floja y una absurda tendencia a emocionarme con las pequeñas cosas.

Tenía a Jaques en mis brazos cuando divisé a mi hermano en la ventanilla, agitando la mano con efusividad. En el año y medio que llevábamos separados había madurado, se notaba en su porte, en su mirada, en su manera de comportarse. Corrí a su encuentro una vez el vagón se detuvo a escasos centímetros de mí, con algunas lágrimas humedeciéndome los ojos.

Martha estaba guapísima, había ganado unos kilos que le sentaban muy bien, llevaba a mi sobrino agarrado de la mano, era un chiquillo de poco más de un año que andaba con dificultad. Tras dos pasos lo cogió en volandas y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Al contemplar la estampa me descubrí llorando y riendo al mismo tiempo, emocionada, sintiendo que el mundo entero me sonreía. Me acerqué a ella y la abracé con mi mano libre, las dos nos miramos con el

reconocimiento fugaz del cariño anidado en nuestros corazones. A pesar de las cartas que nos habían mantenido unidas la distancia había obrado un cambio intenso en nosotras.

—Tenía muchísimas ganas de verte —Sonrió con aquella ilusión que me encantaba descubrir en su mirada—. ¡Qué guapo es mi sobrinito!

—Es increíble que estéis aquí...

Franz apareció un instante después acompañado por un joven que se encargaba de su equipaje. Dio dos pasos hacia mí, acarició el pelo de Jaques y me plantó un beso en la mejilla, estrujándome entre sus brazos.

—¡Qué guapa estás hermanita! La vida de casada te sienta bien.

Nos reímos. No me había dado cuenta de cómo echaba de menos sus carcajadas sonoras y llenas de alegría. André me cogió a Jaques para que pudiera abrazar a mi hermano sin dificultad, lo hice con tanta fuerza que un poco más y le dejo sin respiración.

—Te presento a André —le dije separándome de él—. Es lo mejor que me ha pasado nunca.

Conectaron enseguida. Era difícil no querer a André al conocerlo, tenía un don especial para despertar simpatías y cariño. Charlamos alegremente mientras subíamos a un taxi que el dinero de mi hermano pagaría con facilidad. Martha y yo nos sentamos juntas, abrazadas, conversando sin necesidad de palabras.

Me parecía un sueño tenerlos conmigo. Era como si la separación fuera algo lejano y ayer mismo acabáramos de vernos en el muelle de Nueva York.

Los instalamos en una de las habitaciones vacías de la casa, el niño se quedaría con Jaques. Mi suegra tardó un poco en perder la timidez que le imponía mi familia, por suerte Franz y Martha se mostraron cercanos a ella, sin manifestar en ningún momento la hostilidad de mi madre, y a las pocas horas ya era parte de nuestras conversaciones alegres en el salón, aunque la barrera lingüística les impidió entenderse sin mi traducción simultánea.

Cenamos juntos entre risas, anécdotas y cotilleos a la luz de la luna. Después nos sentamos al lado de la chimenea, como solíamos hacer antaño. Franz con su copa de Bourbon, André con un café y nosotras con la mejor sonrisa.

—Voy a subir a mi habitación —anunció mi suegra pasados unos minutos—. Estoy cansada.

André la despidió con un beso y yo no logré contener las lágrimas que acudieron a mis ojos.

—¿Por qué no puede ser así con mamá? —sollocé—. Fue cruel al no avisarme de la muerte de nuestro padre.

—Lo siento —se disculpó Franz con una mirada avergonzada—. Las cosas se precipitaron, teníamos muchísimos problemas y decidimos que vendríamos a verte en cuanto nos fuera posible. Quería decírtelo en persona.

—Cuando Otto me dijo que estabas en Berlín pensé que si mamá te había perdonado seguramente haría lo mismo conmigo, pero está visto que me equivoqué.

—A mí no me ha perdonado, solo me tolera —musitó con dolor—. Es una rencorosa, pero no dejo de ser un hombre, y encima el primogénito. No puede pasar las leyes por alto. Soy el heredero del título y del patrimonio de papá.

—¡Él no tenía nada! —exclamé—. Lo único suyo de verdad era el título. Mamá lo tenía atado por culpa de un contrato.

—¿Sabías que nuestros abuelos habían firmado un acuerdo para que se casaran? ¿Y que el dinero era de la familia de mamá?

Asentí ante su sorpresa.

—Papá me lo contó cuando regresé a Berlín. Era un hombre maravilloso al que quería muchísimo. ¿Cómo murió?

—De un ataque al corazón. —La tristeza surcó nuevas arrugas en la cara de mi hermano—. Fue repentino, en medio de una reunión con altos cargos del ejército. No sabemos qué pasó, solo que lo ingresaron en el hospital muerto tras un paro cardíaco. A mamá la fueron a buscar los compañeros de papá y la llevaron enseguida con él. A partir de ahí todo se precipitó, nos avisó para que Hans cogiera el primer barco, organizó el entierro y el funeral, llamó a su abogado y empezó a preparar los papeles para que Hans se lo quedara todo, sin sospechar que no podía decidirlo ella.

—Es tan cerebral. —me quejé—. Nunca nos ha querido.

Mi hermano nos contó el resto de la historia. El acuerdo que firmaron mis abuelos estipulaba claramente que si el matrimonio no se disolvía en vida, mi padre tendría derecho a decidir cómo quería repartir la mitad de los bienes comunes a través de un testamento, siempre que se hiciera justamente entre los descendientes de la pareja. Mi padre había dejado

escritas sus últimas voluntades ante un notario, su parte de la fortuna se dividiría entre los tres a partes iguales y, a pesar de las protestas y los intentos de mi madre por invalidar el testamento, Franz había conseguido hacer prevalecer la firma del acuerdo entre nuestros abuelos.

El título nobiliario era propiedad indiscutible de mi padre por derecho, así que lo debía heredar Franz, quien decidió cedérselo legalmente a Hans. La presidencia de la empresa de mi padre también le correspondería a mi hermano mediano, era el único que se podía trasladar a Berlín para cumplir con ese trabajo, Franz debía regresar a Nueva York, lugar donde había construido una vida junto Martha.

Hans no se había tomado demasiado bien la noticia, él quería continuar con la libertad de movimiento que le otorgaba vivir en otro continente, pero no había otra solución, mi hermano mediano no tenía ataduras familiares y debía acatar el destino con dignidad, aunque a mí me dolía esa obligación impuesta que lo alejaría sin duda de la felicidad.

Franz intentó convencernos a André y a mí para que nos trasladáramos con ellos a Nueva York. La guerra estaba próxima y todo apuntaba a que Europa sería un lugar peligroso para vivir, pero la tajante negativa de mi marido fue determinante a la hora de planear nuestro futuro.

Parte de mi fortuna estaba en Alemania, a buen recaudo. Franz no me contó exactamente dónde era eso, fue un poco vago en sus explicaciones, como si le diera miedo compartir la realidad conmigo. Me aseguró que Hans se ocuparía de que yo recibiera puntualmente mi ingreso mensual, que con la cantidad heredada se incrementaría muchísimo, y que si alguna vez tenía un apuro podía pedir más enviando un telegrama a la dirección secreta de papá. No hice preguntas, a pesar de que André intentó sonsacarle más información a mi hermano. Me daba igual la cantidad de dinero que tenía o la manera en la que llegaría a mis manos, lo único importante era saber que mi familia estaba bien y que no me iba a faltar de nada en el futuro.

Dijon, veinte de mayo de 1943

Querida Marguerite,

Se acerca el verano y la actuación de Georg. Es un chico increíble, con una facilidad pasmosa para aprender cualquier disciplina que deseé. Habla francés con fluidez, tiene un pleno dominio de las notas y de la emoción necesaria para atrapar a la audiencia, canta como los ángeles y es diestro con los deportes.

El fin de semana pasado dimos un concierto a cuatro manos por la noche, mientras los invitados de Von Krass escuchaban embelesados con copas de champagne en las manos y una sonrisa en los labios. Si la vida no fuera tan complicada vería esta familia bajo un prisma diferente, en su casa se respira serenidad y armonía, como si fuera de estos muros no existiera un conflicto armado que bombardea el mundo sin piedad.

Quiero seguir la estela de esta estabilidad, mostrarle a nuestro pequeño la facilidad con la que un hogar puede construirse en cualquier lugar si el amor preside los días, con muestras evidentes de cariño, afecto y confianza.

¡Cómo me gustaría que estuvieras aquí! Sin embargo solo me queda tu recuerdo, cinco fotografías tuyas y nuestro tesoro, el pequeño Jaques. Intento avanzar en mi relación con Violette para sentirme parte de algo y capitanear los días con el deseo de superar el dolor, necesito arrancarlo de mi corazón y proseguir con mi vida o acabaré en un pozo profundo donde la melancolía será mi única aliada.

Cuando la beso solo pienso en tus labios, en los años de nuestro matrimonio, en la felicidad que nos invadía cada día compartido... Lo sé,

debo intentar cambiar de manera de pensar o no conseguiré caminar por el día sin desfallecer. Pero eras perfecta, Marguerite, fuiste el amor de mi vida, nunca encontraré a otra como tú.

Me paso los días fantaseando con la mujer apodada White Blackbird, Leclerc me ha explicado que ese apodo significa mirlo blanco, un pájaro que raramente se ve. Los mirlos por lo general son oscuros, pero hay algunos casos en los que tienen una extraña anomalía en el plumaje y nacen blancos, como si fueran albinos.

Imagino a esa espía como mi valiente Marguerite, viviendo entre los nazis como un miembro más de su clan mientras pasa información a los aliados. Según Frédéric es una mujer muy valiosa y con un coraje increíble. Vive en un Berlín devastado por los bombardeos, junto a su familia, fingiendo ser quien no es.

Quiero ayudarla, en el fondo de mi alma siento que te lo debo. Los meses en los que tú te jugabas la vida para conseguir datos para acabar con la hegemonía de los nazis me parecieron dolorosos, pero ahora, a la luz de las circunstancias, pienso que fuiste muy valiente. Quizás al colaborar con Leclerc en este encargo consiga conciliarme con tu muerte.

De momento los alemanes siguen a ciegas con su identificación. La lista que encontré resultó ser una treta para atrapar a varios espías infiltrados en sus filas, ninguno de esos hechos pasó, eran informaciones falsas para que picaran los aliados y así saber de quién era la fuente. Por suerte no intervinieron, solo se mantuvieron al acecho, observando desde lejos.

Von Krass está enfadado con las circunstancias, normalmente sus planes funcionan y no se explica cómo es posible este fallo. De momento los aliados han decidido suavizar las cosas y pasar de puntillas sobre los datos que vengan de White Blackbird, a ver si calman los deseos del General por desenmascarar a la mujer misteriosa que les consigue informaciones significativas.

Esta última semana he conseguido destapar a dos espías alemanes infiltrados en París, gracias a un documento del General. Lo encontré en una inspección rutinaria a su despacho y enseguida supe qué tenía entre manos. Es emocionante toparse con datos importantes, justifica la dedicación y el riesgo de continuar con las actividades clandestinas.

Frédéric ha pasado la información a los aliados para que actúen contra ellos. Ambos son francés de nacimiento que se han vendido al otro bando.

El otro día apareció un antiguo conocido tuyo en una cena del General y me puse a temblar, muerto de miedo. ¿Acaso me reconocería? Pasé unos tensos momentos cuando se acercó a felicitarme por el concierto, mi corazón parecía a punto de salirse del pecho, con un bombeo inusual de sangre. Aguanté la respiración y le miré a los ojos sin dejar de temblar. Él sonrió y alabó la actuación sin más.

¿Qué pasará en julio cuando vaya a París? Sé que tus meses de espía entre ellos no pueden significar un problema para mí, nadie me conocía entonces como tu marido, conseguimos una tapadera perfecta, pero, ¿y si alguien me reconoce en la sala de conciertos? ¿Y si alguno de los músicos sabe quién soy?

Leclerc insiste en lo importante que es no contradecir los deseos del General, y el concierto de Georg es vital para él. Iré, aunque llevo semanas con insomnio, el miedo me bloquea por las noches, no sé si saldré victorioso de esta contienda. Espero tener las fuerzas necesarias para acatar la misión con la dignidad necesaria.

Tuyo siempre,

André.

43

La semana que Franz y Martha pasaron en París fue perfecta, pedí permiso en el museo para ausentarme y les dediqué mi tiempo. Caminamos por los Champs Elysees, subimos a la Tour Eiffel, tomamos algo en un café de Montmatre, paseamos por la Place de la Concorde, nos perdimos por la Saint Chapele... Mi hijo y el pequeño Eddie se parecían, era chiquillos inquietos, movidos y con un montón de instantes perfectos.

Durante las noches Martha y yo charlábamos hasta tarde, arropadas con una manta cerca de la chimenea del salón, como si nunca nos hubiéramos separado y nuestra amistad continuara en el mismo sitio que la dejamos tiempo atrás.

El segundo día me contó que Charles seguía preguntando por mí una vez al mes. Me impresionó que todavía me recordara con tanto cariño, Martha me aseguró que mi boda había significado un duro revés para él.

Admito un cierto grado de sentimientos encontrados en mi interior al enfrentarme a esa confesión. Charles había significado muchísimo para mí y no podía ignorar el hecho de que todavía tenía un conato de cariño hacia él. Cuando se ha amado con tanta intensidad es imposible olvidar del todo a la persona que ocupaba tu corazón.

Le pedí a mi amiga que le diera recuerdos de mi parte, que le dijera que el pasado debe guardarse en un rincón de nuestra memoria para sonreír cuando lo rescatas, que yo atesoraba los buenos momentos sin interferencias de los malos y que le deseaba lo mejor.

Hablamos mucho acerca de nuestras vidas, del futuro que nos esperaba y de la conveniencia de que André, Jaques y yo abandonáramos París cuanto antes. Ella quería que volviéramos a vivir cerca, que pudiéramos

compartir experiencias en persona y no a través de las cartas, pero ambas sabíamos que no eso era posible, mi marido se resistía a abandonar Francia.

Me despedí de mi gran amiga y de mi hermano en la estación una tarde de marzo. Lloraba, todavía tenía esa fragilidad que te otorga la juventud, combinada con la ignorancia, y las pequeñas cosas me arrancaban cuatro lágrimas de emoción. Agité la mano mientras el tren se alejaba dirección al puerto de Marsella, donde cogerían un barco hacia Nueva York.

Lejos quedaba el día en el que embarqué para conocer nuevas tierras, los años habían impuesto su dominio y me habían convertido en otra persona.

A medida que avanzaban los días las hostilidades alemanas se notaban con mayor contundencia. Hitler reclamó Danzig a Polonia el veintiuno de marzo y Memel a Lituania al día siguiente, ocupándola a la fuerza el día veintitrés. A finales de mes Gran Bretaña ofreció su apoyo a Polonia y en las calles se palpaba el ambiente hostil que se avecinaba.

Recibí una carta de Hans a mediados de abril en la que me aconsejaba que emigrara a Nueva York, sus letras sonaban tristes y melancólicas, como si la angustia estuviera patente en su vida de manera intensa. Arrastraba las frases hasta el infinito, con adjetivos largos. Su caligrafía mostraba signos de abatimiento y faltaba la fogosidad con la que solía contar las anécdotas.

Por enésima vez intenté convencer a mi marido de la necesidad de abandonar Europa, pero él se negó con una tozudez imposible de vencer. Quizás si nos hubiéramos ido ahora estaríamos juntos... El destino a veces es cruel e implacable, nos condena a una vida exenta de momentos por una simple decisión.

Durante el mes de abril los acontecimientos se precipitaron hacia la inevitable guerra. En Francia se reeligió como presidente a Albert Leburn. Paralelamente los nazis iniciaron su *Plan Blanco* para ocupar Polonia, Mussolini invadió Albania y mi país de acogida inició su cooperación militar con Gran Bretaña.

Mi vida transcurría como siempre, sin demasiados cambios. Tenía miedo, pero intentaba no pensar en las evidencias de que en Europa se gestaba un periodo conflictivo. Hans me mandó dos cartas más, sus mensajes cada vez eran más apremiantes, como si al ocupar el sitio de mi padre en la empresa y en la política le brindara la posibilidad de entender con demasiada claridad lo que se avecinaba.

Jaques era la luz que alumbraba mis días, y el mero pensamiento de que pudiera sufrir algún daño me sumía en la inquietud. André seguía aferrado a la idea de permanecer en París, a pesar de las advertencias de mi hermano mediano. Desde Nueva York nos llegaron noticias a principios de mayo que tampoco auguraban un final pacífico a los movimientos nazis.

Por suerte teníamos dinero de sobra para afrontar cualquier situación, a los fondos que mi marido guardaba en la caja de metal bajo los cimientos de nuestra casa debíamos sumarle la considerable cantidad que Franz nos había dejado antes de embarcarse hacia su casa. Pero yo temía por nuestra seguridad y por la de nuestro hijo.

El diez de mayo se celebró la histórica reunión entre Halifax y Daladier en París. Tenía muchas esperanzas puestas en ella, la perspectiva de un nuevo futuro suele dirigir tus pasos cuando el peligro acecha. Sentía el miedo en mis conciudadanos, palpaba la hostilidad que se acercaba en el ambiente y se me erizaba el vello del cuerpo cada vez que alguien mencionaba su odio creciente hacia los alemanes.

Por suerte el tiempo transcurrido en tierras francesas había borrado mi acento, la gente me conocía por mi nombre afrancesado y mi apellido de soltera no sonaba en ningún círculo. Solo mis profesores y mi jefe en el Louvre conocían mi verdadera identidad.

Yo me sentía parte de la vida parisina, no tenía ningún vínculo con Berlín ni pensaba regresar jamás, mis raíces estaban asentadas en Francia y quería que me trataran como a una francesa más.

El veintitrés de mayo Adolf Hitler anunció su estrategia de guerra a los mandos militares. Pocos días después recibí la última carta de Hans en mucho tiempo, en ella me suplicaba que me marchara para no vivir una guerra sangrienta. Evitaba en todo momento hablar mal acerca del Führer o dar alguna referencia al régimen alemán, era como si temiera que leyeran sus palabras, pero yo le conocía lo suficiente para leer entre líneas.

Mi hermano pertenecía al alto mando militar, Hitler le nombró comandante sin pestañear y él se vio obligado a lucir los galones que tanto odiaba. Recé cada noche para que no saliera herido, las últimas frases de su carta me dieron una pista inequívoca de su situación: «Me mandan al frente a liderar las tropas, no podré escribirte en un tiempo. Espero regresar con la honra bien alta».

Hans era un muchacho sensible, amable, despreocupado... ¿Qué sería de él con un fusil en la mano? ¿Cómo conseguiría capear la culpabilidad de apretar un gatillo? La simple imagen de mi hermano vestido con un traje militar me llenó de lágrimas, no estaba preparado para algo así, su forma de ser distaba demasiado de esa proyección, a pesar de su infancia en un colegio de disciplina militar.

Los meses siguientes seguí con atención los acontecimientos europeos. Mi marido estaba inquieto, temía que las cosas se descontrolaran de repente. Hablamos otra vez de la conveniencia de escapar a Nueva York, pero él no acababa de decidirse.

El dinero que teníamos y mi pasaporte alemán podían obrar milagros para embarcar fuera de Europa. Sin embargo André se resistía a abandonar a su familia. Le propuse que su madre, su hermana, su cuñado y sus sobrinos vinieran con nosotros, teníamos recursos suficientes para todos y seguramente en América no les costaría colocarse. Durante los meses de verano, mientras Hitler continuaba con sus ofensivas y los gobiernos europeos decidían sus alianzas, nosotros intentamos convencer a mi suegra y a Adele de la necesidad de huir a tiempo.

Subestimamos su amor a la patria. Ambas mujeres se negaron haciendo gala del mismo carácter testarudo de mi marido. No querían abandonar la seguridad de su hogar para viajar a un lugar desconocido donde no sabrían cómo adaptarse. A pesar de mis explicaciones acerca de qué podían encontrarse en Nueva York, de mis súplicas y de las oscuras noticias que recibíamos, no conseguimos convencerlas. Y André se negó a irse sin ellas.

El veintiocho de agosto la *Gioconda*, una de las pinturas más importantes del Louvre, junto a la *Venus del Milo*, la *Victoria de Samotracia* y otras obras, partió en la parte trasera de un camión rumbo a Chambord, uno de los cinco *chateaux* donde escondimos los tesoros nacionales de Francia. Fue un honor pertenecer al grupo de personas que conocía su destino y las prepararon para mantenerse a salvo de los nazis.

Cuando el uno de septiembre de 1939 las tropas alemanas invadieron Polonia, descubrimos con dolor que la Segunda Guerra Mundial ya era un hecho. Al tercer día Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania y con ese acto nuestras posibilidades de escapar se redujeron drásticamente.

Los siete meses siguientes son conocidos mundialmente como la Guerra en Broma, porque el Frente Occidental se mantuvo inactivo mientras Hitler

conquistaba las neutrales Noruega y Dinamarca para evitar el previsible bloqueo en el suministro de hierro sueco por parte de Gran Bretaña.

Para nosotros fue un periodo convulso. En París los ánimos apuntaban a una derrota segura del frente alemán, sin embargo yo tenía la intuición de que no sería tan fácil acabar con ellos. Hitler llevaba mucho tiempo preparándose para la guerra, tenía cada paso estudiado al milímetro y su carisma convencía con facilidad a las masas para que siguieran sus ideas sin pestañear.

Quizás nuestra decisión final de permanecer en París fue una de las peores que tomamos, las noticias de mis hermanos dejaron de llegar, la posibilidad de viajar era cada vez más inhóspita y nuestra existencia parecía un polvorín a punto de explotar. André pensaba que nuestro ejército, replegado detrás de la *Línea Maginot*, en la frontera de Bélgica, sería capaz de repeler a las tropas alemanas. Yo estaba convencida de que fracasaría.

Fue el destino quien decidió el bando vencedor. Maurice Gamelin, comandante supremo del ejército francés, preparó un plan de ataque basado en la respuesta militar a las ofensivas alemanas. Cuando Bélgica se declaró neutral las cuadrillas se situaron en la frontera francesa y esperaron a los movimientos de Hitler para lanzar su ataque defensivo.

Si un avión con el plan alemán de invasión no se hubiera estrellado en Bélgica, quizás el *Plan D* de Gamelin hubiera vencido, pero ese hecho insignificante cambió el rumbo de los acontecimientos, obligando a los hombres de Hitler a replantear su estrategia en el último momento para la conquista de Bélgica. Su nueva táctica sería bautizada como *El Plan Amarillo*.

Es extraño cómo un solo acontecimiento aislado puede variar el curso de la historia y absurdo planearse qué hubiera sucedido si el dichoso avión no hubiera estrellado en tierras belgas. La realidad fue que en la madrugada del diez de mayo de 1940 los alemanes iniciaron la conquista de Luxemburgo con una estrategia pensada para engañar a nuestros aliados. La rapidez fue la clave para que en pocos días asumieran el control de Bélgica.

Tal como se pronosticaba la suerte estaba echada y la invasión de Francia era el siguiente punto en la lista de pendientes del Führer.

Jaques se había convertido en un niño andarín que me llenaba de sonrisas, André continuaba con sus clases particulares y sus conciertos en salas secundarias mientras intentaba cerrar los ojos a una realidad que a mí

me consumía. No lo llamaron para formar parte del ejército gracias a una lesión en la pierna que tenía desde sus años de estudiante, pero temíamos que tarde o temprano le vinieran a buscar.

En los encuentros con los escasos amigos que nos quedaban en París no se hablaba de otra cosa, era como si el cáncer de la inquietud se extendiera sobre la población para encender sus ánimos. La claridad se imponía lentamente para mostrarnos que nuestras tropas habían fracasado y que estábamos indefensos. Sentíamos que Inglaterra nos había abandonado, que estábamos solos ante lo que se avecinaba y nos preparábamos para lo peor.

El diez de junio Italia nos declaró la guerra empeorando todavía más la situación. Yo caminaba por los días en un sin vivir, con la sensación de que de un momento a otro caeríamos en manos de los alemanes, quienes destruirían nuestra libertad. Mi mundo conocido estaba a punto de desvanecerse en el pasado.

André y yo discutíamos a menudo, los nervios dominaban nuestras horas juntos. Yo le recriminaba su obstinación en quedarse en París y él se defendía con argumentos demasiado fuertes para acercar posturas.

Ya no hacíamos el amor cada noche ni caminábamos cogidos de la mano por la orilla del Sena ni tocábamos el piano durante horas. Las clases en el conservatorio se habían cancelado, mis horas de música se reducían a instantes fugaces entre discusiones, las notas eran el único refugio que encontraba.

Jaques continuaba creciendo ajeno al nerviosismo que se palpaba en el ambiente. Mi suegra intentaba mediar en las disputas verbales para apaciguar los ánimos, pero mi marido y yo estábamos encendidos por culpa de la inestabilidad que imperaba en París. A mí me pesaba la falta de noticias de mis hermanos, el pavor a una ocupación de mi país de origen y a las consecuencias que se derivarían de esa realidad.

Supongo que fue el ímpetu de nuestra juventud el que nos impulsó a la fogosidad con la que guerreábamos con palabras, increpándonos constantemente. Solo tenía veintitrés años y, aunque me doliera admitirlo, la comodidad en la que me había criado no me ayudaba a plantearme un futuro como el que se avecinaba.

Nuestro ejército también temía lo peor, le suplicó ayuda a Churchill, solicitándole apoyo aéreo, pero los ingleses también tenían mermadas las tropas y se negaron a enviar sus aviones. Nada retuvo a las fuerzas

alemanas, la guerra estaba irremediablemente perdida y finalmente nuestro ejército se rindió el veintidós de junio. Hitler se reunió dos días después con los altos mandos para firmar un armisticio.

Recuerdo con horror el catorce de junio de 1940, la entrada triunfal de los alemanes en la ciudad que se había convertido en mi hogar. Aquel día significó un punto de inflexión en mi vida. Mientras contemplábamos el desfile militar en las calles de París, con Jaques en brazos de su padre y nuestra familia al lado, supe que debía aparcas mis rencores y recuperar la armonía con André.

Me acerqué a él lentamente, con un sentimiento intenso invadiéndome. Las últimas semanas se fundieron rápidamente en el olvido. Le abracé por la cintura y apoyé mi cabeza en su hombro, un par de lágrimas rebeldes se deslizaron por mis mejillas. Él giró un instante la cara para mirarme con cariño, sellando sin palabras el final de nuestra convivencia agitada.

Dijon, veinte de junio de 1943

Querida Marguerite,

Cada día negocio con mi corazón una tregua para rebajar poco a poco la necesidad de ti. Te quiero, nunca dejaré de amarte, pero una vez termine la guerra quiero estar de una pieza, ya sea para acatar una derrota o para sonreír ante una victoria que me llenaría de emoción.

Hace pocos días se cumplieron tres años de la entrada del ejercito alemán en París. Entonces pasamos unas semanas tormentosas, con discusiones y un sinfín de reproches que nos alejaron. Dejamos de hacer el amor, de pasear junto a Jaques por las calles de nuestra querida ciudad, de conversar hasta altas horas de la noche, como si nuestras voces no fueran capaces de convertirse en un afónico murmullo.

Lo nuestro fue un amor sin fronteras, uno que traspasó los límites establecidos para unirnos en una comunión perfecta.

Perdóname. Nunca te lo pedí en vida por obcecarme con la absurda idea de que en Francia estaríamos a salvo de cualquier mal. No escuché a tus hermanos ni a ti, fui un estúpido crédulo con ideas absurdas. A veces debería dejarme aconsejar por los demás, pero no lo hice. Me asustaba empezar de cero en otro lugar.

Esas semanas, mientras sentía que te alejabas de mí, me asusté, no quería permanecer a tanta distancia de la mujer de mis sueños. Cuando me despertaba por la mañana y no te encontraba a mi lado temía lo peor, por eso me levantaba rápidamente, sin que el aire llegara a mis pulmones hasta que te encontraba en la cocina preparando café.

Nuestra relación era demasiado perfecta para discutir con esa vehemencia. Quizás por eso el Cosmos nos ha castigado separándonos de una manera cruel y despiadada.

Esas semanas fueron las peores de mi vida, no me perdono que mi orgullo se interpusiera entre nosotros de una manera tan egoísta. Si te hubiera escuchado quizás ahora estaríamos felices en Estados Unidos y no llorando tu pérdida en casa ajena, con tu cuerpo descompuesto entre las llamas y un hijo al que criar en soledad.

En un mes Georg actuará en París. Me hace sentir orgulloso de compartir mi arte y en muchos momentos olvido completamente la guerra que se desarrolla fuera de esta casa, como si pudiera deshacer la realidad en mil pedazos.

Tengo miedo de regresar a París, de ver mi ciudad destruida por los constantes bombardeos, de caminar por unas calles conocidas, convertidas ahora en escombros, de descubrir el rostro de la desesperación en mis vecinos. Me gustaría recordar París como antaño, cuando los dos nos perdíamos por las callejuelas de Montmatre o correteábamos cerca del Sena, susurrándonos palabras emocionadas.

Espero que las esvásticas no enturbien la magnificencia de nuestra ciudad, no sé si soportaré aceptar esta realidad que me destroza el alma. Los nazis son sanguinarios y constantemente muestran su falta de humanidad. Parece mentira que en la intimidad sean personas normales.

A veces, cuando miro a Ulf Von Krass, encuentro dificultades para descubrir al monstruo que anida en su interior. Pero está ahí, preparado para saltar a la yugular de su siguiente presa.

No conozco a esa White Blackbird, pero me siento orgullosísimo de ella. El General está enfadado consigo mismo porque carece de pistas fiables de su identidad. Es una mujer fuerte, Marguerite, como tú. Desde su lista frustrada para desenmascarar a los topos en sus filas Von Krass no ha dado ningún paso para realizar con maestría su trabajo y se siente frustrado.

Leclerc me ha comentado de manera confidencial que a partir de ahora Mirlo Blanco empezará una nueva etapa en su vida, alcanzando una nueva y emocionante manera de colaborar con los aliados.

Esa mujer es mi guía en la oscuridad, cuando me escabullo por la noche para buscar documentos comprometedores en el despacho del General, con el corazón bombeando sangre al triple de velocidad, pienso en ella y encuentro el valor necesario para enfrentarme a la tarea.

Siempre le pongo tu cara, como si fuera la heroína de mi cuento particular y pudiera encontrarla en ti. Me recuerda un poquito a tus aventuras de espía, con la valentía que demostrabas a todas horas, a pesar del miedo del principio.

Los aliados están muy interesados en los pasos de Von Krass, quieren que intente acercarme a él y, sobre todo, que esté muy atento el próximo mes en París, creen que ahí los hombres más importantes de la inteligencia Nazi tendrán un encuentro.

Ojalá pueda ayudarles.

Tuyo siempre,

André.

OceanofPDF.com

45

El veintitrés de junio Hitler viajó a mi ciudad en avión, acompañado de su cúpula de oficiales. Fue un viaje a una hora muy temprana y que conocían pocas personas, por suerte una de ellas era el marido de Sophie. Étienne Bouffart pertenecía al gobierno derrocado de París, era un hombre con una intuición implacable para salir de las situaciones conflictivas y tras la ocupación fingió ser un colaboracionista.

En poco tiempo mi amistad con Sophie y la cercanía a su marido nos embarcarían a André y a mí en una aventura, pero no quiero adelantar acontecimientos.

La curiosidad me impulsó a decidir que quería ser de las pocas parisinas que contemplaran de cerca de Adolf Hitler, el hombre que había cambiado el destino de Europa y al que ya conocía de mi época en Berlín. Quería descubrir qué ocultaba el rostro de un hombre como él, intentar descifrar cómo una sola persona podía atesorar tanto odio, tanta fuerza y un carisma capaz de embaucar a las masas.

Caminé por un París solitario que poco a poco adoptaba el símbolo de la ocupación en los edificios públicos y en las calles, llenándose de esvásticas. El rojo siempre había sido mi color preferido, era fuerte, brillante, con una intensidad que me llamaba y me arrancaba una sonrisa. Esos primeros días de presencia alemana en París empecé a odiarlo, a pensar que representaba la sangre derramada en los campos de batalla.

Frente al edificio de la Opera esperé la aparición de cinco Mercedes con las banderas nazis ondeando en ambos lados del capó. Se apearon una veintena de hombres ataviados con el uniforme militar de mi país de origen, bajo unas gabardinas cruzadas que combinaban con los gorros y las expresiones adustas de sus propietarios.

Cuando el Führer bajó de su coche oficial mi corazón dio un vuelco de ansiedad. Mis ojos descubrieron con angustia la presencia de Hans entre los hombres que lo acompañaban. Estaba muy cambiado, parecía otro hombre. Lucía un bigote rubio muy frondoso que le confería un aire más varonil, como si aquella apariencia joven y fresca que solía llamarme de su persona se hubiera fundido en la nada. Tenía una mirada fría, muy cercana a la de mi madre, y sus gestos demostraban que el carisma de Hitler lo había embaucado.

Me recuerdo quieta en medio de la calle, a pocos metros de la comitiva, con la constatación de que mi hermano mediano se había vendido al enemigo. Tuve el impulso de correr tras él para abrazarle y suplicarle que regresara al redil, pero algo en su porte me disuadió. No puedo explicar qué fue exactamente, porque muchas veces me lo he preguntado sin encontrar una respuesta coherente. Creo que fue su manera brusca de comportarse, aquella altivez que se adivinaba en sus movimientos y esa mirada letal.

Avanzaron hacia la entrada sin percatarse de mi presencia. Cuando Hans pasó por mi lado nuestras miradas se cruzaron un segundo. Su cara denotó confusión, como si no estuviera seguro de que sus retinas le devolvían mi imagen. Susurré un simple «Hans», tan flojo que apenas se escuchó. Él levantó las cejas con sorpresa, percatándose de que la chica varada en la acera era su hermana.

Pensaba que se pararía a saludarme, anhelaba un abrazo, unas palabras, un beso en la mejilla... Pero lo único que obtuve fue un gesto airado, como si mi presencia le molestara, y una despectiva vuelta de cabeza para continuar su caminata hacia el interior de la Ópera.

La calle me pareció más triste de lo normal durante mi regreso a casa. Perder a mi padre fue un golpe durísimo, saber que Hans no volvería a ser aquel muchacho despreocupado al que le encantaba la música alegre, las comedias, las copas, las salidas nocturnas y las risas acabó de desestabilizarme.

En casa lloré amargamente al reconocer las evidencias de la nueva realidad, los años avanzaban raudos hacia otro estadio de nuestra vida, llenándose de ausencias, separaciones, uniones y nuevas relaciones.

La vida en París no cambió demasiado durante la ocupación, aunque era más difícil conseguir alimentos o acudir a algunos lugares. Los alemanes se instalaron en nuestra ciudad y se integraron en ella. Les gustaba bailar, salir

por las noches, ir a espectáculos y comportarse como si no fueran nuestros carceleros.

Mi trabajo en el Louvre me proporcionaba una visión más cercana del interés del Führer por el arte. Cuando llegaron los alemanes el museo era un conjunto de salas desiertas, donde las paredes exhibían la soledad como reclamo. Abrimos de nuevo las puertas para exhibir las pocas obras que nos quedaban, los nazis tenían acceso gratuito, mientras que los ciudadanos franceses debían abonar una entrada.

Muchas obras de arte de colecciones privadas se expropiaron, o simplemente desaparecieron. Es mundialmente conocido el expolio que practicaron los nazis en los territorios ocupados.

Desde que se firmó el armisticio, Francia se dividió en dos: el territorio ocupado y el libre, regido por un gobierno colaboracionista conocido como el Régimen de Vichy. El General De Gaulle se declaró en contra de ese gobierno y creó la Francia Libre, un movimiento de resistencia exterior al régimen al que se adhirieron muchas colonias francesas.

André y yo continuamos con nuestra existencia sin plantearnos en ningún momento movilizarnos para luchar contra los alemanes. No entraba en nuestros planes implicarnos en algo tan peligroso, pero mi amiga Sophie no pensaba igual.

Una tarde de diciembre, tras atender a un par de soldados alemanes que venían a llevarse unas cuantas obras de arte, Sophie se acercó a mí para susurrarme algo al oído.

—Necesito que me traduzcas lo que dicen.

La miré un instante sin comprender. Los dos jóvenes militares se dedicaban a cargar la mercancía en una carretilla mientras charlaban animadamente. Para mí no era un secreto lo que comentaban, pero no había caído en la cuenta de que mi amiga no entendía el alemán. Le sonreí, negando con la cabeza.

—¡Cotilla! —murmuré.

—Es importante, Marguerite —musitó en voz baja—. Necesito conocer su destino.

De repente entendí sus gestos inquietos y aquella seriedad que se colaba por su voz. La mire de hito en hito, atando cabos, descubriendo que quizás esa inofensiva mujer trabajaba en secreto para algún grupo antinazi.

Recordé entonces la información privilegiada que tenía su marido el día de la visita de Hitler y sumé dos más dos.

—Eres una de ellos —cuchicheé—. ¡Étienne pasa información a De Gaule!

Me apretó el antebrazo clavándome las uñas y señaló con un gesto de sus ojos a los soldados. Tenía razón, era una insensata al acusarla de pertenecer a un grupo insurrecto en presencia de los enemigos.

—Está bien —acaté al fin—. Dicen que tienen un largo viaje por delante, que se dirigen a un palacio de Austria perdido en las montañas para que se catalogue la mercancía y se decida su destino final. Parece que Hitler quiere abrir un museo en Linz, su ciudad natal.

—¿Nada más? —me atusó con el brazo para que prestara mayor atención—. Necesito alguna información útil.

Negué con la cabeza, incapaz de contentarla. Ella se resignó con un gesto mientras observaba cómo los dos muchachos empujaban una carretilla rumbo al vestíbulo.

—Eres una persona valiosa para nosotros —me dijo Sophie en apenas un murmullo—. Étienne quiere que nos invites a cenar a tu casa esta noche para proponeros una colaboración a André y a ti. No ayudamos solo a De Gaule.

—¿Estás loca? —me exalté al interpretar sus palabras—. ¡Tenemos un bebé! Ayudaros es peligroso.

—Aquí no —me atajó ella con un tono que no admitía réplica—. Esta noche vendremos a cenar y podrás tomar tu decisión.

El resto de la tarde fue un calvario para mí. Las horas se sumaban con aquella cadencia inquietante que te anuncia la llegada de un momento no deseado. Yo era amante del «vive y deja vivir», una mujer poco valiente y nada intrépida. El mero pensamiento de pertenecer a un grupo clandestino me daba dolor de cabeza.

Ahora me avergüenzo de esa reacción de chiquilla asustada, pero entiendo que esa mujer que llegó a casa nerviosa, y al borde de las lágrimas, pertenece a un pasado muy remoto. A pesar de mi desengaño con Charles y de la pobreza de los primeros meses de casada, nunca antes me había enfrentado a un bache difícil de asumir. Y temía demasiado los peligros que implicaría colaborar con Étienne.

Mientras me cambiaba de ropa le conté a André las novedades. Él me interrogó acerca de algunos aspectos que yo desconocía.

—Debemos escucharlos —me dijo al fin—. Los alemanes están dispuestos a cargarse a todos los judíos que encuentren, junto a los tullidos y a las personas capaces de enfrentarse a ellos. Hemos de hacer algo, Marguerite. Es nuestro deber ayudar a nuestros vecinos, intentar recuperar la libertad que se nos ha robado y hacer cuanto esté en nuestras manos para colaborar.

—¿Me estás diciendo que vamos a aceptar su propuesta? —me escandalicé—. ¡Tenemos un hijo que nos necesita! No podemos involucrarnos en cosas ilegales. ¡No quiero acabar en una prisión nazi! ¿Sabes qué les hacen a los prisioneros?

Las historias que circulaban por la calle acerca de torturas, humillaciones, vejaciones y asesinatos me llenaban de angustia. André estaba sentado en la punta de la cama, con la mirada puesta en la ventana, como si sus pensamientos se encontraran muy lejos. Movié la cabeza hacia mí para que sus ojos me hablaran.

—Sé a lo que nos arriesgamos. —Lo pronunció con una severidad que me asustó—. No quiero que mi hijo crezca en un París ocupado ni que piense que sus padres se quedaron en un rincón sin hacer nada. Prefiero morir luchando a vivir como un cobarde.

—¿Y qué será de Jaques si nos cogen?

—Tendrá una razón para sentirse orgulloso de nosotros.

—No puedes decirlo en serio. Si morimos Jaques crecerá sin padres, nunca nos lo perdonará.

—Los alemanes quieren destruir nuestro país, ¿no viste lo que hicieron con tu hermano? Según tus palabras era una persona sensible, agradable, incapaz de hacerle daño a nadie. ¡Y hace poco lo viste al lado de Hitler! ¡Y no se dignó ni a hablarte! ¿Quieres ser cómplice de personas así? Han convertido a Hans en un asesino sin escrúpulos.

—No, no, no. —Negué con todo mi cuerpo—. Hans no debió reconocerme, seguro que no sabía que era yo. Él no puede haberse convertido en un monstruo.

Se levantó y me rodeó por la cintura con sus brazos. Sentir la firmeza del abrazo, la robustez de su persona cerca de mí, la fiereza con la que me besó segundos después, me concedió la fuerza de la sensatez.

—No quiero acabar como él —admití entre sollozos—. Pero tampoco estoy preparada para morir, hay tantas cosas que quiero hacer en esta vida.

—Vamos a escucharles y luego decidimos —me propuso—. Solo te pido eso, que les dejes hablar.

—De acuerdo.

Volvió a besarme.

A las seis y media nuestros invitados llamaron a la puerta. No teníamos demasiada comida para ofrecerles una cena en condiciones, pero lo importante de esa visita no era la parte social de la velada. Hicimos pasar a Sophie y a Étienne al salón, mi suegra se excusó para ocuparse de Jaques y nos dejó a solas.

—Pertenece a un grupo de personas que intentamos organizarnos —empezó a explicar él—. Somos partidarios de la Francia Libre que promulga De Gaulle. Hace tiempo que me preparo para este momento, trabajaba para el ministerio de Asuntos Exteriores y tenía acceso a datos de primera mano, por eso cuando vi lo que se nos venía encima decidí adoptar una táctica colaboradora con los nazis para conseguir información valiosa. Varios compañeros nos hemos unido para pasar nuestras averiguaciones a los makis y a Gran Bretaña, además pretendemos sacar al máximo número de judíos de París. Necesitamos a alguien como tú, Marguerite, hablas un alemán nativo, eres perfecta para escuchar conversaciones y traducir papeles.

—¿Y qué quieres que haga? —exclamé con horror—. ¿Qué me convierta en espía?

—Más o menos. —Étienne me sonrió—. El general Von Arzer tiene previsto utilizar el despacho del director del museo como su guarida. Ya sabes que las salas dedicadas a Oriente Próximo son las que utilizan para embalar los cuadros robados a personalidades judías y que el museo está decadente. Von Arzer solo lo quiere como base de operaciones y necesita a una secretaria.

La mirada alterada que le lancé fue suficiente para que mi amiga Sophie tomara la palabra.

—Eres la persona ideal para el trabajo —me dijo con voz pausada—. Cuando sepan que eres hija de un barón alemán que era un alto mando de Hitler, Von Arzer te contratará enseguida, y una vez en su despacho puedes descubrir muchos secretos. Solo te pido que estés atenta y que te fijas en los

papeles que llegan, que escuches algunas conversaciones y que nos las cuentes después. No es peligroso.

Reconozco que el miedo me paralizó durante los diez minutos siguientes. Apenas logré pronunciar otras palabras que negaciones continuadas. Sophie y Étienne insistían con argumentos convincentes que no acababa de ver.

—Deberías intentarlo —dijo André de pronto—. Eres una mujer trabajadora, culta y con estudios. ¡Estás preparadísima para hacer de secretaria!

—¿Te has vuelto loco? —le espeté—. ¡Yo no soy una espía!

—Aprenderás a serlo. —Esa afirmación en labios de mi marido me pilló por sorpresa—. Puedes ayudar a mucha gente si lo haces.

La media hora siguiente fue un partido de tres contra uno que tenía perdido de antemano. Al final no me quedó más remedio que aceptar a regañadientes. A André le propusieron que se sumara a los efectivos para tareas de campo.

Dijon, veinte de julio de 1943

Querida Marguerite,

El pasado día quince Georg actuó en el Théâtre des Champs-Élysées, ante la alta sociedad alemana residente en Francia. Fue sobrecogedor verle en medio del escenario desde uno de los palcos, acompañado de sus padres y cinco oficiales nazis de alta graduación. Parece mentira que nunca hubiera entrado en esta magnífica sala de conciertos destinada a los grandes, a pesar de mis dotes pianísticas.

Me impresionó. Con las paredes y el suelo forrados en tela granate y esa enorme lámpara de forma circular, que con sus cristales ocupa la mayor parte del techo e ilumina la sala con su esplendor. La acústica es admirable, la vista se me enredó en el escenario de madera, con el piano negro de cola perfectamente lacado a un lado y ese guiño a la perfección.

Te hubiera gustado estar conmigo, quizás me hubieras ayudado en la ardua tarea de entender alguna de las frases que los oficiales han murmurado durante el descanso. Mi alemán me ha permitido captar bastantes palabras, descifrando parte de su conversación, pero había momentos que parecían hablar en ruso. No mencionaron a la espía de Berlín que me tiene el corazón robado, solo su intención de reunirse en Dijon en dos semanas para valorar algunos métodos para identificar a espías enemigos. La reunión tendrá lugar en casa de Von Krass.

Cada una de las notas interpretadas por Georg me recordaba a ti. Sé que me prometí superar el dolor y aparcas lo máximo posible este amor

imposible hacia ti, Marguerite, pero cuesta un mundo pedirle a tu corazón que no sienta. Te quiero, te amo y no sé cómo aplacar estos sentimientos.

Violette es una mujer alegre, simpática, con sentido del humor y unas ganas locas de vivir al máximo, pero no eres tú, no tiene tu sonrisa cautivadora, tu tono de voz ni tus labios perfectos. De momento salimos a pasear algunas tardes, compartimos un dulce mientras nos sentamos en un banco de Dijon a ver pasar a la gente y hablamos sin parar de cosas sin demasiada importancia, como si fuéramos viejos amigos.

Quizás el tiempo me ayude a convertir una simple atracción en algo más, puede que funcione, que me enamore de ella y desluzca mi amor por ti, dejándote en la memoria como un recuerdo precioso y permitiéndome continuar con mi vida.

Después del concierto los Von Krass se fueron a pasear cerca del Sena y a visitar París con Georg. No me invitaron a ir con ellos, así que tenía la tarde libre. El General me preguntó si sabría regresar al hotel. Yo le aseguré que quería dar un paseo tranquilo por la ciudad y que no tendría problema en encontrar nuestro alojamiento.

Caminé durante dos horas por un París lleno de esvásticas y con una tristeza patente en las calles. Llegué sin darme cuenta cerca de nuestra casa, con la necesidad de sentir tu presencia. No podía acercarme demasiado sin correr el riesgo de encontrarme a algún vecino, así que me quedé a tres bocacalles, con el corazón a mil por hora y los recuerdos bombardeándome con intensidad.

—Sabía que vendrías. —La voz de Étienne me sobresaltó—. Cuando me informaron de que venías a París supe dónde acabarías. Es una temeridad estar aquí, pero tenía ganas de verte y saber de ti.

Le abracé. A veces no te das cuenta de cuánto echas de menos a alguien hasta que lo ves de nuevo. Estaba igual, con aquella mirada luminosa, su vestuario perfecto, el pelo corto, una barba cuidada y su rostro de facciones armónicas dominado por dos enormes ojos grises.

¿Recuerdas el día en el que te pidió espiar a Von Arzer? Nunca olvidaré tu miedo, aquella oposición inicial, tus reticencias. Yo también estaba aterrado, sabía que aceptar ocultaba riesgos importantes y que tarde o temprano nos expondríamos al peligro, pero necesitaba formar parte de algún grupo que luchara contra la ocupación, hacer algo para detener a los nazis.

Mientras Étienne y Sophie intentaban convencerte mi mente se enzarzó en una lucha entre dos opiniones encontradas. Escuché cada uno de tus reparos, interiorizándolos, con la necesidad de decidir cuál era mi postura y si estaba dispuesto a asumir los riesgos. Por un lado no quería exponer a Jaques a quedarse sin nosotros, por el otro sentía que era nuestro deber ayudar.

Al final me decanté por ponerme al lado de nuestros amigos y convencerte de aceptar. Ahora me arrepiento, si no te hubiera alentado a hacerlo quizás estarías viva. Cuando empezaste a espiar tus nervios eran de cristal, se rompían con facilidad, y sin embargo no flaqueaste nunca.

El día quince de julio Étienne y yo charlamos un ratito escondidos en una portería cercana a nuestra casa, contándonos pequeños retazos de los últimos meses. Me trajo noticias de Adele, me dijo que trabaja para él, ha contratado a una costurera que habla alemán para ayudarla y entre las dos reúnen información cada vez que van a casa de alguna alemana de alta posición a tomarle medidas o a entregar sus trajes.

Saber que Adele está bien me emociona. Nuestra familia es fuerte y sobrevive a base de tesón y muchísima fe en una pronta liberación. Espero que su participación en tareas de espionaje no termine como la tuya.

Siempre tuyo,

André.

Mi carrera de espía para el grupo que más adelante se llamaría La Resistencia empezó a mediados de diciembre de 1940. Conseguir que Ernest Von Arzer me contratara como secretaria no fue una tarea difícil, los contactos de Étienne consiguieron que el general se fijara en mí entre la multitud de expedientes que tenía sobre la mesa.

Cinco días después de la visita de Sophie y Étienne a mi casa Von Arzer me llamó a su despacho para entrevistarme. Tenía un informe acerca de mis orígenes sobre la mesa. Los nazis eran unos paranoicos de la seguridad y no contrataban a nadie en un puesto de confianza si no cubría sus requisitos.

Durante una hora Ernest valoró mis aptitudes para el puesto dictándome varias cartas en alemán, interrogándome acerca de cómo llevar una agenda, de mi manera de ordenar el archivo y de mil tareas más. No entiendo cómo aguanté sin desmoronarme. Me temblaban las manos y el párpado derecho era presa de continuos espasmos.

Al día siguiente un soldado alemán vino a buscarme a mi puesto de trabajo en el Louvre para acompañarme a mi nueva mesa, Von Arzer quería que me incorporara ese mismo día. El horario era más extenso de lo que en un principio pensé, mi nuevo jefe requería mi presencia todo el día. Desde que cerraron el conservatorio me había acostumbrado a pasar las mañanas con Jaques y abandonarlo otra vez me parecía un sacrificio demasiado elevado, pero ya no había vuelta atrás, debía acatar mis responsabilidades y aprender a espiar.

El primer día de trabajo sentí mi corazón bombear sangre en la sien, parecía que los papeles y el teléfono tuvieran vida propia, se escurrían de mis manos con facilidad. Mis tareas eran diversas, a parte de ocuparme de la agenda personal de Von Arzer, de la correspondencia y de filtrar las

llamadas telefónicas, debía recorrer locales para encontrar el idóneo para una recepción en concreto, encargar las flores y llevarle los menús.

Pasé las horas con inquietud, mirando el reloj una y otra vez, como si el paso de los minutos pudieran incrementar exponencialmente mi ansiedad. Cuando terminó la jornada anduve por las calles de París con los ojos llenos de lágrimas, reflejo del pavor que sentía.

A medida que avanzaban las semanas conseguí serenarme. Ernest Von Arzer era un hombre amable, educado y con un alto grado de exigencia. Solía dictarme cartas en un francés exquisito o en alemán, normalmente eran sobre temas sin trascendencia política, mi jefe era el responsable de las actividades sociales de los altos cargos alemanes que residían en París y se dedicaba a organizar actos, fiestas y recepciones.

Seguí las indicaciones de Étienne al pie de la letra, era importante que me ganara la confianza del General para asegurarme acceso a documentos confidenciales. Realizaba mi trabajo con efectividad y a medida que me acomodaba a la situación me relajé. Esas primeras semanas de toma de contacto consiguieron que me sintiera lo suficientemente segura como para no pasarme las horas secándome el sudor de la frente cada vez que escuchaba pasos en el despacho.

André se incorporó a sus nuevas funciones con una valentía encomiable. Aceptó colaborar con Étienne en la creación de una red de personas que aseguraran la evacuación de los ciudadanos franceses susceptibles de acabar en un campo de concentración nazi. Nuestro amigo era de origen judío por parte de madre y tenía muchos contactos con esa comunidad. Por suerte en sus papeles no constaba esa información y él estaba a salvo.

Cada noche me acostaba al lado de mi marido contándole detalles de mi día, con la excitación propia del momento. Mi suegra dejó su trabajo de costurera para ocuparse de Jaques mientras nosotros empezamos a involucrarnos activamente en la lucha contra los invasores. André solía hablarme con emoción, orgulloso de los pasos que los compañeros de Étienne y él daban para salvar al mayor número de personas posibles.

No era la vida que había soñado para nosotros, yo prefería la seguridad de la pasividad, pero el destino había jugado sus cartas para situarme en una posición muy alejada de mi ideal de felicidad.

Necesité un par de meses para redimensionar mi mundo y adaptarme a las novedades.

A finales de febrero ya dominaba cada uno de los entresijos de mi trabajo. Me gustaba, era dinámico, me ofrecía la posibilidad de hablar en mi lengua materna y me mantenía ocupada muchas horas. Lo único que echaba de menos eran mis lecciones de piano. Por las noches le arañaba unas horas al reloj para no perder la costumbre de tocar alguna sinfonía, pero no era lo mismo.

Descubrí que era capaz de actuar con absoluta normalidad mientras escuchaba a hurtadillas a través de la puerta las conversaciones entre Von Arzer y algunas de sus ilustres visitas. Me acostumbré a fijarme en las direcciones de la correspondencia del General, a hurgar entre sus papeles cuando salía a tomar un café, a buscar información relevante entre las mil hojas que atesoraba su mesa. Sin embargo no había nada de utilidad para nuestros partisanos, todo giraba en torno a la vida social de los oficiales alemanes destinados a París.

Suponía que lo importante estaba guardado en una caja fuerte que se ocultaba tras un cuadro en la pared perpendicular a su mesa de trabajo. Lo hablé con Étienne en diversas ocasiones y convenimos en que estaría atenta para descubrir dónde guardaba el General las llaves.

He de reconocer que París no perdió su encanto durante la ocupación. André seguía con su trabajo en el bar que frecuentaban muchos alemanes y empezó a destacar en las salas secundarias de conciertos de la ciudad. Él también se fraguó una fama de colaboracionista que ayudaba a nuestras intenciones. Los alemanes se integraron en la vida nocturna de París, bailaron en nuestros locales, regaron sus cenas con champagne y mantuvieron una tensa normalidad. El París ocupado no distaba mucho del anterior, aunque nuestras libertades eran reducidas.

En el resto del mundo continuaba desarrollándose la Segunda Guerra Mundial, los alemanes ganaban más territorios y expandían su idea de una raza superior a nuevos países. No tenía noticias de Martha ni de Franz desde que abandonaron Francia, estábamos aislados en un limbo donde escaseaban las informaciones.

Von Arzer parecía satisfecho con mi trabajo, cada día me delegaba nuevas tareas y confiaba en mi criterio a la hora de elegir los menús o las salas de fiesta para un evento en concreto. Se volvió descuidado, cuando salía del despacho para almorzar ya no dejaba el cajón de su escritorio

cerrado con llave ni los papeles importantes escondidos en él ni cerraba la puerta cuando abría la caja fuerte.

Un mediodía encontré por casualidad unos planos de una mina de sal en Austria donde los alemanes guardaban cuadros y otras obras de arte. Le pasé la información a Étienne y él lo retransmitió a Londres por medio de una estación de radio. No creo que sirviera para mucho, pero yo me sentía eufórica, por fin mi misión arrojaba un resultado.

Días después escuché una conversación con un miembro del partido nazi en la que se trataba el tema de los traslados de prisioneros en tren desde París a Núremberg en pocos días. En pleno subidón de adrenalina anoté los datos en una libreta. Estaba detrás de la puerta entreabierta, con las manos sudorosas y un calor increíble en el cuerpo. Al salir del trabajo tardé más de dos horas en llegar a casa de Sophie para contar las novedades. Utilicé todos los métodos con los que Étienne me había aleccionado para asegurarme de que nadie me seguía. Llegué exhausta y nerviosa, pero con la sensación de que por fin veía cumplida una parte de mis expectativas. Étienne no tardó ni diez minutos en organizar un grupo de personas para detener ese tren.

La primavera irrumpió en París con temperaturas suaves y una explosión de color en los jardines. Von Arzer recibió un par de visitas de otros oficiales que venían del frente y de esos encuentros saqué datos acerca de sus intenciones de atacar algunos territorios de la Europa occidental. A medida que pasaba el tiempo conseguía aparcir mi angustia inicial para llenarme de valor.

Las tareas de nuestros amigos consistían en dar cobijo a las personas perseguidas por la Gestapo, transportar correos, mensajes, armas y munición, editar folletos clandestinos donde se denunciaba la situación y perpetrar actos de sabotaje para impedir que los alemanes consiguieran sus propósitos.

El día cinco de abril de 1941 supe que Von Arzer no era un simple organizador de fiestas. A pesar de vivir a una distancia importante del frente era un hombre pragmático y con un alto grado de capacidad a la hora de colaborar en la planificación de ataques. Fue por casualidad, tras despedirme de él al terminar mi jornada, caminar hacia la entrada del museo y darme cuenta de que me había dejado el bolso colgado en el perchero.

Regresé a mi mesa con rapidez, quería llegar a casa a tiempo de darle un beso a Jaques antes de acostarse. Estaba muy cansada, ese día se había alargado más de lo normal y necesitaba un baño, una buena cena y tocar un poco el piano para relajarme. El museo estaba desierto. Cerca de mi mesa escuché el rumor de una conversación. Enseguida agudicé el oído, al marcharme el general estaba solo, sin embargo en ese instante dentro de su despacho había otro hombre, su voz le delataba. No hablaban alto, desde mi posición era difícil captar más que un sonido distante.

Enseguida tuve un palpito. Me acerqué a la puerta de puntillas, con los zapatos de tacón en la mano y el corazón latiendo a mil por hora, tenía la sensación de que de un momento a otro me descubrirían espiando. La puerta estaba entreabierta. Me coloqué cerca de la abertura aguantando la respiración para discernir algo de su conversación.

«Aviones, evacuación, bombardeo, inminente, *Operación Castigo*». Estas fueron algunas de las palabras que capté al azar. El ruido de las sillas me indicó que el visitante se disponía a abandonar el lugar. Miré a ambos lados para encontrar un escondite en tres segundos y me di cuenta de la vulnerabilidad de mi posición. Me quedé tras la puerta, temblando, sin saber muy bien cómo superar ese escollo.

La puerta se abrió y un militar alemán perfectamente trajeado avanzó hacia la salida sin dignarse a mirar atrás. Yo estaba a punto de desmayarme por culpa de la ansiedad. Comprobé que Von Arzer estaba sentado a su mesa estudiando unos papeles y caminé con tino de no hacer ruido dirección a la calle.

En vez de irme a casa cogí un tranvía para llevarle la información a Étienne, tras el reglamentario cambio de vehículo para despistar a posibles seguidores. Sabía que lo poco que había captado era importante, el tono de voz empleado por los dos hombres era grave, con un grado de seriedad que pronosticaba una colaboración de mi jefe en algún plan de ataque concreto.

La estación de radio que nuestro amigo tenía montada en el desván de su casa contactaba con el SOE (*Special Operations Executive*), una organización creada en Inglaterra por Winston Churchill y Hugh Dalton para las acciones de sabotaje, espionaje y reconocimiento militar. Ellos estaban en contacto con la inteligencia británica y eran el enlace de Étienne.

Transmitimos lo poco que sabía y no tardaron en pedirnos que entráramos en el museo para averiguar qué contenían los papeles del

General. Intenté convencer a Étienne de que era una locura, probablemente mi jefe había guardado esos documentos en la caja fuerte y nosotros no podíamos abrirla.

—¿Tienes idea de cómo entrar? —me preguntó él tras escuchar con paciencia mis reticencias.

—Hay una puerta trasera que no acostumbra a tener vigilancia —dije en un tono desplaciente—. Creo que es la que ha utilizado el militar alemán. Pero es peligroso, pueden pillarte en cualquier momento, dentro del museo hay guardias siempre.

—¡Deja de poner pegas! —exclamó de pronto—. Voy a buscar a un colega que es experto en forzar cajas fuertes, tú ve en busca de André, le espero en el callejón de aquí a una hora.

Repliqué con contundencia sin que mis palabras tuvieran el más mínimo efecto en el marido de Sophie. De camino a casa repasé mentalmente los últimos sucesos, en el Reino Unido pensaban que la llamada *Operación Castigo* era inminente. Entendía el valor de la información que probablemente guardaba la caja fuerte del general, pero enviar ahí a André me parecía una locura.

Una de las promesas que nos hicimos al casarnos fue la de no guardar secretos, así que al llegar a casa le conté lo sucedido y él decidió correr el riesgo de ayudar a Étienne. Le grité con rabia, espetándole palabras malsonantes mientras le suplicaba que se lo pensara mejor, que era un suicidio, pero él no dio su brazo a torcer. Para bien o para mal pertenecíamos a un grupo que luchaba contra la ocupación.

Le esperé en la cama con los nervios en punta, escuchando cada ruido nocturno, temiéndome lo peor. Llegó pasadas las cinco de la noche, cansado, sudado y con el semblante pálido.

—Hay un operativo montado para bombardear un país del este. —Me contó mientras se desvestía—. Arzer solo tiene algunos documentos donde se nombra la *Operación Castigo* y queda claro que es un bombardeo a alguna capital del este de Europa, pero no sabemos dónde será ni cuándo. —Se sentó en la cama y se cubrió los ojos con las manos—. ¡Es desesperante! ¿Cuándo acabará esta locura y recuperaremos nuestra libertad?

—Quizás deberíamos irnos a Nueva York —le propuse abrazándolo por la espalda—. Jaques merece un futuro mejor y pasarnos el día arriesgando

nuestras vidas para arañar un poco la coraza de los nazis puede dejarle huérfano.

—¿Ya estamos otra vez? Yo soy francés, Marguerite, y no pienso permitir que unos cabrones con casacas militares me obliguen a abandonar mi casa. Por eso lucho con Étienne y sus compañeros.

—Yo no te digo que nos instalemos en Estados Unidos para siempre, es algo temporal, hasta que termine la guerra...

—¡Ni hablar! —se exaltó—. Si nos fuéramos ahora no podría mirar a nuestro hijo a la cara sin sentirme un cobarde. Tienes un puesto de trabajo que puede ayudar a muchas personas y contribuimos a hacerles la vida más difícil a los alemanes, eso es mejor que huir con el rabo entre las piernas.

—¡Trabajar para Von Arzer no sirve de nada! Se pasa el día preparando fiestas para los miembros del partido nazi, ¡es como si no estuviéramos en guerra y solo quisieran pasarlo bien! ¿Cómo pueden ser tan cínicos? Van a misa los domingos, bendicen la mesa y parecen inofensivos, pero en realidad son unos monstruos.

Recordé de golpe las condiciones inhumanas en las que recluían a los presos en los campos de concentración, el hedor en los trenes que llenaban hasta los topes de judíos indefensos, las prácticas médicas que se rumoreaba que llevaban a cabo, las matanzas. Me sentí indignada, desamparada y con un resquicio de miedo ante la evidencia de que parte de mi familia tenía una pequeña culpa de esa realidad.

—Cualquier cosa es mejor que estar de brazos cruzados, a la espera de lo que venga. —André se metió dentro de la cama a mi lado y me abrazó—. Y no es verdad que tu puesto en el despacho de Von Arzer sea inútil, hemos saboteado un par de trenes gracias a él, recuperado obras de arte importantes y sabemos que tiene alguna conexión con la dichosa *Operación Castigo*, seguro que sacas algo más, ya lo verás.

A las seis y media de la mañana empezó el bombardeo sobre Belgrado. Durante una semana Yugoslavia se llenó de aviones de la Luftwaffe que destruyeron sus comunicaciones, sus edificios gubernamentales y militares, los centros logísticos y las estaciones que los conectaban con el resto de Europa.

No tardamos en saber que ese ataque respondía al nombre de *Operación Castigo*.

OceanofPDF.com

Dijon, veinte de agosto de 1943

Querida Marguerite,

El calor de este verano es insoportable, me paso el día con la sensación de que de un momento a otro voy a arder, como si tuviera una fogata en el cuerpo. Por suerte mi habitación es bastante fresca y abrir la ventana por las noches me ayuda a conciliar el sueño, acompañado por los sonidos de la naturaleza.

Jaques está encantado con la posibilidad de corretear libre por los jardines de la propiedad, suele perseguir a las mariposas y sonreír ante cualquier novedad, bajo mi atenta mirada. Esta vida sería perfecta si no supiera quién es Von Krass y qué sucede fuera de esta casa.

Hay días en los que las bombas se escuchan cerca, acompañadas de los murmullos de los aviones surcando el cielo. Cuando bombardean de noche me despierto con la sensación de no saber dónde estoy, como si el ruido impertinente de la realidad me espesara los pensamientos.

La casa está a las afueras de Dijon, escondida en medio de una zona boscosa, rodeada de árboles. De momento no hemos pasado ningún momento peligroso ni nos han atacado. Hay un bunker antibombas preparado bajo la casa por si alguna vez tememos por nuestras vidas. Nos hemos ocultado ahí varias veces al escuchar los aviones cerca.

El mes pasado descubrí un París devastado que me describió con horror cómo se desarrolla esta guerra infame. He tomado partido, colaboro con los aliados y lo hago con la idea de liberar a mi querida Francia, pero al enfrentarme con los estragos de la lucha y pensar en Berlín no puedo

evitar sentirme indignado. En una guerra no hay vencedores ni ganadores, Marguerite, todos perdemos algo en ella, muchas vidas, ilusiones y esperanzas.

Regresar cerca de nuestra casa, ver a Étienne, escuchar los riesgos que ha asumido mi hermana y saber que hay gente inocente muriendo en los dos bandos me hizo recapacitar. No puedo seguir adelante con mis ansias de venganza ni culpabilizar únicamente a los alemanes de tu muerte, es culpa de la guerra, de esta absurda manera humana de batallar para ganar poder, como si no pudiéramos convivir en paz.

Seguiré ayudando a los nuestros, es un mal menor, sin embargo mis razones serán las de evitar que ganen los más malos, porque no quiero engañarme más pensando que nosotros somos mejores. También dejamos a familias destrozadas, a niños huérfanos, a madres desoladas.

La reunión del General fue hace tres semanas, a ella acudieron personas muy importantes dentro de partido nazi. Durante días Leclerc y yo buscamos la manera de escuchar la conversación, era importante hacerlo, estábamos seguros de que los temas a tratar eran de vital importancia para la inteligencia militar.

Durante los últimos meses los norteamericanos han rebajado considerablemente las referencias a White Blackbird para intentar desalentar a los alemanes en su afán de identificarla. Según me explicó Frédéric la mujer goza de una posición privilegiada en este momento y no pueden permitirse el lujo de perderla.

Por suerte no trataron de ella en la reunión, sino de la existencia de un posible doble agente en sus filas, alguien cercano al Fürher que se dedica a pasar información a los dos bandos, pero que ha entregado su lealtad a los aliados. La identificaron como Red Horse. Leclerc afirma que ese nombre corresponde efectivamente a una espía nuestra infiltrada en sus filas. Debemos proteger a Red Horse cueste lo que cueste.

De momento los nazis no tienen demasiados indicios acerca de las identidades de los espías dobles, pero sí han trazado un plan para atraparlos a todos. La idea es parecida a la de la última vez, pasar información falsa a cada agente suyo con la intención de evaluar cuál es la que llega a los aliados. No especificaron demasiado el contenido de esos datos erróneos, por eso es importante seguir de cerca los próximos movimientos del General.

¿Sabes cómo conseguí escuchar la conversación?; Gracias a un hallazgo de Jaques. Nuestro hijo es un niño inquieto al que le apasiona descubrir nuevos e intrigantes lugares donde esconderse. Una mañana jugamos al escondite y me pasé casi veinte minutos buscándole. Cuando escuché su risa, acompañada de sus pasos divertidos, me di cuenta de que venía de la pared. Estábamos en nuestra habitación, no podía andar demasiado lejos... Le llamé y le dije que hiciera el favor de decirme donde estaba. La seriedad de mi voz consiguió descubrirme la existencia de unos pasadizos secretos que conectan las estancias de la casa, él lo encontró por casualidad mientras jugábamos.

Después de tantos meses espionando y de intenso estudio del alemán mi capacidad de captar el sentido de las conversaciones aumenta. En mis libretas garabateo cada palabra con mi fonética particular, componiendo una partitura, por si alguna vez los guardias me cachean o la ven. Luego Leclerc y yo las interpretamos poco a poco, dándole una consistencia interesante.

Sigo viendo a Violette, es una chica agradable. Me ha insinuado que le gustaría ir más allá y comprometerse conmigo, pero no sé si estoy preparado. Le dije que habías muerto por culpa de una bomba, sin especificar cómo sucedió. Nunca pronuncio tu nombre en voz alta e intento no hablar de lo sucedido, es demasiado triste para mí.

No puedo darle a Violette lo que me pide. Mi nombre falso, mis mentiras acerca del pasado, Jaques... Tú eres mi mujer, Marguerite, nadie más ostentará ese puesto.

Tuyo siempre,

André.

49

Durante los meses siguientes conseguimos destruir un par de arsenales de armas gracias a conversaciones que escuché a hurtadillas y empezamos a esconder a refugiados en el sótano de casa mientras esperaban su turno para que la red de colaboradores les sacara de Francia en busca de un futuro mejor.

Étienne y André entraron varias veces más en el despacho de mi jefe para inspeccionar el contenido de la caja fuerte, sin demasiada suerte.

Durante el mes de mayo de 1941 un camarada llamado Louis me aleccionó en el arte de forzar todo tipo de cajas de seguridad. Teníamos claro que el general escondía documentos confidenciales en algún sitio, tras su fachada de anfitrión se ocultaba un alto mando del ejército nazi con relevancia en las decisiones que atañían a operaciones en Francia, y era importante que yo aprendiera a revelar lo que ocultaba tras el cuadro del despacho. Tardé bastante en abrir mi primera caja fuerte, pero al cabo de varias semanas ya era una experta en ese arte.

Mis reticencias iniciales se fundieron lentamente en una valentía impropia de mí. A medida que daba cobijo a personas desesperadas por escapar de las garras de mis compatriotas de nacimiento me percataba del alcance de la situación, pocos meses atrás muchos de ellos eran reputados comerciantes con fortunas nada desdeñables y las circunstancias actuales les obligaban a ocultarse en un sótano mientras luchaban por conservar sus vidas.

Hablé con muchos de ellos durante las veladas compartidas, sus destinos truncados me llenaban de rabia contra los hombres que seguían a Hitler. Esos meses maduré, entendí que mi marido tenía razón, que no podía quedarme al margen de las atrocidades que se cometían a mi alrededor cada

día. Y decidí poner todo mi empeño en la tarea de espiar, por eso empecé a observar a Von Arzer con mayor entereza.

Me deshice de una parte importante de mi sensibilidad para abrazar un conato de frialdad de la que solía hacer gala mi madre. Era cuanto necesitaba para dejar de temblar cada vez que escuchaba las conversaciones de Von Arzer detrás de la puerta o buscaba algún dato importante entre los papeles de su escritorio o me decidía a abrir la caja fuerte en una de sus ausencias. Intuía que en su casa debía guardar las cosas importantes, porque no hallaba nada muy relevante en el despacho. Sus citas con el personal del ejército alemán se producían siempre tras la jornada laboral, cuando ya no quedaba nadie en el museo.

Una de las actividades que reportó mayor número de información fue la de regresar a hurtadillas cada tarde tras despedirme para escuchar detrás de la puerta. Días antes del inicio de la *Operación Barbarroja*, el plan de invasión de la Unión Soviética, escuché varias conversaciones que se referían a ella como la más ambiciosa de la guerra.

Sabíamos que el General tenía información privilegiada de los conflictos bélicos, a parte de la que nos servía para salvar a muchos judíos de una muerte segura, pero no teníamos manera de entrar en su casa para averiguar dónde la guardaba. Ya había comprobado en demasiadas ocasiones que en el despacho solo atesoraba papeles sin demasiada importancia para nosotros.

Von Arzer vivía en una mansión custodiada por soldados del ejército alemán, entrar en ella clandestinamente era imposible.

A principios de julio una visita inesperada consiguió que la relación con mi jefe cambiara y, sin saberlo, me ofreció una mejora substancial en mis funciones de espía.

Hacía calor, el sol ocupaba una porción inmensa de cielo e iluminaba la vidriera que se abría a un lado de mi mesa. Me encantaba aquella visión del exterior, con la intensidad de la luz natural entrando a raudales para alegrarme en los días claros.

Mi atención se centraba en redactar unas invitaciones para la próxima recepción en el museo que el General ofrecía la semana siguiente. Escuché unos pasos acercándose, eran fuertes y enérgicos, como si quisieran marcar el territorio con la importancia de los galones que los empuñaban. Levanté la vista cuando se detuvieron frente a mí y di un salto en la silla al

encontrarme con aquellos ojos tan queridos y una expresión demasiado fría en su rostro.

—¡Margarete! —exclamó mi hermano sin ocultar su desconcierto—. ¿Qué haces aquí?

—Soy la secretaria del general Von Arzer.

Apenas me salió un hilillo de voz. Hans estaba cambiado, su pelo cortado al uno le confería una apariencia seria, como si la animosidad de otro tiempo se hubiera quedado enganchada a los cabellos desparramados por el suelo de alguna barbería anónima. Los ojos azules se deslucían dentro de unas cuencas que mostraban sufrimiento. La delgadez de su cuerpo se compensaba con unos músculos prietos que se insinuaban bajo la camisa caqui de militar que le empalidecía más su piel blanquecina.

—Pensaba que te habías casado y tenías un niño... ¿Ha pasado algo con tu marido?

—¡Qué ilusión verte! —Me levanté de un impulso, le rodeé con mis brazos y le besé en la mejilla—. ¿Por qué no me hablaste la otra vez, cuando viniste con Hitler? Me dolió, ¿sabes? No tengo noticias de Franz ni tuyas desde hace tiempo y necesito saber de vosotros.

Me apartó con brusquedad, como si le molestara mi contacto.

—¡Contéstame! —me exigió en un tono que no toleraba réplica—. ¿Qué ha pasado con tu marido?

—Nada. —Me retiré dolida—. Trabajo aquí, eso es todo.

—¿Desde cuándo una Von Schwartz trabaja de secretaria? —se exaltó—. ¡Tendrías que estar en casa con tu hijo y no aquí! Llevo meses guardando el dinero de papá para traértelo cuando las cosas estén más calmadas, ahora veo que lo necesitas con urgencia. ¡Y dile a tu marido que es una deshonra su dificultad para mantener a su familia!

No reconocía a mi hermano en ese hombre que me hablaba frente a mi mesa. No tenía la dulzura de Hans ni su simpatía ni su corazón lleno de buenas intenciones. ¿Desde cuándo era un machista consumado? ¿Dónde quedaba su habitual buen humor? Sentí como si en el fondo de su corazón una herida sin cicatrizar lo empujara a comportarse con dureza.

—Me gusta mi trabajo —admití con un deje de tristeza—. ¿Qué te ha pasado? Pareces una persona diferente al Hans que yo conocía.

—Ese hombre era un estúpido con ideas equivocadas de la vida. —Sus ojos parecían carentes de bondad, como si esa parte de su personalidad se

hubiera enfriado hasta convertirse en odio, dolor y rabia—. Mientras Franz y tú os quedabais en vuestras cómodas casas yo tuve que ir a la guerra, empuñar un fusil y disparar contra el enemigo. ¿Sabes qué se siente al matar por primera vez? ¿Puedes imaginártelo?

—Hans. —Volví a rodearlo con mis brazos, pero él se negó con un gesto enérgico.

—¡Guarda las carantoñas para tu marido! —Dio un paso atrás—. No tengo tiempo para perderlo con cháchara, avisa al General, necesito hablar con él urgentemente.

Apreté la tecla del interfono para llamar a Von Arzer. Me temblaba el pulso, preso de la tristeza que me invadió.

—Hazle pasar. —me ordenó mi jefe.

El despacho era un lugar decorado con muebles austeros que mostraban la verdadera naturaleza sencilla de su dueño. El General era un hombre con gustos llanos, sin que los subterfugios brillaran en cualquier parte. Para él lo importante eran los hechos, no las palabras ni los objetos.

Acompañé a mi hermano al otro lado de la puerta, donde el sol entraba a raudales por una ventana situada a la espalda de Von Arzer, que iluminaba su mesa de madera de pino barnizada y llena de papeles.

—¡Ernest! —Hans le saludó con un conato de admiración en su voz—. Hace mucho que no nos vemos. ¿Cómo van las cosas por París?

Mi jefe le sonrió con afabilidad.

—¡Hans Von Schwartz! —Se levantó con una complicidad que pocas veces le había visto para abrazar a mi hermano—. Vaya, vaya, ¿quién lo iba a decir? El joven al que instruí se ha convertido en un coronel condecorado. Marguerite, trae un poco de café.

—Con leche y... —empezó a decir Hans.

—...Dos cucharaditas de azúcar —le interrumpí—. Hay cosas que no cambian, ¿verdad Hans?

La mirada fulminante del General no nos pasó desapercibida a ninguno de los dos. Antes de contratarme mi jefe se leyó el informe que sus hombres le hicieron acerca de mi pasado, por lo que suponía que conocía mi parentesco con Hans. Por su actitud ante mi familiaridad con él intuí de repente su ignorancia al respecto.

—¿Ya tratas bien a mi hermana? —preguntó Hans al sentir la incomodidad de Von Arzer—. Trabaja porque le gusta. ¿Puedes creértelo?

Tiene un marido y un hijo esperándola en casa y ella prefiere ser tu secretaria.

—¡No tenía ni idea de que era tu hermana! —exclamó el General con una sonrisa—. Cuando la contraté leí su expediente por encima. Sabía que era de una familia alemana, pero ignoraba que fuera la tuya.

—Ahora ya lo sabes. —Mi hermano caminó hacia el sofá que se apoyaba en la pared de la derecha, frente a una mesilla de madera y cristal donde yo solía servir el café—. Traigo noticias del frente.

Salí del despacho para llegarme a la sala donde tenía una cafetera, una nevera, algunas pastas compradas por una compañera cada mañana en una pastelería buenísima de París y las tazas de porcelana con las que servía té y cafés a las visitas de Von Arzer.

Me temblaba el pulso tras el encuentro, sentía palpar mi corazón con fiereza en las sienes. Hans parecía mantener una complicidad extraña con el General, como si entre ellos existiera una gran amistad o hubieran compartido algo más en el pasado. Me limpié un par de lágrimas que asomaron por los ojos antes de deshacerme de la tristeza, no quería admitir el cambio producido en Hans, me dolía demasiado.

Cinco minutos después entré en el despacho cargada con la bandeja de plata y un servicio impecable de café y pastas. Los dos hombres callaron al verme aparecer, como si su conversación anterior girara en torno a algo importante. Aparqué unos segundos la angustia para centrarme en mi misión, necesitaba deshacerme de los sentimientos que me inspiraba mi hermano para descubrir de qué hablaban segundos antes de llamar a la puerta.

—Margarete, hace un momento hablaba con Ernest acerca de ti —me dijo Hans—. No nos parece bien que estés detrás de una mesa, es deshonesto para una mujer de tu posición.

—Tu hermano tiene razón —apoyó el General con una sonrisa—. A partir de la semana que viene vas a enseñar a una nueva candidata y entrarás a formar parte de la alta sociedad a la que invitamos a las recepciones, no puedo desaprovechar tu educación ni la posibilidad de ayudar a un amigo.

Le guiñó el ojo a mi hermano con una complicidad extraña. Mi interior se revolucionó, ¡no quería abandonar mi sitio! ¿Cómo ayudaría a Étienne entonces?

—Me comprometo a traerte el dinero que te debo la semana que viene —explicó Hans—. Y a partir de ese momento te convertirás en la señorita Von Schwartz, la acompañante de Ernest.

—¿Y qué pasa con André? —grité con rabia.

—No diremos que estás casada —contestó mi hermano, ignorando mi tono—. Acompañarás a Ernest y ejercerás de anfitriona en los actos sociales, así dejaremos volar la imaginación de los asistentes y le dejarán en paz con el tema de casarse.

Mi engranaje cerebral descubrió sin problemas la ventaja que me ofrecía esa proposición. Si Von Arzer me presentaba como su acompañante podía sacar información privilegiada de los oficiales que asistieran a las fiestas organizadas por el General. Era una manera perfecta de continuar con mi labor de espía. Pero relegar a André no me parecía justo.

Dudé unos segundos antes de esgrimir una sonrisa taimada y decir:

—Será un honor entrar en las recepciones de su brazo, General.

—¡Nada de General! —exclamó—. A partir de ahora seré solo Ernest.

Dijon, veinte de septiembre de 1943

Querida Marguerite,

Los meses se escurren con rapidez en el calendario, me parece mentira que ya estemos en septiembre, a punto de terminar el verano y con la perspectiva de caminar hacia un nuevo otoño sin ti. A veces me gustaría poseer la cualidad de detener el tiempo para quedarme absorto en un solo segundo y observar cada pequeño detalle. Si pudiera dominarlo volvería atrás y me quedaría en los primeros días en nuestra casa, cuando la felicidad dominaba cada instante, pintándolo de colores brillantes.

Muchas noches sueño con tu sonrisa, con las notas perfectas que salían del piano cuando lo tocabas con aquella emoción palpable, sin guerras, sin odios, sin muertes... ¡Qué maravillosos momentos vivimos! Lo triste es enfrentarse a la realidad de que ya no volverán, aunque debo mirar hacia el futuro, buscar una manera de caminar de la mano de la felicidad sin sucumbir a la melancolía.

Hoy he recordado tu cambio paulatino mientras te adentrabas en las fauces del espionaje, la pérdida de aquella inocencia primaria que te convertía en una maravillosa criatura con sensibilidad y fragilidad, como si fueras capaz de sentir cada instante con una vivacidad increíble, absorbiendo hasta el último resquicio de positividad.

La llegada de Hans al museo aquella tarde de julio viró radicalmente tu rumbo, quizás si no hubiera aparecido, si no hubiera mantenido una amistad con el General... Me dolió, Marguerite, no pude evitar sentir unos

celos irracionales al enterarme de tu nueva posición, de la realidad que escondían tus palabras.

Me sacrifiqué por un bien mayor, pero no dejó de ser duro acatar la decisión de Étienne y la tuya propia. Después de la reunión con Hans y Von Arzer hablamos largo y tendido con Sophie y su marido, entre los cuatro llegamos a la conclusión de que aceptar la proposición del General era una de las mejores opciones, por fin ibas a entrar en su casa y a ser capaz de descubrir cómo acceder a su caja fuerte.

Mientras os escuchaba me quedé callado en un rincón, con la ansiedad pululando impune por mi interior, despertando unos celos intensos. ¡Dejarías que me ningunearan! ¡Irías a esas galas como una mujer soltera! La rabia inundó con fiereza mi interior, llenándolo de acritud, como si quisiera rebelarse. Pero callé, Marguerite, me mantuve con los puños apretados, tragándome mis sentimientos para ayudar a la causa.

Es difícil convertirse en alguien invisible a ojos de los demás, a pesar de saber que en tu mundo solo teníamos cabida nosotros y que representarías un papel para espiar al General.

Esa noche regresamos a casa hablando de la reaparición de tu hermano, de tus sensaciones al encontrártelo, de sus cambios. Tú también empezaste a ser una mujer más fría de lo habitual, perdiste tu aura de espontaneidad, tu manera de vivir con intensidad cada instante. Ser espía consiguió moldear a una mujer capaz de contener sus emociones.

Ahora me toca a mí dar ese paso enorme. Violette insiste en formalizar nuestra relación, quiere comprometerse, hacerse cargo de Jaques y ser parte de mi vida. No puedo seguir en la brecha de recordarte eternamente, debo aceptar la estela de la realidad, centrarme en el ahora y avanzar. Lo entiendes, ¿verdad?

Mañana hablaré con ella y le pediré matrimonio. Sé que te prometí mantenerme fiel y no llevar a nadie a mi cama por las noches, pero nuestro hijo merece una mujer en su vida, la presencia femenina en casa, los cuidados de una madre postiza. Tarde o temprano deberé hablarle de ti a Violette, contarle la verdad. Todavía no soy capaz de hacerlo.

En pocos días Violette conocerá a nuestro pequeño, espero que se quieran, que se comprendan, que sean un equipo unido. Te querré siempre, eres mi luz, pero ahora me toca aprender a vivir sin ti.

Esperaremos unos meses a casarnos, hasta la primavera, cuando las flores vuelvan a reinar con su esplendor y las emociones se atemperen. Necesito olvidarte, amor mío, es la mejor solución, la única capaz de reportarme un futuro digno para Jaques.

Tuyo siempre,

André

OceanofPDF.com

51

Mi vida cambió radicalmente desde ese instante, pasaba los días cerca de Jaques en casa, acompañando a mi suegra, y unas horas en el Louvre para aleccionar a mi substituta. Las noches se llenaban de fiestas donde mi antenna se sintonizaba con conversaciones para informar a Étienne y a los británicos acerca de los datos que captaba. Descubrimos que era una manera perfecta de conocer los planes militares de los alemanes. Yo fingía que era una mujer sin demasiadas luces, simpática, con cultura y una conversación propia de las damas alemanas.

Solía colocarme cerca de los hombres, aparentando participar en las conversaciones de las mujeres mientras escuchaba los cuchicheos de los oficiales, quienes hablaban de sus planes bélicos sin miedo a que el resto de invitados se percatara de la importancia de sus palabras.

Verena, la nueva secretaria del General, era una mujer alemana afincada en París con unas ideas férreas acerca del nazismo y su importancia. Era rolliza, seca, con poco don de gentes y muy eficiente en su trabajo.

Ernest me pidió que le asesorara a la hora de preparar las recepciones y que fuera yo quien dictara mis gustos a la hora de organizar cada detalle.

A ojos de los alemanes Margarete Von Schwartz era la eterna acompañante del General, una mujer de buena familia que había decidido establecerse en París. Nadie conocía la realidad de mi vida ni la existencia de un hijo ni de un marido francés. Sé que las habladoras anunciaban una boda próxima y que las mujeres de mi nuevo círculo me adoraban.

La verdad es que disfrutaba con ese papel, sentía que mis pesquisas eran más importantes que antes y que, a pesar de no estar en el despacho durante tantas horas, todavía podía aparecer a última hora de la tarde para discutir con Verena la organización de los actos sociales que se avecinaban y

convencerla para que me dejara esperar al General cuando ella se iba a su casa.

Hans cumplió la promesa de traerme una cantidad de dinero indecente en efectivo. Mi marido la guardó bajo los cimientos de la casa, en la caja de metal ignífuga que había comprado años atrás para proteger nuestra pequeña fortuna. El día que mi hermano pisó mi casa descubrimos con estupor cuán hondo había calado el nazismo en su interior y el cambio producido en su personalidad.

Se limitó a dejarnos el dinero, saludar a André con un apretón de manos y acariciar un segundo la mejilla de nuestro pequeño. Al salir me anunció que le parecía patética mi elección de familia y que esperaba un cambio en mi manera de actuar desde ese momento en adelante. A André le dolió tanto esa actitud que me suplicó que me olvidara de mi familia para empezar de nuevo.

No podía hacerlo si quería continuar con mi misión. Entre las tardes que me rezagaba en el despacho y las fiestas contaba con un arsenal de información importante que nuestros camaradas y los numerosos apoyos en París usaban para salvar muchas vidas y frustrar algunos planes de ataque de los nazis.

A partir de ese día Hans vino a París una vez al mes. Se citaba conmigo en una cafetería cercana al Louvre para hacerme entrega del dinero. No quería ver a mi familia ni estaba interesado en conocer a su sobrino. Sospechaba que me ocultaba algo importante, pero nunca descubrí de qué se trataba, a pesar de mi insistencia en sonsacárselo.

Desde que contaba con inmunidad para escribir cartas y recibirlas intenté ponerme en contacto con Franz para contarle un poco cómo estaba la situación en Europa. Me sorprendió su respuesta indiferente, llena de interesantes noticias acerca de la marcha de su negocio de hostelería que se alejaban demasiado de mi realidad.

Con Martha me pasó algo parecido, mientras ella continuaba contándome anécdotas sobre nuestros amigos en común y la marcha de su vida, yo notaba el cambio experimentado en mi interior. La madurez se imponía a marchas forzadas para mostrarme la importancia de la situación en la que me hallaba y lo lejos que estaba de mi familia.

Una noche le confesé a André mis sentimientos. A pesar de mis emociones ya no era tan sensiblera ni lloraba con la facilidad de antaño. Las

maldades que mis camaradas eran capaces de perpetrar sin inmutarse me convirtieron en una mujer que necesitaba encarar cada día muchos obstáculos para evitar desgracias mayores.

Me sentía muy lejos de mis hermanos y de Martha, sola en muchas ocasiones, frente a una misión cada vez más importante. André luchaba codo con codo con nuestros partisanos, llevaba mensajes, participaba en actos de sabotaje y se involucraba a la hora de planear ataques contra los nazis.

A principios del mes de agosto nos enfrentamos juntos a una gran desgracia. Mi suegra murió una tarde de verano, tras un golpe de calor. El médico nos aseguró que su corazón ya estaba débil y que no sufrió. La enterramos en el cementerio con un dolor indescriptible, llorando su desaparición. Avisé a mis hermanos con telegramas urgentes, pero ninguno de ellos respondió como debía.

¿Qué le había pasado a Franz? ¿Por qué sus palabras eran tan banales? ¿Dónde estaba mi hermano? Me dolió su indiferencia y la de Martha, su «lo siento» sin muestras de cariño, como si ya no le importara lo más mínimo. Hans no se dignó ni a contestarme, como si mi dolor no le incumbiera.

Esa noche André y yo hablamos durante horas acerca de cómo había cambiado nuestra vida desde que nos conocimos. Ambos coincidimos en que mi familia quedaba en el olvido del pasado, que a partir de ese instante empezábamos de nuevo sin contar con ellos más que en lo económico. Yo tenía claro que ese dinero me correspondía por derecho y no pensaba rechazarlo para que ellos lo disfrutaran, pero en el fondo entendí que ya no les debía nada, que el cariño de antes se había escurrido bajo capas de una nueva realidad.

Días antes de una fiesta que se celebraría en la mansión de Ernest a finales de agosto descubrí la existencia de una caja fuerte en su despacho particular, donde seguramente se escondían los planes secretos del ejército alemán. Fue por casualidad, cuando acudí a su casa un sábado al mediodía para ultimar los detalles.

Él me recibió en su despacho, cerrando la caja que se ocultaba tras un Monet robado del Louvre. Me pasé la media hora siguiente con la vista puesta en el cuadro y la seguridad de que tenía que acceder a él como fuera.

Al día siguiente André y yo nos reunimos con Étienne para planear mi incursión en el despacho de Ernest. En menos de seis días tenía lugar la

fiesta y era el momento idóneo para escabullirme y fotografiar lo que hubiera dentro de la caja fuerte.

Armada con una cámara portátil, que ahora nos haría reír, acudí a la recepción. Lucía un hermoso traje de gasa de seda que acentuaba mi generoso pecho y escondía las caderas pronunciadas y la barriga un poco curva. Me recogí el pelo en un moño que resaltaba mis ojos y escondí la cámara en el pequeño bolso de vestir a juego, que terminaba el atuendo.

Me gustaría decir que estaba tranquila, pero mentiría. Temblaba al pensar en mi misión y las consecuencias que podría tener que me pillaran. Bailé del brazo del General varias canciones, comprobé que el *catering* estuviera perfecto, controlé a los camareros y ejercí de anfitriona tal como me exigía mi posición.

Tras hablar con Ernest y un par de oficiales me excusé con la necesidad de retocarme el maquillaje e ir al baño. Por suerte el despacho y el salón estaban en la primera planta de una casa colonial de altos techos, columnas adornadas, suelos de mármol y unos muebles demasiado simples para mi gusto.

Me escabullí por el pasillo y, en vez de entrar en el baño que se encontraba justo al lado del salón engalanado para la fiesta, me deslicé rumbo al despacho que se encontraba tras unas puertas de madera y cristal biselado al final del pasillo que se abría a la derecha. Escuchaba mi corazón palpar en el cuello como un aviso impertinente de mi estado nervioso. Miraba constantemente hacia atrás para asegurarme de que nadie me seguía y aguantaba el bolso por la cuerdecilla con las manos sudorosas.

La música de fondo me acompañó mientras me adentraba en un pasillo oscuro con mis tacones resonando en el suelo de mármol. Me descalcé enseguida para evitar que el sonido me delatara y avancé hacia la última puerta, por la que se accedía al despacho de Ernest. Tal como nos temíamos estaba cerrada con llave. Las enseñanzas recibidas en los últimos tiempos me ayudaron a forzar la cerradura con una horquilla de pelo.

Llevaba los guantes puestos para que no me delataran mis huellas dactilares. Entonces no teníamos métodos tan avanzados como actualmente, pero los alemanes gozaban de muchos artilugios que podían descubrirme. El despacho recibía una cantidad ingente de luz natural a través de las grandes vidrieras que daban al jardín, la recepción era una comida. Los

muebles eran a juego del resto de la casa, con formas curvas y poco ornamento en sus tallas de madera.

Caminé hacia el cuadro de Monet con los nervios en punta, atenta a cualquier ruido procedente del pasillo. La puerta estaba cerrada por precaución y el silencio me contestaba, pero la taquicardia se empeñaba en llenarme de gotas de sudor. A pesar de las lecciones para abrir la caja fuerte tenía la sensación de que no lograría mi propósito.

Aparté el cuadro a un lado, como lo hizo Von Arzer unos días atrás, rescaté el estetoscopio escondido en mi bolso e inicié la difícil tarea encomendada. En la sala se escuchaba la música animada un poco amortiguada por la distancia. Giré la ruedecilla atenta a los sonidos del engranaje hasta que descubrí el primer número. Cuando estaba a punto de saber el segundo una conversación acercándose me disparó la adrenalina.

Volteé la rueda, cerré el cuadro y corrí a esconderme tras las pesadas cortinas de terciopelo rojo que dejaban al descubierto los grandes ventanales con salida al jardín. Ernest entró un segundo después acompañado de un hombre, que por su manera de hablar debía ser un alto mando del ejército nazi.

Su conversación era suave, en murmullos lentos y apasionados, como si escondieran una intimidad extraña en alguien cuya visión de la vida excluye la posibilidad de tener relaciones con una persona de tu mismo sexo. Aguanté la respiración cuando descubrí con estupor que acababan de besarse entre susurros extasiados.

No me podía creer que bajo la apariencia viril del General se escondiera un homosexual capaz de gemir de aquella manera en presencia de otro hombre. ¿Cómo se explicaba su condena a sus iguales? ¿Y su tendencia a destruir a quienes ellos llamaban desviados? La boca se me llenó de bilis, no porque tuviera una mala visión de los gays, sino por el asco que me producía entender el grado de hipocresía que gastaba mi jefe.

Durante un cuarto de hora retozaron en algún lugar del despacho. Quizás sobre el sofá de piel negra que se extendía a unos pasos frente la mesa... Les escuché con arcadas y la sensación de que de un momento a otro me descubrirían.

Minutos después los sonidos del lavabo personal de Von Arzer, junto con una conversación ahogada por el agua de la ducha, me demostraron que podía moverme para desentumecer mis músculos agarrotados. Eché un

vistazo al despacho vacío. Todo parecía normal, como si no acabara de suceder un acto tan alejado de la doctrina nazi que predicaban esos hombres de uniforme.

Algo que siempre me asombró de los militares y simpatizantes de Hitler era esa frialdad a la hora de condenar a un judío a la cámara de gas, mientras ellos seguían comportándose con calor en sus casas. Era un contraste que no entendía, uno que mostraba dos caras completamente opuestas de una misma moneda. ¿Cómo se puede abrazar y besar a un hijo para luego erradicar a muchos de la faz de la tierra?

Volví a escuchar sonrisas y voces en el despacho. Una silla que se arrastraba un poco por el suelo, un golpe seco, la rueda de la caja fuerte...

Agudicé el oído.

—Cinco del doce del cuarenta —dijo Ernest—. El día en que te conocí.

Durante los diez minutos siguientes discutieron un par de cosas sin relevancia, comprobaron varios papeles y se comportaron como dos militares entrenados para la lucha. Hablaron acerca de dos acorazados alemanes y de su situación en los próximos días. Si conseguía esa información quizás los británicos podrían actuar.

Cuando se fueron salí de mi escondite. Tenía el corazón acelerado, la pierna derecha dormida y un nerviosismo propio del momento. No había nadie ni podían verme, pero la escena que acababa de escuchar, unida a la necesidad de encontrar papeles relevantes en la caja, aumentaba mi ansiedad.

Cinco, doce, cuarenta... Sabía la combinación, pero no las vueltas que debía dar a la rueda... Volví a colocarme el estetoscopio en los oídos, respiré con lentitud y forcé a mi mente a encontrar la respuesta. Al fin di con la combinación correcta. Con los guantes puestos tomé los papeles que temblaban entre mis dedos, los coloqué sobre la mesa y los fotografié sin estudiarlos, estaba demasiado alterada para ello.

Minutos después regresé al salón, tras dejar el despacho tal y como lo había encontrado al entrar. Ernest empezaba su discurso y me buscaba con la mirada. Sentí el pulso escalar posiciones mientras me deslizaba entre los invitados con una copa de champagne rescatada de una mesa. Al fin me detuve entre un grupo de mujeres que charlaban animadas. Como pude compuse una sonrisa y me encontré con la mirada de Von Arzer, alcé la

copa y asentí. Él contestó a mi gesto con una caída de ojos que me indicaba mi próximo paso.

Sin esperar a las primeras palabras del discurso que él había ensayado varias veces en el despacho del Louvre, subí a la tarima donde estaban los músicos, brindé con mi copa con el anfitrión y le presenté, tal como habíamos convenido. Modulé la voz al máximo para que ocultara mi verdadero estado, inspiré una bocanada de aire para relajar las cosquillas de mi abdomen y actué.

OceanofPDF.com

Dijon, veinte de octubre de 1943

Querida Marguerite,

El primer domingo de mes Violette vino a conocer a Jaques, le llevamos a dar una vuelta por el bosque e hicimos un picnic al aire libre. Se entendieron bien y fue un encuentro agradable. Es importante que afiancen su relación antes de venir a vivir conmigo.

Hemos decidido fechar la boda para finales de mayo, cuando la primavera ya sea una realidad esplendorosa.

Von Krass necesita una nueva cocinera, la que tenía enfermó la última semana de septiembre y el pronóstico del doctor no es demasiado favorable. Es una buena noticia para Violette, ¿te he dicho alguna vez que cocina como los ángeles? Ahora trabaja para otro alemán como pinche y está deseando prosperar en su posición.

He hablado con Von Krass para proponerle que la contrate, si está cerca de Jaques durante unos meses conseguirá ganárselo y poco a poco formará parte de su vida. No me gustaría que el niño sufriera por culpa de mi próxima boda ni que se confundiera, tú siempre serás su madre y no permitiré que se pierda tu recuerdo.

En el tema de White Blackbird y de Red Horse estoy en tablas. Desde que descubrí los pasadizos he dibujado un mapa de ellos, buscando la entrada a cada una de las estancias y trazando las rutas entre ellas. Esta casa debió ser de algún noble en la Edad Media, seguramente construyó la red oculta de corredores secretos para espiar las cámaras. En cada habitación he encontrado una abertura disimulada desde la que observar

qué sucede en el interior y escuchar las conversaciones gracias a una acústica perfecta.

Lo mejor es que hay una entrada al despacho del General, eso me ayuda a entrar sin ser visto por las noches y a mirar en el interior de la caja fuerte cuando es necesario. No tengo tu habilidad, a mí no me adiestraron para forzar cajas fuertes, pero conozco la combinación gracias a las muchas veces que le he espiado desde mi escondite.

Si he de serte franco, la primera vez que la abrí me temblaban las piernas. No pude evitar sentirme unido a ti en la distancia. Te imaginé aquel mediodía en casa de Von Arzer, escondida tras las cortinas granates, con la sensación de que de un segundo a otro te descubrirían. Entonces yo me pasaba los días en casa o en mis clases, muriéndome de angustia, con la sensación de que no debería permitirte arriesgar tu vida.

Fuiste valerosa, amor mío. Entonces no fui capaz de ver lo mucho que te exponías, en el fondo prevalecía mi instinto primario de conservación, con la absurda creencia de que esa patraña inventada por Von Arzer para hacerte pasar por su acompañante me arrebataría parte de mi virilidad.

Descubrir su homosexualidad fue un guiño de emoción en mi interior, durante semanas temí que su intención fuera seducirte. ¿Qué hubiera pasado entonces? Mi imaginación trazaba un final nada halagüeño, quizás si él te proponía relaciones debías aceptar por un bien mayor... ¿Justificaba cualquier cosa nuestro afán de ayudar a los aliados?

Era una situación extraña. No debí permitirte seguir con la farsa ni entregarte de esa manera a la causa. Esa fue nuestra perdición. Si pudiera cambiar el pasado me iría a Nueva York sin dudarlo antes de que la guerra fuera una realidad, cedería ante las repetidas peticiones de tu familia de poneros a salvo a Jaques y a ti. Fui un imbécil negándome con aquella vehemencia. Si no lo hubiera hecho ahora estarías entre mis brazos.

Últimamente los intereses de Von Krass se centran en la máquina Enigma, una invención que permite encriptar las comunicaciones de los nazis. Leclerc dice que es importante encontrar cualquier dato referente a ella, si lográramos descifrar el código tendríamos a los alemanes en nuestras manos.

De momento no he conseguido demasiada información útil para los camaradas. Solo algunos detalles acerca de la operación Pigmaleón, en la

que el General quiere desenmascarar a varios de los tops que anidan en sus filas.

La semana pasada se citó con un mando de la Gestapo, entre los dos prepararon un plan interesante para arrojar algo de luz acerca de las identidades de las dos espías más cotizados en este momento. Desde que los aliados rebajaron sus comunicaciones acerca de ellas los nazis van a ciegas y eso desestabiliza a Von Krass.

Espero descubrir algo interesante pronto.

Tuyo siempre,

André.

OceanofPDF.com

Los días posteriores recurrimos a un fotógrafo del grupo de disidentes para revelar los papeles que Von Arzer guardaba en su caja fuerte. Contrariamente a las creencias populares la resistencia interior no fue un movimiento unificado hasta bien entrado el cuarenta y tres, nosotros nos llamábamos *Liberté*, un nombre elegido para recalcar cuál era nuestro objetivo.

Éramos un conjunto de hombres y mujeres con ideas propias acerca de la guerra que se libraba en Europa, unidas por una causa común. Étienne era nuestro líder indiscutible, su carisma conseguía mover montañas a su alrededor y convencer a cualquiera de que la única manera de lograr una Francia libre era batallando, aunque casi no tuviéramos armas.

Sophie llevaba un par de meses destinada a transportar en coche a los fugitivos hasta una granja de las afueras, donde unos compañeros se encargaban de acompañarlos en el largo camino hacia la frontera suiza o a Marsella, donde se embarcaban hacia destinos Atlánticos. Sabía que teníamos una red de falsificadores que trabajaban en secreto en la granja para conseguirles documentación en regla a los fugitivos, era la única manera de sacarlos del país. Mi amiga se convirtió en una experta a la hora de fingir tranquilidad, dejó a un lado la mujer soñadora y aventurera que la caracterizaba para abrazar a alguien con la sangre fría necesaria como para desafiar a los alemanes. He de confesar que admiraba a Sophie, era una persona valiente, con un espíritu de lucha y sacrificio increíble.

Me recuerdo de pie con mi amiga al lado en aquel cuarto oscuro, con las fotografías secándose colgadas de unas cuerdas y la emoción de descubrir qué contenían. Teníamos las esperanzas puestas en los documentos que nos revelarían esos negativos pasados por líquidos específicos. Yo retorcí las

manos sobre el regazo, no podía contener mi inquietud como ella y en momentos puntuales suspiraba antes de ponerme a dar vueltas en círculo en un espacio reducido.

Cuando al fin las palabras impresas salieron a la luz empecé a parlotear a una velocidad de vértigo, sin centrar mis ideas. Le pregunté al fotógrafo si podía cogerlas, pero él me pidió un poco más de paciencia. Parecía un gato enjaulado, necesitaba salir de ese lugar para acariciar la luz del sol con las fotos perfectamente preparadas para una inspección.

—¿Dónde se compra la paciencia? —bromeé—. Necesito un par de quilos para tranquilizarme.

Las carcajadas de Sophie me ayudaron a desatar las mías.

—¡Eres un caso! —me dijo—. Te metiste en el despacho del General, le espiaste mientras se tiraba a un militar, abriste la caja y fotografiaste todo esto. ¡Y ahora te pones histérica por unos minutos de espera!

—No es lo mismo... —argumenté entre risas—. Tengo curiosidad por saber si todo eso valió la pena.

—La curiosidad mató al gato, Marguerite.

Al fin obtuvimos permiso para descolgar las fotografías y salir al salón a examinarlas. Las sostenía entre mis dedos atacados por un tembleque intenso, sentía mi estómago agarrotado y deseaba constatar que los minutos de ansiedad escondida tras la cortina habían dado unos frutos sabrosos.

—Apenas se ve la letra —me quejé al descubrir el tamaño de la foto.

—Voy preparada. —Mi amiga me guiñó el ojo derecho—. Aquí tienes una súper lupa de espía. Seguro que te va de película.

Tenía razón.

Me senté en la silla de madera y mimbre, frente a una mesa redonda de madera oscura que contenía un tapete de puntas hecho a mano. El salón de Gérard, el fotógrafo, era un lugar pequeño, mal ventilado y con signos de pobreza en los muebles ajados y desconchados, la pared había perdido el blanco immaculado de antaño para recibir manchas de humedad amarillentas y las cortinas raídas apenas cubrían una ventana de cristal tan sucia que apenas dejaba entrar la luz.

Encendí la lamparilla de pie con una pantalla circular de color ocre, enfoqué las imágenes y me dispuse a traducirlas en una libreta que había comprado la tarde anterior en la papelería de al lado de mi casa.

Las últimas luces de la tarde se ocultaron en el ocaso cuando transcribí la última frase.

A simple vista solo nos servían tres documentos, los otros eran contratos suscritos hacía poco con empresas armamentísticas, y avalados por Von Arzer en su último viaje a la República Checa.

Con los años descubrí que la mayoría de esos papeles carecían de valor legal, solo eran una manera de justificar el uso del subsuelo para esconder la producción armamentística de los nazis. Al no contener direcciones ni un lugar detallado donde se realizaban los trabajos nuestros aliados del servicio secreto británico apenas lograron darles un uso útil.

Sin embargo había tres documentos importantísimos, eran los emplazamientos del *Admiral Scheer*, un acorazado pesado de la flota alemana que a primeros de septiembre sería destinado a Oslo, de un arsenal de armas escondido en los bosques de Bélgica y de las actividades de asesinato de personas terminales que se llevaban a cabo en un castillo austríaco llamado Hartheim.

Las arcadas me sacudieron mientras traducía las atrocidades cometidas por mis compatriotas en Hartheim, donde los enfermos eran exterminados por inhalación de monóxido de carbono, luego quemados y enviados en urnas a sus familiares con un certificado de defunción falso. Más adelante supe que esa práctica sirvió de ensayo para la posterior aniquilación de judíos en campos de concentración.

Enviamos las traducciones cifradas a nuestros camaradas ingleses. En diversas ocasiones intenté que Étienne mencionara sus nombres o la manera en la que había entrado en contacto con ellos, pero mi amigo era una tumba, un hombre inquebrantable que murió con ese y muchos secretos más.

El cinco de septiembre el Escuadrón número dos de la RAF, equipado con bombarderos B-17, atacó con mal resultado al acorazado alemán en tierras noruegas. El día ocho bombardearon con éxito el arsenal de armas escondido en Bélgica y nosotros celebramos el anuncio recibido por radio con un par de copas de champagne que había substraído de la bodega personal que el General tenía en el sótano de su casa.

Poco podíamos hacer con las averiguaciones del castillo de Austria, más que llenar las páginas de angustiosas y dolorosas realidades que el avance de los nazis sembraba a su paso.

A partir de ese día supe que debía acudir con una cierta regularidad a casa de Von Arzer para examinar la caja fuerte. Junto a Sophie ideamos una coartada perfecta para persuadirle, al conocer sus inclinaciones sexuales y la manera en que eran tratadas por su propio ejército, decidimos proponerle un trato al General: convertirme en una amante secreta cara a la alta sociedad alemana residente en París para que él contara con libertad de salir con quien quisiera.

No me costó demasiado convencerle de que debíamos fingir un idilio. Apelé a su soltería, a las malas lenguas, a la necesidad de mostrar en público una relación más sólida conmigo. No mencioné lo que sabía, pero sí le di la vuelta a la conversación para hacerle caer en la cuenta. Ernest convino en que sería de muchísima utilidad mi propuesta y empecé a pasar una noche a la semana en la habitación de invitados de su casa.

Durante los meses de octubre, noviembre y diciembre mis pesquisas me llevaron a desmontar algunos planes para apresar a parisinos subversivos o judíos, enviar bombarderos a cuatro arsenales de armamento, descubrir la ubicación de algunos destacamentos militares e identificar los experimentos que los científicos alemanes realizaban con cobayas humanas.

Ernest Von Arzer resultó un pozo de información y un hombre con dos caras. Su lado humano era agradable, simpático, entusiasta... El oscuro me mostró a un monstruo capaz de jugar con las vidas de personas inocentes. Él atesoraba la información científica, fruto de aberraciones, y disponía nuevas ideas para investigar en el campo de la medicina.

Debo admitir que algunos de los hallazgos nazis sirvieron para mejorar considerablemente la esperanza de vida de la raza humana, pero a medida que fui consciente de los métodos que usaron el asco se convirtió en mi aliado para deshacerme de esa sensibilidad absurda de antaño y construir una mujer fuerte, con ideales y capaz de fingir ser la pareja de alguien a quien aborrecía.

El siete de diciembre de 1941 el curso de la implicación estadounidense en la guerra cambió. Cuando los bombarderos japoneses lanzaron su ataque contra la base naval de Pearl Harbour, donde dos mil cuatrocientos dos norteamericanos perdieron la vida, se destruyeron ciento ochenta y ocho aeronaves, se dejaron mil doscientos ochenta y dos heridos y se hundieron tres cruceros, tres destructores, un buque escuela y un minador, la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial fue un hecho. El ocho de

diciembre declararon la guerra a Japón y el once fue Alemania y la Italia fascista quienes se pronunciaron en contra de EEUU.

Mandé enseguida un telegrama a Franz. A pesar de las escasas comunicaciones entre nosotros, del tono ausente de sus últimas cartas y de mi decisión irrevocable de dejar a mi familia atrás, deseaba saber si mi hermano mayor también se alistaría en el ejercito para combatir. No tardó en contestarme, su deber era partir para la guerra, a pesar de que deseaba quedarse al lado de su esposa y sus dos hijos.

Martha me escribió pidiéndome que no volviera a contactar con ella. No soportaba la idea de tener a su marido lejos ni quería a una amiga al otro lado del planeta. No entendí esa reacción. Mi hermano también apoyaba el escrito y me suplicaba que me olvidara de ellos, como si pudiera arrancármelos del corazón de un plumazo.

Lloré amargamente por esa realidad que no entendía ni aceptaba, mi familia al completo me daba la espalda. Les escribí regularmente sin recibir ninguna respuesta, Martha jamás me contó dónde estaba Franz ni si continuaba con vida. Las visitas de Hans tampoco me aclaraban demasiado, ya no nos veíamos en una cafetería, nuestros encuentros eran rápidos, con un intercambio de dinero y un «hasta pronto».

André, Jaques, Adele y su marido e hijos se convirtieron en mi única familia. Les hice prometer que si alguna vez faltaba no buscarían consuelo ni ayuda en mis otros familiares, no se merecían nada de nosotros, nos habían abandonado a nuestra suerte. Admitirlo frente a ellos me dolió, como si acabaran de clavarme un puñal en el vientre, y también me sirvió para endurecerme.

Mi cuñada deseaba abrir su propio taller de costura y yo se le financié tras hablarlo con André. Ella se merecía ser la dueña de su destino y el inmenso capital que atesorábamos bajo los cimientos de la casa debía servir para hacer felices a las personas a las que amábamos.

Enero de 1942 transcurrió sin más hechos importantes que un par de descubrimientos en la caja fuerte del General. Es curioso cómo la mente humana logra aparcar a un lado la sensibilidad para redimensionar a una persona. Una vez a la semana dormía en casa de Ernest y aprovechaba las sombras nocturnas para deslizarme suavemente hasta su despacho e inspeccionar el contenido de su caja fuerte. Fotografiaba los papeles y una vez reveladas las fotografías los analizaba, en busca de información útil.

Al principio esas escapadas nocturnas me producían un aumento significativo de las constantes, sudor frío, náuseas... A medida que el tiempo avanzaba me sentía más segura, más fuerte, más capaz de capear cualquier obstáculo. Ahora, cuando echo la vista atrás, descubro una metamorfosis en mi manera de actuar y de sentir que me convirtió en alguien muy alejado de la Margarete soñadora e idealista de mi infancia. Hay días en los que me pregunto cómo acabé espionando a un general de mi país, fingiendo frente a otros oficiales una relación con él y manteniendo esa doble vida.

Cada tarde pasaba un par o tres de horas en el Louvre, ayudaba a la nueva secretaria de Ernest, controlaba su agenda y me quedaba a escuchar sus conversaciones tardías, cuando él pensaba que no quedaba nadie en el recinto. Me acostumbré a esa rutina, ya no era algo especial ni adrenalítico, simplemente era mi vida.

A mediados de febrero otra visita de Hans me puso sobre la pista de algo importante. Mi hermano me citó de nuevo en el café de antes, su semblante era preocupado, como si no supiera elegir las palabras idóneas para contarme lo que le quemaba por dentro.

—¿Pertenece a un grupo subversivo? —me preguntó a bocajarro en un murmullo cuando nos trajeron un par de chocolates calientes.

—¿Qué?! —me exalté.

—Ernest sospecha de ti, me lo ha dicho esta mañana cuando le he visto en el despacho —susurró con preocupación—. Desde que duermes una vez por semana en su casa los actos de sabotaje a objetivos que él conocía han aumentado y no es tonto. Así que te vuelvo a hacer la misma pregunta: ¿eres una espía? ¿Trabajas para un grupo antinazi? ¡Joder Margarete! Necesito que confíes en mí.

Mi estómago estaba revuelto, con el chocolate regurgitando. Mi pulso parecía dispuesto a jugar un partido de tenis y el sudor copaba cada rincón de mi cuerpo. Bajé la taza lentamente hasta el plato, con la mente enredada en las posibilidades que tenía de salir airosa de esa conversación. Los meses de entreno me habían servido para esconder mis emociones, por eso logré componer una expresión de indiferencia.

—¡Estás loco! —le dije—. ¿Cómo crees que yo sería capaz de algo así?

—Ve con cuidado, si te descubren o sospechan más de la cuenta no podré hacer nada por ti. Sé que Ernest no ha informado al mando superior,

solo me lo ha contado a mí para que hable contigo.

Negué una vez más mi implicación y regresé a casa con la angustia asida a mi piel. Horas después mantuve una larga conversación con Étienne, Sophie y André acerca de las sospechas de Von Arzer y cuál debía ser nuestro próximo paso. Al fin convenimos en que debía continuar con mi vida como si nada, podía ser que Hans solo intentara ponerme nerviosa para que me delatara.

Los cinco días siguientes se convirtieron en una agonía. No sabía si las sonrisas de Ernest eran fingidas o si en el fondo eran una manera de fiscalizar mis acciones. Cada vez que hablaba tenía miedo a descubrirme, cuando caminaba por la calle pensaba que alguien me seguía y no paraba de girarme para observar tras mi espalda. No dormía, mis nervios en punta me lo impedían.

OceanofPDF.com

Dijon, veinte de noviembre de 1943

Querida Marguerite,

El día nueve celebré el quinto cumpleaños de Jaques junto a Violette. Poco a poco empieza a formar parte de nuestra vida. Trabaja en la cocina del General y suele pasar las tardes libres paseando conmigo y con el niño por la finca o por las calles de Dijon. En seis meses nos casaremos, seguro que nuestra vida será bonita, pero no tan perfecta como la que construí contigo.

Nunca dejarás mi corazón, eres la luz que alumbra mi camino, Marguerite, pero necesito sonreír de nuevo, vivir, salir a flote y no hundirme entre la melancolía. Te fuiste, los nazis me arrebataron la posibilidad de envejecer a tu lado. Nunca les perdonaré esa realidad, tú seguirás presidiendo mis sueños, pero Violette será una brizna de aire fresco en mi pequeña burbuja de tristeza.

Perdóname esta debilidad, anhelo perderme en tus brazos, besarte, volver a sentirte vibrar con mis caricias y me cuesta un mundo aceptar que ya no volverá a pasar. Nuestro hijo agradecerá una voz femenina en casa, una mujer que le dé cariño, amor, comprensión... Violette es una buena persona, quizás con el tiempo aprenda a quererla... Ojalá sea así porque ahora me siento muerto en vida.

A principios de este mes encontré una información valiosísima para los aliados en la caja fuerte de Von Krass. Su red de inteligencia nazi pretende enviar a un espía a Londres con la misión de acercarse a uno de los altos mandos británicos. Es una mujer con dotes de seducción, alguien con la

capacidad de llevarse a la cama a su objetivo y conseguir el máximo de datos mientras retoza con él.

¿Quién es capaz de algo así? Es como si vendiera su cuerpo a cambio de migajas. Suerte que tus meses de espía en casa de Von Arzer nunca ocultaran la necesidad de meterte en su cama, no lo hubiera aguantado. Cada vez que dormías en su mansión sentía que mi mundo se tambaleaba, me pasaba la noche en vela, anhelando tu regreso, con la sensación de que alguien intentaría abusar de ti.

Sé que pasar una noche a la semana en casa de Von Arzer fue una decisión consensuada, estuve de acuerdo en que fueras, pero también tengo claro que fue el principio del fin. Si no te hubieras implicado tanto ahora estaríamos juntos.

Me pasaba las horas de soledad en nuestra alcoba, despierto, con la sensación de que de un momento a otro vendrían a buscarme con la constatación de que te habían descubierto. ¡Eras tan competente! Te escabullías en mitad de la noche para abrir la caja fuerte del General, en busca de secretos que ayudaban a los nuestros a detener ofensivas nazis.

La ansiedad consumía las horas de alejamiento, cada vez que acudías a una recepción o dormías en su casa debía lidiar con unos celos absurdos, tú arriesgabas la vida mientras yo permanecía inactivo, esperándote, con la sensación de que te perdería. ¿Y si Von Arzer intentaba propasarse?

Ahora estoy en tu misma situación, viviendo en una casa ajena, donde moran nuestros peores enemigos, y bajando por los pasadizos por las noches a hurtadillas para descubrir los secretos que guarda Von Krass. Me siento cerca de ti, es como si tu estela me acompañara, como si pudiera tenerte a mi lado cada vez que me escurro entre la oscuridad para fotografiar documentos ocultos.

Recuerdo nuestras largas conversaciones cuando regresabas de una noche fructífera, cómo describías tu estado ansioso mientras perpetrabas la incursión en la caja fuerte de tu benefactor, cómo la adrenalina que surcaba tu organismo conseguía disparar tus constantes hasta cotas insospechadas. Es curioso, a mí me pasa lo mismo...

Somos dos almas gemelas, amor mío.

Tuyo siempre,

André.

OceanofPDF.com

55

El día veinte de febrero de 1942 salí del Louvre a las seis de la tarde con la intención de irme a casa. Era una tarde fría, oscura y con una clara amenaza de lluvia. Crucé la calle para pasarme por la pastelería, a Jaques le encantaban los croissants que horneaban allí y quería sorprenderle.

Tras cruzar la calle me detuve en seco, con un aumento de mis latidos cardíacos. Charles estaba apoyado en el aparador de la pastelería. Los años de separación habían dejado unas cuantas arrugas alrededor de sus ojos, vestía con un traje militar alemán, su porte era erguido y le brillaban los ojos. Su mirada me recorrió con ansia, como si todavía pensara en mí en términos románticos.

—Charles —murmuré mientras buscaba la manera de detener las sensaciones que inundaban mi interior—. ¡Qué casualidad!

Él esbozó una de sus sonrisas demoledoras.

—Me alegro de verte. —Se acercó a mí para besarme en la mejilla—. Te he echado mucho de menos.

—¿Desde cuando trabajas para los nazis? —le pregunté a bocajarro, señalando el uniforme—. ¿Qué haces en París?

—He venido a buscarte.

Di un paso atrás y negué con la cabeza, sin entender demasiado esa afirmación.

—Lo nuestro se acabó, Charles —musité—. Me he casado, tengo un hijo y una vida, no voy a irme contigo a ningún sitio.

—Tu vida y la de tu familia corre peligro, Margaret. —El tono de su voz indicaba que no metía—. No soy un nazi, confía en mí.

—En el pasado no fue una buen idea.

—He cambiado y mis intenciones son honestas, solo quiero mantenerte con vida.

Sus ojos escudriñaron la calle para cerciorarse de que estábamos solos. No me costó notar la tensión en sus músculos agarrotados.

—Me alegro de verte —le dije—, de verdad, pero ahora debería irme a casa.

—Margaret, necesito hablar contigo. —Me agarró del brazo y se acercó para susurrarme al oído—Pertenezco a la OSS y tengo información acerca de las intenciones de Von Arzer.

Ese anuncio me pilló por sorpresa, la Oficina de Servicios Estratégicos era el servicio de inteligencia estadounidense. De repente la última conversación con Hans cobró una dimensión demasiado elevada para no dispararme los latidos.

Asentí a modo de respuesta y le permití llevarme hasta un automóvil aparcado a pocas calles de ahí. Durante el camino Charles observó constantemente cualquier movimiento extraño cerca de nosotros y se mantuvo callado.

—Hace un cuatro días interceptamos un mensaje que el General mandó a uno de sus subordinados para que te vigilaran —me explicó una vez en el asiento del conductor—. Hablaba de sus sospechas acerca de tu participación con algún grupo antinazi y daba instrucciones precisas para deshacerse de tu cuanto antes. Rápidamente me puse en contacto con mi superior para que conseguir su permiso para sacarte de París. No podía dejar que te mataran Margaret.

—¿Ernest sospecha de mí? No lo entiendo.

No sabía si podía confiar en él, su palabra apenas tenía validez en el pasado, pero me parecía imposible que su lealtad no fuera con los estadounidenses.

—Me subí de inmediato a un avión para venir hasta aquí, salté en paracaídas en medio del bosque, me deshice de un oficial de mi talla para robarle el traje y he venido a por ti. —Alargó la mano para acariciarme la mejilla—. Si te hubieras quedado en Nueva York ahora no estarías en peligro.

—He luchado para liberar a mi país. —Esbocé una sonrisa triste—. No me arrepiento de nada, volvería a convertirme en espía otra vez si volviera atrás.

Cerró los ojos un segundo y asintió.

—Voy a sacaros del país —dijo, y puso el automóvil en marcha—. Tengo un plan de evacuación para ti y tu familia antes de que Von Arzer te haga daño.

Intuía que le dolía aceptar esa realidad, como si todavía me quisiera. Me lanzó una mirada profunda que mostraba la intensidad de sus sentimientos. No voy a negar que mis emociones se revelaron como un torbellino extraño que me provocaba deseos de besarle, aunque mi amor por André seguía tan puro como el primer día.

Condujo unos metros más en silencio, observando constantemente el retrovisor para asegurarse de que no nos seguían.

—Te quise muchísimo —me dijo de repente, a pocas calles de mi casa—. Fui un estúpido dejándote escapar, tenía pánico al compromiso, no quería perder mi libertad... Me di cuenta demasiado tarde de que no la quería sin ti a mi lado. Te busqué, incluso me plateé venir a Europa. —Sonrió con amargura—. ¡Cuando Martha me dijo que estabas con otro creí morir! ¿Por qué te fuiste sin hablar conmigo? ¿Por qué me dejaste, Margaret?

—Lo sabes perfectamente. —Suspiré—. No podía continuar contigo sin sufrir, era demasiado complicado. Me engañaste por segunda vez. Recuerdo tu mirada aquel día frente a nuestro cine, de la mano de otra mujer. ¡Te atreviste a invitarla a nuestro sitio! Verte allí con ella me destrozó, por eso me fui, porque no quería caer otra vez en la tentación de perdonarte, porque necesitaba conservar mi dignidad, a pesar de que todavía era una niña con mucho mundo por descubrir.

Por unos instantes aquel momento regresó a mí y me descubrí como una persona ajena a mi presente, una niña herida, una joven inmadura con demasiadas cosas en la cabeza, una Margaret que amaba y sufría por ese amor.

Charles aparcó el coche a dos manzanas de mi casa, apagó el motor y se quedó sentado, mirándome con ternura.

—¿De verdad eres una espía? No puedo creer que la Margaret que conocí ponga su vida en peligro para conseguir información.

—Esa Margaret ya no existe, tú te ocupaste de destruirla y la guerra ha acabado de convertirme en alguien completamente distinto. Al principio robaba los secretos de Ernest con un subidón de nervios, pero a medida que

salvábamos vidas gracias a mis incursiones a la caja fuerte o a escuchar sus conversaciones tras la puerta cuando pensaba que estaba solo en el museo, superé la inquietud y empecé a comportarme con la frialdad necesaria para salir indemne de la situación. Los nazis están locos, Charles.

—Estamos en el mismo bando. —Me acarició la mejilla—. Yo también tengo órdenes estrictas de acabar con esos cabrones. Quizás deberías regresar a Berlín, tu familia está muy cerca de Hitler y conseguirías información más importante que la de Von Arzer. ¿Quieres convertirte en una informante de la OSS? ¿En una espía en toda regla?

—Mi madre jamás me dejaría volver.

—Lo sé, Martha me contó lo sucedido entre vosotras.

Le miré de hito en hito, ¿Martha le había contado cosas sobre mí? Mi antigua amiga cada vez me sorprendía más.

—¿Y qué más te explicó?

—Pareces cabreada. —Me guiñó un ojo—. Nos hemos acercado mucho este último año. Desde que tus cartas empezaron a ser antipáticas y con claras indicaciones de que no querías tener ningún tipo de contacto con ella, tu hermano Franz empezó a sospechar que estaba pasando algo.

—¡Yo jamás le mandé ese tipo de cartas! —me enfurecí—. ¡No me mientas! Fueron Franz y Martha los que cambiaron de repente y me pidieron que les dejara en paz.

—Ellos no te mandaron esas cartas.

Abrí la boca desmesuradamente, mostrando mi comprensión repentina. Me la tapé con la mano derecha y negué varias veces con la cabeza con un conato de lágrimas asomando por mis ojos.

—¿Quién? —pregunté.

—Von Arzer. No podía permitir que tuvieras lazos con alguien que no comulgaba con el pensamiento nazi si quería que vuestra relación no despertara sospechas entre los suyos.

—¡Yo no tengo ninguna relación con Von Arzer! ¡Era un montaje que nos beneficiaba a los dos!

En cuatro palabras airadas le puse al corriente de mis actividades clandestinas, sin dar ningún nombre. Él suspiró aliviado.

—Pensaba que eras una hipócrita por juzgarme con dureza y hacerle lo mismo a tu marido.

—Que poco me conoces. Jamás le engañaría, él y Jaques son mi vida, lo daría todo por ellos. Cuando se ama de verdad no se duda ni se corre a buscar aventuras.

Bajé del coche en un impulso, ya tenía suficiente de cháchara absurda sobre un pasado que ya no existía. Quería encontrar a los míos para escapar antes de que los hombres del General nos hicieran daño. Esa parte de la historia de Charles era la que más me aterraba, la posibilidad de que mi familia se convirtiera en un blanco perfecto para los nazis.

—¿Te acompaño? —se ofreció él—. Iremos más rápido a la hora de empaquetar las cosas, ¿no crees?

Acepté con un asentimiento de cabeza. Caminamos en silencio hasta la esquina, con pasos rápidos e inquietos, como si intuyéramos lo que sucedería a continuación. Estaba a pocos metros de distancia cuando la explosión nos sorprendió. Vi cómo mi casa saltaba por los aires y mi corazón se rompió en mil pedazos.

Los gritos de desesperación salieron desgarrados de mi garganta mientras Charles me abrazaba por la cintura y me arrastraba de regreso al coche con la mano a modo de mordaza. Yo me rebelaba, luchaba para salir corriendo y ver de cerca los escombros, asegurarme de que no estaban muertos. Necesitaba saber que mi familia había sobrevivido, pero en el fondo sabía que no era posible.

—Cálmate, Margaret —me susurraba Charles al oído—. Si han detonado esa bomba es porque pensaban que estabas en la casa. Si ahora te ve alguien sabrán que te has salvado y eso no nos conviene.

Yo no podía serenarme, era como si me acabaran de dar la peor paliza de mi vida y mis heridas sangraran con la sensación de que me quedaría yerma si dejaba de moverme. Mordí la mano de Charles, intenté que la fuerza con la que me arrastraba por la cintura se rebajara, pero mi compañero no permitió que nada le impidiera meterme en el automóvil aparcado fuera de la vista de mi casa.

—¡André y Jaques estaban dentro! —exclamé una vez Charles se sintió protegido y me liberó de su mordaza—. ¡Yo les he matado! Nunca debí convertirme en una espía ni engañar a Ernest. Soy una imbécil, es imposible salir impune de algo así, ¿en qué pensaba?

Un dolor desgarrador me oprimió el corazón. Rompí a llorar con sollozos inquietos, muerta por dentro. Sabía que no podía moverme de ese

coche, que Charles tenía razón y que debía salvar mi vida para vengarme de los asesinos de mi niño y de mi marido, pero me costaba lidiar con esa sensación de ahogo en el pecho que me impedía respirar con normalidad.

—¿Estás segura de que estaban en casa? —Asentí—. Vamos a cerciorarnos. Quédate aquí y no te muevas, hablaré con los vecinos, a ver si alguien puede corroborarlo.

Me quedé sola, desesperada, llena de un dolor abrupto que me rompía por dentro, como si ya no estuviera entera, como si me faltara el aire, la cordura, una parte de mí. No sé cuánto tiempo pasé abrazándome las rodillas, con la mirada perdida en el exterior y la sensación de que mi vida había acabado con apenas veinticuatro años.

—Estaban en la casa. —Charles me abrazó tras sentarse frente al volante—. Lo siento, Margaret. La vecina contará que tú también estabas dentro, así los nazis pensarás que has muerto con ellos.

—¡No, no, no, no! —grité—. Mi niño no puede estar muerto, era muy pequeño, demasiado.

Charles me meció entre sus brazos, consolándome. Yo gritaba, pataleaba y lloraba con desgarró intenso, destrozada por el dolor.

—Deberíamos irnos de aquí —dijo separándome de él pasados unos minutos—. Los hombres del General no pueden verte con vida, sería el fin para ti. Voy a llevarte lejos, Margaret, te pondré a salvo, te lo juro.

Me pasé el trayecto sin hablar, era como si una losa me aplastara los pulmones y apenas lograba boquear entre sollozos agónicos. París me parecía una ciudad vacía, sin alma, un lugar donde la felicidad se escurría entre los últimos acontecimientos. Mi vida era un pozo negro donde solo veía oscuridad. ¿Cómo conseguiría vivir sin ellos? No podría superar esas muertes sin fallecer por el camino, sin André y sin Jaques nada tenía sentido.

Recordaba la explosión una y otra vez, como si fuera una proyección maldita que se reproducía sin tregua en mi mente. La rabia me inundó, eclipsando por unos minutos la pena. Von Arzer debía morir, los nazis merecían ser exterminados por dejarme sola, por arrebatarme mi alma.

—Esos hijos de puta pagarán por lo que le han hecho a André y a Jaques. —Me giré hacia Charles con los ojos anegados en lágrimas y la ira consumiendo mis palabras—. Quiero verles muertos, quiero hacerles sufrir, quiero que tengan una muerte lenta y horrible.

—La tendrán.

OceanofPDF.com

Dijon, veinte de diciembre de 1943

Querida Marguerite,

En pocos días terminará un año lleno de novedades, incertidumbres y tristezas. La vida continua, igual que me relación con Violette y mis intentos por encontrar información útil en casa del General. Cada día sonrío un poco más, consigo desligarme lentamente de las cadenas de amarte y vislumbrar un futuro exento de dolor.

Violette quiere que pasemos el día de Navidad en casa de sus padres para formalizar nuestro compromiso ante ellos. Quiero que lo nuestro salga bien, necesito rehacer mi vida, pero en muchos momentos siento que estoy traicionando tu memoria. Quizás por eso mi mente se empeña en recordarme los últimos minutos en la esquina cercana a nuestra casa, cuando llegué con Jaques de la misión y me encontré con el dantesco espectáculo.

Sueño a menudo con ese día y me pregunto demasiadas veces por qué la Gestapo nos puso una bomba en vez de venir a buscarnos. Es extraño, Marguerite, por eso le doy vueltas e intento encontrar una explicación coherente a esa realidad.

El veinte de febrero de 1942 tardé una eternidad en procesar lo que mis ojos me mostraban cuando llegué frente a nuestra casa. Me quedé allí de pie, quieto, con la mirada perdida en los escombros y un dolor abrupto en el pecho. No podía respirar con normalidad, no reaccionaba, fue como si me hubiera quedado pegado al suelo y no fuera capaz de acatar lo sucedido.

Jaques sollozaba agarrado de mi mano, y yo seguía allí plantado, sin reaccionar, con un sentimiento de absoluto desespero apoderándose lentamente de mi interior. Venía de ayudar a una familia de judíos a escapar, los monté en el camión con Sophie, les aseguré que todo iría bien. ¿Y yo ya no te tenía casa ni mujer?

Ginette, nuestra vecina, se acercó con una manta y me rodeó con ella. No me había dado cuenta de cómo temblaba hasta que me la ceñí con las manos. El llanto parecía anclado en algún lugar lejano, estaba en estado de shock.

—Deberías esconderte —me susurró señalando a los curiosos que se apiñaban cerca del desastre—. Si los nazis saben que estás vivo la muerte de Marguerite no habrá servido de nada.

La miré sin verla, con la sensación de que sus palabras no eran reales. Ginette formaba parte de nuestro grupo, solía pasarse por casa muchas tardes para ultimar algunos detalles de las misiones y era un activo eficaz gracias a su trabajo de enfermera en uno de los hospitales de París. Insistió varias veces, hasta que por fin procesé su discurso y asentí.

—¿Ella estaba dentro? —pregunté con un hilo de voz y la esperanza de un milagro en su respuesta—. ¿La has visto entrar?

—Lo siento, André —musitó muy afectada—. Marguerite ha llegado antes de que la casa saltara por los aires.

Las lágrimas me humedecieron las mejillas mientras la seguía por las calles de mi ciudad hasta casa de Adele. Era imposible, no podía ser, no me lo creía. Mi hermana me abrazó al enterarse de lo sucedido, pero yo seguía sin color en las mejillas, me comportaba de manera irracional, fue como si todos mis sentidos estuvieran inertes y mi cuerpo fuera una marioneta dirigida por hilos invisibles.

Pasé cuatro días sentado en un sillón, sin comer, sin hablar, sin apenas moverme. Estaba total y absolutamente devastado, sin deseos de continuar caminando por un mundo solitario sin ti. Mi familia nos enterró a los tres, según los papeles de los nazis perecimos en esa explosión no investigada, nadie dudó de que estábamos dentro.

Fue Jaques quien logró arrancarme de ese estado catatónico en el que me encontraba. Cada mañana me hablaba, me preguntaba por ti y levantaba sus manitas para que lo alzara. Al principio no lo veía, era como una mota de polvo ante mi mirada turbia, pero tras cuatro días inactivo

comprendí que debía luchar por él. Le envolví entre mis brazos y le tararé nuestra canción mientras el llanto me poseía.

¿Sabes de qué me ha dado cuenta? De que no amo a Violette. Jamás lograré amar a otra que no seas tú. Quizás debería echarme atrás, dejarla libre para que encuentre alguien más capacitado para hacerla feliz. Pero quizás con el tiempo puedo aprender a quererla. Necesito pensar que es posible.

Siempre tuyo,

André.

OceanofPDF.com

Charles condujo por las calles de París sin rumbo fijo. Yo no podía hablar ni razonar. Las preguntas que más tarde me inundaron no acudían a una mente que recreaba una y otra vez la explosión mientras escuchaba los gritos desesperados de mi pequeño, imaginándolo destrozado en mil pedazos junto a su padre.

Llegamos a un almacén en ruinas que se alzaba decrepito en alguna parte de la ciudad. Bajé del coche y caminé detrás de Charles al interior como si me hubiera convertido en una autómatas sin capacidad de raciocinio. No quería pensar, era demasiado duro enfrentarse a lo que acababa de aniquilar mi vida.

Hacía frío, el lugar estaba oscuro y parecía deshabitado. Era una planta diáfana de muchos metros cuadrados con el suelo de cemento lleno de polvo, ventanas alargadas en las paredes atestadas de humedad, donde las telas de araña ocupaban una gran superficie, con estanterías metálicas que mostraban la oxidación propia de la inutilidad y un despacho separado por una puerta de cristal que acumulaba tanta mugre que ya no era transparente. Charles se dirigió hacia allí iluminando el lugar con una linterna.

—Siéntate. —Me señaló una de las sillas de madera con mimbre en el asiento y un aspecto tan desgastado como la mesa llena de motas de polvo que tenía delante—. Necesito que los hombres del General piensen que estás muerta y se confíen. Por suerte solo tres personas están al corriente de esta operación.

—¿Cómo lo sabes? —Le miré, mientras él iluminaba con la linterna el interior de la caja de fusibles—. Me has dicho que me seguían, no lo entiendo, Charles. ¿Estás seguro de que me dan por muerta?

—El mensaje que interceptamos era muy claro, solo el General y dos de sus hombres conocían sus sospechas hacia ti. —Hablabla con dificultad porque tenía la linterna sujeta entre los dientes—. Está claro que soy un paranoico, no te seguían, si llegan a pensar que no estabas dentro no hubieran explotado la bomba. El objetivo eras tú.

Empecé a temblar, como si me acabara de dar un puñetazo en la sien. Querían matarme para ocultar una traición, silenciarme para siempre y salir impunes. ¿Por qué mi niño y André tenían que pagar por ello?

—¡Soy una imbécil! —Me desgarré de dolor—. ¡Les he expuesto! ¿Quién me pensaba que era? Ser espía es peligroso, me metí en ello sin detenerme a analizar las consecuencias, y ahora lo pago con creces.

—Nos vengaremos, te lo prometo.

Se hizo la luz, una ocre y tenue que iluminaba el decrepito lugar que en algún momento de un pasado no muy lejano era una oficina con archivadores de metal, una mesa y tres sillas.

—¿Qué va a ser de mí ahora?

—Podrías venir a Nueva York conmigo y empezar de cero o valorar la propuesta que te he hecho antes en el coche. —Caminó hasta sentarse en la silla de al lado—. Podrías utilizar esta desgracia para hundir a los nazis, regresar a tu casa, fingir que eres de los suyos y sacar la máxima información de tu hermano y del entorno de tu madre.

Le miré alterada. ¿Volver a hacer de espía? ¿Era eso lo que me proponía? Interioricé las connotaciones de su oferta, con la sensación de que caminaba sobre arenas movedizas. No tenía nada que perder, mis actividades clandestinas acababan de arrebátarmelo todo. Pero volver al redil sabiendo cómo podía terminar...

—No sé si funcionaría —musité, si mantenía la mente ocupada en otra cosa lograba mitigar el dolor—. Mi madre no es de las que perdonan.

—Tu marido y tu hijo están muertos. —Esas palabras en sus labios me golpearon con fiereza y desataron de nuevo una retahíla de lágrimas—. Ella no quería ese matrimonio, pero si regresas pidiendo perdón, sin ellos, seguro que vuelve a incluirte en su vida. No dejas de ser su hija, Margaret.

—No la conoces. —Sollocé—. Es muy orgullosa. No me perdonará sin más, ella no es así.

Se colocó frente a mí, secándome las lágrimas con un pañuelo que guardaba en su casaca. Apoyó las manos en mis mejillas y me obligó a

mirarle. Sus ojos mostraban una mezcla de tristeza y determinación.

—Esos hijos de puta se merecen que les demos donde más les duele —me dijo—. Tú puedes hacerlo, tienes una familia poderosa y muy cercana a Hitler. Llevas unos meses en esto, has conseguido muchísima información, eres buena espía.

—¿Has visto cómo ha acabado? Mi casa ha volado por los aires con mi marido y mi hijo dentro!—Le lancé una mirada de odio—. ¿Y ahora pretendes que vuelva a hacerlo?

—No te voy a obligar a nada, solo piénsalo. Durante estos últimos meses has asistido a muchísimas recepciones del brazo de Von Arzer, los oficiales nazis te consideran una persona de confianza y estás en una posición envidiable. Eres perfecta para la misión. Y sería una buena manera de hacerles pagar por lo que te han hecho.

Tenía razón. A pesar de mis reticencias el odio hacia los cabrones que habían destrozado la vida de mi familia se abrió paso en mi interior para asolar los reparos que me despertaba la proposición de Charles. Si volvía a casa estaría en disposición de pasar muchísima información a los americanos y vengarme de los nazis.

—¿Y que hay de Ernest y sus hombres?

—Habrá que callarlos para siempre. —Me mostró la pistola que se asentaba en su cinto—. No podemos permitir que avisen a nadie ni que te maten, ¿no crees? Si Von Arzer muere tu coartada para regresar a Berlín será perfecta y tu madre no querrá contradecir las habladurías de que estás destrozada por la muerte del General.

Lo miré horrorizada.

—¡Estás hablando de tres asesinatos! —exclamé—. ¿En quién te has convertido? ¿Cómo puedes pensar en matar a tres hombres?

—Son ellos o tú. —Me sonrió con tensión—. Estamos en guerra, Margaret. Cada día muere gente y nosotros tenemos que cumplir misiones difíciles. No voy a permitir que tu vida corra peligro.

No reconocía a mi Charles en el hombre que me hablaba, su mirada fría, su manera de pensar, sus palabras...

Sabía que su razonamiento era correcto, que si no nos deshacíamos de la amenaza nada garantizaba mi seguridad ni la misión que estaba a punto de aceptar, pero no quería participar en unos asesinatos a sangre fría.

—Yo no puedo formar parte de esto, no estoy preparada.

—Quédate aquí. —Se levantó y se dispuso a marcharse—. Volveré en un par de horas y mañana nos iremos hacia Berlín.

—No quiero estar sola —dije al darme cuenta de que nada le detendría—. Fuera está oscuro y aquí dentro hace un frío atroz. No soportaré estar encerrada esperando a que regreses. André y Jaques han muerto, no me lo voy a sacar de la cabeza. Y necesito estar acompañada. No vayas Charles, quédate conmigo.

—¿No lo entiendes, verdad? —exclamó con dolor en la voz—. Para mí no es fácil plantarme en casa de un oficial alemán para cargármelo a él y a sus hombres. ¿Acaso crees que me gusta? ¡Pero es tu vida la que está en juego! Y no voy a permitir que vuelvan a separarte de mí, no lo soportaría.

Reconozco que su manera de hablar me enterneció, descubrí matices que me mostraban el duelo interno que mantenía con su conciencia, sus dudas, su miedo y un conato de esperanza. Me quería, sus ademanes, sus palabras calladas, sus gestos y sus miradas lo anunciaban a gritos.

—Voy contigo —le dije al fin, levantándome—. Aquí no puedo quedarme.

—No será agradable...

Era cierto. Pero la perspectiva de pasar unas horas sola en aquel lugar desangelado me parecía una alternativa peor a acompañar a Charles en una misión de asesinato.

—Esperaré en el coche —dije, levantándome.

Él no contestó, se limitó a guiarme de regreso a aquel automóvil que ahora nos parecería sacado de una película de época. Caminé sin ser consciente del movimiento de mis piernas, como si fueran independientes y no me necesitaran para avanzar entre los escombros.

—Jaques era un niño guapísimo —afirmé de repente, con la tristeza pegada a mi voz—. No es justo que su vida termine a los tres años. ¡Debería estar aquí conmigo!

Charles me abrazó con fuerza, compungido, como si pudiera sentir mi congoja.

—Lo superarás —me susurró—. Yo te ayudaré.

Llegamos al coche envueltos en la oscuridad de la noche. El frío intenso de febrero se condensaba en nuestras respiraciones creando bocanadas de vaho que llenaban el silencio. Me acurruqué en el asiento del copiloto tapada con una manta que había en la parte trasera, con la mirada puesta en

las calles de París. Las lágrimas resbalaban impunes por las mejillas, sentía los ojos enrojecidos y la pena consumiéndome.

Charles respetó mi duelo y mantuvo la atención en las calles, donde pocos transeúntes caminaban envueltos en abrigo. Supongo que necesitaba reunir valor para perpetrar los crímenes de guerra que me liberarían de la muerte.

Aparcó a dos bocacalles de casa de Ernest, donde según su agenda secreta esa misma noche tenía programada una reunión con sus hombres de confianza para calibrar el éxito de la misión de deshacerse de mí. Nunca supe cómo Charles conocía esos detalles, tampoco pregunté.

En el coche la atmósfera parecía cargada de angustias, tristezas e inquietud.

—No tardaré. —Me acarició el cabello—. Es difícil que alguien te vea, pero estate atenta por si acaso.

—Ten cuidado —le supliqué—. Ahora eres todo lo que me queda para sobrevivir.

—No te dejaré nunca más, Margaret. —Suspiró—. No me lo perdonaría.

—¿Estás preparado?

—Por desgracia no es mi primera vez. —Me sonrió con melancolía—. Ser un agente de la OSS tiene este *hándicap*... Y esta vez lo hago por ti, para salvarte de una muerte segura. —Puso la mano en la manecilla de la puerta—. Sí, puedo hacerlo.

Le vi alejarse por la calle rumbo a casa de Ernest con su larga casaca militar alemana ondeando al viento gélido de la noche. Sus botas impactaban contra el suelo con determinación, como si con cada paso necesitara insuflarse la decisión necesaria para apretar el gatillo.

Regresó media hora después con el semblante pálido y un tembleque casi imperceptible en las manos. Lo vi acercarse con pasos largos y rápidos, con la inquietud asomando por sus ojos desesperados. Supongo que a pesar de no ser la primera vez, asesinar a alguien era una tarea dura.

—Ya está. —Se sentó frente al volante, encendió el motor y emprendió la marcha sin desprenderse del tembleque involuntario—. Deberíamos buscar un hostal para pasar la noche, mañana tengo billetes de tren para Berlín.

—Me gustaría hablar con la hermana de André —le pedí—. Quiero despedirme de ella y explicarle que vengaré la muerte de mis chicos.

—¡Imposible! —me cortó con un tono exaltado—. No puedes explicarle a nadie tu misión, es mejor que ellos piensen que has muerto, así no contactarán contigo mientras estés en Berlín, sería demasiado peligroso. Cuando termine la guerra ya les contarás la verdad.

Durante cinco minutos argumenté mil motivos para no acatar sus palabras, pero él los rebatía con evidencias sólidas para disuadirme. Debía olvidarme de mi anterior vida si quería que mi nueva faceta de espía funcionara. Para el círculo cercano a André, Marguerite Dupont estaba muerta junto a su familia, igual que para Sophie, Étienne y nuestros partisanos. En pocas horas me convertiría de nuevo en Margarete Von Schwartz, una mujer acaudalada, simpatizante de los nazis, y cuyo novio acababa de morir a manos de un asesino anónimo.

Me rebelé contundentemente contra sus razones claras y lógicas, me enfadé y grité, pero al final acabé aceptando su manera de ver las cosas y prometiéndome a mí misma que tan pronto venciéramos a los nazis regresaría a París para aclarar las cosas. Adele y su marido eran mi verdadera familia, la única que me quería de verdad, y no permitiría que nada nos separara.

—De acuerdo —acepté al fin con una hebra de dolor en la voz—. Entonces hay algo que debes hacer por mí.

—Si está en mi mano puedes contar con ello.

—André guardó una gran suma de dinero bajo los cimientos de nuestra casa por si alguna vez lo necesitábamos. Quiero que lo encuentres y se lo hagas llegar a Adele. —Me limpié un par de lágrimas que no resistían a abandonarme—. Es imposible que se hayan quemado, está bajo la casa, en una caja de acero ignífuga. Decidimos ocultarlo así por si caía una bomba en casa.

Le ubiqué donde se encontraba exactamente la caja y le miré con ansia. Deseaba que Adele pudiera disfrutar de mi pequeña fortuna, yo tendría fondos de sobra una vez regresara a Berlín.

—Tu cuñada tendrá el dinero —sentenció él con seriedad—. Te doy mi palabra.

Dormimos en un hotel sencillo con pasaportes falsos que Charles tenía preparados en un maletín, junto a un par de mudas para no entrar en el

establecimiento vestido de militar alemán. Accedí a compartir habitación para fingir que éramos un matrimonio, pero le exigí que se tumbara en el suelo. Charles no protestó, se estiró con una manta y un cojín y no tardó en conciliar el sueño.

Yo me pasé las horas llorando desconsolada, con un dolor imposible en el pecho, como si alguien se dedicara a estrujarlo por dentro. Cada vez que cerraba los ojos veía a mi niño y a André volar por los aires.

Acabé sucumbiendo al cansancio cuando las primeras aspas de luz matutina me mostraron los muebles de la sencilla habitación donde nos encontrábamos. No era lujosa, pero estaba limpia y cuidada.

Desperté horas después con el murmullo de las palabras de Charles resonando en mis oídos.

—Arriba, dormilona. —me decía con cariño—. Has de tomar un tren.

Durante unos minutos no supe con claridad si la noche anterior había existido o era fruto de una pesadilla. Abrí los ojos soñolientos y me costó un rato ubicarme. Charles estaba sentado en la cama, vestido con un traje chaqueta de corte elegante y el pelo húmedo. Olía de maravilla, como si acabara de ducharse.

—Por un momento he pensado que lo de ayer no fue real —sollocé—. Echo tantísimo de menos a Jaques y a André. No sé cómo soportaré vivir sin ellos.

Me abrazó para permitir que mis ojos derramaran la angustia en su hombro.

—Te he traído unos croissants, un zumo de naranja recién exprimido y el periódico donde los titulares se hacen eco de la muerte de Von Arzer. —Me señaló la mesa que se asentaba bajo la lámpara de pared con una pantalla ocre que nos iluminó por la noche—. A las doce sale tu tren hacia Berlín.

—¿No vas a venir conmigo?

—Este viaje lo has de emprender sola, Margaret. —Me acarició los cabellos con una ternura demasiado intensa para el momento—. Tu madre ha de pensar que realmente eras la amante del General y que vuelves a casa como un corderito. Es la única manera de que te acepte.

—Tienes razón —acepté siguiendo su razonamiento—. Para volver a formar parte de la familia he de mentir.

—Bajo a dar una vuelta—musitó con una sonrisa—. Necesito estar seguro de que nadie nos observa. Hay un vestido, zapatos a juego y complementos en el armario.

Desayuné en silencio, con la vista fija en la pared blanca y mis pensamientos enredados en la tristeza y la nueva aventura que emprendía. El dolor de la pérdida me ahogaba, no tenía claro cómo conseguiría fingir frente a mi madre sin que se notara la herida sangrante en el corazón que me había causado la muerte de mis dos hombres.

En el armario encontré la ropa, la cogí y me encerré en el baño para ducharme y acicalarme. Antes de vestirme contemplé mi silueta en el espejo, me mostraba un rostro demacrado y falto de sueño, una mujer herida de muerte, alguien que no quería caminar sola por la vida. Le dije al reflejo que debía ser fuerte, aparcas las lágrimas y luchar por golpear a los culpables de mi situación donde más les doliera.

Con un gesto brusco me enjuagué las lágrimas que brotaban con demasiada facilidad y le prometí a la mujer que me saludaba desde el espejo que se acabaron los lloros en público, que a partir de ese instante guardaría mi dolor para la soledad de las noches.

Charles me había comprado un vestido camisero de lana beis, con una chaqueta de media manga a conjunto y unos cuantos útiles de maquillaje y tocador. Peiné mi rebelde melena con un recogido serio en la nuca, me empolvé un poco la cara, me pinté los ojos para que resaltaran mis pupilas y borré como pude los rastros del llanto.

—Uauuu. —Silbó Charles cuando salí a la habitación, estaba sentado en la cama—. ¡Estás increíble!

—Me falta una estola de piel o algo parecido —contesté—. Y los zapatos me van pequeños, necesito algo de mi número.

—¡Vámonos de compras! —Me guiñó un ojo en un gesto travieso—. El gobierno americano te pagará las pieles y unos buenos zapatos. —Miró el reloj—. Incluso nos quedará tiempo para tomarnos un café antes de ir a la estación.

Bajamos a la calle del brazo para no despertar suspicacias entre los empleados del hotel. No tardamos en encontrar un par de comercios con lo que necesitaba para completar mi atuendo y nos paramos en una cafetería a tomar mi último cappuccino en la ciudad del amor.

—Cuando termine la guerra me encantaría que regresaras a Nueva York. —Charles apoyó su proposición con una sonrisa—. Sé que ahora lo de tu familia es muy reciente, pero quiero que lo pienses, estoy convencido de que podríamos ser felices.

—No sé qué será de mí al final de esta locura —admití reprimiendo un sollozo—. Ya no soy aquella jovencita que conociste, y no sé cómo voy a superar la pérdida sin derrumbarme. Lo único que me mantendrá viva será el deseo de venganza, pero cuando todo termine no tengo claro si veré la luz.

—Solo prométeme que te lo pensarás. —Me acarició la palma de la mano—. Yo también he cambiado, Margaret. Ahora sé qué quiero y lo que estoy dispuesto a arriesgar para conseguirlo. ¿No te has dado cuenta?

—Has venido a por mí, eso no lo olvidaré jamás.

Durante unos minutos Charles me habló en susurros en inglés acerca de cómo podía mandar información una vez en Berlín. Días después de llegar debía acudir a una librería cuya dirección me aprendí de memoria y pedir por un ejemplar antiguo de *El Caso Wagner* de Friedrich Nietzsche para advertir al libero de que era de los suyos. Mi nombre en clave como agente sería White Blackbird, así me conocerían en la OSS y yo nunca debía revelar mi verdadera identidad a otros agentes sin que Charles lo aprobara, era vital para mi supervivencia. A partir de ese momento cada vez que tuviera algo que explicar debía transcribirlo en una hoja y colocarla dentro de ese libro de Nietzsche.

Charles me dejó a unas bocacalles de la Gare du Nord, la estación que conectaba París con el resto de Europa. Caminé por la calle con la sensación de que dejaba una parte importante de mi vida en esa ciudad donde había sido muy feliz. Hacía frío, las nubes se empeñaban en copar el cielo con su presencia amenazante y oscurecían la calle.

Pasé sin problemas los controles de los militares apostados en la estación. En mi pasaporte alemán, que milagrosamente Charles llevaba con él, el nombre que figuraba era el de soltera. Eso y mi porte convencieron a mis compatriotas de que era una de ellos. En milésimas de segundo recuperé mis antiguas enseñanzas, cuando las apariencias eran importantes y la manera de comportarse marcaba tu estatus. No llevaba equipaje, eso les extrañó, pero yo les aseguré que mi doncella ya estaba en Berlín, esperándome con mi ropa.

En los periódicos matutinos las noticias principales hablaban acerca del asesinato de Ernest y dos de sus colaboradores. Las portadas se llenaban con las fotos de los ilustres militares, reportajes que alababan sus carreras y un sinfín de disertaciones llenas de pistas vagas para descubrir al culpable. Los periodistas apuntaban a algún grupo subversivo y enumeraban las penas a las que se enfrentarían cuando los encontrara la Gestapo.

Me llevé conmigo un par de esos rotativos para apoyar mi historia frente a mi madre. Lo guardé en el bolso, junto a cuatro recuerdos que me quedaban de mi vida anterior, pocos objetos que todavía atesoro.

No me costó encontrar el maravilloso compartimiento de primera clase que tenía adjudicado. Me estiré en la cama sin desvestir, con las tristezas de las últimas horas acosándome y la sensación de que nunca más conseguiría reír de nuevo. Miré en mi colgante la única fotografía que me quedaba de André y Jaques, una en la que ambos sonreían felices a la cámara, como si nunca fuéramos a separarnos.

En algún momento me quedé dormida entre lágrimas y desesperación. El traqueteo insistente me meció entre sus fauces para regalarme sueños intensos donde revivía una y otra vez la pérdida.

Desperté en algún momento por un sobresalto, sin saber muy bien dónde estaba. La pena regresó con fiereza al descubrir el compartimiento, la ventana con vistas a la inmensidad del campo, la sirena del tren... Tardé meses en deshacerme de esas emociones que me destrozaban cada vez que abría los ojos.

Faltaba poco para mi destino, un revisor llamó a mi puerta para comprobar el billete y avisarme. Me acicalé como pude frente al espejo, recogiendo mi pelo rebelde en un sobrio moño sobre la nuca. Inspiré aire y me dije a mí misma que ya no había vuelta atrás, volvía a casa convertida en una espía que arrastraba un dolor insoportable.

Dijon, veinte de enero de 1944

Querida Marguerite,

Este último mes he resultado muy útil para los aliados. Von Krass escondía los planes de desinformación para confundirles a la hora de perpetrar ataques aéreos sorpresa en varios países europeos. Mi alemán es cada vez más fluido, ahora sé interpretar mejor las conversaciones del General y muchos de sus papeles.

Cuando le llevé a Leclerc las fotografías de mi hallazgo supimos que teníamos algo importante entre manos. No tardamos en enviar a los americanos los negativos para que sea su servicio secreto quien acabe de conceder la importancia real a ese descubrimiento. Mi amigo me ha felicitado, es algo grande.

También encontré referencias a un par de personajes influyentes en la política francesa que los nazis desean para sus filas. Si los norteamericanos logran captarlos primero se podrían convertir en una fuente perfecta de información.

El nombre de White Blackbird vuelve a estar en labios de Von Krass, últimamente suele nombrarla en sus múltiples citas con otros oficiales, parece obsesionado con desenmascararla. Los norteamericanos han vuelto a hablar de ella con referencia a una operación llamada Caballo de Troya. Por lo visto la agente ha encontrado la manera de hacerles llegar información detallada de planes de ataque muy secretos.

Von Krass quiere su cabeza, no tolera el fracaso y esa mujer lleva demasiado tiempo escapándose a sus intentos de desenmascararla. Temo

por su vida.

Red Horse fue desenmascarada hace quince días debido a una filtración en las filas norteamericanas y ahora está en manos de la Gestapo. Un par de agentes de la OSS intentaron rescatarla, pero es imposible conocer su paradero. Cuando pienso en su destino cruel y despiadado me tiembla cada parte de mi cuerpo. Espiar a los nazis puede llevarte a algo peor que la muerte.

Era una mujer aria con conciencia que quería ayudar a su país a volver a la normalidad, alguien nada acostumbrado a combatir con armas, y ahora está en manos de unos sanguinarios. A veces me alegro de que acabaran contigo con una bomba, fue una liberación, porque si ahora estuvieras en algún lugar a merced de la Gestapo mi vida sería un infierno.

Los servicios de inteligencia nazi están decididos a identificar a Mirlo Blanco. Según las informaciones del General la Operación Caballo de Troya intenta encontrar un punto débil en su defensa para atacarles desde dentro.

Si consiguiera su propósito podría alterar el curso de la guerra y darnos una victoria.

A veces sueño en imposibles, me imagino que esa mujer eres tú, que te estoy ayudando en la distancia mientras sigues con esta peligrosa manera de jugarte la vida. ¿Te imaginas? Los dos separados por la muerte y vivos en realidad... Sí, es absurdo aferrarme a falsas esperanzas, creer en utopías y soñar que podría volver a abrazarte. Ginette te vio entrar en casa minutos antes de la explosión, es inútil pensar de otro modo.

Debo regresar a la realidad, mirar a Violette como mi futura esposa y seguir con mi sonrisa diaria para que nuestro Jaques se sienta protegido y feliz. Él adora a Violette, desde que les presenté se llevan muy bien.

La comida de Navidad en casa de mis futuros suegros fue perfecta. Son personas tiernas y cariñosas, desean la felicidad de su hija y nos han recibido a Jaques y a mí con los brazos abiertos. Ojalá logre enamorarme de ella, se lo merece.

Pero mi mente perversa no para de recordarme lo caprichoso que es el amor. Sería fabuloso dictarle al corazón la persona elegida con la razón, sin atender a los síntomas físicos ni ceder ante los sentimientos por impulso. No debo engañarme, es imposible decidir de quién te enamoras y mucho menos obligarte a sentir.

Hay instantes en los que lo supero, pero luego vuelvo a caer. A veces es una palabra susurrada al azar, una melodía en el piano, una expresión en la cara de Jaques. Cualquier indicio de mi pasado me atrapa, me embriaga para volver a llevarme a tus brazos, como si no te hubieras ido.

En cuatro meses me casaré. Lo haré. No puedo seguir atado a tu recuerdo, debo cortar el cordón umbilical que nos une, amor mío. Es vital.

Tuyo siempre,

André.

OceanofPDF.com

Berlín parecía un lugar devastado por un terremoto. Las calles no lucían con la majestuosidad de antaño ni la gente parecía circular tranquila por ellas. El caos de las bombas ensombrecía anchos espacios que me partieron el corazón mientras un taxista me acercaba a mi casa. Las esvásticas predominaban en cualquier recoveco por el que pasábamos, anunciando su triunfo.

Estaba nerviosa y asustada. Conseguir que mi madre aparcara su rabia contra mí no sería una tarea fácil, y menos presentándome sin avisar. Durante unos segundos estuve tentada de pedirle al taxista que diera media vuelta para subirme a un tren destino a Hamburgo, quizás si embarcaba hacia Estados Unidos mi vida a partir de ese instante sería más fácil. Sin embargo el recuerdo de André y del pequeño Jaques me dieron fuerzas para no desfallecer en mi cometido. Debía vengar su muerte, aportar mi granito de arena para que los nazis perdieran una guerra que solo conseguía destrozr hogares y truncar ilusiones.

Pagué al taxista con el dinero que Charles me dio antes de partir, me apeé y caminé hacia la verja con un nudo en el estómago. El alto muro que parapetaba el interior de la casa para que nadie entrara en su universo particular mostraba signos de restructuración en algunos tramos, como si hubiera sufrido algún derrumbe. Era una pared de ladrillo pintada en blanco que en el pasado lucía perfecta.

La cancela de hierro se alzaba majestuosa frente a mi mirada. Era robusta, negra, amenazante. Llamé al timbre con un tembleque en la mano imposible de aplacar, ¿y si no me abrían? Tras unos largos minutos de espera la voz grave de Dieter, el mayordomo, me contestó al otro lado.

—¿Quién es?

—Hola Dieter, soy Margarete —dije en apenas un susurro—. ¿Puedes abrirme?

—¡Señorita Margarete! —exclamó con palpable emoción—. ¡Cuánto tiempo! No se mueva de ahí, ahora mismo vengo a abrirla.

El jardín estaba impoluto, a pesar de las muestras inequívocas de que había sufrido un bombardeo. Los árboles majestuosos de antaño se habían convertido en parterres llenos de flores de invierno, arbustos y musgo. La casa se alzaba perfecta frente a mi mirada, desafiando el paso de los años, como si sus paredes blanquecinas no tuvieran el desgaste de las personas.

Dieter me hablaba con emoción. Yo apenas respondía a sus preguntas con monosílabos, incapaz de articular palabras coherentes. La sombra de mi madre planeaba a corta distancia y no deseaba regresar a su yugo, acatar sus órdenes frías y directas, olvidar mis verdaderos deseos para doblegarme ante los suyos.

La decoración seguía igual, con muebles señoriales de madera oscura, altos techos con lámparas en forma de araña, alfombras persas de inmensos tamaños y las cortinas pesadas a juego de las tapicerías.

Mi madre estaba en el salón, con un libro entre las manos, cerca de la chimenea que crepitaba al son de un fuego precioso. Su manera de sentarse en el sofá, con la espalda recta y las piernas sin cruzar, como si no pudiera relajarse ni un segundo, me recordaron muchos momentos del pasado.

—Hola madre —saludé dando tres pasos hacia ella.

Levantó la mirada del libro con una mueca de curiosidad. Me repasó de arriba abajo sin componer ni un atisbo de sonrisa que me mostrara su ilusión al verme.

—¿Qué haces aquí? —me espetó al fin—. Dejé muy claro que tú ya no perteneces a esta familia.

—André y Jaques están muertos.

No dije nada más, caminé hacia el sillón que solía ocupar mi padre y me senté con los ojos vidriosos. Ella no se inmutó al conocer la noticia ni hizo ademán de consolarme cuando el llanto me apesó. Me miró con dureza, como si yo no significara nada para ella, levantó la barbilla y compuso una mueca de desagrado.

—Un problema menos —me soltó sin rebajar la suficiencia de su voz—. Cometiste un disparate casándote con un Don Nadie. ¿De dónde has sacado este vestido? ¡Un profesor de piano no gana lo suficiente!

—¡Acabo de decirte que mi marido y mi hijo están muertos! —grité con las lágrimas brotando furiosas de mis ojos—. No eres humana, mamá. Mi niño tenía tres años y era tu nieto, ¿no vas a lamentarte por la desgracia? ¿Solo te interesa saber quién me ha comprado estas pieles?

Desde que salí de París deseaba observar un cambio en mi madre, que mostrara un poco de empatía al explicarle mi situación y me abrazara, pero pedía demasiado, ella jamás mostró el más mínimo atisbo de compasión, como si estuviera por encima del dolor y solo importaran las apariencias.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó sin inmutarse—. Te dije que si seguías casada con ese no volvieras a casa. ¿Ahora pretendes que me entristezca por la muerte de un nieto al que no conocía ni quería conocer? ¿El hijo de un pelagatos? No aguanto que me hables en ese tono ni que seas una llorica. ¡Te acabas de librar de una vida pobre y desgraciada! Deberías celebrarlo.

La rabia deambuló furiosa por mi interior despertando rencores olvidados. ¿Cómo podía decir esas barbaridades y continuar con su vida sin pensar en mí? Quizás su amor de madre distaba demasiado del mío para sintonizar el mismo canal y era incapaz de sentir otra cosa que no fuera orgullo.

—Era mi hijo y le quería —susurré presa de una melancolía intensa—. Creía que entenderías lo que siento.

—Todavía no has contestado a mi pregunta, ¿qué haces aquí?

Sonreí con amargura. Los meses de ejercer de novia ficticia de Ernest me prepararon para camuflar mis sentimientos ante ella. Me dolía su indiferencia, su lejanía y su manera de mostrar la falta de interés que le despertaba su propia hija, pero me tragué la angustia, la rabia y la impotencia para representar mi papel. Quería vengarme de personas como ella, de esos desalmados que se creían con derecho a truncar los destinos de los europeos para ensanchar las fronteras bajo su dominio.

—Me he quedado sin nada —musité mientras me decía a mí misma que debía dominar los deseos de increparla—. Mi casa voló por los aires y a Ernest lo asesinaron ayer por la noche. Necesito un sitio donde vivir y recuperar mi lugar en la familia.

—¿Ernest? —Levantó las cejas de manera interrogatoria.

—Me extraña que no sepas nada, mamá —le espeté con rabia mal disimulada—. Durante unos meses mantuve un idilio con Ernest Von Arzer,

incluso pasaba con él una noche a la semana e iba a las recepciones de su brazo.

Conseguí una sonrisa taimada y un brillo de interés en sus ojos fríos y letales.

—Puede que no esté todo perdido —apuntó, repasándome de arriba abajo—. Los Von Arzer son amigos de la familia desde hace un años y tienen muy buena reputación en los círculos cercanos a Hitler. ¿Sabía alguien que estabas casada?

—Nunca lo explicamos y nadie preguntó. Yo era su secretaria en el Louvre, me eligió por ser una Von Schwartz. Luego una cosa llevó a la otra y acabamos asistiendo a las recepciones como pareja. André y yo estábamos pasando una pequeña crisis porque él no tenía dinero para mantenerme como me merecía.

Declamé el discurso que llevaba horas ensayando, con el estómago contrayéndose por las mentiras. Apreté los puños, clavándome las uñas en la palma de la mano para obligarme a continuar con la farsa. Conseguir que mi madre me aceptara en casa era el primer paso hacia mi venganza.

—¡Vaya con la mosquita muerta! —exclamó con un conato de esperanza asomando por su expresión—. Pensaba que no habías aprendido nada de mí, ¡está visto que me equivocaba!

—¿Puedo quedarme?

—Ahora le digo a Dieter que se ocupe de preparar tu antigua habitación. —Hizo sonar la campanilla que tenía sobre la mesilla —¿No traes equipaje?

—Mi casa voló por los aires y no se salvó nada. Solo tengo lo puesto. Suerte que llevaba dinero en el bolso.

—Le pediré a la doncella que te traiga alguno de mis vestidos antiguos para que te cambies de ropa. Esta tarde iremos de compras.

Cualquier mujer saltaría de alegría al escuchar estas palabras de labios de su madre, sin embargo a mí me pareció horrible pasar las horas con ella de tienda en tienda, obligada a seguir sus gustos y sin que mi opinión contara para nada.

Diez minutos después estaba bajo mi antigua ducha, llorando desconsolada mientras el chorro de agua se ocupaba de limpiar mi piel. No entiendo qué extraña corriente de pensamiento me llevaba a culpar a los nazis de la muerte de André y de Jaques, con los años comprendí que el único culpable ya había recibido un tiro de la pistola de Charles. Pero sé

que las ansias de venganza conservaron a flote mi cordura y consiguieron mantenerme entera.

Sin la determinación a acabar con los nazis jamás hubiera regresado a esa casa llena de recuerdos dolorosos, donde la falta de mi padre era demasiado patente en cada rincón y la ausencia de mis hermanos la convertía en un lugar apagado, triste y falto de confortabilidad. El reinado de mi madre era supremo y solía coartar las libertades propias de cada individuo.

Esa tarde llené mi guardarropa con conjuntos apagados, serios, sin la frescura que a mí me gustaba transmitir. Me pareció horrible caminar por las calles de Berlín en busca de algunas piezas que pudiera llevarme a casa y de muchas otras que encargamos a las modistas. André y Jaques no llevaban ni un día muertos y en vez de llorarles me dedicaba a algo frívolo.

La primera semana en Alemania traté de adaptarme lo mejor posible a mi nueva rutina, pero la falta de actividad me pesaba, no estaba acostumbrada a pasar las horas leyendo en el salón, escuchando la radio o acudiendo a reuniones informales de mujeres de nuestra posición social. Necesitaba encontrar una manera de llenar el tiempo sin que la pena me consumiera.

Fue Hilde la que me propuso que volviera a tomar clases de piano. Mi antigua amiga vino a verme tan pronto se enteró de mi regreso. Estaba cambiada, como si el matrimonio con un alto cargo del gobierno de Hitler la hubiera transformado en una persona cuyo único propósito en la vida fuera contentar a su marido.

Hablamos durante una hora de nuestras vidas, contándonos toda clase de anécdotas divertidas y tristes. Intenté descubrir en esa mujer alta, esbelta, vestida con una sobriedad impropia de su edad y un porte tirante parecido al de mi madre a la Hilde que me acompañó en los años de infancia y primera juventud, pero no encontré ni rastro de ella.

Era una buena persona, lo supe cuando compartí con ella mi dolor y se acercó para abrazarme. Necesitaba un gesto como aquel, la cercanía de alguien, su cariño, su comprensión. Ella tenía dos niños pequeños a los que quería con locura y enseguida se puso en mi piel. Y, a pesar de las diferencias patentes entre ambas, empezamos a construir de nuevo una amistad.

Hilde me animó a que regresara a la música, llevaba demasiado tiempo sin tocar en serio y debía iniciar de nuevo esa vocación que llevaba en la sangre. No le conté mis devaneos con el espionaje ni la razón por la que mis horas frente al piano se habían reemplazado por otras actividades. Tras una tarde juntas supe que ella creía en las ideas de Hitler y que jamás podría confiarle mi verdadera orientación política, pero agradecí tanto su presencia que decidí recuperar parte de nuestra relación.

Mi madre se entusiasmó al escuchar mi intención de volver a estudiar piano, era una fan absoluta de la música clásica. Tres días después tenía una profesora particular que me daba clases cada mañana. Era una mujer severa, con un método medido para que sus alumnos mejoraran a base de esfuerzo y horas de dedicación.

Cuando me sentaba frente al precioso piano blanco de cola del salón, acompañada por mi maestra, mi corazón recordaba con nostalgia las horas de aprendizaje junto a André, nuestro primer encuentro, aquellas emociones que me recorrían cada vez que sus dedos acariciaban los míos en el teclado.

Transmitía mis sentimientos a las tonadas, ofreciéndoles mi pena, mi felicidad perdida, la esencia de una madre que no soportaba la lacra de descubrir que su pequeño no volverá a sonreírle. Siempre conseguía esa simbiosis perfecta entre la música y mi estado interior, las notas funcionaban como un catalizador y me llevaban a experimentar recuerdos.

Me propusieron enseguida que iniciara mi carrera de concertista, aquella que de pequeña deseaba con fuerza. Me lo pensé, interioricé esa posibilidad en busca del deseo aparcado en el pasado y descubrí que no quería tocar frente a muchas personas ni permitir que mis lamentos fueran del dominio público. Tenía una misión y dar conciertos no entraba en mis planes.

Veía el futuro como una mancha incierta al final de un camino lleno de espinas. No quería conseguir ese anhelo infantil en una sociedad donde las ideas contrarias a mi manera de pensar dirigían la vida de las personas con las que me relacionaría, prefería esperar a encontrarme en un mundo libre, donde nada empañara mi meta.

Ante la insistencia de mi madre accedí a dar conciertos privados para grupos reducidos de personas. Era una buena manera de acercarme a los altos mandos del partido nazi sin levantar sospechas, necesitaba acceder a los secretos cuanto antes para avanzar en mi tarea.

Dos semanas después de mi llegada decidí acudir a la librería que Charles me había nombrado. Era un establecimiento sencillo en una zona comercial de Berlín, con libros afines al régimen y un dependiente joven con una belleza impresionante. Era alto, con porte elegante, unos ojos azules que refulgían su inteligencia y el cabello tan rubio que recordaba un campo de paja bañado por el sol.

Al entrar la campanilla de la puerta anunció mi presencia. No estábamos solos, había un par de mujeres bien vestidas buscando una novela ligera para pasar las horas en su jardín. Parloteaban con el librero para averiguar cuál de las opciones que se apilaban frente a ellas en el mostrador era la mejor elección.

El joven levantó la vista al verme aparecer y esbozó una sonrisa mientras murmuraba un «buenos días». Contesté con una simple inclinación de cabeza. El olor a libro me inundó las fosas nasales con aquella sensación de que a través de las páginas podía acceder al alma de los escritores. Me acerqué al primer anaquel para recorrer los títulos que lo componían, sin deseos de entablar conversación con el dependiente hasta que las mujeres abandonaran el local.

Mis nervios estaban al rojo vivo, al acudir a la librería iniciaba de nuevo mis actividades clandestinas, y no podía reprimir esa parte de mi personalidad que me impulsaba a sentir en exceso.

Pasé un largo instante leyendo la sinopsis de algunas novelas, hojeando el interior, empapándome de las páginas impresas. Me gustaba leer, era una de las ocupaciones favoritas de mi madre que yo compartía. Era adicta a las novelas románticas, donde el amor triunfaba a pesar de las mil desventuras a las que se enfrentaban las protagonistas. También me interesaban las novelas de misterio y las biografías de músicos.

La campanilla anunció la salida de las dos clientas con una bolsa colgada de su mano.

—¿Puedo ayudarla? —me preguntó el librero con una sonrisa.

—Buscaba *El Caso Wagner*, de Friedrich Nietzsche —dije—. Un amigo en común me insinuó que usted tiene una edición antigua...

—Venga conmigo. —No perdió en ningún segundo esa sonrisa risueña que ocultaba sus pensamientos—. Lo tengo en el último estante y no está a la venta. Pero puede consultarlo siempre que lo necesite.

Hojeé el libro con las manos sudorosas. No había nadie más en la tienda y sabía que estaba a salvo, pero tenía demasiadas emociones encontradas en mi interior y la falta de sueño me desestabilizaba. Encontré una nota en la página ochenta y ocho con la inconfundible caligrafía de Charles con cinco palabras: «*Te espero en Nueva York cuando todo termine*».

—Debería enseñarle nuestro código —me dijo el dependiente—. Es importante que los mensajes vengan cifrados para evitar sobresaltos. ¿Ya está situada? ¿Todo bien en su casa?

—La semana que viene doy un concierto privado para un grupo interesante de personas —expliqué—. Espero entablar amistad con ellas, a ver si me invitan a sus recepciones y accedo a las cajas fuertes. ¿Alguna misión en especial?

—Lo siento, yo solo soy el mensajero... —musitó—. Puedo enseñarle el código y ocuparme de que los mensajes lleguen a sus destinatarios, pero nada más.

Me llevó al mostrador con un par de novelas que sacó del primer anaquel, mientras anotaba los títulos en una libreta de albaranes me explicó cuatro normas sencillas para descifrar los mensajes y encriptar los míos. Repetí varias veces las instrucciones hasta que me quedaron claras, pagué los libros y prometí volver una vez a la semana.

—Encantado de conocerla, Margarete —se despidió—. Mi nombre es Klaus.

No sé porque me dijo esa última frase, sonó extraña, como si contuviera una invitación callada a algo. Me giré desde la puerta y descubrí rubor en sus mejillas.

—Me dijeron que nadie conocería mi identidad —le dije—. Soy White Blackbird.

—Solo tu enlace en la OSS y yo sabemos quien eres.

Dijon, veinte de febrero de 1944

Querida Marguerite,

Los meses pasan demasiado rápido y apenas tengo tiempo de pensar en lo que sucede a mi alrededor. ¿Recuerdas que te hablé de una espía nazi que habían enviado a Londres? Era una mujer inglesa que se había criado en Alemania y que se había convertido en doble agente. Me enorgullece anunciarte que gracias a mi intervención nuestros colegas británicos la han identificado y está bajo vigilancia.

Conseguí fotografiar varios documentos guardados en la caja fuerte del General donde describían con exactitud a la mujer y cuál era su cometido. A los aliados no les costó demasiado identificarla después y le filtraron algunas informaciones falsas para utilizarla en su beneficio. De momento quieren seguirla de cerca para ver si les conduce a su contacto en Londres.

Me hace feliz haber servido a la causa, pero me duele condenar a una mujer a la tortura. Si fueras tú, si los nazis te hubieran cogido...

No está bien desear mal a nadie, esta guerra es una dura prueba que enfrenta a vecinos bien avenidos antaño, es algo cruel y despiadado, una manera infame de desperdiciar valiosas vidas humanas. Pero hay que elegir un bando, y yo hace tiempo que decidí pertenecer a un grupo subversivo que lucha por erradicar a los nazis de nuestro territorio.

Estos últimos meses he descubierto la cara amarga de la guerra, a medida que espío a Von Krass, mientras enseño a su hijo a tocar el piano y vivo bajo su techo, me siento mal por la situación, con la sensación de que las cosas deberían ser más sencillas. Georg es un niño agradable, dispuesto, entregado... Sus sentimientos son puros y no merece ser pasto de nuestro odio. En los dos bandos hay personas inocentes metidas en un

conflicto bélico implacable y letal. Los chicos como Georg deberían vivir exentos de dolor.

Cuando volaste por los aires pasé varios meses nadando a la deriva, con un dolor sordo en mi interior que me ahogaba y apenas me permitía respirar con normalidad. La sed de venganza era lo único que me mantenía a flote, quería hacerles pagar mi desgracia, destrozar sus familias, obligarles a sentir mi mismo desespero.

Quizás necesitaba una razón para no derrumbarme, un objetivo acorde con mi estado anímico, una boya a la que asirme para no hundirme en un mar de tristeza. Quiero una Francia libre, un país sin el yugo de los opresores, pero los acontecimientos me han demostrado que dejar huérfanos a niños inocentes no soluciona nada.

Te echo de menos. Cada día me levanto con la impresión de que tu falta va a pesarme menos, pero al acostarme sigo sintiéndote a mi lado, como si todavía existiera la esperanza de encontrarte con vida. ¿Acaso me empeño en mortificarme? ¿Por qué no puedo querer a Violette y continuar con una vida serena?

Von Krass sigue empeñado en desenmascarar a White Blackbird. La semana pasada se reunió con un alto cargo de la Gestapo para perpetrar un plan, quieren acotar la lista de posibles candidatas para encontrarla cuanto antes. De momento los norteamericanos han dejado de hablar de ella en los mensajes cifrados, a ver si se calman los ánimos.

Están cerca, tienen indicios de que es una mujer bien relacionada y creen que está casada con un oficial de alta graduación. Han acotado su edad entre los veinticinco y los treinta gracias a algunas de las informaciones interceptadas en el pasado.

Tengo miedo por ella, se está exponiendo al peligro con demasiada frecuencia y si el General sigue investigando no tardará en identificarla.

Estaré atento a las nuevas informaciones para mantener a Leclerc al día. No quiero que la cojan, amor mío, en mi mente ella sigue siendo alguien muy parecido a ti. Me la imagino con tus ojos, tu sonrisa, tu manera suave de hablar. A veces sueño que eres tú, que te salvaste por un milagro y regresaste a casa sin nosotros...

Mi relación con Violette sigue su curso, a tres meses de la boda no sé si quiero casarme. Quizás debería suspenderla, hablar con ella, explicarle

que no puedo quererla. Pero entonces condenaría a Jaques a vivir sin una mujer al lado y eso no lo encuentro justo para él.

Muchas mañanas me despierto con la determinación de romper el compromiso, pero a medida que avanza el día encuentro motivos fundados para continuar adelante con la boda.

Debería decidirme, el tiempo es inclemente y me acerca irremediabilmente al momento de tomar una determinación. ¿Puedo obligar a mi corazón a quererla?

Siempre tuyo,

André.

OceanofPDF.com

Tardé un mes en conseguir información valiosa para mis camaradas. Fue en una cena en casa de un oficial. Mis conciertos me convirtieron en una celebridad entre las personas influyentes en la política nazi y conseguí que me invitaran a los eventos importantes.

Esa velada consistía en una reunión informal en casa de un general, con camareros que pasaban bandejas repletas de manjares y copas de vino. Se formaron corros donde las conversaciones eran amenas y distendidas, sin que nadie recelara de los invitados. Quizás el alcohol desató las lenguas del grupo de militares de alta graduación que estaba detrás de mí, o simplemente se creían a salvo entre unos invitados tan ilustres. Yo me había colocado con Hilde, entre unas damas que repasaban la lista de modelitos que pensaban ponerse para asistir a la ópera el próximo sábado. Quería escuchar sin problemas a los hombres y mi sorpresa fue mayúscula al descubrir cuál era el asunto que les ocupaba. Uno de los componentes del corrillo era el marido de mi reencontrada amiga. Charlaban despreocupadamente acerca de un bombardeo sorpresa a un arsenal de los británicos.

Contesté con monosílabos y sonrisas a las preguntas de mis compañeras mientras intentaba captar cada detalle de lo que se fraguaba a mi espalda. No era fácil mantener la atención y memorizar cada dato importante.

Esa noche descubrí que el marido de Hilde era un hombre importante dentro de la inteligencia militar nazi. Lo poco que lo había tratado me sirvió para hacerme una idea de su ingenio taimado, la claridad de mente que mostraba en cualquier situación y el estratega que era. Mi amiga lo adoraba y saltaba a la legua que era correspondida. Lejos quedaron aquellos recelos del pasado, cuando Hilde se enteró de que su padre quería casarla con un

hombre mayor... El tiempo les había unido y por suerte habían aprendido a amarse.

Al día siguiente preparé mi primer mensaje en clave. Me costó un poco familiarizarme con el sistema que me explicó Klaus, sobre todo al no encontrar palabras inglesas que se ciñeran a la métrica propuesta. Tardé más de tres horas en componer diez frases que ocultaban información específica del plan de ataque y que a la vista de cualquiera parecían una carta de amor.

Le propuse a mi madre buscarle alguna lectura nueva en la librería, yo había comprado demasiadas novelas en las últimas semanas y no quería que se acumularan en mi mesilla de noche para despertar suspicacias. Ella se limitó a anotarme un par que sus amigas le habían recomendado y a sacar una suma de marcos nada desdeñable de su monedero.

Nuestra relación seguía tan fría como el primer día, pero con el tiempo conseguimos tolerar la presencia de la otra sin que eso perturbara nuestra manera de actuar. No os engañaré diciendo que era feliz, me arrastraba por los días con la sensación de que mi herida no cicatrizaría y me pasaba largas noches en vela llorando la ausencia de Jaques y de André. Pero debía continuar adelante con la misión, encontrar una razón para vivir sin caer en el pozo de la depresión que me rondaba.

Conseguía cariño a destajo de Hilde, quien se desvivía para hacerme reír y no dejarme sola demasiadas horas al día. Cuando me sentaba a la mesa de casa la conversación con mi madre siempre giraba en torno a la música, a los hombres que me convenían y al futuro que ella diseñaba para mí sin tener en cuenta mis opiniones.

Aquella mañana de finales de marzo caminé por la calle con la sensación de que por fin aportaba algo a los aliados para golpear al enemigo. Los bombardeos de la RAF eran frecuentes, muchas partes de Berlín estaban derruidas y las sirenas solían sonar muy fuerte cuando se acercaba uno. Es algo a lo que nunca me acostumbré, a esos gritos de la gente, sus carreras para ponerse a cubierto, el ruido de la destrucción...

Eran los pocos signos de la guerra que veíamos gente como yo, con una vida ajena a la miseria, a la escasez y al miedo. Esa mañana la sirena sonó a cuatro pasos de la librería de Klaus, vi a varias personas correr por la calle con el miedo asomando en sus facciones descompuestas, la angustia de saber que quizás en pocos segundos se quedarían sin un techo bajo el que

vivir mostraba la cara oculta de la guerra, una que arremetía contra inocentes.

Me quedé quieta en medio de la acera, con el corazón acelerado, sin saber muy bien cómo actuar ni adónde ir. Klaus apareció de repente, con su traje marrón y aquél sombrero negro que le quedaba tan bien.

—¡Margarete! —gritó al verme—. ¡Sígueme, aquí cerca hay un refugio!

Corrí tras él hasta llegar a unas escaleras adyacentes a un edificio de cemento que bajaban hasta un sótano atestado de gente. Nos apretujamos como pudimos antes de que un hombre cerrara la puerta y nos quedáramos hacinados en la penumbra.

—¿Crees que estamos en peligro? —le susurré el oído.

—No te preocupes, aquí estamos a salvo.

Una tenue luz iluminaba un espacio escarbado en el suelo, con paredes de hormigón irregulares, mala ventilación y apenas espacio para la veintena de personas que lo ocupábamos. Fuera se escuchaban los sonidos inequívocos de un ataque aéreo, algunos gritos y un sinfín de estallidos cercanos.

Klaus me abrazó cuando mi cuerpo empezó a temblar. Los recuerdos de lo sucedido con André y Jaques regresaron a mí con fiereza, veía sus cuerpos saltar por los aires, escuchaba sus gritos, su dolor, su desconcierto. Las lágrimas se ocuparon de llenarme las mejillas con su textura salada.

—¿Estás bien? —me preguntó Klaus.

—Mi marido y mi hijo murieron hace un mes en una explosión provocada por los alemanes —le contesté sollozando—. Las guerras no tienen ganadores ni perdedores, solo siembran desgracia en ambos bandos.

—Yo perdí a mi novia —me confesó en apenas un susurro—. Fue hace seis meses, en un bombardeo como este. Estaba en casa de un cliente entregándole un pedido cuando sucedió. Supongo que Frieda no tuvo tiempo de llegar al refugio, porque cuando regresé a la librería me encontré que ella no estaba. La busqué en todas partes, pero no había rastro de ella en ningún sitio. La librería aguantó el bombardeo, la mayoría de nuestros vecinos aparecieron y me ayudaron a levantar los escombros hasta que me convencí de que no la encontraría.

Reprimió una lágrima sin ocultar la expresión herida de su cara.

Nos sentamos en el suelo, igual que nuestros compañeros de encierro. En el exterior parecía que la tranquilidad se resistía a imponerse de nuevo.

—Es horrible pensar lo que somos capaces de hacer para conseguir más poder —murmuré—. Yo volví a Berlín para vengarme.

Se puso el dedo en la boca para indicarme que no era el lugar apropiado para hablar acerca de nuestra participación en un grupo clandestino antinazi, estábamos muy apiñados y nuestra conversación podía llegar a los oídos equivocados.

—¿Cómo era Frieda? —le pregunté para no pensar en lo que sucedía a escasos metros.

—Rubia, con los ojos azules y una sonrisa cautivadora. —Sonrió—. La conocí de adolescente, cuando mi padre todavía vivía y llevábamos juntos la librería. Ella solía venir con su madre a comprar novelas románticas y yo me quedaba embobado mirándola.

—André era mi profesor de piano.

Pasamos diez minutos desgranando partes de nuestras vidas, como si fuéramos dos amigos íntimos que carecen de secretos. Me imaginé a Frieda a través de sus palabras, era una joven intrépida, con ideales, impetuosa y una gran entereza. Se enamoraron hablando de libros, frente a los anaqueles de la librería, entre palabras robadas a los momentos compartidos. Un día Klaus decidió lanzarse y pedirle una cita, ella se ruborizó, esbozó una ancha sonrisa que le iluminó la mirada, y aceptó. A partir de ese día se convirtieron en inseparables, tenían planeado casarse en mayo, pero el estallido de esa bomba los separó irremediablemente.

—El peligro ha pasado —anunció un hombre vestido con un uniforme de panadero que acababa de abrir la puerta para inspeccionar el exterior—. ¡Estamos vivos!

Nos abrazamos presos de una euforia intensa. Klaus me sonrió, con una emoción palpable en la cara.

—Vamos a ver qué queda de la librería.

En el exterior reinaba el caos. Había escombros por todas partes, edificios derruidos, polvo, personas llorando arrodilladas frente a cadáveres, desolación. Caminé con el corazón compungido y la sensación de que era una aberración que los humanos nos matáramos entre nosotros con esa crueldad. Klaus me cogió por los hombros y permitió que me apoyara en el suyo para aguantar con mayor entereza la situación.

Milagrosamente la librería y los edificios adyacentes se había librado de las bombas.

—¡Debe tener un hechizo que la protege! —exclamó él con emoción—. Es lo único que me queda, mi querida librería...

Entró corriendo para respirar el aire viciado por los libros, acarició las estanterías y los lomos, como si fueran una parte importante de él mismo. Había muchos libros desparramados por el suelo, polvo y restos de las bombas cercanas.

—¿Por qué les ayudas? —pregunté a salvo de oídos indiscretos—. Si fueron los aliados los que mataron a Frieda, ¿cómo es que los apoyas?

—Tú lo has dicho antes, en las guerras no hay ganadores ni perdedores, solo muertes absurdas. —Compuso una mueca de dolor—. Frieda fue un daño colateral, los aliados necesitan devolver los golpes.

Caminó hacia una puerta que se abría al lado del mostrador de madera. Le seguí a corta distancia, con la intuición de que había una parte de su historia que todavía no conocía. Entré en una pequeña habitación de decoración sencilla y funcional. Klaus se acercó a una caja de fusibles situada sobre un estante bajo y abrió la luz del local.

—A mí me mueve la venganza. —Le seguí de vuelta a la librería, donde la iluminación habitual le daba vida—. Quiero que paguen por lo que le hicieron a André y a Jaques.

Mientras le ayudaba a recoger el desastre le conté mi época de espía en París, la cercanía a Von Arzer, las excursiones a su caja fuerte, la cantidad de judíos que pasaron por el sótano de mi casa. A medida que compartía con él cada instante parecía como si soportara un peso más liviano a mi espalda.

—Se llevaron a mi padre —me contó—. Le acusaron de vender libros prohibidos y de traidor al régimen. Lo torturaron durante días y no me dejaron verle ni ayudarle ni me contaron nada. Mi madre murió cuando yo era un niño y no tenía a nadie más. El padre de Frieda intercedió por él, tiene un cargo importante en el partido nazi, pero lo único que consiguió fue que me permitieran quedarme con la librería. Días después me obligaron a quemar los libros prohibidos ante sus narices antes de anunciarme la muerte de mi padre. —Se le quebró la voz—. Y yo no podía hacer nada si quería salvar mi vida.

—¿El padre de Frieda es nazi?

—Un nazi convencido —musitó buscando el último de los títulos de mi lista en la estantería—. Frieda y yo no estábamos de acuerdo con sus ideas,

pero nunca se lo dijimos, era más fácil fingir. Él fue quien consiguió que me salvara y conservara la librería. Quince días después Frieda murió.

—Entonces empezaste a trabajar con los de la OSS...

—Y me aparté de la familia de Frieda. —Colocó las novelas que me había encargado mi madre sobre el mostrador y empezó a anotar los títulos en la libreta de albaranes—. Ellos piensan que les visito poco porque me recuerdan demasiado mi pérdida, pero en realidad no quiero mentirles. Son buena gente, aunque estén en el bando equivocado.

Pagué la cuenta. No me apetecía marcharme, pero no podíamos levantar sospechas.

—Tengo algo para el libro de Nietzsche —susurré, como si pudieran oírnos.

—Bien, dámelo, yo lo colocaré en su lugar.

Mi información sirvió para frustrar los planes de los alemanes y poner las armas inglesas a buen recaudo antes del ataque del enemigo. Lo supe gracias a un mensaje en clave que encontré la semana siguiente en la página ochenta y ocho del libro de Nietzsche. Estaba en clave, una que se construía con versos amorosos.

La presencia de Klaus en mi vida fue un bálsamo, necesitaba alguien con quien mostrar mi verdadero yo y no sentirme enclaustrada en una vida exenta de realismo. Hilde era una amiga fiel que me trataba con cariño, pero en el fondo yo sentía que nuestra amistad era una farsa construida sobre una base poco sólida. No podía confiarle mi verdadera misión ni hacerle entender que esa fe ciega en los nazis era peligrosa ni explicarle los sentimientos a los que me enfrentaba.

Con mi madre los días eran monótonos y faltos de animosidad, con normas rectas que decidían siempre qué debía hacer, decir o pensar. Arrastraba una tristeza profunda, cada vez que cerraba los ojos veía a Jaques caminar cerca de mí, levantando sus manitas para que lo alzara. Luego escuchaba las palabras dulces de André y le sentía cerca, acompañándome en cada uno de mis pasos.

Cuando estaba con Klaus podía ser yo misma, aunque no sabía muy bien cuál de mis tres identidades era. Quizás una mezcla entre ellas, una que subyacía de mis sentimientos más íntimos. Iba a la librería una vez a la semana, por suerte mi madre era una lectora voraz y siempre quería la última novedad que sonaba en su círculo de amistades. A veces pienso que

era una persona incapaz de dormir ni de descansar y que la lectura era lo único que la evadía de la realidad las horas suficientes para aguantarse a ella misma.

Entre Klaus y yo se forjó una sincera amistad a medida que intimábamos. Fue mi contrapeso en esa época convulsa, donde el dolor eclipsaba la felicidad en demasiados momentos.

Por suerte tenía la música, mis horas de soledad frente al piano, los conciertos privados que me abrieron las puertas a mansiones de cargos importantísimos del partido nazi. Allí me dedicaba a fotografiar cualquier papel que encontraba en mis entradas clandestinas a los despachos, cuando me excusaba para ir al baño.

Los meses pasaron con un sinfín de nuevas informaciones obtenidas en momentos fugaces, incluso en incursiones en las cajas fuertes que encontraba, o en conversaciones captadas al azar, con mi cada vez más agudizado sentido del oído. Pasé varias veladas en casa de Hilde, acompañada por su marido. Aprovechaba esas noches para allanar el despacho de Lutz, un hombre que a simple vista parecía agradable, sincero, muy recto y con un alto grado de exigencia en la educación de sus hijos, pero que ocultaba una personalidad perversa.

Lutz fue un obstáculo para que mi amistad con Hilde fuera sincera. Estaba muy cerca de Hitler, tenía conocimientos médicos, dirigía algunos de los experimentos macabros desde el sillón de su despacho y era un brazo ejecutor de las políticas de exterminio nazi.

No sé cómo aguantaba mi interpretación durante días y semanas, qué extraño capricho del destino me llevaba a continuar con mi lucha diaria para descubrir nuevos planes del enemigo. Al final las invasiones de la intimidad de las personas que me invitaban a sus casas se convirtió en una rutina que entrañaba muchísimos riesgos.

En junio de 1942 recibimos la visita de Hans.

No tenía contacto con Nueva York desde que abandoné París ni sabía mucho de Charles. Las notas que encontraba en el libro de Nietzsche lucían otra caligrafía, así que parecía como si mi mundo conocido se hubiera evaporado en una nube de niebla.

Mi hermano llegó a finales de junio para pasar tres meses en Berlín. Parecía cansado, como si las decisiones tomadas en sus años de militancia empezaran a hacer mella en su interior. Mi madre le saludó con su habitual

frialdad, sin un abrazo ni un beso que mostrara lo feliz que le hacía su llegada. Yo me lancé a sus brazos, incapaz de reprimir mis sentimientos. Me recibió con sorpresa, como si sus días de cercanía se hubieran fundido en el olvido.

Esa noche le propuse que nos acercáramos al salón donde de pequeños nos contábamos nuestro día. Quería recuperar esa sonrisa despreocupada en su cara, los hoyuelos que aparecían al sonreír, el chico alegre que ya no encontraba en él. Contra todo pronóstico aceptó. Durante la cena charlamos sin demasiada emoción de sus correrías en la guerra, de la muerte de mi marido y de mi hijo y del asesinato sin resolver de Ernest. Descubrí un brillo en los ojos de mi hermano cuando mostré un poco del dolor que arrastraba, como si sintiera profundamente esas pérdidas.

—Estás distinto —le dije cuando al fin nos encontramos a solas en nuestro salón—. Parece que te has hecho mayor.

—¡Soy un monstruo! —exclamó al borde de las lágrimas—. Al principio pensaba que estar al lado de Hitler era lo que tocaba, pero a medida que ordenaba asesinatos y descubría la maldad en nuestros actos... ¡Hitler está loco! Quiere mejorar la raza y no se da cuenta de que mata a seres humanos. Creía en él, en sus ideas, en su visión de una Alemania fuerte, libre, dueña de un amplio territorio. No entiendo cuándo se perdió la esencia de su discurso ni de dónde viene ese odio visceral por los judíos. Ya no puedo más, no quiero matar ni condenar ni llevar a esos hombres y mujeres a la cámara de gas o a alguno de los lugares donde los utilizan de cobayas, yo no soy así.

Le abracé. Nunca me había planteado la posibilidad de que la consciencia de Hans le llevara a ese estado. Temblaba entre mis brazos, incapaz de hablar.

—¿Quieres acabar con Hitler y los suyos? —le pregunté con un conato de esperanza.

—¿Cómo? ¿Con más asesinatos? —Me miró con un dolor insondable en los ojos—. No aguantaré una muerte más sobre mi consciencia. Me da igual quién gane la guerra, lo que de verdad necesito es largarme a un lugar donde los hombres convivan en paz, alejarme de la barbaridad que vive el mundo, pero no puedo, es demasiado tarde.

Lloró como un niño, con lágrimas enormes resbalando por sus mejillas enjutas. Estaba sentado a mi lado en el sofá, con la cabeza baja y el

sombrero militar agarrado entre sus dedos sobre el regazo. Su semblante abatido me llenó de pena, como si a través de él accediera a su alma herida.

—Pensaba que te habías vuelto como ellos —le dije abrazándole—. Cuando te vi en París con Hitler frente a la Ópera y no me saludaste me partiste el corazón. No entendía esa actitud ni la que mostraste el despacho de Ernest. Nuestros encuentros cada vez eran más cortos, como si solo fueran un intercambio de dinero y yo no te importara lo más mínimo. Te echaba de menos, Hans. Esta casa sin Franz y sin ti es un lugar triste y solitario.

—Me equivoqué —susurró—. Lo siento, Margarete, no quería hacerte daño.

Nos abrazamos con fuerza, sintiendo cómo nuestros lazos fraternales se estrechaban de nuevo para permitir que la confianza y la cercanía nos aproximara. Hans empezó a hablar con tristeza, contándome cada instante de su experiencia en el frente. Seguía entre los hombres cercanos a Hitler, era parte de su círculo de confianza y estaba obligado a continuar en él si no quería acabar muerto o torturado.

En sus palabras se intuía un vacío, algo que no me contaba, como si hubiera una parte de sus vivencias que le hubiera marcado de manera significativa y se resistiera a confiármela. Cada batalla que compartía conmigo, cada asesinato, cada decisión escondía una honda tristeza que no acababa de salir a la superficie.

Deseé ayudarle, encontrar las frases certeras para serenar su alma, pero cada vez que intentaba acercarme a él a través de las palabras sentía un rechazo directo, como si se avergonzara de un secreto.

Miré en mi interior en busca de una respuesta a ese comportamiento, quizás no conocía lo suficiente a mi hermano o había cambiado tanto que ya no le reconocía en el hombre destrozado que no paraba de hablar. Era como si necesitara exorcizar sus demonios detallando cada instante de su incursión en la guerra.

Cuando calló sentí cómo mis cimientos se tambaleaban. Le entendía, era muy duro enfrentarse a su propia conciencia, descubrir la vileza en sus actos y reconocer que se arrepentía, pero seguía sin conocer la verdadera razón de su cambio de parecer. Quedaba un resquicio de pena en su interior que no era racional.

Suspiré. Quizás si le contaba mi verdadera historia se solidarizaría conmigo y confesaría lo que callaba. Era arriesgado, no dejaba de ser un nazi con un historial repleto de muertes a sus espaldas. Descubrirme ante él podía llevarme a un cuartel de las SS... Pero si salía bien tendría un aliado en las altas esferas y podría ayudarlo. Además, cuando Ernest empezó a sospechar de mí él no me denunció.

Durante unos minutos permití que el silencio solo se empañara con los sollozos de mi hermano. Dudaba, no tenía claro cómo actuar ni si mi instinto era fiable. Hans era mi hermano, le quería a pesar de sus errores, y quizás ese sentimiento era el que me llevaba a confiar ciegamente en él. Y si me equivocaba lo pagaría con mi vida.

Al final me lancé de cabeza a contrale la verdad. Me costó arrancar, recordar los primeros momentos con André, nuestras ilusiones, el nacimiento de Jaques, sus primeras palabras... Era demasiado impacto emocional para mí. Los sollozos me impedían continuar en algunos instantes, llevándome al pasado con una facilidad pasmosa, como si pudiera regresar a los brazos de mi marido.

Poco a poco la firmeza de voz se impuso, dándome seguridad para avanzar por el laberinto de acontecimientos vividos junto a mi niño y a mi marido. El llanto se apaciguó al compás de mis recuerdos, como si necesitara llenarse de ellos para iluminar mi camino. A medida que desgranaba cada instante de mis años en París sentía una corriente de confianza tomar cuerpo en mi interior.

La cara de mi hermano sufrió un impacto al enfrentarse a la homosexualidad de Ernest. Se quedó lívido, angustiado, hiperventilando.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Qué opinas de esa desviación? —apenas le salió un hilo de voz.

—Yo respeto cualquier manera de amar.

Me sonrió con una tristeza inmensa. Intuí en ese segundo la profundidad de los sentimientos de Hans y, sin necesidad de palabras, le transmití mi apoyo. Él sollozó mordiéndose el labio inferior. Empecé a hablar de nuevo para darle tiempo a serenarse antes de que me confiara su realidad. Le confesé mi época de espía en París y las incursiones en las cajas fuertes de sus camaradas, le relaté la aparición de Charles, mis sentimientos alterados al verle de nuevo frente a mí, el dolor de descubrir que Jaques y André habían volado por lo aires y mi firme determinación a vengarme.

—¿No tienes miedo? —me preguntó al final de mi historia—. Si te pillan te destrozarán.

—Peor es quedarse quieta en un rincón sin hacer nada.

—Eso es lo que yo hice por Jacob, ¡nada! —La voz le temblaba—. Fui un cobarde, no quería reconocer mis sentimientos, era deshonroso, por eso no le salvé de las SS y permití que le torturaran. ¡Soy un monstruo! ¡No merezco vivir!

OceanofPDF.com

Dijon, veinte de marzo de 1944

Querida Marguerite,

Estoy absolutamente impactado por los últimos acontecimientos. Tiemblo, el pulso apenas se decide a serenarse y tengo taquicardia. Suelo escribirte después de comer, acompañado de la luz diurna, con el armonioso silencio de estos momentos de descanso. Hoy son cerca de las diez de la noche y la agitación propia del momento me ampara, junto al latido acelerado de mi corazón, que parece decidido a desafiar la serenidad de la casa.

No sé cómo enfrentarme a lo sucedido sin ponerme a temblar.

Soy un asesino, amor mío, un maldito asesino. El cadáver de Violette está escondido en un hueco de los pasadizos secretos, a la espera de que encuentre la manera de darle sepultura sin despertar sospechas en la casa. Debería contar lo sucedido en vez de ocultarlo, pero si lo hiciera dejaría a Jaques huérfano y sería una crueldad.

Hoy es domingo, uno de tantos en esta casa alejada de la realidad. Las bombas caen constantemente cerca de aquí, pero nunca llegan a arañar la extensión de terreno de estos lares. Por la mañana me he ido a ver a Leclerc para charlar con él, con el tiempo Frédéric y yo nos hemos hecho muy buenos amigos. Somos parecidos y solemos encontrar muchos temas de los que hablar.

Hoy nos hemos pasado un rato charlando alegremente de nuestra idea del final de la guerra, de nuestros deseos de salir impunes de la situación y de regresar a un París sin la presencia de las esvásticas ondeando a lo

largo de las calles conocidas. Luego hemos filosofado acerca de la tendencia humana a autodestruirse.

Jaques se ha pasado la mañana dibujando en el salón de casa de Frédéric, acompañándonos en silencio mientras tocábamos algunas piezas al piano y preguntando muchísimo cada vez que hablábamos de temas trascendentes. Es un niño muy curioso al que le interesa su entorno.

El regreso a casa se ha llenado de instantes maravillosos, con un paseo bajo el sol, tapados con bufandas y gorros, parloteando sin parar. Suerte que al entrar en casa el hijo pequeño de Von Krass ha invitado a Jaques a jugar un rato con los juguetes de su habitación, no sé qué hubiera hecho si llega a entrar en mi alcoba.

Al abrir la puerta he visto a Violette sentada en la cama, con la caja donde guardo tus cartas sobre la colcha, leyendo una de ellas con lágrimas en los ojos. Su expresión ansiosa me ha dado una pista de sus sentimientos convulsos, Me he puesto en su piel, enseguida he comprendido que estaba en una encrucijada difícil de superar.

—¡Violette! —he exclamado con angustia—. No esperaba encontrarte aquí...

Ella me ha fulminado con la mirada y se ha levantado sosteniendo una de las cartas en la mano.

—Eres un maldito bastardo. —La amargura se colaba en su voz—. Me has engañado, sigues enamorado de ella. ¿Por qué eres tan cobarde? Si me hubieras dicho la verdad las cosas serían distintas ahora. ¿Crees que puedes mentirme y salir impune? ¿Cuándo pensabas hablarme de tu participación en grupos antinazis? ¡Tenía derecho a saberlo! ¡A decidir si quiero correr ese riesgo!

He caminado hasta quedarme a dos pasos de ella y he intentado acariciarle la mano, pero ella la ha retirado con rapidez. Su tono no era airado, sino frío, como si el descubrimiento hubiera borrado de un plumazo la ternura para convertirla en una ametralladora de palabras cortantes y letales. No ha alzado la voz ni ha montado una escena, simplemente ha escupido su rabia en forma de verdades que atentaban contra mi conciencia.

Nos hemos sentado en la cama, el uno al lado del otro, mientras ella me increpaba con verdades que no deseaba oír. Durante unos minutos la he escuchado, excusándome, como si con mis frases pudiera remediar su

indignación. Poco a poco la conversación ha adquirido un tono más complicado, Violette ha arremetido contra mí en varias ocasiones, amenazándome con contárselo todo a Von Krass. A veces un desengaño amoroso te lleva a un extremo imposible. Sus ojos lanzaban chispas, tenía la cara contraída y su expresión feroz ha despertado mi pánico.

—Es cuanto salga por esa puerta voy a denunciarte al General —me ha asegurado con decisión—. Has jugado conmigo y yo voy a dejar a tu hijo huérfano.

Cuando se ha levantado se lo he impedido, agarrándola de la cintura y tirando de ella hacia la cama. No podía permitir que expusiera a la organización ni a Jaques. Ella se ha defendido, clavándome las uñas en el brazo. Ha empezado a forcejear entre gritos, golpeándome sin descanso, intentando zafarse de mí. Le he aplicado la mano a modo de mordaza y he tirado de ella para impedir que se fuera, quería estirla en la cama, pero Violette ha resbalado y se caído, golpeándose la cabeza contra la mesilla de noche.

No pretendía herirla, te lo juro, no pensaba con racionalidad...

La sangre se ha ocupado de llenar la colcha, el suelo, su ropa... ¡Ha sido horrible, Marguerite! No sabía qué hacer, le he buscado el pulso en el cuello y he descubierto que no latía. He tardado más de la cuenta en reaccionar, no acababa de creerme lo sucedido.

Algunas cartas están manchadas con sangre, me recuerdan los sucesos con demasiada claridad para mantenerlas guardadas junto a las otras, pero no me resigno a destruir un pedacito de mi alma para borrar el horror de este día.

Lo he limpiado todo, por suerte la colcha es oscura y casi no se ven las manchas, pero ahora deberé aplacar la dureza de mi consciencia.

Mañana le pediré ayuda a Frédéric para deshacernos del cuerpo, es la mejor solución para seguir con mis actividades subversivas, aunque no sé si conseguiré salir del pozo negro de la culpabilidad algún día.

Tuyo siempre,

André.

Los días posteriores mi hermano acabó de contarme su historia y me descubrió un Hans muy diferente a la imagen que tenía de él. Su dulzura de antaño, la sensibilidad que mostraba sin tapujos cuando nos contábamos las peripecias diarias y aquellas risas frente a la chimenea escondían una verdad para la que no estaba preparado.

A la luz de la madurez deshojé la realidad que entrañaban esos gestos cercanos de mi hermano, su manera de pensar tan parecida a la mía, la atención que prestaba a los pequeños detalles de nuestras vidas, tan alejada del estándar varonil de la época. De pequeña lo atribuí a la confianza que nos teníamos, nuestros vínculos se afianzaron en un ambiente hostil, perpetrado por mi madre, y pensaba que Hans había asumido un rol protector conmigo.

Quizás si me hubiera percatado antes de esos indicios mi calor hubiera colaborado a la hora de integrarlo en mi vida sin que se sintiera rechazado. A veces recuerdo aquel día lejano en Nueva York, cuando mis padres vinieron a anular la boda de Franz y yo vi un brillo inusual en los ojos de Hans. Fui una tonta al no indagar la razón de su angustia, él necesitaba apoyo y yo no supe estar a la altura.

En Nueva York Hans aceptó al fin sus preferencias sexuales. No fue una tarea fácil, entrañó demasiadas contradicciones internas que le causaron heridas difíciles de cicatrizar. Se enamoró de un compañero de universidad, un joven judío de familia adinerada que le correspondía. Se llamaba Jacob.

Se veían en secreto, a escondidas del mundo, sin atreverse a exponer su realidad. Era una época distinta a ahora, entonces todavía se creía que la homosexualidad era una enfermedad mental, una desviación que se debía corregir. Hans nadaba entre dos aguas, salía con la pandilla a divertirse y

fingía que se interesaba por las chicas, pero anhelaba sus encuentros con su amante furtivo.

Jacob tampoco podía dar el paso de admitir públicamente su relación, nadie estaba preparado para entender la profundidad de sus sentimientos ni la mágica exploración de su verdadera naturaleza al compartir con mi hermano sus horas libres. Yo no le conocí, estaba demasiado preocupada por mi relación con Charles, y después desaparecí de la vida de Hans al regresar a Europa.

En el campus pensaban que mi hermano y Jacob eran grandes amigos. En público se comportaban como camaradas que compartían juergas e intereses, en privado exploraban sus cuerpos, sus mentes, sus almas.

Enamorarse es un proceso extraño, nunca sabemos cómo sucede ni por qué nuestro corazón se encapricha de alguien en concreto. Hans me confesó entre lágrimas que antes de conocer a Jacob llevaba años sintiéndose extraño entre los hombres, sin compartir con ellos la mayoría de pensamientos. El cuerpo femenino no despertaba en él deseo sexual, y no lo entendía. Veía a sus compañeros babear ante el movimiento sinuoso de unos pechos generosos o al contemplar un trasero prieto, pero él solo veía belleza, sensualidad, imperfecciones.

Me reproché en demasiadas ocasiones mi poca comunicación con Hans en el pasado, le abracé cuando lloraba al recordar sus días felices junto a Jacob, asegurándole que no le juzgaría con dureza, que le entendía y le aceptaba tal como era. Él entonces sonreía con una tristeza que me partía el corazón, como si mi aceptación llegara tarde.

Al abandonar Nueva York tras la muerte de mi padre, Jacob y él se habían separado con dolor y promesas incumplibles. Hans debía ocupar un sitio que le desagradaba, Jacob acatar las decisiones de su familia y casarse con una chica judía que sus padres le habían elegido. Los dos enamorados se despidieron con lágrimas en los ojos y la sensación que sus vidas estaban acabadas.

Durante los primeros meses se cartearon como si fueran dos amigos que intentan no perder el contacto, pero la entrada de Hans en el ejército nazi y su cercanía al Führer impidieron que siguieran enviándose cartas.

Hans aceptó con estoica resignación la boda de su amado con otra y la distancia impuesta por las circunstancias, pero nunca dejó de amarle. Durante los primeros meses como mando importante en las filas alemanas

permitió que la frustración y la angustia dirigieran sus órdenes, sin cuestionarse en ningún momento la ética ni la moral de esas decisiones.

El recuerdo de Jacob le acompañó durante demasiado tiempo. A instancias de sus compañeros salió con algunas chicas, intentó que despertaran su interés, que las curvas de su cuerpo le reportaran alguna de las sensaciones que obtenía con Jacob, pero era inmune a sus encantos. Y no podía aceptar públicamente sus gustos sin exponerse a la cámara de gas o a algo peor.

Cuando Estados Unidos entró en guerra con Alemania el destino le reservó una triste sorpresa, su batallón apresó a tres pilotos estadounidenses tras derribar unos aviones y entre ellos estaba Jacob. ¿Cómo era posible que fuera él? Había millones de personas en el mundo, demasiadas para enfrentarse a la presencia de su amor secreto esposado y golpeado en una tienda del campamento custodiada por guardias armados, esperando su destino macabro.

Supo que Jacob estaba entre los prisioneros por las fotos que encontraron en su bolsillo, eran de él junto a una mujer morena de ojos marrones que tenía un bebé entre los brazos. Su corazón martilleó el silencio con una sensación indescriptible, no quería admitir que su amor tenía una vida, un hijo, una mujer... Pero tampoco era capaz de condenarlo a un campo de concentración ni a las torturas que se avecinaban.

Necesitaba hablar con él.

Esa noche decidió entrar en la tienda donde lo tenían. Él estaba al mando y nadie cuestionó su intención de interrogar a los prisioneros. Jacob estaba cambiado, su cuerpo mostraba una preparación física increíble y signos de madurez, su porte ya no era dulce, se había endurecido a base de morar en una vida distinta a la que deseaba y su cara mostraba los signos de la resignación.

Cuando sus miradas se encontraron los dos supieron sin palabras que nunca se habían olvidado, pero la presencia de dos oficiales estadounidenses en la tienda les impidió abrazarse como clamaban sus corazones. Fingieron no conocerse y cada uno representó el papel que le había tocado en suerte.

Mi hermano les preguntó a los tres sus nombres, sus graduaciones y sus órdenes en un inglés impecable, sin obtener respuesta. Era incapaz de utilizar la violencia contra Jacob, así que le pidió a los guardias que se

llevaran a los otros dos para que él doblegara al oficial de mayor graduación. No sospecharon de sus verdaderas intenciones, era una práctica común, aunque normalmente no era Hans quien la llevaba a cabo.

A solas se abrazaron y se contaron parte de sus vidas, como si el tiempo no contara ni la guerra fuera un obstáculo para aflorar sus sentimientos. Jacob no quiso besarle ni acariciarle ni acercarse a él, le aseguró que ya no le quería, que la distancia y su matrimonio habían borrado esa parte de su pasado. Y mi hermano se sintió morir. Le golpeó con fuerza para hacerle recapacitar, con una rabia insoldable. Jacob le suplicó que parara y que entendiera su condición de padre, sus obligaciones y su libertad para amar a quien quisiera, pero Hans no podía detenerse, no después de contemplar el rostro de su amado y descubrir que ya no era correspondido.

Horas más tarde Hans daba vueltas en su camastro, sin conseguir apaciguar sus emociones descontroladas. Les dijo a sus hombres que a pesar de sus intentos no había sacado nada del americano, no quiso dar su nombre para no delatar su condición de judío, pero a la mañana siguiente tampoco impidió que se le llevaran a un campo de concentración ni que su destino fuera probablemente la sala de tortura y la cámara de gas.

Hacía apenas un mes del incidente. Pasó los días sin pensar en lo que hizo, con el piloto automático de su vida con un rumbo fijado. Cuando Hitler le requirió una temporada en Berlín el peso de sus remordimientos le ahogó. Mi hermano estaba en un estado deplorable, una depresión nerviosa pululaba por su interior con consecuencias pésimas. Cada día que pasaba se hundía más en la tristeza.

Le propuse que averiguara el destino de Jacob, pero se negó. Si descubría que estaba muerto no lo superaría y prefería vivir con la incertidumbre a enfrentarse a la realidad. Me enseñó la foto de Jacob con su mujer y su hijo recién nacido, la llevaba escondida en un bolsillo interior de su chaqueta militar. Acarició con el dedo el rostro de su amado y suspiró.

Intenté que reaccionara, que regresara a la realidad y superara esa melancolía intensa que sentía, pero fue inútil. Se recriminaba su estupidez, sus celos extremos, su decisión. Y no había nada que le ayudara a ver una salida digna. Le conté una y otra vez las heridas que yo arrastraba tras la muerte de André y de Jaques, como si mi experiencia pudiera ayudarle a salir del pozo. Él me miraba con aquellos ojos apagados, me acariciaba la mejilla y me decía que no era lo mismo.

Su vida pública continuaba como si nada, cada día tenía reuniones con otros oficiales, asistía muchas noches a recepciones y trabajaba en un despacho cercano a nuestra casa. Por suerte nunca dijo nada acerca de mi condición de espía, fue como si esa parte de mi confesión quedara en el olvido. En más de una ocasión le pedí que me ayudara y él fingía que no me oía. Secreto por secreto. Yo nunca le traicioné ni él a mí, eso era todo, un trato tácito entre nosotros.

A mediados de julio Hans me propuso que le acompañara a una fiesta que se organizaba en honor a Hitler en una casa de campo. Duraba un fin de semana y era una ocasión perfecta para presentarme al Führer de nuevo. Intuí que era una manera callada de colaborar en mis acciones subversivas y se lo agradecí con una sonrisa.

Volver a ver a Hitler me impresionó. Era un hombre con un carisma especial, tenía una manera de hablar que conseguía convencerte de cualquier cosa y los años le habían convertido en alguien magnético. Cuando Hans le habló de mis conciertos me pidió que tocara para él y quedó cautivado por mi talento. La casa donde se celebraba la reunión era preciosa, una mansión inmensa con jardines perfectos para los desayunos y las comidas al aire libre. El salón estaba decorado con muebles de anticuario que le conferían una personalidad recia, los cortinajes eran de la mejor tela que se podía encontrar y las lámparas de araña iluminaban las veladas nocturnas con su brillo intenso.

Intimé con algunas mujeres de la reunión, siempre con un interés oculto en esos gestos. El marido de Hilde era una buena fuente de información, pero si conseguía picar más alto tendría mejores informaciones para los aliados. Entre los hombres había algunos solteros que se acercaron a mí en diversas ocasiones. Uno de ellos no se separó de mí en todo el fin de semana. Era un joven de treinta años llamado Ingolf. Alto, rubio, ojos azules, cuerpo musculado, mirada penetrante... Tenía una voz grave y una manera intensa de pintar las palabras con colores mágicos.

Mi corazón no estaba preparado para sentir algo romántico, el recuerdo de André pesaba demasiado, pero al lado de Ingolf me sentía bien, sabía cómo conseguir que mis labios se curvaran en una sonrisa perfecta y arrancarme alguna que otra carcajada. Una parte de mí vio una oportunidad de oro en su cortejo, la otra deseaba que la quisieran, que tantas miserias y tristezas cristalizaran en un conato de felicidad.

Hans se mostraba extrañamente sereno, como si hubiera encontrado la paz. Debería haberle prestado más atención en vez de escuchar a hurtadillas las conversaciones ajenas para captar algún dato útil para la OSS, pero me ceñí a mi papel de espía.

Al regresar a casa el domingo por la noche mi hermano me habló con dolor. Nos sentamos en nuestro salón privado después de cenar, con una copa de licor en la mano y deseos de conversar acerca de los últimos acontecimientos.

—Jacob está muerto —me dijo—. He indagado sin despertar sospechas y lo he descubierto. Le torturaron durante días y luego lo mandaron a la cámara de gas. ¡Soy un asesino!

Lloró desconsoladamente, como si fuera un niño que acabara de caerse y todavía no contara con la madurez suficiente para aguantar el llanto. Le abracé y le acuné entre mis brazos frente a la chimenea apagada.

—No es tu culpa, Hans, no podías hacer nada por él.

—Debí intentarlo —sollozó—. Luchar por su vida. Me cegó la rabia y él no lo merecía, era un buen hombre.

Durante el resto de la velada su desesperación fue la única moneda de cambio en el salón. Intenté consolarlo sin éxito antes de retirarme a mi habitación. Él se quedó a oscuras, de pe frente a la ventana, vencido a un llanto silencioso.

A la mañana siguiente me desperté temprano, con las primeras luces del alba bañando las flores de nuestro jardín. Me desperecé entre las sábanas sin deseos de levantarme ni de caminar hacia la cocina para tomar el desayuno. Mis primeros pensamientos fueron para André y para Jaques, como siempre. Sin embargo Ingolf se coló por los recovecos de mis recuerdos.

Me reprendí por pensar en él, era un nazi, alguien que pertenecía al grupo de personas que odiaba con toda mi alma, pero también era un hombre sensible, con una mirada profunda y una manera de expresar sus emociones que conseguía despertar una chispa de ilusión en mi interior. Me senté en la cama apoyándome en el cojín y en el cabecero, dándole vueltas a los dos días en el campo.

Ingolf significaba todo lo que odiaba. Era un estratega, un hombre culpable de gran cantidad de éxitos en las batallas. Su inteligencia superaba con creces la media, por eso Hitler le tenía en alta consideración, y lograba

que me pareciera sencillo algo muy complicado. Tenía treinta años, un título de ingeniería aeronáutica, una familia bien posicionada, una simpatía natural que me atraía y un cuerpo de infarto.

El rostro de André se coló por mis pensamientos. Sonreía con un deje de reproche, como si recrear a otro hombre con la mente atentara contra su recuerdo. Le quería, a pesar del tiempo y de la distancia de su muerte, jamás me arrancaría ese amor que le profesaba, pero ya era hora de salir al mundo, de vivir nuevas experiencias, de sentir de nuevo.

Mi marido cambió su expresión en mi cabeza y asintió, dándome permiso tácito para recomponer las piezas rotas de mi interior. Sé que suena absurdo, que André estaba muerto y posiblemente enterrado en algún cementerio de París, y que mis pensamientos eran incapaces de hacerle regresar a mi vida, sin embargo necesitaba contar con esa aprobación para permitirme un conato de ilusión.

Decidí que esa mañana de lunes iría a la librería a ver a Klaus. Se había convertido en mi único amigo real y necesitaba contarle las últimas noticias para que me ayudara a evaluar la situación. Es curioso cómo una guerra puede unir a dos personas tan diferentes. Klaus era un joven sociable, con desparpajo al hablar, carisma y un sinfín de cualidades que la naturaleza no me había otorgado. Era más pragmático que yo, solía diseccionar los problemas con la distancia necesaria para calibrar su verdadera naturaleza y siempre encontraba una solución perfecta.

Al fin me decidí a levantarme. Me calcé las zapatillas azul cielo sin talón, a juego con la bata de seda que me regaló mi madre, me acerqué a la cómoda para ponerme un poco de crema en la cara y me encontré con un sobre blanco encima de una carpeta marrón, con letras caligrafiadas que dibujaban mi nombre.

El corazón se me aceleró, intuyendo el contenido de esa carta antes de leerla. La letra de Hans parecía temblorosa, había partes emborronadas por las lágrimas y exudaba un dolor desesperado. Un adiós triste y agónico, una petición de que le recordara con cariño y de que calificaran su muerte como natural. La carpeta contenía algunos de los planes nazis más importantes. También encontré unas instrucciones para acceder a las cuentas secretas que mi padre nos legó, las llaves del despacho que mantenía escondido y cómo ponerme al día con los negocios.

Escondí el material y la carta bajo el colchón y corrí a la habitación de Hans con la ansiedad como compañera. Estaba tumbado boca arriba en la cama, con un color plúmbeo en el rostro de expresión tranquila. Me acerqué a él temblando, con la sensación de que no sería capaz de enfrentarme a su muerte con dignidad. Le toqué y la frialdad de su cuerpo se encargó de despertar un escalofrío.

No tenía pulso.

Grité desesperada, con las lágrimas manando sin tregua de mis ojos y la sensación de que no podría cargar con más muertes sobre mi espalda. «¿Por qué?», pregunté una y otra vez al cuerpo sin vida de mi hermano. Sus palabras manuscritas me contestaban desde el más allá: «Jacob está muerto por mi culpa y no puedo vivir con esa certeza». El amor, siempre ese amor triste y desesperado que reparte las cartas sin atender a condiciones sociales ni a ideologías ni a nuestras propias convicciones.

Mi madre apareció con su camisón largo de algodón con puntilla en los tirantes. Su expresión no mostraba el más mínimo síntoma de alarma. Tenía el pelo perfectamente recogido en un moño improvisado, la cara con muestras de sueño y un andar tranquilo, como si nada pudiera alterar su serenidad.

Tocó a Hans y me miró.

—Está muerto —dijo como si no le importara—. Voy a llamar a su superior para que nos diga qué quieren hacer con el cuerpo.

Yo me quedé sola en la habitación, con una sensación de irrealidad que me destrozaba. No la entendía, ella también era madre, como yo cuando perdí a mi pequeño Jaques, y no había derramado ni una sola lágrima, ni siquiera se acercó a la cama para abrazarle ni para mostrar un poquito de la pena natural en estos casos.

Los minutos pasaron con lentitud, como si se resistieran a caminar por el reloj con soltura y mostraron con su cadencia angustiosa que mi vida se había convertido en un lugar pantanoso, oscuro, sin la luz natural que la caracterizaba meses atrás.

Volví a mi cuarto cuando dos militares irrumpieron en la estancia, acompañados de un médico forense. No quería asistir a la certificación de la muerte ni contestar a sus preguntas. Necesitaba espacio para asentar mis impresiones y enfrentarme a lo sucedido sin derramar mi pena por los ojos.

Entré en mi baño privado para asearme. Temblaba, no era capaz de moverme con agilidad ni de pensar en otra cosa que en las desgracias que se sucedían a mi alrededor. Y siempre los culpables era los mismos, unas personas con dualidad de carácter, capaces de sonreír, charlar alegremente, deleitarse con una melodía, cenar tranquilamente sin perder la ilusión y cambiarse de traje durante los días laborables, adquiriendo un uniforme que los convertía en monstruos sin conciencia.

Una vez duchada y envuelta en un vestido camisero a la moda de la austeridad que tanto le gustaba a mi madre, bajé al salón. Mi madre estaba sentada en uno de los sofás y contestaba a las preguntas de un oficial nazi que ocupaba el sillón que antaño era de mi padre. La miré con tristeza, sin entender su porte erguido ni ese rictus sereno que componía mientras sus palabras describían la situación sin una atisbo del dolor propio de la situación.

—Siéntate Margarete —me solicitó al descubrirme en la entrada—. El médico piensa que tu hermano ha sufrido un ataque al corazón mientras dormía, cuando tenga los resultados de la autopsia lo confirmará. Él es Rudolf Wolff. —Señaló a su compañero—. Necesita hacerte una par de preguntas.

—Buenos días señorita Von Schwartz —me saludó en un tono acorde con la situación—. Siento la intrusión, pero es importante que establezcamos las circunstancias de la muerte de su hermano.

Caminé hasta el sofá para sentarme cerca de mi madre, en una posición afectada, intentando controlar mi ansiedad.

—Estoy a su entera disposición —dije en un susurro.

—Cuénteme cómo ha descubierto en cadáver.

—Me he levantado temprano. —Necesitaba centrarme para darle una explicación creíble—. Hans y yo habíamos quedado para desayunar juntos en una cafetería que a él le encantaba, por eso he ido a su habitación a despertarle. Y entonces...

Me desmonté. Nada consiguió retener mi llanto descontrolado ni mis nervios. Mi cuerpo era como una hoja vapuleada por el viento, se tambaleaba al son de los sollozos. Coloqué las manos sobre los ojos, incapaz de mantener la tranquilidad.

—¡Haz el favor de comportarte, Margarete! —exigió mi madre con aquel tono que no admitía réplica—. El señor Wolff está aquí para

informarse, ¡deja los números para la intimidad!

La miré con incredulidad, sin acabar de creerme que esa frialdad fuera propia de un ser humano. Me enjuagué las lágrimas con un pañuelo que llevaba entre las manos, tragué saliva para callar la rabia que luchaba por salir en forma de reproches y proseguí con la narración.

Durante cinco minutos contesté al interrogatorio de Rudolf Wolff, quien mostró más compasión que mi propia madre. Me mantuve fiel a mi versión de lo sucedido y supuse que mi hermano se había tomado algún fármaco indetectable que le paró el corazón.

Quizás ser la única que conocía la verdad era lo que me impulsaba a sentirme caer dentro de un pozo abrupto, con la impresión de que nunca conseguiría salir de él.

Wolff se despidió pasados unos minutos con la promesa de informarnos acerca de la investigación tan pronto tuvieran los resultados de la autopsia. Mi madre lo acompañó a la puerta y yo me quedé sola en el salón, con la mente enredada en las desgracias que habían sacudido mi vida en poco tiempo: mi padre, mi suegra, André, Jaques, y ahora Hans.

—¡Eres demasiado impulsiva! —me increpó mi madre al regresar—. Sabes tan bien como yo que es importante guardar las formas con los demás. ¡No entiendo cómo puedes comportarte así! A veces me pregunto si realmente eres hija mía.

Mi mirada herida se posó en ella.

—Y yo no puedo creer que me llevaras en tu vientre —le espeté con rabia—. ¡Hans era tu hijo! ¿Cómo puedes ser tan insensible?

—Es importante no mostrar los sentimientos —contestó con contundencia—. Hans está muerto y no podemos devolverle a la vida. ¡Ahora quedamos nosotras! ¡Y somos la imagen de la familia!

—De pequeña pensaba que tu falta de cariño era una estrategia para convertirnos en personas más duras, pero con el tiempo me he dado cuenta de que eres una persona sin corazón. ¿Cómo puede una madre no desesperarse al descubrir el cadáver de su hijo? ¿Acaso no le querías?

—¡Basta! —Acompañó su grito con un gesto de las manos—. No te consiento que me hables en ese tono. Yo no soy una sensiblera estúpida como tú que al perder a su hijo permite que la domine la pena.

—¿Te estás escuchando? —Sonreí con amargura—. Nunca te entenderé, mamá.

Me levanté y desaparecí por la puerta de entrada. Caminé durante unos minutos sin rumbo fijo, acompañada por la desesperación. Al final paré a un taxi y le pedí que me llevara a la librería de Klaus. Necesitaba un poco de calor humano, un amigo con quien hablar y desahogarme.

Klaus puso el cartel de cerrado y me invitó a pasar a la trastienda, donde tenía una pequeña cocina. Puso agua a calentar para prepararme un té y permitió que hablara sin interrumpirme. Al final de mi historia me abrazó durante unos minutos.

—Hay personas que saben controlar sus emociones —me dijo sirviéndome la infusión, acompañada de un bollo—. Es posible que tu madre esté afectada, pero que su educación le impida demostrarlo.

—Es un témpano de hielo —insistí—. No lo entiendo, ¿por qué la vida me arrebató a las personas a las que más quiero?

—Una guerra saca lo peor de nosotros y siembra muerte allá donde va. Por eso luchamos para derrotar a los que consideramos el peor bando. —Le dio un mordisco a su bollo—. Las pérdidas son iguales en los dos lados.

Hablamos durante media hora de muchas cosas, incluso de los sentimientos que Ingolf había despertado en mi interior. Klaus pensaba que debía explorar esa relación, que nos podía reportar muchos triunfos en nuestra misión secreta. Me aconsejó que intentara hacer las paces con mi madre, que me insensibilizara por un bien mayor y que averiguara qué contenía la carpeta marrón. También era importante que descubriera cuáles eran los negocios de mi hermano y que me hiciera cargo de ellos a partir de ese momento.

Regresé a casa a la hora de comer. Mi madre me esperaba en la biblioteca, acompañada de sus inestimables libros, como si esos objetos inanimados fueran los únicos beneficiarios de su cariño. Levantó la vista de su lectura y me miró.

—La autopsia de tu hermano ha confirmado el ataque al corazón —dijo como si hablara del tiempo—. Le enterraremos pasado mañana.

Se levantó y me indicó con gestos que la siguiera al comedor.

Dijon, veinte de abril de 1944

Querida Marguerite,

Los días pasan envueltos en una brumosa ansiedad. Tengo miedo de que descubran mi implicación en la desaparición de Violette y sepan la clase de hombre que soy. Leclerc y yo sacamos su cuerpo de la casa la noche siguiente de su muerte, arrastrándolo por los pasadizos, con la angustia como compañera. Por suerte se alargan bajo el bosque, hasta una abertura oculta por los árboles, y no nos costó pasar desapercibidos.

Tardamos más de una hora en enterrarla.

No quería que lo nuestro acabara así. No se merecía morir, era demasiado joven, tenía toda una vida por delante. Es triste saber que fue mi mano la que terminó con su vida. Frédéric me consuela asegurándome que no es culpa mía, pero a pesar del accidente, sé que si no me hubiera comprometido con ella ahora estaría viva.

Sus padres vinieron a verme al día siguiente, cuando en casa del General nos dimos cuenta de que no estaba. Mentí abrazándoles con sentimiento, no tenía alternativa, debía asegurarles que no tenía noticias suyas desde la mañana anterior, cuando me fui con Jaques a visitar a Leclerc. Si hubieras visto la cara descompuesta de su madre, las lágrimas que le humedecían los ojos... Estuve tentado de explicarle la verdad. Debí hacerlo, pero Jaques estaba con nosotros y fui incapaz de dejarle solo en el mundo.

Mi estado parece la inquietud propia del novio que ha perdido a su prometida. Von Krass ofreció su ayuda para encontrarla, era una gran

cocinera y le tenía aprecio. El pueblo entero pasó dos semanas buscándola por los alrededores, armados con la esperanza de hallarla pronto y con vida. Me remordía la conciencia mientras les acompañaba, fingiendo no saber nada de Violette.

Cuando acabe esta guerra infame regresaré a Dijon para hablar con sus padres. Si supiera al menos cómo encontró mis cartas... No lo entiendo, estaba leyéndolas cuando entré en la habitación, ¿acaso sabía dónde buscar? ¿Me espiaba alguna vez? ¿Se lo contó a alguien? Los interrogantes me acosan, me gustaría conocer la historia completa, entender cómo sucedió.

Frédéric cree que nuestra victoria está próxima, por eso me ha pedido que intensifique la vigilancia al General. Debemos impedir a toda costa que identifique a nuestros agentes, en este momento son claves para los planes de los aliados. Von Krass sigue empeñado en desenmascarar a White Blackbird, es como si estuviera obsesionado con ella.

Gracias a diversas informaciones falsas que han pasado a sus hombres tiene claro que la mujer está casada con un alto cargo del partido, alguien lo suficientemente cercano a Hitler como para guardar secretos importantes en su casa, posiblemente en la caja fuerte. Ha reducido la lista a siete nombres.

Tenemos que protegerla, Leclerc es muy contundente en ese sentido. Esa mujer es crucial para los aliados y están dispuestos a todo para que los nazis no la identifiquen. Tengo los nombres en mi poder, los conseguí en una de mis incursiones a la caja fuerte del General. Cuando Frédéric la vio supe que su nombre estaba entre ellas. No me dijo cuál era y yo no pregunté, solo aparecían sus apellidos, con la inicial del nombre.

¿Sabes? Había una tal M. Von Dieser.

¿Quién será? ¿Cuál de las siete mujeres es nuestra espía? ¿Y si fueras tú? Lo sé, es imposible, soy un idiota porque sigo con la esperanza de encontrarte, a pesar de la seguridad de tu muerte. Pero esa eme... A veces la vida tiene señales curiosas, cuando pensaba que la inquietud sería mi única aliada apareció esa inicial en la lista y me trajo recuerdos preciosos de nuestro matrimonio.

Para reducir todavía más la lista Von Krass ha ideado una treta bastante ingeniosa. Quiere preparar una recepción en Berlín a finales de mayo, donde acudirán las siete mujeres con sus maridos. Él asistirá con la

única intención de interrogar veladamente a cada una de ellas. Por suerte conocemos sus intenciones y no hay nada que pueda salir mal, nuestra agente está avisada, seguro que saldrá airosa de esa tesitura.

Tuyo siempre,

André.

OceanofPDF.com

Enterramos a Hans una soleada mañana de agosto en el cementerio de Berlín, dentro del mausoleo familiar, donde también descansaban los restos de mi padre. Lloré desconsolada ante la ingente cantidad de conocidos y amigos que acudieron a despedirle, bajo un sol de justicia que me llenaba el cuerpo de gotas de sudor.

Mi estado de ánimo oscilaba entre la tristeza y la rabia, como si tantas muertes acumuladas en poco tiempo pudieran despertar una tormenta en mi interior. Era la única que conocía la verdad acerca del final de Hans, mi hermano había utilizado alguna clase de veneno indetectable para evitar un escándalo familiar, y me corroía esa decisión, el peso que había colgado sobre mis hombros, la responsabilidad que adquirí al guardarle el secreto.

Vivía una vida prestada, ajena a mis sentimientos. Era como si fuera una actriz en la película de mi propia existencia, alguien demasiado distinto al ente que moraba en mi interior. Muchas mañanas me miraba al espejo sin reconocer a la desconocida que me observaba con ojos sorprendidos, sin entender a qué obedecía esa dualidad de realidades que me rodeaban.

La presencia de Ingolf en mi rutina cada vez cobraba más importancia. Me acompañó en los días posteriores a la muerte de Hans, susurrándome palabras certeras en mis momentos flojos. Era un hombre con la sensibilidad necesaria para estar a mi lado ofreciéndome su apoyo incondicional y tenía la virtud de decir lo propicio en cada momento.

Si dijera que me enamoré perdidamente de él, mentiría. Mis sentimientos eran más pausados que con André o con Charles, con un cariño intenso y una atracción que me llevó a su cama en pocas semanas. Pero no despertaba en mí aquel amor ciego de antaño. Quizás el recuerdo de André pesaba demasiado en mi corazón para ofrecérselo a nadie.

Siempre ha sido mi gran amor, el único hombre al que he amado con intensidad.

Salíamos con frecuencia a cenar, a la ópera, al cine, a pasear por las calles de mi ciudad... Le acompañaba a los mil actos sociales a los que le invitaban y solía quedarse a cenar un par de veces por semana en casa. A mi madre le encantaba.

Necesitaba sentirme querida, mi rumbo se había truncado demasiadas veces los últimos años y me sentía perdida en un mar helado donde anhelaba el calor de unos brazos protectores. Ingolf poseía el equilibrio perfecto entre el cariño y la seriedad que yo buscaba en un hombre. Me trataba con ternura, siempre atento a mis deseos, sin reparar en nada para conseguir que fuera feliz.

Klaus me advirtió de que me estaba enredando en una historia que no podía acabar bien. Ingolf era un nazi y, a pesar de que yo me negaba a ver su parte implicada en esa realidad, trabajaba activamente junto a Hitler, compartía sus ideales y era un brazo ejecutor de muchos genocidios. Sin embargo nuestra relación parecía flotar en la nube de la ignorancia. La Margarete que él conocía no tenía nada que ver con la real, era una imagen que yo proyectaba para integrarme en la rutina sin sentir el peso de las pérdidas. Si no hablaba de Jaques o de André no tenía que enfrentarme a su ausencia, a pesar de que las noches siempre terminaban con su recuerdo.

La carpeta marrón que me dejó en herencia Hans contenía documentos importantísimos que consiguieron evitar algunos avances militares nazis cuando los envié a los americanos por medio de Klaus. A finales de septiembre recibí una carta cifrada de Charles. Sonreí al descubrir su mensaje, la emoción frente a los documentos obtenidos de mi hermano y su agradecimiento callado. Terminaba con un «te espero en Nueva York». Me emocionó leer sus frases cargadas de significado, y una pequeña llama ardió en mi corazón al recordarle.

Cada día conseguía integrarme más en el círculo del Führer. Le veía con regularidad en las cenas a las que me llevaba Ingolf, bebía el mismo vino que él, comía la misma comida y sonreía falsamente ante sus discursos, como si fuera una más de sus adeptas. En muchas ocasiones me pedía que interpretara un par de piezas al piano, siempre elogiaba mi talento y solía hablar conmigo de música con una copa en la mano. Yo le sonreía, como si le admirara, pero en el fondo de mi alma sentía asco por mi

comportamiento, como si al estar ahí traicionara el recuerdo de mi marido y de mi hijo. Por suerte cada una de esas reuniones me proporcionaba alguna información valiosa.

Hilde y su marido solían acompañarnos a las recepciones gracias a mi intervención en algunos casos. Los cuatro nos hicimos inseparables, como si nuestra amistad fuera una prueba irrefutable de que sortearíamos cualquier obstáculo unidos. Muchas veladas me engañaba pensando que esa era la realidad, que no quería llorar ni pasarme las noches anhelando los besos de André y las sonrisas de mi pequeño, pero cuando la oscuridad invadía el cielo mis recuerdos regresaban con una fuerza arrolladora.

En diciembre empecé a quedarme muchas noches en casa de Ingolf cuando él no estaba fuera de Berlín. Mientras él dormía me escabullía hasta su despacho para rebuscar dentro de la caja fuerte que tenía escondida bajo la alfombra. Era una casa de decoración moderna, con altos techos, estancias bañadas con luz natural, amplia y con muchas habitaciones vacías. El jardín era idílico, cuidado hasta el último detalle por un jardinero que vivía junto a su mujer en la caseta construida cerca de la piscina.

Me encantaba la elección de las cortinas regias que se recogían al lado de cada una de las vidrieras. Los muebles tenían un colorido más claro que los de mi casa, con pocas florituras y formas rectas. Tenía cuadros impresionistas de grandes pintores adornando las paredes blancas, pocos objetos en los estantes, alfombras persas sobre el mármol blanco del suelo y una predilección por la sobriedad que me impresionaba.

Descubrí su caja fuerte una tarde, mientras le espiaba con vistas a utilizar nuestra relación para otros fines. Cada vez que la profanaba me sentía sucia, como si esa doble vida que llevaba fuera nociva para mi salud mental. De día sonreía, disfrutaba de los privilegios de pertenecer a una familia cercana a Hitler, de las atenciones de Ingolf, de la posibilidad de que me amaran de nuevo. En cambio la noche me convertía en una espía capaz de actuar con la frialdad necesaria para fotografiar cualquier documento de mi amante que aportara algo de luz a los americanos.

Una vez a la semana caminaba hasta la librería donde Klaus me esperaba con una sonrisa en los labios y una taza de té. Con él era realmente yo, una mujer sin esa dicotomía de personalidades que deambulaba por la vida con la sensación de que nunca volvería a ser plenamente feliz. Le

contaba mis penas y mis alegrías, escuchaba las suyas, compraba algunas novelas y guardaba la documentación en el manoseado libro de Nietzsche.

Los meses pasaron sin cambios. Seguía tocando el piano en privado y en algunas reuniones con los colegas de Ingolf o cuando Hitler me lo solicitaba en una velada donde coincidíamos. Los domingos iba a la iglesia cogida del brazo de Ignolf, acompañados por Hilde, su marido y mi madre, quien lucía una orgullosa sonrisa de aprobación.

Empecé a leer a los clásicos en las horas libres, a perderme en otras vidas para olvidar a ratos la mía. A pesar del tiempo transcurrido no lograba arrancarme a Jaques y a André del corazón. Cuando cerraba los ojos les sentía a mi lado, con su rostro sonriente traspasando las fronteras del más allá, como si con mis sueños pudiera darles vida otra vez.

Heredé los negocios de mi hermano y fue Ingolf quien me ayudó a tomar las decisiones correctas para nombrar un director general que ejerciera las funciones bajo mi mando encubierto. Una mujer de mi posición no era considerada apta para ocupar esos puestos de responsabilidad y era mejor contar con un hombre cualificado.

Poco a poco Ingolf se integró en la compañía que mis abuelos maternos fundaron muchos años atrás. Él tenía su propia fortuna heredada de una larga tradición de navieros, pero consiguió sacar tiempo para empaparse de los tejemanejes que mis hermanos y mi padre se trían entre manos en el pasado y me aconsejó cómo actuar para mantener la empresa a flote con maestría.

Intentamos contactar con Franz varias veces sin éxito. Ni él ni Martha contestaban a ninguno de nuestros telegramas ni a las cartas que les mandamos durante meses. No entendía esa frialdad de mi hermano y de mi antigua amiga, ese desapego, esa falta de interés en nosotros, como si el hecho de pertenecer a dos bandos opuestos en la guerra les apartara de mi familia. Ni siquiera habían venido al entierro de Hans...

A mediados de 1943 Ingolf Diester me pidió matrimonio. Fue una noche de junio, en una cena romántica a la luz de las velas en el comedor de su casa, mientras tomábamos un pastel de chocolate que hacía su cocinera y que solía desafiar mi intención de no comer demasiado para conservar al máximo la línea.

Se levantó con una sonrisa inmensa en los labios, se arrodilló frente a mí, cogiéndome la mano. Sospeché enseguida sus intenciones y por un

momento permití que una hebra de emoción se colara en mis pensamientos.

—Eres lo mejor que me ha pasado —me dijo Ingolf sosteniendo una caja pequeña entre sus dedos temblorosos—. Estos meses a tu lado han sido un sueño y me gustaría no despertarme nunca de él. —Dejó al descubierto una sortija con un diamante inmenso—. ¿Te casarás conmigo?

—¡Sí! —exclamé besándole.

Quizás fue una enajenación momentánea, mi relación con Ingolf era un espejismo en medio de una vida llena de dobles caras, pero me ilusionó esa proposición. Fue como si el Cosmos me ofreciera una oportunidad de intentar reconducir mi felicidad, a pesar de que era una locura casarme con alguien como él, sin descubrirle la realidad de mi pasado, con la obligación de mentirle cada día. Pero incluso con esos pensamientos martilleando en mi mente, permití que la visión idílica de un futuro compartido con Ingolf me emocionara.

Nos casamos a finales de septiembre, en una capilla privada que la familia de Ingolf tenía en el campo, acompañados por la flor y nata de la sociedad berlinesa. Lloré en varias ocasiones durante la ceremonia, con el recuerdo intacto de mi primera boda, del calor que sentí en aquella iglesia pequeña de París.

Nuestro viaje de novios nos llevó a Austria, nos dejaron un castillo precioso no muy lejos de Viena, donde pasamos diez días inolvidables. Yo no quería regresar ni enfrentarme a la realidad, ojalá hubiera logrado retener esos instantes para siempre, sin que la guerra empañara mi felicidad con su arrogancia.

De nuevo en Berlín retomé mis clases de piano, me ocupé de tomar las riendas de la casa y seguí con mis ilícitas incursiones al despacho de mi marido por las noches, con mis charlas semanales con Klaus, con las salidas con Hilde, con las obligaciones del negocio y con un sinfín de actividades que me llenaban las horas sin que me diera cuenta del paso del tiempo.

Dijon, veinte de mayo de 1944

Querida Marguerite,

Dentro de seis días se celebra la recepción en Berlín para desenmascarar a White Blackbird. Von Krass saldrá hoy con destino a Alemania acompañado de su familia. Me ha pedido que vaya con él, Georg tiene previsto ofrecer un concierto esa misma noche antes de la cena y sería aconsejable que practicara conmigo antes de enfrentarse a esa tarea. También me ha propuesto que interprete un par de canciones para amenizar la velada. Voy a aceptar, tengo ganas de tocar mientras observo la cara de las siete mujeres, sobre todo la de esa M. Diester.

Estará bien salir unos días de Dijon para quedarme en la casa que el General tiene en Berlín. Allí se organizará la fiesta durante la velada del viernes veintiséis de abril, juntando a varias personas influyentes de la ciudad. Me he preparado el nocturno número tres de Sueño de amor, de Franz Liszt. Es un tema precioso que se repite tres veces con diferentes entonaciones. Liszt compuso Liebestraum, traducido es Sueño de amor, a partir de tres poemas: el primero trata del amor sagrado y exaltado, el segundo del amor erótico y el tercero del amor incondicional.

Mientras toque pensaré en ti, en los momentos compartidos, en nuestros días felices. Desde que Violette murió por mi culpa apenas sonrío. A medida que pasan los días el peligro de que descubran mi implicación se mitiga, hasta convertirse en algo casi imposible, pero la culpabilidad sigue asida a mí con intensidad.

La recuerdo sentada en la cama, con una expresión herida, leyendo mis cartas de amor. No podré querer a nadie más, Marguerite. Tú eres la única en mi corazón. Debería apartar a Violette de mi pensamiento si no quiero volverme loco, desde que ella descubrió las cartas las he cambiado de sitio, ahora moran en los pasadizos, dentro de un hueco que encontré tras rastrear a conciencia el lugar.

Me encanta la idea de irme a Berlín para estar cerca de ti, de tus orígenes, de tu pasado. Mientras camine por la ciudad evocaré las palabras susurradas a la vera de la noche en nuestro querido jardín, cuando desgranabas tu vida de pequeña. Leclerc cree que es una oportunidad de oro para observar de cerca cómo se desenvuelve nuestra agente. No quiere decirme cuál de las siete mujeres es para que intente descubrirla por mis medios. Estaré atento, a ver si es buena actriz.

Frédéric me ha confiado que los aliados se están preparando para acabar de una vez por todas con la tiranía de Hitler. Según sus palabras White Blackbird es clave para ellos, esta mujer consigue informaciones increíblemente valiosas y necesitan aguantarla en su posición para hacerse con planes militares.

Tengo el palpito de que pronto conseguiré entrar de nuevo en París sin el yugo de los nazis. Algo se fragua lejos de aquí, es muy posible que una operación que nos libere de una vez y termine con la guerra. Anhele la presencia de Adele en mi vida, de su marido, de mis sobrinos... Cada día se me hace más difícil representar el papel de Elliot Donaire, quiero regresar al de André Dupont, caminar por las calles con la serenidad de que la vida transcurre tranquila, con una identidad real y una familia que me apoye.

Siempre que pienso en Mirlo Blanco le pongo tu cara. Ojalá pueda reconocerla entre las invitadas a la reunión mientras aporreo las teclas con la emoción propia del momento. Quiero imprimir fuerza a la música gracias a mis sentimientos, voy a pensar en ti, a recrearte en mi mente, a ofrecerte el nocturno como un presente a nuestro amor. Te añoro.

Nuestro hijo es maravilloso, tiene tus ojos y tu vitalidad. Estarías orgullosa de él. Seguiré dándole cariño, amor, apoyo y mi absoluta dedicación durante el resto de mi vida. Es lo único que me queda de ti.

Tuyo siempre,

André.

OceanofPDF.com

Mayo de 1944 me trajo un regalo inesperado. Las náuseas que me asolaron durante el embarazo de Jaques regresaron a mí con la misma fiereza a primeros de mes. Mi vida en aquella época continuaba librando una batalla entre dos mundos, sin inclinar la balanza hacia ninguno de ellos. Ingolf solía viajar mucho, nuestras veladas sociales continuaban llenando la agenda y la música constituía mi evasión diaria.

Era feliz a mi manera, a pesar de que convivía con dos personalidades alejadas. No podía mostrar a la verdadera mujer que languidecía en mi interior, mi día a día era una obra de teatro donde una extraña se ocupaba de dar vida a mi cuerpo. Las noches compartidas con mi marido eran un refugio, entre sus brazos me sentía protegida, querida, inmersa en un universo de sensaciones que me concedían paz. Pero nada era real, solo una función que escondía mi verdadera identidad.

Solo era yo misma frente a Klaus, un hombre capaz de entenderme, con quien construí una sólida amistad. Los años compartiendo confidencias con él me demostraron que sí era posible querer a alguien del género masculino sin un sentimiento romántico. Sin esos momentos de realidad no estaría ahora aquí.

André y Jaques ya no me acompañaban tanto como antaño, aunque nunca dejé de quererles ni de recordarles.

Cuando supe que esperaba un hijo sentí que la dicha se encargaba de llenar mi interior. Ya no importaba que Ingolf fuera un nazi ni que yo fuera una espía ni que quizás la felicidad se desvaneciera de repente, una criatura crecía en mi vientre y al fin tendría entre mis brazos a un pequeñín que llenaría un poquito el vacío de mis entrañas.

Tenía claro que a un hijo no se le olvida jamás y que mi amor por Jaques continuaría brillando siempre en mi corazón, pero la idea de acunar a un bebé entre mis brazos, de darle cariño, de verle crecer...

Ingolf se alegró muchísimo con la noticia. Se lo conté una mañana al despertar, enredada entre las sábanas, abrazándole desnuda. Sus ojos azules se iluminaron al instante, componiendo una sonrisa radiante que me ilusionó. Me abrazó, me besó e hicimos el amor con brío, como si lo único importante en esos momentos fuera nuestra felicidad.

No podía dejar de pensar en mis actividades clandestinas ni de darle vueltas a la situación. Si mi marido me descubría nuestra vida se vería abocada a una desgracia y mi hijo no se merecía esa realidad. Durante la semana siguiente me pregunté constantemente acerca de la necesidad de continuar espionando a los nazis, quizás había llegado la hora de permitir que mi vida se estabilizara, que mi hijo gozara de un futuro feliz.

Lo hablé largamente con Klaus. Entre los dos llegamos a la conclusión inequívoca de que jamás lograría ser feliz en esa existencia construida en base a mentiras y subterfugios. Aunque la rabia que me empujó a convertirme en espía se había diluido con los años y ya no dirigía mis pasos, jamás podría borrar mi pasado ni la realidad que clareaba tras la fachada de mi marido.

No dejaba de sorprenderme la dualidad que demostraba, su capacidad para ofrecerme cariño incondicional y darse la vuelta para ordenar la muerte de un millar de personas. Era un nazi culpable de muchos delitos, un asesino con una cara amable, una persona a la que en realidad odiaba. Y no podría aguantar mucho más fingiendo ser quién no era.

Dos días después Ingolf insistió en reunir a su familia con mi madre para darles la noticia. Les invitamos a cenar a casa una noche de martes. Vestí la mesa con la mantelería de hilo, la porcelana fina y las copas buenas. Me pasé media hora elaborando un menú perfecto con la cocinera, me arreglé con las joyas heredadas de mi madre, junto a las que Ingolf me había regalado, y me miré al espejo.

No reconocí a la joven que me miraba curiosa desde el otro lado. Palpé mi vientre con la mano mientras la primera lágrima resbalaba impune por la mejilla, demostrando la inestabilidad que moraba en mi interior. ¿Qué hacía casada con un nazi? ¿Cómo podía imaginar una vida plena a su lado sin pensar en las atrocidades perpetradas por él y su ejército?

Si algún día mi marido llegara a sospechar de mi verdadera identidad me mandaría al cuartel de las SS sin pestañear. Me engañaba si pensaba que no pasaría, le conocía, tenía una cara oculta carente de humanidad, una parte escondida en su vida cotidiana que era capaz de no sentir más que odio.

Bajé al comedor unos minutos después, con la angustia y la ansiedad presentes en mi interior. Me di cuenta en esos momentos del cambio de prioridades que me otorgaba el embarazo. Ya no era la única dueña de mi destino ni podía arriesgarme a que me descubrieran, debía proteger al niño que crecía en mis entrañas, aunque significara escapar o cambiar de vida.

Mi madre no mostró la más mínima ilusión ante el embarazo. Se limitó a felicitarme con un amago de sonrisa y a darme un beso fugaz en la mejilla. A pesar de mis intentos por intimar con ella nada lograba modificar su comportamiento frío y distante. Recuerdo aquella cena como una más de la colección de veladas absurdas que llenaban mis días en aquella época.

Por suerte los padres de Ingolf eran un matrimonio muy agradable, su madre tenía la misma mirada serena de él, solía hablar en un tono cariñoso, acompañado de sonrisas sinceras y un sinfín de palabras de aliento. Agradecí su gesto cuando me abrazó con lágrimas en los ojos, igual que las dos hermanas de Ingolf. Mi suegro brindó con su hijo con entusiasmo, se acercó a mí, me besó en la mejilla y me dijo:

—¡Será el niño más mimado de Alemania!

Me dolió en el alma la indiferencia de mi madre. Sé que era absurdo buscar un conato de cariño en ella tras tantos desengaños, las personas no cambian a pesar de nuestros intentos por reconducir su visión de la vida, pero en esos momentos necesitaba una muestra de afecto por su parte, algo que me ayudara a atajar mi agitación interna.

Esa noche mi marido me regaló una pulsera de brillantes impresionante. Era una riviére engastada en oro. Me la trajo a la cama envuelta en un estuche de terciopelo rojo, con un lazo inmenso y una tarjeta en la que ponía: «eres lo mejor de mi vida». Le besé con los ojos anegados en lágrimas, tenía la sensación de que el suelo se hundía bajo mi peso, como si nada pudiera sostener por más tiempo esa farsa.

La semana siguiente se me hizo eterna. Las horas al piano no lograban detener mis pensamientos ni la necesidad imperiosa que sentía de estabilizar mi vida. Ya no me veía capaz de bajar a hurtadillas por las

noches para fotografiar los documentos que Ingolf guardaba en la caja fuerte ni de ir a tomar el té a casa de Hilde para hacer lo mismo en el despacho de su marido ni de erigirme como la espía que escuchaba las conversaciones de los hombres cercanos a Hitler en las recepciones. Necesitaba dejar atrás esa faceta para concentrarme en mi bebé o alejarme de Alemania para emprender una nueva aventura lejos de la guerra, del nazismo, de las bombas, las muertes y las angustias, de pasar las horas en busca de información para acabar con la gente con la que convivía.

A finales de mayo tenía una recepción en casa de un general afincado en Dijon que estaba de visita a la ciudad. Se llamaba Ulf Von Krass y, según las informaciones de Klaus, era un hombre clave para la inteligencia alemana que estaba obsesionado por identificarme. Durante la velada asistiríamos a un pequeño concierto a manos del hijo del General y de un tal Elliot Donaire, el profesor de piano del chico.

Klaus describió al pianista como un agente de la OSS apodado *Rossignol*. Igual que yo en el pasado se había infiltrado en casa de un general nazi para espiarlo y en esos momentos le debía mucho. Elliot Donaire llevaba meses salvaguardándose gracias a sus incursiones a la caja fuerte de Von Krass y a las conversaciones escuchadas en secreto. Su habilidad como espía había conseguido alertar a los aliados de la verdadera naturaleza de la recepción del veintiséis de mayo.

Me asusté. Era la primera vez que debía interpretar un papel con absoluta perfección, jugándome la vida. Si me descubrían... En la caja fuerte de Ingolf últimamente encontraba información muy importante y no debían desenmascaramme. Klaus me ayudó a ensayar las mil respuestas que debía dar para no caer en la trampa de Von Krass, pasamos tres semanas preparándome, era importantísimo salir airosa del interrogatorio encubierto del General.

Tenía curiosidad por conocer al pianista, según mi marido era muy bueno y un gran maestro para Georg Von Krass, además me intrigaba esa faceta de espía que me describió Klaus. Era la única parte de la fiesta que me apetecía, el resto me parecía una prueba demasiado difícil de superar.

Cuando llegó la noche del veintiséis de mayo mi estado anímico era deplorable, me sentía inquieta, asustada y sin la seguridad necesaria para no fallar. Antes de salir de casa respiré hondo y me prometí encontrar las fuerzas para no desfallecer, se lo debía a mi futuro hijo.

Pasé las cinco horas en casa de Von Krass sintiéndome al borde de un ataque de ansiedad, charlando lo más despreocupadamente que pude con los demás invitados, sintiéndome en la cuerda floja constantemente. Durante media hora conversé con Ulf y tres señoras más, interpretando el papel más importante de mi vida, sin mostrar en ningún momento la ansiedad que me agarrotaba los músculos y disparaba un sudor frío en todo mi cuerpo. Sus preguntas eran incisivas, con dobles intenciones y un sinfín de trampas que por suerte superé con maestría.

A la hora del concierto el General nos anunció que Elliot Donaire estaba indispuesto e Ingolf me rogó que tocara yo su pieza. Era el tercer Sueño de amor, una canción que me recordaba a mi querido André. La partitura que me ofreció el pequeño Georg era parecida a las de mi difunto marido, tenía sus trazos, su caligrafía... Mi corazón dio un vuelco al comprobarlo y sentí como si él estuviera cerca y fuera el creador de esa partitura, pero mi cabeza funcionó con rapidez, descartando esa locura. Quizás fue fruto de mi agitación interna.

Mientras tocaba el piano con suavidad pensé en él y tuve el presentimiento de que me acompañaba en ese lugar, como si su presencia estuviera cerca. Conseguí dominar mi inquietud, interpretar la melodía con perfección y no desmoronarme hasta muchas horas después, cuando ya estábamos en casa e Ingolf se durmió. En muchos instantes de la velada pensé que me descubrirían, pero la suerte me acompañó para seguir en el anonimato frente a Von Krass.

En mi siguiente visita a la librería encontré a Klaus muy nervioso. Era un día lluvioso de principios de junio. Entré en el establecimiento acompañada del sonido de la campanilla, estratégicamente colocada sobre la puerta. Mi amigo atendía a una señora en el mostrador. Noté enseguida su inquietud, a pesar de que lucía una amable sonrisa me fijé en las cejas casi juntas, los ojos asustados y la posición tensa.

—Buenos días señora Von Dieser —me saludó—. Espere un momento, enseguida estoy con usted.

Descubrí sin necesidad de palabras su anhelo de que me comportara con distancia.

—¿Eres la mujer de Ingolf Von Dieser? —La señora se dio la vuelta, era de mediana edad, vestida con ropas caras y una sonrisa demoledora—. Soy Wilma Niek, amiga íntima de tu suegra. Ella me recomendó esta librería.

La besé en la mejilla tras saludarla con respeto.

—Suelo venir una vez a la semana —le dije—. Soy muy aficionada a las novelas y aquí tienen un buen repertorio.

—¡Enhorabuena por el embarazo! —Se le iluminó la mirada—. Tu suegra está emocionadísima. ¡Es su primer nieto!

Durante cinco minutos intercambiamos algunas frases más. Era una señora muy agradable, sin embargo no disfruté de su cercanía, la expresión de Klaus era cada vez más tensa. Al final Wilma se despidió de mí con un beso tierno en la mejilla.

—Cuídate.

El sonido de la campanilla trajo un silencio atronador. Caminé hacia el mostrador para fingir que le recitaba a Klaus la lista que llevaba en un papel.

—¿Qué pasa? —le susurré—. Nunca te había visto así.

—En pocos días la guerra terminará. —Sus pupilas barrían el lugar con inquietud, como si temiera que alguien estuviera escuchando—. Ha llegado la hora de abandonar Alemania. Charles te ha mandado instrucciones, van a simular tu muerte y te llevarán a Estados Unidos. Es la mejor opción. Con Von Krass al acecho no estás segura aquí, tarde o temprano te identificará.

Recuerdo que empecé a temblar con un ataque de ansiedad. Deseaba abandonar la doble vida a la que me condenaba la clandestinidad, empezar de cero con mi bebé, pero no estaba preparada para renunciar a mi vida sin más. ¿Podía dejar a Ingolf? ¿No volver a pisar Berlín? ¿Criar a mi hijo yo sola?

—¿Estás seguro? —murmuré—. ¿Y qué será de ti?

—Yo me voy a quedar aquí, este es mi sitio. Además, mi coartada está intacta. Pero tú nunca has estado a gusto en Berlín, Margarete. Y si tu marido se entera alguna vez de tus actividades subversivas podría venir a por ti. Tienes a un general pisándote los talones y no puedes continuar tentando a la suerte.

—¡Pero me acabas de decir que vamos a ganar la guerra! —exclamé desconcertada—. ¡Ingolf será uno de los derrotados! ¡Nunca conseguirá hacerme daño!

Suspiró.

—Charles opina que es peligroso dejar cabos sueltos. Has de seguir sus instrucciones para desaparecer sin dejar rastro. Es mejor que tu madre, tus

suegros y tu marido piensen que estás muerta. —Suspiró—. No sabemos cuánto tardaremos en ganar y es peligroso seguir en activo, Von Krass podría descubrirete en cualquier momento.

Sabía que tenía razón y que esa proposición parecía una respuesta a mis súplicas calladas de las últimas semanas, pero me resistía a dar el paso. Era como si una pequeña parte de mi interior se asiera a la personalidad que había creado a base de mentiras. Ingolf me importaba, a pesar de que me negara a admitirlo, me costaría un esfuerzo abandonarle.

—¿Qué debo hacer? —pregunté al fin.

—Mañana a las cinco de la tarde habrá un bombardeo en una sala de conciertos del centro de Berlín. —Me dio la dirección—. Solo has de entrar ahí unos minutos antes e ir al baño, allí te esperará una agente para sacarte a tiempo.

—¿Y ya está? ¿Margarete Von Dieser volará por los aires? ¿Igual que pasó con Marguerite Dupont? —Sonreí con amargura—. Siempre acabo muerta por culpa de una bomba...

—Ese es el plan.

Regresé a casa dándole vueltas a la situación. Apenas me quedaban veinticuatro horas en Berlín. El nerviosismo me invadió, no tenía la cabeza clara para saber cómo actuar a continuación. Deseaba despedirme de Hilde, de Ingolf, de mi madre... Necesitaba tiempo para asimilarlo, un tiempo del que carecía.

Subí a un taxi y le pedí que me llevara a casa de mi amiga. Ella se merecía una última visita, una que guardaría para siempre en la memoria. Tomé el té con Hilde, como si la vida siguiera igual que siempre, no permití que mi desequilibrio interno tomara cuerpo en nuestros momentos compartidos, le dije lo mucho que le debía y le agradecí su cercanía. Ella achacó mi ñoñería al embarazo y me abrazó.

Quizás si las cosas hubieran sido diferentes ahora estaríamos juntas. La guerra quiso que estuviéramos en bandos opuestos y nos separó de nuevo.

Por la noche le pedí a Ingolf que me llevara a cenar fuera, a algún restaurante de moda. Charlamos durante horas, como si no fuera nuestra última velada juntos. Al llegar a casa le rodeé con mis brazos y le besé con pasión desenfadada. Hicimos el amor de manera salvaje, devorándonos con una necesidad imperiosa de saborear nuestros cuerpos.

Horas después, cuando la noche cayó sobre la casa e Ingolf se quedó dormido, me levanté de la cama totalmente desvelada. Caminé hasta el salón de una casa a la que había aprendido a amar y me quedé a oscuras frente a la gran vidriera que mostraba el precioso jardín. Lloré amargamente por las circunstancias.

Me dolía abandonar Berlín a hurtadillas. Ingolf ocupaba parte de mis pensamientos, era un hombre con una cara buena, alguien que me amaba de verdad. Y yo tenía sentimientos importantes hacia él, le quería, aunque nunca podría hacerlo con la misma intensidad que con André.

La mañana me sorprendió acurrucada en una butaca de la biblioteca, con un libro entre las manos y un deseo intenso de aporrear las teclas del piano. Mis sentimientos estaban desordenados, como si no fuera capaz de centrarlos para averiguar realmente qué quería. Era la segunda vez que me veía obligada a dejar atrás una vida para emprender otra en poco tiempo.

Caminé descalza hasta el salón vacío, donde Ingolf me había colocado un precioso piano de cola blanco. Era idéntico al que Ute me prestó el día que conocí a André. Acaricié las teclas con un suspiro de tristeza mientras una melodía llenaba mi interior, *El Danubio Azul*, de Johann Strauss. Era una de las piezas preferidas de mi primer marido, un vals que solía tocar en las fiestas alegres.

Los acordes llenaron el salón con su melodía alborozada, como si quisieran espantar la ansiedad. Me evadí a un mundo lejano, donde nada parecía imposible. Recordé cada minuto al lado de André y de Jaques, la vida junto a Ingolf, la frialdad de mi madre... Era un engaño, yo no era la Margarete que ellos creían, jamás me perdonarían si descubrían la verdad.

—Me encanta esta canción. —La voz de Ingolf me obligó a regresar al presente—. Hacía días que no la tocabas.

Se sentó a mi lado en el banco y me acarició el cabello. Durante unos minutos la música se encargó de llenar el silencio.

—Estoy pensando en dar un concierto —le dije al terminar, con la voz temblorosa—. ¿Qué te parecería?

—¡Es una gran idea! —Sonrió con aquella emoción que le iluminaba el rostro—. Tocas como los ángeles.

Inspiré aire para no desinflarme y le conté la patraña que me había inventado esa noche acerca de mi intención de recorrer unas cuantas salas

de conciertos para ver cuál me ofrecía un mejor trato si me decidía a tocar en público. Le mencioné quería ir a una de ellas y le di las señas.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —se ofreció.

—Esta vez me gustaría conseguirlo por mis propios medios.

—Eres preciosa. —Me besó—. Si no tuviera una cita de aquí una hora volvería a meterme en la cama contigo...

OceanofPDF.com

Dijon, veinte de diciembre de 1944

Querida Marguerite,

A punto de terminar este año puedo anunciarte que ya estoy en casa, en París, junto a Adele y los niños. Esta Navidad será perfecta, ya no me va a pesar tanto la soledad como cuando estaba en Dijon, pero sigues faltando en mi vida.

Con el dinero de la caja voy a reconstruir nuestra casa, la convertiré en un hogar para nuestro hijo y le llevaré a los mejores colegios. ¡Suerte que guardamos ese dinero! A veces me recuerdo en la cocina de nuestro primer piso, cuando me anunciaste la oferta de tu padre, y me doy cuenta de lo afortunado que fui, a pesar de mi primera reacción.

Al regresar de Berlín a finales de mayo las cosas se precipitaron. En casa de Von Kaiss había tensión y Frédéric estaba convencido de que el General se temía un ataque de los aliados, que se materializó con la puesta en marcha de la Operación Overlord. El seis de junio nuestro bando desembarcó en Normandía para emprender la batalla que nos dio la victoria.

En Berlín estuve muy enfermo, al llegar la fiebre se ensañó con mi cuerpo y lo debilitó hasta dejarme postrado en una cama, con la frustración de no verles las caras a las mujeres de la lista. ¿Sabes quién tocó en mi lugar? M. Von Dieser. ¡Sonaba como los ángeles! La escuché desde mi habitación gracias a la perfecta acústica del salón de Von Krass.

Durante unos minutos me sentí transportado a tus brazos. La técnica de la señora Von Dieser se parecía tanto a la tuya... Hay instantes en los que

te imagino sentada al piano, interpretando la tonada con aquella mirada viciada por la emoción, otras me percató de lo absurdo de mi pensamiento, el anhelo de tenerte de nuevo entre mis brazos me hace soñar en imposibles.

Las notas me transportaron al pasado y me unieron a ti en la distancia. Fue como si volviera a sentirte, como si tu presencia flotara en el aire. Me duele no haberle visto la cara a la interprete, sería una perfecta manera de deshacerme de tu rostro cada vez que pienso en ella.

A mediados de junio el General desapareció de su casa junto a su familia durante la noche, sin dejar rastro. El resto de la casa nos despertamos solos al día siguiente y rápidamente entendimos que el final de la guerra estaba próximo.

Me refugié en casa de Leclerc, con Jaques, a la espera de un veredicto, aunque todo apuntaba a un claro vencedor, nuestro bando. Mi amigo estaba tenso, solía despertarse pronto, con la ansiedad acosándolo. Nuestros deseos eran volver a París juntos, establecernos otra vez en nuestra ciudad y olvidar esta guerra infame.

Hablamos muchísimo, sé que nuestra amistad perdurará, hay lazos difíciles de romper. En un momento de debilidad me confesó que White Blackbird era la señora Von Dieser, una joven berlinesa de buena posición que desde el principio del conflicto bélico se ofreció a ayudarles. Lo hizo bien en la recepción de Von Krass, consiguió no descubrirse.

No sé qué ha sido de ella, supongo que la salvaron. Frédéric me aseguró que había un operativo en marcha para sacarla de Berlín antes de exponerla al peligro. Hay instantes en los que me prometo indagar más acerca de ella y otros en los que solo deseo olvidar.

Quiero dejar atrás Dijon, comenzar a caminar hacia un nuevo y excitante futuro, recomponer las piezas rotas de mi vida y no volver a pensar en la guerra, en Violette, en Von Krass, en mis días de espía...

Jaques es feliz junto a sus primos, la escuela le parece divertida y no pone pegos a ir. Vivimos en casa de Adele mientras reconstruimos la nuestra, y somos una familia feliz. Hemos decorado el salón con lazos rojos, celebraremos una gran comida de Navidad y brindaremos con la emoción de sabernos libres de opresores.

Mi hermana fue muy valiente durante la ocupación. Gracias a su taller de costura ayudó muchísimo a los aliados y permaneció en nuestra querida

ciudad, sorteando los escollos. Ahora tiene menos clientas, la situación de París es precaria, pero no dudo que en poco tiempo recuperará el esplendor de antaño.

París necesita una gran reconstrucción, tiempo para recuperarse y muchísima colaboración ciudadana. La guerra ha destrozado hogares, reduciendo a escombros sus casas, sus vidas, sus amores.

El tiempo pondrá las cosas en su lugar y poco a poco recuperaremos la rutina perdida. Tengo previsto entrar a trabajar en un bar de noche para amenizar las veladas mientras retomo las clases de algunos de mis antiguos alumnos. Seguro que en breve me salen más.

Étienne y Sophie se han convertido de nuevo en parte de mi rutina. Juntos construimos un grupo importante y esa cohesión ahora nos mantiene unidos. Ellos y Frédéric estarán siempre a mi lado, sin olvidar a mis amigos de antes ni a los que están por venir. La vida me parece más colorida ahora, sin espiar, sin miedo, sin guerra.

Te quiero, amor mío. Después de lo de Violette entendí que mi corazón siempre te pertenecerá, a pesar de tu muerte. No habrá otra como tú, Marguerite. Ahora que tengo cerca tu tumba tendré un lugar para peregrinar cada día veinte y leerte hasta la última letra de mis cartas, será lo más parecido a tenerte en mi lado.

Me resigno a vivir solo, con nuestro hijo, sin una mujer que me dé calor por las noches. Solo con tu recuerdo... Acallaré mis deseos carnales con salidas esporádicas, viviré al máximo y exprimiré cada instante para sonreír con emoción cada día.

Mis sonrisas son solo para ti. No lo olvides, tú eres la dueña de mi corazón.

Tuyo siempre,

André.

A las cuatro y media de esa tarde llegué a la sala de conciertos. Los nervios me agarrotaban las mandíbulas, indicando que no me era fácil dar el paso. Sabía que era la mejor decisión, que probablemente el tiempo acabaría por demostrar la inconsciencia de mis acciones en Berlín, pero en el fondo me apenaba abandonar la ciudad de una manera tan cruel.

En el lavabo de señoras me esperaba una chica de mi edad. Era muy guapa, con los ojos de un azul tan intenso que parecían el cielo en un día soleado. Alta, esbelta, vestida con clase y con un porte erguido de los que entusiasaban a mi madre.

—¿Margarete? —me susurró al verme entrar—. Soy Ina. Te esperaba.

Con un gesto enérgico encajó mi mano.

—Nos quedan veinte minutos. —La melancolía se colaba en mi voz—. Deberíamos avisar a la pobre gente que trabaja aquí, no es justo que nos salvemos solo nosotras.

—Son daños colaterales. —Su voz era fría como el acero—. Si les advertimos de la bomba no será creíble que tú estabas aquí. Cámbiate de ropa. —Me dio una bolsa—. La tuya nos servirá para que te den por muerta.

Entré en el urinario con una extraña sensación de irrealidad. En la bolsa había un vestido suelto color café de mi talla, unos zapatos a juego, una peluca morena, unas gafas y un sombrero. Me vestí transformándome en alguien que se parecía a mí. Ina me pidió que la siguiera sin hacer ruido, era importante que nadie nos viera salir. Me condujo a la parte trasera, donde había una entrada de servicio oculta en un callejón.

Durante el cuarto de hora siguiente nos alejamos a paso rápido. Recuerdo el zumbido de los aviones en el cielo, la alarma de bomba ululando sobre nuestras cabezas, la gente corriendo de un lado a otro para

refugiarse en algún lugar fortificado, mi corazón latiendo a cien por hora y las lágrimas que se empeñaban en llenarme los ojos.

El ataque fue cinco minutos después de la hora prevista. Lo vi desde lejos, caminando a toda velocidad tras los pasos de Ina, con un dolor abrupto en mi interior. Mi vida acababa de volar por los aires por segunda vez en pocos años, ya no había vuelta atrás, Ina había dejado mi ropa escondida en el baño para que encontraran algún jirón tras la explosión.

Llegamos a una portería de un barrio bien la ciudad, tras dar un rodeo por varias calles. Mi acompañante se limitaba a mirar si alguien nos seguía a través de los cristales de los escaparates. No hablaba y su expresión transmitía una concentración intensa en su tarea. Subimos hasta el tercer piso, Ina abrió con un juego de llaves la puerta de un elegante piso y me acompañó hasta el salón.

—Aquí estaremos a salvo—dijo—. Necesito acabar de preparar tu pasaporte antes de llevarte a la estación. Mañana subirás a un tren destino a Suiza como Nadine Beier, esposa de un mandatario nazi, con el que emprende una luna de miel.

—¿Y quién será mi marido?

—Mañana lo verás. —Me guiñó el ojo con una complicidad de la que antes carecía.

Me tomó un par de fotos y las llevó a un cuarto oscuro donde se pasó casi una hora y media falsificando mi pasaporte. La esperé sentada en el salón, con la radio encendida, escuchando las noticias de última hora. Hablaron del bombardeo en la sala de conciertos, de las muertes y de mi desaparición.

Durante la cena Ina se reveló como una mujer agradable, con una conversación amena y un pasado triste, como el de la mayoría personas que habían decidido ayudar a los aliados. No me contó demasiado de su vida, quizás no quería intimar con las personas a las que ayudaba. Era una chica de buena familia, fotógrafa, hija de un comerciante con dinero y afín a la causa nazi, casada con un militar alemán del que estaba enamorada.

Una de tantas historias como la mía, aunque ella había decidido quedarse en Berlín a pesar de los pesares. Su vida como agente de la OSS estaba a punto de concluir, yo era su última misión. No sufría por las consecuencias del ataque, esperaba que el tiempo se ocupara de poner a cada cuál en su lugar.

Dormí mal. Eran demasiados sobresaltos para asumirlos sin más. La casa estaba compuesta por grandes estancias, decoradas en tonos claros que contrastaban con la madera de pino de los muebles con formas ovaladas. Ina ocupaba una suite al lado de mi habitación, ambas se vestían con una cama de matrimonio con dosel muy cómodas. Pero yo no paraba de dar vueltas sobre el colchón, me imaginaba el dolor de Ingolf, su desesperación al enterarse de mi muerte, la tristeza de Hilde, la soledad de mi madre, la muerte de André y de Jaques...

Cuando las primeras luces del alba bañaron la estancia me levanté. La cocina era una isla de paz cuidadosamente ordenada. Busqué en los armarios un poco de café para poner al fuego y algo para comer. Encontré un tarta de manzana en la nevera que había sobrado de la cena, me pareció una dulce manera de emprender mi viaje.

Ina apareció una hora después. Apenas habló mientras trajinaba en la cocina, donde yo me había quedado ensimismada, hojeando la única novela que había traído conmigo.

—¿Preparada para una nueva vida?

—No me queda otro remedio...

Los minutos siguientes se llenaron de preparativos. Era importante que me acicalara bien para fingir que realmente me iba de viaje de novios con mi flamante marido, fuera quien fuera. Suiza era un país neutral, así que no era peligroso perderse unos días en sus ciudades o montañas. Me parecía una manera demasiado llana de acabar mi etapa clandestina, pero a veces la sencillez es la mejor opción.

Me vestí con un traje chaqueta blanco de corte clásico que me quedaba perfecto. Ina eligió los complementos de su fondo de armario, me colocó la peluca morena, unas gafas de sol talla extra grande, oscureció mi piel con maquillaje y me mostró con orgullo el pasaporte que había falsificado la noche anterior. ¡Era una obra de arte!

Las últimas horas en Berlín se tiñeron de inquietud, nostalgia e incertidumbre. Mi foto ocupaba la primera página de los periódicos nacionales, junto a una explicación detallada de los daños ocasionados por el bombardeo enemigo. La imagen de Ingolf solo en nuestra habitación, llorando, me acompañó en el viaje hasta la estación.

Hacía un día fresco para principios de junio, el sol no apareció en ningún instante para despedirme, la mañana era apática y gris, con unos

nubarrones que amenazaban tormenta. El interior de la *Lehrter Bahnhof* se llenaba con viajeros, familiares, amigos...

Ina me acompañó a la vía donde mi tren tenía prevista la salida en menos de media hora. Me abrazó como si fuéramos dos amigas íntimas y me dejó sola con el billete.

—¡Buen viaje! —dijo antes de perderse entre la multitud.

Subí las escaleras del tren con un nudo en el estómago. El revisor no tardó en comprobar mi billete y señalarme el camino.

—¿Luna de miel? —me preguntó—. Su marido la espera con una sorpresa...

No podía prever quién me esperaba tras la puerta ni que de su mano emprendería el último viaje de mi vida, uno que me ha llevado hasta el presente envuelta en una nube de sosiego.

Tercera Parte

Revelaciones

OceanofPDF.com

70

El salón se ha quedado en silencio. Margaret tiene la mirada perdida en la lejanía, con los ojos húmedos y los recuerdos en el pasado. Su historia me ha conmovido, durante algunos instantes las lágrimas han resbalado impunes por mis mejillas mientras escuchaba la voz triste de la abuela de André. Él está quieto a mi lado, con una expresión tierna en la cara, como si a través de la narración hubiera estrechado lazos con Margaret. Gladys tampoco habla, supongo que conocer esa faceta de su amiga la desestabiliza.

—¿Quién te esperaba en el tren? —pregunto intrigada.

—Charles. —Ella sonríe con nostalgia—. Vino a buscarme para pedirme en matrimonio. Conocía mi embarazo y quería evitarme cualquier problema en Nueva York. Era otra época y las madres solteras no estaban bien vistas.

—¡Pero tú ya estabas casada! —replico.

—Margarete Von Dieser murió en el bombardeo, nunca más podría usar ese nombre ni decirle a nadie que sobreviví a la tragedia. En cambio Margaret Collins era una antigua alumna de Julliard que regresaba a Nueva York, y si encima lo hacía casada con su antiguo novio el tema del embarazo quedaba resuelto. Era una coartada perfecta

Entiendo su razonamiento sin necesidad de más aclaraciones. Ella me sonríe mientras me cuenta el viaje en tren, las revelaciones de Charles acerca de Martha y Franz, los planes que tenía para ella y la conveniencia de que volviera a adoptar la identidad de Margaret Collins.

—¿Y las cartas que te escribieron Martha y Franz? —André sale de su ensimismamiento para formular una de las preguntas que flotan en el aire—. ¡Martha y tu hermano no te querían en su vida! ¡Y Charles! ¿No tenías

bastante con olvidarte del abuelo con Ingolf? ¿También te lanzaste a los brazos de otro hombre tras abandonar Berlín?

—Me casé con Charles para entrar en Nueva York como la señora Philips, pero tardé mucho tiempo en compartir cama con él. —Le dirige una mirada triste—. Tu abuelo fue el hombre de mi vida, ni Chales ni Ingolf consiguieron despertar los mismos sentimientos en mí, su muerte fue la peor pérdida a la que me he enfrentado nunca. La suya y la de Jaques. Pero yo pensaba que no los volvería a ver, que debía rehacer mi vida, y lo hice lo mejor que pude.

André se levanta para abrazarla. Está conmovido, lo presiento en su manera de comportarse, como si no acabara de centrar sus sentimientos.

—Jamás pensé que estuviera vivo —le dice Margaret enjugándose un par de lágrimas rebeldes—. No entiendo cómo pasó, por qué la vida nos separó de esta manera tan cruel. Le quería tanto...

Gladys sirve un poco de agua en un vaso y se la bebe despacio, a sorbos lentos, como si le costara respirar con normalidad.

—Martha murió hace cinco años —susurra mirando una fotografía que descansa sobre la mesa. Es Margaret hace unos años, junto a una morena de ojos alegres—. Era una mujer increíble, siempre estaba contenta, tenía una manera muy positiva de ver la vida y te quería con locura, Margaret. —La mira y niega con la cabeza—. Me falta un detalle importante en esta historia para entender cómo alguien puede enviarte cartas envenenadas y después te recibe con los brazos abiertos.

—Charles me contó que los hombres de Ernest se ocuparon de falsificar las cartas de Martha y de mi hermano cuando empezamos a fingir nuestra relación. Después fueron los nazis de Berlín los que censuraron cada uno de mis escritos. Ni Martha ni Franz tenían noticias nuestras, no se habían enterado de la muerte de Hans ni tenían constancia de mi regreso a casa. Mi hermano fue a la guerra y por suerte salió indemne, intentó en muchas ocasiones ponerse en contacto con la familia, pero siempre encontró demasiadas dificultades en su tarea. —Noto un cambio sutil en su expresión—. ¿Y si Charles me mintió? ¿Y si sabía la verdad? ¿En qué quedaría entonces mi vida?

—En una mentira —murmullo ante las evidencias—. Aunque no sabemos si fue así, quizás tu marido no sabía nada y lo único que quería era ayudarte.

—La verdad es que siempre sospeché que algo le atormentaba. — Margaret se remueve incomoda en el sofá—. A veces, cuando hablábamos del pasado, me miraba con angustia, como si hubiera algo que le inquietara. Ahora me doy cuenta de que quizás él lo sabía.

Gladys se levanta de golpe, como si acabara de caer en la cuenta de que ha olvidado algo.

—¿Has visto la hora que es? —exclama consultando su reloj de pulsera—. ¡Cerca de las dos! Margaret, debes comer y tomarte la medicación.

Ella la mira con incredulidad, como si le sorprendiera ese arranque repentino.

—No me va a dar un infarto si dejo de tomarme una pastilla...

—¡Nada de eso! —Gladys niega con la cabeza—. Acabas de recuperar a tu nieto, tu hijo Jaques te ha prometido que mañana estará aquí y esta tarde viene el resto de la familia, ¡No puedes encontrarte mal! Es importantísimo que te cuides. Podemos hablar mientras comemos.

Desaparece por la puerta del salón sin esperar respuesta. Margaret sonríe y empieza a hablar de nuevo, como si necesitara llenar el silencio con palabras. Nos cuenta su reencuentro con Martha y Franz en Nueva York, las horas que pasaron charlando animadamente en la terraza de casa de su hermano, con la vista puesta en el cielo estrellado. Se abrazaron con emoción, como si los años no hubieran dejado su estela y apenas llevaran unas horas sin verse.

Las primeras semanas fueron un torbellino de sensaciones. Decidió tomar clases de piano con un profesor de Julliard que la recordaba de sus años en la escuela mientras se preparaba para ser madre de nuevo. Echó raíces en casa de Charles, redecoró a su gusto algunas estancias, preparó una habitación para el bebé y se adaptó al ritmo de su nueva vida.

Charles le dejó espacio, sin permitir que le faltara nada. Tras la guerra había vuelto a ocuparse al cien por cien de su imperio financiero, pasaba muchas horas fuera de casa, pero la invitaba al teatro, a cenar, a ver una película en su cine... La llama resurgió en Margaret poco a poco, a medida que se acomodaba a su faceta de madre renovada y a la calidez de las atenciones de su marido.

Un año y medio después de su llegada a Nueva York los Philips se convirtieron en un matrimonio común, con noches de pasión, ilusiones, salidas, tiempo compartido... Charles había cambiado mucho, la quería y

ya no flirteaba con otras ni sufría de pánico al compromiso. Fue un gran padre para Bob, y pronto decidieron aumentar la familia.

—¿Supiste algo de tu madre? —se interesa André.

—Lo que Franz sabía. —Observa otra fotografía que adorna una repisa cerca del piano, es de un hombre con gran parecido a ella, junto a Martha y unos niños pequeños—. Cuando los aliados liberaron Europa ella recuperó parte de los negocios de mi padre y se negó a viajar a Estados Unidos. Franz fue varias veces a Berlín para ayudarla y aumentar considerablemente la fortuna familiar, los últimos años llevó los negocios desde aquí. Mi madre murió quince años después del final de guerra.

—A Ingolf lo encarcelaron, supongo —apostillo—. ¿O le mataron?

—Escapó a un país de Suramérica a tiempo, como otros altos mandos nazis. —Contesta con melancolía—. Mientras Charles y yo nos embarcábamos en un barco militar hacia Nueva York desde la costa de Marsella, los aliados llevaron a cabo la *operación Overlord*, conocida como el desembarco de Normandía. La noticia de la liberación de París el veinticinco de agosto de ese año me llegó en Estados Unidos, mientras me adaptaba a los cambios. Lo celebré con un helado de chocolate y una ración doble de nata.

—El abuelo regresó a su casa días después —dice André—. No quedaba nada de vuestro hogar, solo la caja con dinero que guardó en los cimientos, y que recuperó la misma noche de la explosión. Le sirvió para empezar de nuevo con Jaques en otro lugar y se prometió que nunca te olvidaría.

—Así que Charles nunca le dio la caja a Adele... —musita Margaret—. No les busqué después de la guerra, quería recuperar los lazos con la familia de André, pero la tristeza me invadía cada vez que pensaba en París y jamás regresé a Europa.

Se abrazan otra vez.

—¿Y Klaus? —pregunto intrigada—. Espero que sobreviviera.

—Siguió al frente de la librería. —Me sonrío—. Meses después de terminar la guerra empezamos a cartearnos y con la llegada de Internet nos comunicamos muchísimas veces por chat. Se casó con una chica guapísima, tuvo tres hijos y ahora está retirado en Berlín. ¡Es un viejo como yo!

—¿Comemos? —Gladys asoma por la puerta ataviada con un delantal—. Me iría bien una ayudita...

La acompañamos a una cocina de factura moderna, con muebles blancos, superficies de mármol y de acero, una isla preciosa donde hay los fogones y un espacio con una tabla de cortar alimentos y una mesa ovalada bajo la ventana que ofrece una vista espectacular de Manhattan. André ayuda a su abuela a sentarse en una de las sillas con respaldo de piel blanca frente a la mesa.

—¿Qué necesitas? —me ofrezco—. ¡Soy una cocinitas!

—¿Pones la mesa? —Gladys señala el microondas—. Becca ha dejado la comida preparada. Canelones de espinacas. Mmmmm, cocina como los ángeles y sus raciones son para alimentar a un regimiento. ¿Queréis un poco de ensalada para acompañar?

—Me encantaría. —Le guiño el ojo—. Tengo que guardar un poco la línea...

Gladys me explica donde está el mantel, los cubiertos y los vasos mientras termina de cortar un poco de tomate para añadirle a la lechuga variada que ha sacado de una bolsa del frigorífico. Coloca un bote de salsa César sobre la mesa y mete la bandeja de canalones en el horno para que se gratinen.

—Bob no sabe nada —dice Margaret con un conato de miedo—. No sé cómo reaccionará cuando se entere de que Charles no era su padre biológico.

—Lo entenderá —contesta Gladys sirviendo la ensalada—. Si le cuentas la historia completa te perdonará.

Miro a André de reojo. Habla por teléfono con su padre desde una esquina apartada. Por sus movimientos y su tono de voz intuyo que le resume en pocas palabras la historia de su abuela. Está guapísimo. Me parece mentira que ayer todavía me acordara de Andrés... Quizás estoy blanda por los recuerdos de Margaret, pero ahora mismo me veo al lado de André, intentando ver dónde nos conduce nuestro futuro.

Cuando ves la oportunidad de ser feliz no puedes renunciar a ella, a pesar de que no dure eternamente. Margaret me coge la mano con el reconocimiento tácito de que es capaz de entrar en mis pensamientos.

—Es un buen chico, seguro que le interesas, se nota en cómo te mira.

—Nos acabamos de conocer —digo nerviosa—. El tiempo dirá.

Comemos compartiendo parte de nuestras vidas con Margaret. Es un trato justo tras escuchar su historia. Ella pregunta mucho por Jaques, con la

emoción propia de una madre que acaba de recuperar a un hijo perdido. También se interesa por el abuelo de André. Gladys se apunta a desnudar su alma y aporta su granito de arena para que la comida resulte entretenida.

De regreso al salón André pide permiso para tocar un par de canciones al piano. Elige dos sinfonías de Mozart que me encantan. Margaret le mira embelesada, con orgullo e ilusión.

Las horas siguientes se llenan de anécdotas, preparación para la reunión familiar de la tarde y una inquietud que llena el ambiente. Margaret teme la reacción de los suyos cuando les cuente su pasado, pero está decidida a dar el paso, necesita que Jaques, André y su hermana pasen a formar parte de su círculo el tiempo que le reste de vida.

Margaret vuelve a contar su historia esa misma tarde, cuando la familia está reunida, tras presentarles a André y a Iris. La reacción de sus hijos, nietos y bisnietos es dispar. A Bob le cuesta creer que su madre le engañara durante años, la increpa con palabras fuertes, como si quisiera traspasarle la rabia que siente al enterarse de que por sus venas corre sangre de un nazi. Él aborrece la violencia y nunca se ha imaginado que su madre fuera una espía durante la Segunda Guerra Mundial, y mucho menos que se casara con un hombre del bando opuesto.

—¿Por qué nos lo ocultasteis? —grita enfurecido—. ¡Me dijisteis que el tío Francis y tú os cambiasteis el nombre y el apellido para no tener que regresar a Alemania! Y en realidad te pasaste la guerra entre París y Berlín, con dos familias diferentes. ¡Y traicionaste a mi verdadero padre! ¡Un jodido hijo de puta matajudíos!

—No encontré el momento de contároslo —se excusa Margaret—. Quería olvidarme de esa historia. La parte de André era demasiado dolorosa y la de Ingolf... ¿Cómo podía explicarte lo que pasó? Ni yo misma entiendo cómo fui capaz de casarme con un hombre como él.

—¡Pero es mi verdadero padre! —Bob se levanta del sofá en un movimiento brusco y camina hacia el ventanal—. No me enorgullece saberlo, pero igualmente me merecía vuestra confianza. ¿Papá pensaba como tú?

Margaret le lanza una mirada melancólica. Los demás permanecen en silencio, asistiendo a su diálogo con una mezcla de curiosidad, ansiedad y deseo de que sus sentimientos se asienten. André se siente vapuleado por varias emociones, es como si flotara en una nube extraña donde sus convicciones pasadas se desvanecen.

—Charles tenía mucho miedo de tu reacción al enterarte —explica Margaret sin perder de vista a su hijo mayor—. Cuando yo decidía hablar contigo, él me detenía, no quería que le miraras diferente.

—¡Eso es una gilipollez! —Bob enfatiza sus palabras con un gesto de los brazos—. Él era mi padre, eso no iba a cambiar por mucho que los putos espermatozoides fueran de otro tío. ¡Joder, mamá! ¿Tan imbécil me creía papá?

Su mujer se levanta del sofá y le pasa el brazo por los hombros para reconfortarlo. Los dos rondan los setenta, sin embargo sus cuerpos cuidados parecen de otra edad más atemporal. Son padres de tres mujeres y abuelos de nueve chicos y chicas de distintas edades.

Durante las dos horas siguientes la conversación gira en torno al pasado, con intervenciones de las personas que componen esa enorme familia. André no está demasiado integrado en el ambiente, parece que su mente se ha trasladado muy lejos de ahí, a las cartas de su abuelo, a sus declaraciones de amor incondicional y a la vida que le condenó a no reencontrarse con la mujer a la que amaba.

Algunos de sus nuevos tíos y primos le han mostrado su amabilidad, incluso se han interesado en su pasado. Sin embargo la familia de Bob parece reacia a dejarle entrar en su círculo, como si tuviera miedo a compartir el amor de Margaret y su fortuna con un desconocido.

El resto de la tarde se escurre entre revelaciones, instantes, sentimientos, argumentos cruzados, un pica pica buenísimo preparado por una joven llamada Becca, que lo sirve con esmero, algunas copas de vino blanco muy fresquito y un sinfín de emociones. André necesita tiempo para asimilar la nueva realidad, al igual que su recién adquirida familia.

Entre todos consiguen limar asperezas y despejar las pocas dudas que les quedan tras la confesión de Margaret. La suya es una historia llena de giros inesperados y matices intensos. Ahora solo queda permitir que el tiempo asiente la situación.

—Mañana os espero. —Margaret se despide de Iris y André al finalizar la velada—. Llamad cuando sepáis la hora del vuelo, ¡tengo muchas ganas de abrazar a Jaques!

André la besa con ternura.

—No temas, abuela, te lo traeré lo antes posible.

Margaret le ve alejarse hacia la puerta del salón con un par de lágrimas resbalándole por las mejillas. Está terriblemente cansada e ilusionada, la vida a veces tiene sorpresas agradables... Cuando se retiran los demás, Gladys la acompaña a su habitación.

Se mete en la cama con las cajas de cartas de André apiladas en la mesilla de noche, a la espera de acompañarla durante las noches solitarias. No sabe si logrará dormirse, está demasiado excitada. Han sido muchos sobresaltos emocionales para un solo día. Recordar esa parte de su vida ha despertado la inquietud en su interior, hacía años que la mantenía oculta en un lugar recóndito de la memoria y contarla en voz alta ha conseguido traerle reminiscencias de sus sentimientos pasados.

André fue su gran amor, la persona con la que realmente quería pasar el resto de su vida, y le duele aceptar que si hubiera regresado a París en algún momento lo hubiera recuperado. Acaricia las cartas antes de iniciar una lectura que la llevará a descubrir el hilo invisible que la mantuvo cerca de André durante la guerra.

En la calle André le propone a Iris ir a tomar una copa a alguno de esos lugares de película que ella atesora. Necesita regar la inquietud con un poco de alcohol y despejar la mente de tantas revelaciones con alguna actividad que le distraiga.

—¿Qué tal al número uno de la 53 Avenue, entre la calle 9 y la 10? — sugiere Iris en tono misterioso.

—Si me das una pista de lo que pasó ahí...

—Es la verdadera ubicación del Bar Coyote Ugle, pero en la película lo movieron al Meat Packing District, cerca de la calle 14, entre Gansevoort y Washington. —Levanta el brazo y para un taxi—. Es un sitio divertido, las camareras bailan sobre la barra como en la peli, sirven cervezas con la música muy alta y te ríes un montón. —Se sube al taxi—. ¡Vamos, entra! ¿A qué esperas?

André se carcajea un instante, el plan es perfecto para apaciguar su estado de ánimo.

—¡Eres maravillosa! —La besa con una sonrisa—. No sé cómo he podido vivir tantos años sin conocer los secretos peliculeros de Nueva York...

Llegan al local abarrotado de personas. Está decorado recordando el oeste, las camareras son guapísimas, vestidas de vaqueras sexys y con una

sonrisa inmensa en los labios. Piden una cerveza y se integran en el jolgorio como unos comensales más, disfrutando del ambiente. André siente cómo sus nervios se relajan, mira a Iris varias veces de reojo, dándose cuenta de la suerte que ha tenido al conocerla, aunque solo hace dos días... Quizás la historia de su abuela le ha puesto sentimental, es demasiado pronto para aventurarse a pensar que Iris y él pueden iniciar una relación, de momento se divierten juntos y parece que se entienden. Pero le parece increíble estar con ella, es como si se conocieran de toda la vida.

Tras un par de copas ambos ríen al son de la música con la mirada puesta en los contoneos de las chicas de la barra, gritan cada vez que quieren decirse algo, aplauden y se mueven al son de las canciones.

Regresan a casa pasadas las doce, cantando y con una sonrisa inmensa en los labios. Al traspasar el umbral André abraza a Iris por la cintura, la atrae hacia él y la besa con una pasión desenfrenada. La historia de su abuela le reverbera en la mente para demostrarle que no hay que desperdiciar ni un minuto de vida.

Ella le responde con frenesí.

Caminan sin separarse hacia la habitación, sacándose la ropa por el pasillo, tocándose como si las manos fueran el único modo de apaciguar su piel cada vez que una prenda deja el cuerpo al descubierto. Sobre la cama terminan de desnudarse y hacen el amor con una fiereza intensa, como si la única manera de deshacerse de su excitación fuera gritando en el momento álgido.

Minutos después se quedan estirados sobre las sábanas, abrazados, sin ropa. Iris le acaricia el torso a André con un dedo.

—¿En qué piensas? —le pregunta.

—En el abuelo. —Su voz es melancólica—. Me hubiera gustado que hoy estuviera vivo para verla otra vez. Estoy seguro de que a pesar de las decisiones de Margaret y de lo que pasó, él hubiera sido el hombre más feliz del mundo al verla de nuevo.

—Me ha parecido increíble cómo se ha comportado la familia de Bob. —Iris recuerda el final de la velada, cuando el hijo de Margaret se ha marchado con su prole bajo amenaza de no regresar—. Entiendo que es una putada enterarte ahora de algo tan gordo, pero no es manera de tratar a tu madre.

Los últimos minutos en casa de Margaret han sido muy violentos, Bob Philips ha afirmado que buscará a un abogado para asegurarse de que esta familia recién descubierta no saca ni un duro de su padre y a un detective privado para saber qué fue de Ingolf Dieser tras escapar a Suramérica.

—No sé cómo hubiera reaccionado yo en su lugar, Iris —murmura André—. Piénsalo, toda la vida con la seguridad de que eres un Philips y casi a los setenta te cuentan una historia increíble de tu madre durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Y encima te sale un nuevo hermano! ¡Y un padre nazi! ¡Joder! Margaret era una espía de verdad. Nunca me lo había imaginado como lo ha contado, pensaba que los abuelos solo habían ayudado a sacar a judíos de París, no que se habían arriesgado tanto.

—Tu abuelo debería haberos hablado más de ella. —Iris se incorpora un poco en la cama para apoyarse en el cabecero—. Me parece increíble que nunca os contara esas actividades clandestinas.

—Sabíamos que eran de la Resistencia y que salvaron a mucha gente, incluso que el abuelo había vivido en casa de un general nazi para sacarle información, pero nunca hablaba de ello. —André se levanta para ir al baño—. No sé, quizás pensó que con eso había suficiente.

—Es triste —dice Iris—. Pensar que los separó un malentendido...

André se levanta despacio, sacudiéndose la melancolía.

—Voy a ducharme —anuncia.

Camina por el pasillo rumbo al baño, con la cabeza enredada en las revelaciones. Bajo el chorro de agua repasa los nuevos datos acerca del pasado de Margaret. Le parece extraño la implicación de los nazis en la bomba que destrozó la casa de sus abuelos. Quizás es cierto que Ernest Von Arzer ordenó matar a Margaret para evitar un escándalo, pero esa manera de hacerlo, sin estar convencido de que ella estaba dentro... ¡Fue una chapuza! Los alemanes con una posición como la del general no solían fallar en sus misiones.

Sale de la ducha y se enrolla una toalla en la cintura. Frente al espejo se arregla el pelo mojado con las manos. Está cansado, quizás es hora de irse a la cama, mañana ya acabará de darle vueltas al asunto, Margaret también parecía dispuesta a esclarecer ese punto. Oye ruidos en la cocina, como si Iris estuviera preparando un tentempié. Pasa un segundo por su habitación para vestirse con los pantalones del pijama.

—¿Tienes hambre? —pregunta Iris en un tono de voz que roza el grito—. ¿Quieres un sándwich de atún?

—Mmmm, ¡qué bien suena!

La encuentra en la cocina, con el pijama puesto y el pelo húmedo.

—Hay algo que no acaba de cuadrarme —le dice—. No entiendo lo de las cartas a Martha y a Franz ni por qué mi abuela está viva si los hombres de Von Arzer la querían muerta... Espero que mañana pueda aclarar algo de esto, Margaret también parecía desconcertada en ese punto.

—La verdad es que es rarísimo. Los nazis solían torturar a los espías...

Comparten una botella de vino, acompañada de los sándwiches y varias hipótesis que expliquen la situación. Media hora después se despiden en el pasillo con un beso.

Hace una hora que André se ha ido al aeropuerto a recoger a sus padres y a su hermana. Estoy sola en casa, con la impresión de que en dos días mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Cata ha silbado impresionada cuando le he relatado en pocas palabras la increíble historia de Margaret Philips. «¡Da para una peli!», ha dicho mi amiga. Luego me ha pedido detalles de mi relación con André.

Al principio me he quedado muda, «¿relación? ¿Ha dicho relación?». ¿Puedo llamarlo así? La química entre André y yo es evidente, desde el primer momento que nos vimos saltaron chispas y llevamos un par de días compartiendo algo más que el piso... Pero decir que tenemos una relación es un poco fuerte, ¿no?

Cata opina que las cosas se han acelerado por una única razón: que estamos hechos el uno para el otro. Yo no sé muy bien qué pensar, creo que es mejor dejar pasar el tiempo para averiguarlo, es la mejor manera de vivir el momento sin agobiarse. Lo único cierto en esta historia es la atracción que siento por André.

Hoy es lunes, he llamado a Julliard para excusarme. No debería saltarme las clases, pero tampoco quiero perderme el reencuentro entre madre e hijo ni las respuestas que Margaret pueda ofrecerle a André. Estoy con él cuando se cuestiona la implicación de Von Arzer en el asunto de la bomba en casa de sus abuelos. ¿Y sino fue él?

Desayuno en la cocina un pedazo del bizcocho que he preparado hace un rato, con un vaso de cacao. El sol luce en un cielo azulado que veo desde la ventana y escucho los ruidos intensos de la ciudad. Hay tráfico, como cualquier día laborable. La gente copa las calles con su andar rápido y

estresado, los coches pitan cuando se encuentran obstáculos y las cafeterías se llenan de clientes sedientos de cafeína matutina.

Al terminar guardo los platos en el lavavajillas, tapo el bizcocho con papel film para que no se reseque y camino hacia el salón. Me apetece tocar alguna melodía suave para ejercitarme un poco mientras permito que mis sentidos acaben de despertarse. Elijo una sinfonía poco conocida de Bach.

La música consigue recrear parte de la historia de Margaret en imágenes que se presentan claras en mi mente, acompañadas de las notas. También le doy vida a los minutos compartidos con André, a la incipiente atracción que nos une. Quizás lo mío con Andrés solo fue un espejismo, un engaño de mi mente sedienta de amor.

Mi matrimonio fue un fracaso, él me anulaba por completo, no permitía que me expresara ni que mi verdadera personalidad dirigiera mis decisiones. En cambio con André las cosas parecen sencillas. Me escucha, se interesa por mis ideas y compartimos instantes importantes para los dos. Es agradable saber que te respetan. Sin embargo todavía nos queda mucho camino por recorrer para saber qué será de nosotros.

Ahora me doy cuenta de lo perfecto que fue el fin de mi matrimonio. En el fondo le estoy enormemente agradecida a la actual novia de Andrés por conseguir apartarme de un hombre destructivo. Parece mentira que André en dos días haya conseguido que piense así.

Sonrío, hay momentos para recordar, estoy convencida de que la aparición de André en mi vida será uno de ellos. ¡Suerte que le di una oportunidad!

Escucho el móvil vibrar sobre el piano. Levanto las manos de las teclas y contesto.

—Estamos en el Hotel Four Seasons —me dice André—. Mi abuela les ha reservado un par de suites. ¿Te veo en casa de Margaret a la una? Nos invita a tomar algo.

—Mmmm. ¡Acabo de desayunar!

—¿A estas horas?

—Me he quedado en la cama un ratito antes de ducharme. Y después he preparado un bizcocho.

Escucho un par de risas entusiastas.

—Tú y los bizcochos...

—Llegaré sobre la una, pero no prometo comer demasiado, ¿vale?

Me levanto del piano, voy al baño, me maquillo un poco, me recojo el pelo con una pinza en la nuca y salgo a la calle dispuesta a detener a un taxi.

Llego a casa de Margaret la primera. Gladys me acompaña al salón donde ella está sentada en el sofá con una expresión inquieta.

—Pensaba que eras Jaques —me dice besándome en la mejilla—. ¡Estoy tan nerviosa! Pensar que podré abrazarle... No he dormido en toda la noche de la emoción.

—Enseguida llegarán, he hablado con André hace media hora, estaban en el hotel acabando de deshacer el equipaje —la tranquilizo—. Jaques estaba muy contento con la noticia.

Suena el timbre de la casa, Gladys se levanta en un impulso y Margaret se calla, fregándose las manos sobre el regazo.

—¿Estoy bien? —me pregunta—. Hace años que no necesito arreglarme demasiado.

—¡Guapísima! —le sonrío—. Estoy convencida de que Jaques te encontrará increíble, ya lo verás.

Margaret se levanta con la mirada puesta en la puerta, su mano artrítica tiembla dentro de la mía, como si quisiera mostrar la intensidad de emociones que la vapulean sin tregua. Le sonrío, pero ella no me ve, su atención se centra en las pisadas que se acercan por el pasillo, acompañadas por voces de personas ajenas a su ahora.

André precede la comitiva, su padre va dos pasos detrás de él, de la mano de su mujer.

—¡Jaques! —susurra Margaret con la emoción palpable en la voz—. ¡Qué guapo estás!

Él camina hacia su madre con una retahíla de sensaciones álgidas que le recorren el cuerpo.

—¡Mamá!

Se funden en un abrazo y descubren que ni el tiempo ni el espacio pueden borrar el amor que se tienen.

—¡Oh, Jaques! No puedo creer que estés aquí, que no murieras en aquella maldita explosión —musita con las lágrimas resbalando por sus mejillas enjutas—. He deseado tantas veces volver a abrazarte que ahora me parece un milagro.

—Si papá hubiera sabido que estabas viva... Me hablaba muchísimo de ti. —Caminan juntos hacia el sofá—. Es increíble estar sentado a tu lado.

Durante unos minutos permanecen unidos, hablándose con ternura, como si los años transcurridos desde su separación acabaran de desaparecer.

—Vamos al comedor —propone Gladys cuando ambos se secan las lágrimas—. Becca ha preparado una comida buenísima.

La acompañamos charlando animadamente. Jaques le ofrece el brazo a su madre, componen una estampa perfecta de armonía y felicidad, se cuentan parte de su historia, compartiendo anécdotas, recuperando el tiempo perdido a marchas forzadas. Sentados a la mesa del comedor vuelvo a escuchar una parte de la historia de Margaret mientras degusto alguna de las maravillas culinarias que alfombran la mesa.

André está sentado junto a su hermana, una joven con la que estoy convencida de que me llevaré bien. Habla con dulzura, las palabras parecen danzar en su boca con un deje cantarín que me parece alegre y desenfadado.

Terminamos con una tarta de queso buenísima, acompañada de mermelada de fresas. El café decidimos tomarlo en el salón. Yo me ofrezco a amenizar un poco la conversación con unas cuantas canciones al piano. Las emociones flotan en el ambiente.

—Le he dado muchas vueltas a lo de la explosión —comenta André cuando termino mi repertorio—. ¿No os parece extraño?

Las opiniones de los presentes coinciden en que esa parte de la historia chirría.

—Creo que Charles tuvo algo que ver en eso —afirma Margaret de repente—. Esta noche también lo he meditado, André. Creo que ha llegado la hora de abrir su caja fuerte secreta.

—¿Qué? —Gladys la mira con escepticismo—. Pensaba que no había secretos entre los dos.

—Sé que la escondió en el despacho, él mismo me lo contó al enfermar —explica Margaret—. Me aseguró que ahí guardaba sus papeles de la época de la OSS y yo lo único que quería era olvidarme de ella, así que nunca he sentido la necesidad de abrirla hasta ahora.

—¡Venga! —Jaques se levanta y ayuda a su madre a hacer lo propio—. Vamos a ver si hay algo en esos documentos que explique la explosión.

—También es posible que no encontremos nada —apostillo.

—¡Nunca se sabe! —André camina por el pasillo tras los pasos de su padre y de Margaret.

Llegamos a un despacho enorme, con una larga estantería blanca que ocupa una pared llena de retratos, libros y objetos de diferentes lugares. La mesa de caoba alargada se sitúa frente a un ventanal hasta el suelo que ofrece una visión impactante de Manhattan. Margaret camina hacia un cuadro de Rembrandt, situado en la única pared yerma de la habitación, lo abre hacia un lado y deja al descubierto la puerta de una caja fuerte metálica.

—¿Sabes la combinación? —pregunta Gladys.

—Es fácil, Charles me la dijo poco antes de morir. —Le señala un cajón—. Dame la llave que está ahí dentro.

No tarda ni un minuto en abrirla. Solo contiene una carta con una dedicatoria: «espero que sepas perdonarme».

—¡Es la letra de Charles! —Margaret empalidece y respira con aceleración.

André corre a ayudar a su padre a sentarla en la silla para que se recomponga. Ella les mira con el sobre temblando entre sus manos, como si de repente supiera qué contiene esa misiva que le llega demasiado tarde.

—¿Y si no llego a abrir nunca la caja? —se lamenta.

—Volvamos al salón —propone Gladys—. Estaremos más cómodos para leerla, ¿no creéis?

Asentimos. Entre Jaques y André ayudan a Margaret a llegar a uno de los sofás, ella tiembla, como si su cuerpo fuera un cúmulo de emociones encontradas que la inquietan.

Es André quien finalmente rasga el sobre y extrae un folio escrito a mano.

—Os la leo.

73

Nueva York, 3 de junio de 1985

Querida Margaret,

Hoy se cumplen cuarenta años del día en el que decidimos casarnos. Sé que los primeros tiempos no compartíamos este sentimiento que hoy nos une y que fui un cobarde al guardarme lo que sabía, pero te había recuperado y no soportaba la idea de perderte otra vez, aunque todavía no volvieras a amarme.

Al principio, cuando te pasabas las horas del día compartiendo con Franz, Martha y conmigo tus años de felicidad junto a André y Jaques, tus anécdotas de espía, los anhelos para vengar su muerte, e incluso el tiempo que pasaste al lado de Ingolf, me dolía en el alma mi silencio, pensaba que te merecías conocer lo que realmente pasó. Pero mi corazón solo pensaba en enamorarte de nuevo y me veía incapaz de revelarte mi implicación en algo que cambió drásticamente tu vida y dejó una herida incurable en tu interior.

Me costó un tiempo volver a ver el brillo en tus pupilas que me demostraba tu amor incondicional por mí, esa necesidad de perderte entre mis brazos, de besarme hasta que te dolieran los labios. Recuperamos esas salidas a nuestro cine, la complicidad, la relación que yo destruí por culpa de miedos absurdos. Entonces ya no podía compartir contigo lo que sabía, no si equivalía a alejarte de mí.

Durante nuestra vida en común he sentido la tentación de contarte la verdad en muchísimas ocasiones, sin embargo el miedo a que no me perdonaras me ha detenido cada una de ellas. No sé si llegarás a leer esta

carta o si será algunos de nuestros hijos, nietos o bisnietos quien finalmente descubra qué pasó hace tanto tiempo. Siento que te debo esto, como mínimo una carta de despedida en la que finalmente deje una huella impresa de mi implicación en algo imperdonable.

Cuando empecé a trabajar para la OSS no dudé en utilizar los recursos a mi alcance para encontrarte en París. Martha me había puesto al corriente de tu boda con un francés y de lo ilusionada que estabas con tu matrimonio y con tu hijo. No pretendía nada, sabía que si tenías una vida con la que eras feliz yo no tenía derecho a destrozártela, simplemente quería saber cómo estabas.

Quizás te suene a una pobre excusa, pero es la verdad. Seguía enamorado de ti, siempre lo estuve, a pesar de que no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde. Ya lo decía mi madre: «la gente no sabe lo que tiene hasta que lo pierde».

El día en que desapareciste de Nueva York mi vida entera se volvió triste, quería recuperarte, por eso me embarqué hacia Europa, pero cuando llegué a Berlín tú ya no estabas. Supongo que tu padre jamás te contó mi visita, ¿verdad? Tampoco lo he hecho yo estos años, pienso que más vale disfrutar de lo que tenemos ahora que hacerte recordar tiempos felices para ti en brazos de otro.

Durante la Segunda Guerra Mundial mi primera intención fue localizarte. La segunda resultó menos honesta contigo, aunque muy útil para los míos. Cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbour entramos en guerra y Alemania era uno de nuestros mayores enemigos, necesitábamos activos importantes en la lucha contra los malditos nazis y tú eras una baza significativa para mi país. Por eso convencí a mis superiores de la operación que llevamos a cabo unos días después.

Eras una espía que ayudaba a los ingleses, una de las pocas personas con una familia cercana al Fürher, capaz de conseguir información de vital importancia a la hora de atacarle, una espía perfecta para Estados Unidos. Y estaba claro que Von Arzer te había descubierto, por eso debía salvarte.

No era difícil conseguir nuestro propósito, sabíamos que tu madre jamás te aceptaría de vuelta en Berlín si aparecías con tu marido y tu hijo, por eso aprovechamos el plan de Von Arzer para prepararlo todo. Yo sabía que tu marido y tu hijo estaban a salvo gracias a la colaboración de la Resistencia, que la vecina le diría a él que tú estabas dentro de la casa, le

pagamos una buena suma para hacerlo, y que sería yo quién te acompañara en el momento preciso para que fueras un testigo de excepción de la explosión que preparamos.

Sí, Margaret, la bomba que destruyó tu casa fue cosa nuestra, aprovechando el plan del General en nuestro beneficio. Era la única manera de hacerte desaparecer sin problemas y de que decidieras ayudarnos sin titubear. Hacerte creer que André y Jaques estaban muertos no era más que un daño colateral.

Lo siento. Mi intención era contártelo al finalizar la guerra, pero no pude.

Saber que en Berlín habías rehecho tu vida con un nazi fue un golpe bajo. Cuando apareciste en ese tren destino a Zúrich, con tu embarazo y un sinfín de ternura en la mirada, supe que callaría durante los meses suficientes para reconquistarte. No soportaba la idea de que te fueras con André, no podía permitirlo.

Espero que lo entiendas, eras lo más importante de mi vida y ya habías superado la muerte de tus seres queridos, no podía volver a dártelos si ellos te apartaban de mi lado. ¡Nunca debí dejarte escapar la primera vez!

Te quiero, esa es la realidad, la única que debería importarte.

Con amor,

Charles

Hace un día gris. Las nubes se empeñan en tapar el cielo con su textura húmeda, como si quisieran mostrar con su presencia respeto hacia los que nos reunimos bajo su protección en el cementerio de París.

Miro a los presentes con una mezcla de tristeza y excitación. Parece mentira que el último año mi vida haya dado un giro tan grande. Por fin he encontrado a una persona que me quiere de verdad y que se merece mi amor. En un par de meses me casaré con André y formaremos una familia en nuestro piso de Nueva York.

Cata me sonríe desde el otro lado del cementerio para animarme con su presencia, está contentísima con mis decisiones, evidentemente entiende que acabar los estudios en Julliard es importante para mí.

Las coincidencias a veces son extrañas. Una de ellas me trajo a André para que le diera una oportunidad, la otra hizo patente la conexión de su abuela conmigo y la música. En su casa encontramos álbumes antiguos que me la mostraron cuando era una chiquilla entusiasmada por pisar Julliard. Ahí guardamos la única fotografía que conservaba de André y de Jaques y la que el abuelo de André guardó hasta su muerte.

Ahora estamos enterrándoles juntos, tras conseguir el permiso de sus hijos. Sé que ellos hubieran preferido que descansara junto a Charles en Nueva York, pero la voluntad de Margaret fue clara, no quería moverse de París, donde había volado para pasar sus últimos alientos conociendo a Jaques y a su familia.

Nosotros hemos venido en varias ocasiones a visitarles y durante el último año hemos estrechado lazos con Melody y su familia. Bob finalmente aceptó la realidad, sobretodo tras leer varias veces la carta de Charles y darse cuenta de que el destino a veces nos juega malas pasadas.

Aunque su relación con André y los suyos todavía no es fácil, poco a poco va adaptándose a su presencia. Para él los sentimientos todavía no se han asentado y no acaba de saber muy bien cómo encajar su nueva realidad. Supongo que necesita más tiempo.

Han venido todos desde Nueva York. También hay un centenar de amigos de Margaret y de personas que nos apoyan, junto a la familia de André. Era una mujer increíble, despertaba cariño y admiración ahí donde iba. Gladys llora apoyada en el hombro de Melody, sin encontrar consuelo al perder a una amiga tan querida. Ella ha vivido los últimos meses en París y ahora le toca decidir si quiere regresar a Estados Unidos o quedarse en la ciudad del amor.

Después de leer las cartas de André, Margaret comprendió que estaban condenados a no volver a unirse. ¿Qué hubiera pasado si André hubiera aparecido frente al piano en Berlín? ¿Por qué la Providencia evitó ese encuentro? Estuvieron tan cerca...

Un anciano con mirada triste nos saluda desde la distancia. Es Klaus. El verano pasado fuimos con Margaret a visitarle a Berlín y ambos se abrazaron como dos amigos en la distancia que al fin se reúnen en persona. Es un hombre muy mayor, le han acompañado sus hijos para apoyarlo en su deseo de despedirse de su gran amiga.

La lápida vuelve a ocupar el sitio que le corresponde en la pared, ahora con dos nombres: André y Marguerite Dupont. Esa fue la última petición de Margaret, adoptar ese nombre que era el que le correspondía por derecho.

Unas cuantas gotas repiquetea en el suelo de tierra. Los paraguas se abren para proteger a las personas que todavía no se atreven a caminar hacia los coches, como si el silencio y el lugar necesitaran esas muestras de respeto callado hacia la difunta. Una voz empieza a cantar la sinfonía que André escribió en las cartas a Margaret. André se ha dedicado a enviar partituras a los presentes, junto a una grabación de la tonada.

En menos de un segundo el coro de personas congregadas frente a la tumba nos unimos con afinación dispar. Es una canción preciosa, una oda al amor que no deja a nadie indiferente.

Tras la última nota la lluvia arrecia y los presentes caminamos en procesión hacia los coches aparcados cerca del lugar. Despedidas, abrazos, tristezas... Y emprendemos el camino hacia la casa que ha ocupado Margaret este año frente al Sena, la misma que André reconstruyó tras la

guerra. Es una casa preciosa, con mucha luz natural, unas vistas increíbles del río y un enorme piano de cola blanco como los que dominaron su vida.

En lo único que no han cedido sus hijos es en la idea de despedirla únicamente con un funeral. En Estados Unidos se celebra una reunión con comida tras el entierro y lo han dispuesto todo en esa casa que ella aprendió a adorar.

Hace seis meses recibí una carta de Andrés en la que me increpaba de una manera salvaje. Que me llevara parte de su fortuna familiar le desestabilizó y quería vengarse de mí con palabras hirientes que en otro tiempo me hubieran hundido en la miseria. Por suerte André consiguió apartar para siempre esa sumisión en mi interior y conseguí contestar a mi ex marido con contundencia, dejando las cosas claras.

Él no lo dejó ahí. Voló en un par de ocasiones a Nueva York para intimidarme con su presencia, incluso llegó a abofetearme en la calle, a la salida de Julliard. Esa escena le costó una orden de alejamiento y una condena del juez a pagarme daños morales. Las leyes de Estados Unidos son más fuertes que las españolas y ahora tiene prohibida la entrada en suelo norteamericano.

Sus padres hablaron con él tras el incidente y consiguieron hacerle entrar en razón. Supongo que a ellos no les interesa que trascienda a la prensa, en España son personas adictas a las revistas de prensa rosa y tienen una reputación que cuidar. Hace tres meses recibí una nueva carta de Andrés en la que se disculpaba y me prometía que me dejaría en paz. Veremos si cumple esa promesa.

André también habló con su ex en Navidad. Brigitte apareció en Nueva York con un saco de disculpas, dispuesta a recuperarle. Hablaron durante horas en el salón de casa, salieron a cenar a una cafetería cerca del teatro donde André trabaja y acabaron por asentar las bases de una amistad que nunca ha acabado de funcionar. Ella ha venido al entierro con su nuevo novio y parece que quiere retomar esa relación de cercanía con André. Solo el tiempo dirá dónde les lleva.

Los camareros sirven el pisco alabis entre los corros de gente que inundan el salón decorado en tonos blancos, que todavía conserva el aroma de Margaret. Es curioso cómo un olor puede recordarte tanto a una persona a la que has aprendido a querer. Miro en derredor en busca de André y lo veo en

la terraza que asoma al Sena. Tiene una copa de champagne en la mano y se intuye alguna lágrima en sus ojos.

Camino hacia él con una intensa emoción recorriéndome. Una de las cosas que más me gusta de él es su sensibilidad, no todos los hombres son capaces de llorar. Después de leer las cartas de su abuelo y reconocer cómo él y Margaret siguieron en contacto durante la guerra sin saberlo, ambos coincidimos en que eran dos almas gemelas. Quizás si la fiebre no hubiera apartado a André del piano en Berlín la historia se hubiera escrito de otra manera.

—¡Un dólar por tus pensamientos! —le digo chocando mi copa con la suya—. Era una gran mujer.

—La echaré mucho de menos.

Me pasa el brazo por los hombros y nos quedamos mirando el río, abrazados, con los sentimientos a flor de piel y la promesa de un futuro compartido.

Agradecimientos

Para escribir una novela necesito arañarle tiempo al día. A veces me inhibo durante horas, sin hacer caso a mi familia ni interesarme por otra cosa que las escenas del libro. El primer agradecimiento es sin duda para mi marido y mis hijos, ellos me apoyan y nunca permiten que mis ausencias enturbien nuestra buena sintonía. Chiqui, Irene y Álex, gracias por estar ahí.

Sin mi grupo de lectoras beta jamás hubiera conseguido un manuscrito bien medido. Nuestras conversaciones son largas, intensas y aportan un montón de matices a mis ideas iniciales. Para una escritora como yo el contacto directo con los lectores es básico para avanzar y mejorar al máximo la narración. A mis chicas: Senda, Mabel, Mercé, Mara y Carla, y a mi único beta, Toni, mi padre. Les debo un montón de momentos perfectos y les agradezco infinitamente su soporte y las aportaciones personales.

Debo mencionar las tertulias del desayuno con mis compañeros de trabajo, sus contribuciones indirectas cuando hablamos acerca de un personaje o me explican sus puntos de vista para focalizar bien el tono de la trama.

Para la portada he contado con la inestimable ayuda de Óscar González, un diseñador gráfico con una manera perfecta de trabajar. Es perfeccionista y cuida los detalles para conseguir un trabajo que refleje claramente qué encontrar en las páginas de la novela.

La documentación de este libro la hice por mi cuenta, ayudándome de «san Google». Sin las personas anónimas que publican partes de la historia reciente no tendría datos precisos para dotar de la mayor verosimilitud a los

hechos históricos. Aunque *Dúo* no pretende ceñirse cien por cien a la realidad, es una obra de ficción y como tal se permite algunas licencias.

Y por último siempre agradezco infinitamente a la persona que está detrás de estas letras ahora mismo. Espero no haberte decepcionado con la trama.

OceanofPDF.com

Otros libros de Pat Casalà

El Secreto de las Cuartetas

- Cuando Marta presencia el asesinato de sus padres y el posterior rapto de su hija Ángela, empieza a sufrir una serie de experiencias paranormales. El agente del FBI Mick Harris es el encargado de llevar el caso y de descubrirle a Marta parte del secreto que ocultan las cuartetas de Nostradamus. Desde el primer momento Marta siente una fuerte atracción por Mick, quien le asegura que la única manera de recuperar a Ángela es descifrar las profecías correctas.

El Secreto de las Cuartetas es la primera parte de una saga que culmina con *El Secreto de los Cristales*

El Secreto de los Cristales

27 de octubre de 2035, Calella de Palafruguell. 5 meses y 17 días para la colisión de Apophis, un asteroide de colosales dimensiones que se acerca a la Tierra...

Ángela Harris lleva toda la vida bloqueando los dones que anidan en su interior, negándose a aceptar sus capacidades proféticas y el poder de domar la naturaleza que ostenta desde su nacimiento, pero la muerte de sus padres la obliga a encarar su realidad y a no negarse más a las evidencias. Astrofísica de profesión, no tarda en relacionar las pesadillas que la asaltan desde los seis años con la amenaza que se cierne contra la humanidad.

La Luna de Ónix

Laura es la heredera de La Luna de Ónix, una media luna añil engarzada en un medallón del mismo tono, que la lleva al interior de una gruta donde inicia un viaje plagado de dificultades. Tomás la abandonó hace pocos meses, preso de una pasión extraña hacia otra mujer, pero un día despierta con la sensación de no estar completo sin Laura. Cuando va en su búsqueda descubre que ella ha desaparecido sin dejar rastro. Ambos viven la misma odisea y se encuentran en las noches solitarias, ambos caminan hacia Ónix.

Ecos del Pasado

El encuentro fortuito entre Jessie y Noah inicia una relación para la que ninguno de los dos está preparado. Ella ha dedicado su vida a los libros, sin interesarse demasiado en salir ni relacionarse con los demás. Él es un mujeriego, alguien que disfruta de noches de pasión sin ataduras. El destino los unirá para recomponer las piezas del macabro secreto que esconde la madre de Jessie.

Los Mundos de Esme

La vida de Purificación Castro se derrumbó hace dos años, cuando su marido murió. Ahora intenta rehacer su vida. Un sábado por la mañana recibe la llamada de Henry, su socio, desde la oficina suplicándole ayuda. A partir de ese instante deberá escapar de la inspectora de policía Raquel Estrada, del hombre que la persigue y de sus propios fantasmas para descubrir qué se esconde tras su pasado.

OceanofPDF.com